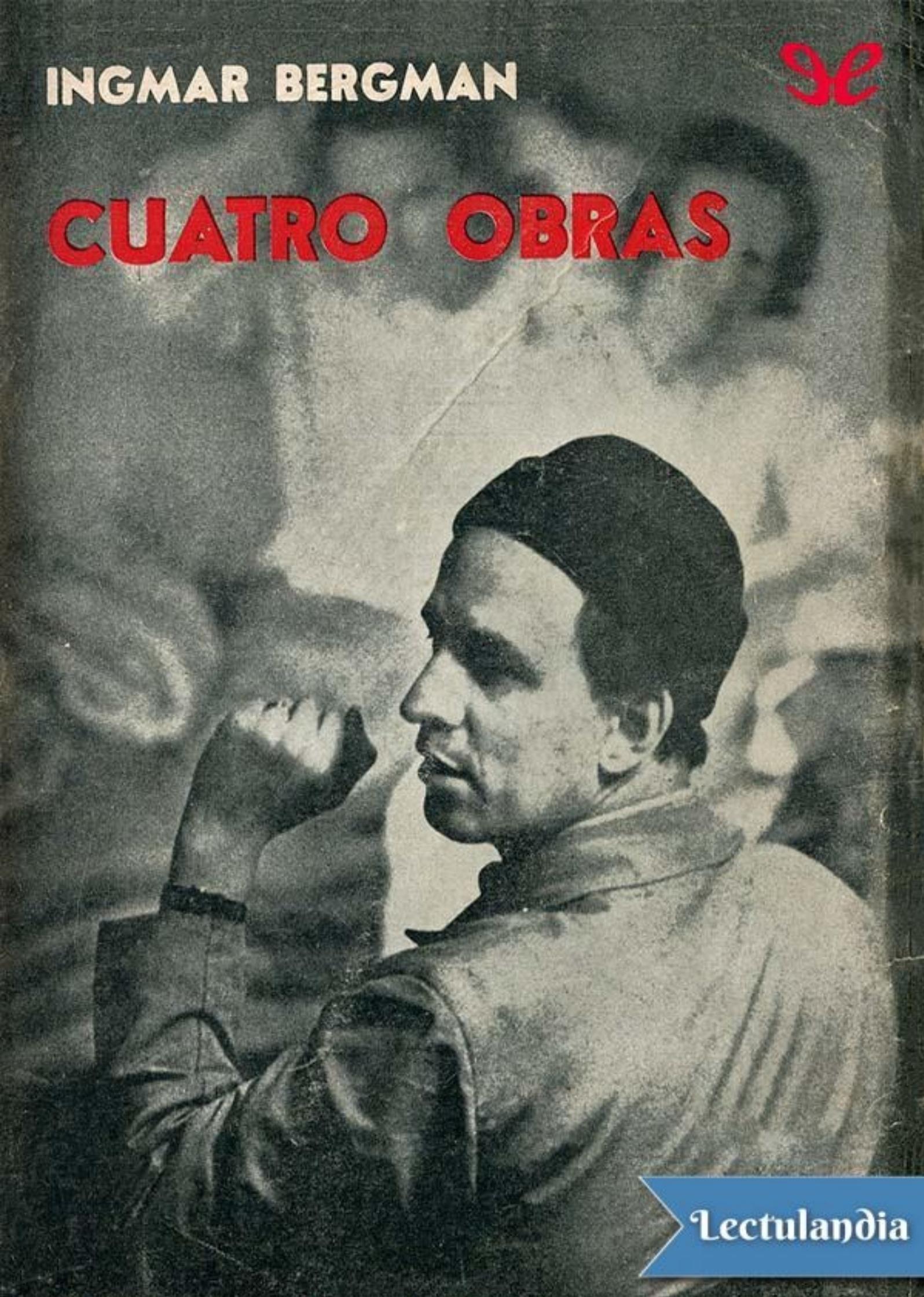


INGMAR BERGMAN

90

CUATRO OBRAS



Lectulandia

Para todos aquellos que se han sentido conmovidos y deslumbrados por los films de Ingmar Bergman este libro será un motivo de regocijo.

La obra de Bergman ha sido aclamada en el mundo entero y se lo reconoce como uno de los autores cinematográficos más importantes en la historia de dicho arte. Pero lo que no se sabía hasta ahora es que los libros de sus films —los cuales, salvo raras excepciones, han sido escritos por Bergman mismo— son independientemente vivaces y dramáticos.

En este volumen se hallan reunidos y editados en castellano por primera vez los evocadores y hermosamente escritos libros de *Sonrisas de una noche de verano*, *El séptimo sello*, *Cuando huye el día* y *El mago*, las cuatro producciones más distinguidas de Bergman hasta la fecha.

Con una Introducción del propio Bergman, estos textos sugieren la amplitud diríase shakespeariana de este director, que va desde la comedia elegante hasta el apasionado drama de ideas. Revelan a un artista preocupado por los grandes problemas, el amor, la religión, la muerte, el conocimiento de uno mismo, y capaz a la vez de distraer a su auditorio.

Estas cuatro obras serán leídas con placer, con el intenso placer de contemplar a un artista en su profunda tarea creadora.

Ingmar Bergman

Cuatro obras

ePub r1.0
Titivillus 06.12.2020

Título original: *Four screenplays of Ingmar Bergman*
Ingmar Bergman, 1960
Traducción: Marta Acosta van Praet

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Nota: Los argumentos cinematográficos publicados en este libro son los mismos que utilizó Ingmar Bergman cuando realizó las películas, con las siguientes excepciones: 1) los guiones originales contienen números al comienzo de cada secuencia que indican la cantidad de tomas considerada necesaria para esa secuencia; 2) puesto que estos guiones han sido preparados antes de comenzar las tomas, contienen secuencias y diálogos que no aparecen en las películas terminadas; Bergman ha suprimido parte del texto para que los argumentos publicados concuerden con las películas.

PREFACIO

Por Carl Anders Dymling, productor de Ingmar Bergman.

(Carl Anders Dymling es presidente de la Svensk Filmindustri, productores de los films de Ingmar Bergman. Ha sido factor preponderante en la carrera cinematográfica de Bergman desde los comienzos y a él se deben principalmente la evolución y consagración de Bergman como escritor y director de renombre mundial. El doctor Dymling —hoy sexagenario— fue anteriormente director general de la Broadcasting Corporation Sueca y también crítico literario y hombre de letras.)

La primera vez que vi a Ingmar Bergman fue en el otoño de 1942, cuando acababa de iniciarme en la industria del cinematógrafo como presidente de la Svensk Filmindustri. Bergman era entonces muy joven, alto, delgado, de pelo negro y ardientes ojos negros. Era todavía un desconocido, pero trataba impacientemente de forjarse un camino en la vida y en particular de hallar una salida para su volcánico talento creador. Empezó poniendo en escena piezas de teatro, en pequeña escala y con recursos muy limitados. Yo asistí por casualidad a la representación de una de ellas en el teatro de los estudiantes universitarios, en Estocolmo. He aquí, pensé, un joven talento refrescante, un poco chiflado tal vez, inmaturo sin duda, pero con una cantidad de ideas audaces y fantásticas. Decidí, en ese mismo instante, averiguar si aceptaría trabajar en algún empleo en el estudio de la SF (Svensk Filmindustri), en Rasunda. Aceptó.

Empezó por escribir de nuevo algunos guiones, bastante malos por cierto, esforzándose para que fueran viables. No tuvo mucho éxito. Entonces un día, casi un año después, recibimos la primera sorpresa bergmaniana. Sobre mi escritorio apareció un manuscrito, no era un guión, sino una novela corta destinada al cinematógrafo. (Durante muchos años Bergman prefirió presentar un film en esta forma antes de escribir el guión.) Era «Hete», titulado

«Tormento» en los Estados Unidos y «Frenesí» en Inglaterra. La leí; fue una experiencia sorprendente. He aquí a un joven muy iracundo —mucho antes de que se pusieran de moda—, Un escritor que miraba el mundo por los ojos de un rebelde que no había cumplido los veinte años, que criticaba a sus padres con dureza, ofendía a sus maestros, hacía el amor con una prostituta, luchaba contra todo y contra todos con el fin de conservar su integridad y su decreto a ser desgraciado. El diálogo estaba lleno de altisonante belicosidad, y es lástima que el público estadounidense no haya visto hasta ahora más que una versión desastrosamente mutilada de «Tormento». La novela prometía convertirse en un éxito rotundo y tuvimos la suerte de conseguir que Alf Sjöberg ayudara a escribir el guión y que dirigiese la película.

Así empezó Bergman su carrera en el cinematógrafo. Fue también el comienzo de largos años de colaboración y amistad, años colmados de triunfos y de frustraciones, de alegrías y desilusiones, pero siempre llenos de palpitante interés. Las relaciones del productor con el escritor-director son algo delicadas y complicadas, y en este caso particular, con mucha mayor razón porque Ingmar Bergman no ha dejado de ser un niño rebelde. Ha sido siempre un problema, no sólo para los demás sino también para sí mismo, y creo que seguirá siéndolo. Tiene un temperamento nervioso y excitable en grado sumo, es sensible y apasionado, muy impresionable y fino, fácilmente irritable, a veces completamente despiadado en la prosecución de sus propios fines, desconfiado y terco, caprichoso, imprevisible. Su fuerza de voluntad es realmente extraordinaria. Es inevitable que surjan desavenencias y discrepancias entre nosotros y los dos lo sabemos, pero pronto las olvidamos. Al fin de cuentas tenemos una causa común: queremos hacer buenas películas.

Esta meta común ha sido posiblemente el elemento más importante de nuestra relación. Cuando me inicié como presidente de la Svensk Filmindustri, no sabía hasta qué punto un productor ambicioso se ve atrapado, inevitablemente, en un conflicto entre las aspiraciones artísticas y los intereses comerciales. El principal problema y el objetivo primordial como productor han sido para mí equilibrar estos intereses. Es el problema de todos los que trabajan en conjunto. Y siento que esta búsqueda del equilibrio ha acentuado mi relación con Bergman y le ha permitido utilizar el cinematógrafo como un medio de auto-expresión en un grado que pocos directores de hoy en día han logrado alcanzar.

No ha sido siempre fácil. Recuerdo los tiempos en que Bergman tenía muy mala prensa; cuando se lo consideraba difícil, fantástico, incomprensible,

presuntuoso; tiempos en que, realmente, necesitaba ayuda y comprensión. Y también cuando en la junta directiva de la misma SF, tenía yo a veces que luchar bastante duramente para apoyarlo. Desde el punto de vista financiero, una película de Bergman parecía un negocio arriesgado hasta hace poco tiempo; solamente cuando *Sonrisas de una noche de verano* fue exhibida en el Festival de Cannes, en 1956, obtuvo Bergman el reconocimiento general en Suecia y otros países, y aun mismo con ese reconocimiento, sus films no pueden ser todavía considerados grandes éxitos comerciales.

* * *

Generalmente, Ingmar Bergman me tiene al corriente de sus planes e ideas mucho antes de haberlas escrito. Algunas veces, cuando no está muy seguro de mi aprobación, acostumbra dejar caer indirectas, supuestamente confidenciales, a los miembros del personal con la intención de que lleguen a mis oídos en el momento oportuno y me preparen —y a él también— para lo peor. En esta forma me enteré de su propósito de realizar *El séptimo sello*. Sus precauciones resultaron innecesarias; mal podía yo rechazar un guión de semejante calidad ni siquiera si hubiera deseado hacerlo. Como productor comprendía perfectamente el riesgo financiero de una película con un tema tan serio. Pero prometía ser un film inusitado, superlativo. *Había* que hacerlo. Varios días con sus correspondientes noches, durante el Festival de Cannes, en mayo de 1956, discutimos el guión. Nos pusimos de acuerdo sobre algunos cambios, sobre los intérpretes y sobre el presupuesto. Teníamos la sensación de estar botando un barco grandioso y éramos realmente felices.

Uno o dos años antes, Bergman me había contado la historia que iba a convertirse en *Sonrisas de una noche de verano*. La idea parecía brillante y me complacía su deseo de realizar una nueva comedia. Desde hacía tiempo yo lo alentaba para que escribiese comedias, pero no se atrevía. Su primer intento en este sentido fue la escena —ahora famosa— del ascensor en *Secretos de mujeres*; después escribió *Una lección de amor*. Pero nunca puede saberse lo que va a ocurrir con una idea de Bergman. Algunas desaparecen misteriosamente y nunca se vuelve a saber de ellas. Algunas quedan descartadas aun después de haber escrito el guión. Otras cambian radicalmente. La historia de *Sonrisas de una noche de verano* resultó distinta por completo de la que él me había contado en un principio, tan distinta en realidad que se podría utilizar la historia original como argumento para otra

comedia sin que nadie advirtiese la relación... esto es si a Bergman algún día le faltaran ideas, lo cual parece sumamente improbable.

En general Bergman y yo discutimos detallada y largamente una película *antes* de empezar a hacerla. Luego seguimos hablando sobre ella *después* de terminada la ejecución y edición del film. Me niego a ver la película por partes en su estado rudimentario. Solamente cuando está acabado el montaje preliminar la vemos juntos. Una de mis pocas normas es no intervenir jamás en el trabajo dentro del estudio. Deseo dejar solo al director durante los momentos difíciles que debe afrontar. Este no es un privilegio especial otorgado a Bergman; rige para cualquier director que trabaje en nuestros estudios.

Muchas veces me han interrogado los periodistas extranjeros, especialmente los norteamericanos, sobre la musitada libertad otorgada al director de películas suecas. Esta libertad es parte de la herencia que hemos recibido de los buenos tiempos, ya lejanos, del cinematógrafo sueco. La Svensk Filmindustri es, en realidad, una de las más antiguas compañías cinematográficas del mundo; empezamos a producir películas hace más de medio siglo. En ese entonces presidía la compañía un hombre con espíritu de pionero: Charles Magnusson. Tenía coraje y visión. Deseaba dar al público algo más que un entretenimiento barato; deseaba que el cinematógrafo se convirtiera en una fuerza cultural comparable con el teatro. Con el objeto de elevar los niveles de producción convenció a dos eminentes actores-directores teatrales, Víctor Sjöström y Mauritz Stiller, que formaran parte de su compañía. Magnusson, que era fotógrafo, les enseñó a utilizar este nuevo medio de expresión. En pocos años estuvieron preparados para la grande aventura en la historia cinematográfica sueca que empezó con *Terje Virgen (Había un hombre)*, película basada en el poema de Ibsen del mismo nombre, siguió con *El carruaje fantasma* y *El tesoro de Sir Arne* y terminó con el film de Greta Garbo, *Gosta Berling*. Magnusson financiaba la empresa pero no intervenía para nada; Sjöström y Stiller tenían completa libertad de acción. Por eso los orígenes de la producción cinematográfica sueca tuvieron una íntima relación con el arte y las normas del teatro. Desde aquella época de oro de los clásicos cinematográficos suecos, nuestros directores han tomado del teatro sus ideales. Este acercamiento ha sido una influencia importante y es la razón, creo yo, por la cual nuestra actitud hacia la producción cinematográfica fue, y sigue siendo, profundamente diferente de la existente, pongamos por caso, en Hollywood. Es dolorosamente cierto que la realización de películas tiene el rostro de Jano: es a la vez un arte y una industria. Pero la tradición

establecida por Magnusson, Sjöström y Stiller ha impedido que los intereses comerciales derrotaran a los objetivos artísticos.

Esta diferencia de actitud explica una cantidad de cosas. Explica, ciertamente, por qué han sido realizadas algunas de las películas de Bergman. También puede explicar por qué algunos críticos extranjeros parecen ansiosos por colocar a Ingmar Bergman sobre un pedestal, como una especie de profeta, oculto a medias en nubes de profundo misterio e ininteligible simbolismo. Nosotros, en Suecia, no lo consideramos un profeta. Para nosotros posee una personalidad fascinadora y es un eminente escritor-director, un artista de visión, pero con los pies sólidamente plantados en el suelo. Sobre todo Bergman es un eslabón en la cadena que une el pasado y el presente en la historia del cinematógrafo sueco.

CARL ANDERS DYMLING

INTRODUCCIÓN

BERGMAN OPINA SOBRE LA FORMA DE REALIZAR PELÍCULAS

Durante la realización de *La fuente de la doncella*, estábamos en el Norte del país, en la provincia de Dalarna, en mayo, y era temprano por la mañana, alrededor de las siete y media. La campiña allí es áspera y nuestro elenco trabajaba junto a un pequeño lago en el bosque. Hacía mucho frío, alrededor de dos grados bajo cero, y de cuando en cuando algunos copos de nieve caían del cielo gris oscurecido por la lluvia. El elenco estaba ataviado con una extraña variedad de ropajes: impermeables, capas de hule, chaquetas tejidas de Islandia, chaquetas de cuero, viejas frazadas, sobretodos de cochero, trajes medievales. Nuestros hombres habían tendido unos treinta metros de herrumbrosos rieles combados, sobre el dificultoso terreno, para la plataforma que trasladaría la cámara. Todos ayudábamos a instalar los aparatos — actores, electricistas, maquilladores, *script-girl*, encargados del sonido— principalmente para entrar en calor. De pronto, alguien lanzó un grito y señaló hacia el cielo. Vimos entonces una grulla que planeaba alto sobre los abetos y luego otra, y después varias más que planeaban majestuosamente en círculo sobre nuestras cabezas. Todos dejamos lo que estábamos haciendo y corrimos a la cima de un monte cercano para ver mejor a las grullas. Nos quedamos allí un largo rato hasta que las aves regresaron hacia el Oeste, y desaparecieron sobre el bosque. Y de pronto pensé: esto es lo que significa hacer una película en Suecia. Esto es lo que puede ocurrir; así es como trabajamos todos juntos con nuestro viejo material y poco dinero, y así es cómo podemos repentinamente dejar todo por el placer de ver cuatro grullas que vuelan planeando sobre las copas de los árboles.

* * *

Mi vinculación con el cinematógrafo se remonta al mundo de mi infancia.

Mi abuela vivía en un viejo departamento muy grande, en Uppsala. Yo solía sentarme debajo de la mesa del comedor, «oyendo» la luz del sol que entraba a través de los ventanales. Las campanas de la catedral repiqueteaban y la luz del sol se movía y «sonaba» en una forma especial. Cierta día, cuando el invierno daba paso a la primavera y yo tenía cinco años, alguien tocaba el piano en el departamento contiguo. Tocaba vales, nada más que vales. En la pared había un cuadro de Venecia, enorme. Mientras los rayos del sol pasaban sobre el cuadro, el agua del canal empezó a correr; desde la plaza las palomas levantaron vuelo y las gentes conversaban y gesticulaban. Se oyó el tañido de las campanas, no de las campanas de la Catedral de Uppsala, sino de las del mismo cuadro. Y la música del piano también surgía de ese extraordinario lienzo veneciano.

Una criatura nacida y educada en un vicariato adquiere —entretelones— una temprana familiaridad con la vida y la muerte. Mi padre enterraba, casaba, bautizaba, daba consejos y preparaba sermones. El diablo era un conocido desde la más tierna infancia y en la mente del niño era necesario personificarlo. Aquí es donde entró en acción mi linterna mágica. Esta consistía en una pequeña caja de metal con una lámpara de carburo —todavía siento el olor del metal caliente— y las platinas de vidrio coloreado: Caperucita Roja y el Lobo y todas las demás. Y el Lobo era el Diablo, sin cuernos pero con cola y una boca abierta y roja, extrañamente real y sin embargo incomprensible, una imagen de malignidad y tentación proyectada sobre la pared floreada del cuarto de nuestra niñez.

Cuando cumplí los diez años me regalaron mi primer proyector de películas con su chimenea y su lámpara y su ruido. Me pareció desconcertante y a la vez fascinador. La primera película que me dieron tenía dos metros setenta de largo y era de color sepia. En ella se veía a una muchacha dormida en un prado; luego despertaba, se desperezaba y desaparecía por el costado derecho del film. Eso era todo. El éxito de la película fue rotundo y se proyectó noche tras noche hasta que se rompió del todo y ya no pudo ser arreglada.

Esta maquinita destartada fue mi primer equipo de prestidigitador. Y todavía hoy me digo, con pueril emoción, que soy realmente un mago, puesto que el cinematógrafo se basa sobre el engaño del ojo humano. He sacado en conclusión que si veo un film que tiene una duración de una hora, durante veinte minutos estoy sentado en la oscuridad más completa: el vacío entre cada toma. Cuando muestro una película soy culpable de superchería. Utilizo un aparato que está construido para sacar ventaja de ciertas debilidades

humanas, un aparato con el cual puedo influir sobre el público en una forma eminentemente emocional: hacerlo reír, gritar de miedo, sonreír, creer en cuentos de hadas, indignarse, sentirse chocado, encantado, profundamente conmovido o quizá hacerlo bostezar de aburrimiento. Por eso soy un impostor, o un mago con un aparato tan caro y tan maravilloso que cualquier anfitrión en la historia hubiera dado lo que no poseía por obtenerlo.

* * *

Para mí una película empieza por algo muy vago: una observación al azar o un fragmento de conversación, un acontecimiento indefinido pero agradable que no tiene relación con ninguna situación particular. Puede ser unos pocos compases de música, un rayo de luz en la acera de enfrente. A veces, en mi trabajo en el teatro, he imaginado actores maquillados para papeles que nunca han sido interpretados.

Estas son impresiones de un milésimo de segundo que desaparecen tan rápidamente como vienen, pero dejan detrás un estado de ánimo especial... como los sueños agradables. Es un estado mental, no un verdadero argumento, pero que abunda en asociaciones fértiles y en imágenes. Más que todo, es un hilo de brillante colorido que emerge del oscuro saco del inconsciente. Si empiezo a enrollar este hilo, y lo hago con cuidado, una película completa surgirá de él.

Este núcleo primitivo lucha por lograr su forma definitiva, moviéndose de tal suerte que el principio puede ser perezoso y medio soñoliento. Su despertar está acompañado de vibraciones y ritmo que son muy especiales y únicos para cada película. Las secuencias del film asumen entonces un molde en concordancia con estos ritmos nacidos de mi estímulo original y condicionado por él.

Si esta substancia embrionaria parece tener suficiente fuerza para convertirse en una película, decido materializarla. Entonces se produce algo muy complicado y difícil: la transformación de ritmos, estados de ánimo, atmósfera, tensiones, secuencias, tonos y perfumes, en palabras y frases, en un guión comprensible.

Esta es una tarea casi imposible.

Lo único que puede ser transferido satisfactoriamente de ese complejo original de ritmos y estados de ánimo es el diálogo, y hasta el diálogo es una substancia sensitiva que puede ofrecer resistencia. El diálogo escrito es como una partitura musical, casi incomprensible para el término medio de las

personas. Su interpretación exige una destreza técnica, además de cierta clase de imaginación y sentimiento: cualidades que tan frecuentemente brillan por su ausencia aún entre actores. Uno puede escribir el diálogo, pero cómo debe decirse, su ritmo y su tiempo, lo que debe ocurrir entre líneas —todo esto debe omitirse— por razones prácticas. Un guión detallado en esa forma sería ilegible. Yo trato de calzar instrucciones en cuanto al sitio, la caracterización y la atmósfera en mis guiones, en términos comprensibles, pero el éxito de esto depende de mi habilidad de escritor y de la percepción del lector, que no siempre son fáciles de predecir.

Ahora llegamos a lo esencial, es decir el montaje, el ritmo y la relación de una toma con otra: la tercera dimensión vital sin la cual el film es puramente un producto muerto salido de una fábrica. En este punto no puedo dar claramente una clave, como en una partitura musical, ni una idea específica del tiempo que determina la relación de los elementos implicados. Es completamente imposible para mí indicar la forma en que el film «respira» y late.

He deseado con frecuencia descubrir una especie de anotación que me permitiese estampar en el papel todos los matices y tonos de mi visión, registrar claramente la estructura interna de una película. Porque cuando me hallo en la atmósfera del estudio, demoledora para el arte, con las manos y la cabeza llenas de todos los detalles triviales e irritantes que forman parte de la producción cinematográfica, me cuesta a veces un tremendo esfuerzo recordar cómo vi y desarrollé en un principio tal o cual secuencia, o cuál era la relación entre la escena de cuatro semanas atrás y la de ese momento. Si pudiera expresarme claramente, con símbolos explícitos, entonces este problema quedaría casi eliminado y podría trabajar con la absoluta seguridad de que siempre que quisiera me sería posible probar la relación entre la parte y el todo, y palpar el ritmo, la continuidad del film.

Por eso el guión es una base *técnica* muy imperfecta para realizar una película. Y hay otro punto importante que deseo mencionar con respecto a esto. El film nada tiene que ver con la literatura; el carácter y la substancia de estas dos formas de arte se hallan generalmente en conflicto. Probablemente esto tiene alguna relación con el proceso receptivo de la mente. La palabra escrita se lee y asimila por un acto consciente de la voluntad en unión con el intelecto; poco a poco afecta la imaginación y las emociones. Con una película el proceso es distinto. Cuando sentimos un film, nos preparamos conscientemente para la ilusión. Poniendo a un lado la voluntad y el intelecto,

le abrimos paso a nuestra imaginación. La secuencia de tomas actúa directamente sobre nuestros sentimientos.

La música trabaja del mismo modo; yo diría que no hay forma de arte que tenga tanto en común con el cinematógrafo como la música. Ambos afectan nuestras emociones directamente, no por vía del intelecto. Y el cinematógrafo es principalmente ritmo; es inhalación y exhalación en continua secuencia. Desde la infancia, la música ha sido mi más grande fuente de recreación y estímulo y con frecuencia siento un film, o una pieza de teatro, musicalmente.

Sobre todo por esta diferencia entre el cinematógrafo y la literatura deberíamos evitar hacer películas extraídas de libros. La dimensión irracional de una obra literaria, el germen de su existencia, es, a menudo, imposible de traducir en términos visuales —y a su vez esto destruye la especial dimensión irracional del film—. Si a pesar de todo deseamos traducir algo literario a términos cinematográficos, debemos realizar un número infinito de complicados ajustes que con frecuencia dan escasos frutos (o ninguno) en proporción con el esfuerzo gastado.

Por mi parte, nunca experimenté la ambición de ser autor. No deseo escribir novelas, cuentos, ensayos, biografías, ni siquiera piezas de teatro. Sólo deseo hacer films —films sobre condiciones, tensiones, imágenes, ritmos y personajes que son importantes para mí— de una u otra forma. El cinematógrafo, con su complicado proceso de nacimiento, constituye mi método para decir lo que quiero decir a mis semejantes. Soy un realizador de películas, no un escritor.

Por eso, escribir el guión significa un período difícil pero útil, porque me obliga a probar con lógica la validez de mis ideas. Al hacerlo me hallo atrapado en un conflicto: un conflicto entre la necesidad de transmitir una situación complicada a través de imágenes visuales y el deseo de absoluta claridad. No es mi intención que mi trabajo sea únicamente en beneficio propio o de la minoría, sino que constituya un entretenimiento para el público en general. Los deseos del público son imperiosos. Pero a veces corro el riesgo de seguir mi propio impulso, y ha quedado demostrado que el público puede responder con sorprendente sensibilidad a la línea de desarrollo menos convencional.

Cuando empiezan las tomas lo más importante es que quienes trabajan conmigo sientan un contacto definido; que todos nosotros, en alguna forma, dejemos a un lado nuestros conflictos por el solo hecho de trabajar juntos. Tenemos que tirar todos en la misma dirección por el bien del trabajo emprendido. Algunas veces esto provoca discusiones, pero cuanto más

definitivas y claras son las «órdenes de marcha», más fácil es alcanzar el objetivo que nos hemos propuesto. Esta es la base de mi conducta como director y tal vez sea la explicación de muchas de las tonterías que se han escrito sobre mí.

Así como no puedo permitir que me preocupe lo que las gentes piensan y dicen de mi persona, creo que los críticos y comentaristas tienen todo el derecho de interpretar mis películas como les dé la gana. Rehusó explicar mi obra a los demás y no puedo decirle al crítico qué debe pensar; cada cual tiene derecho de comprender un film tal como lo ve. O se siente atraído o rechazado. Una película está hecha para crear reacciones. Si el público no reacciona de uno u otro modo, es una obra indiferente y sin valor.

Con esto no quiero decir que creo en ser «diferente» a cualquier precio. Mucho se ha dicho sobre el valor de la originalidad, y para mí esto es tontería. Se es o no se es original. Es completamente natural que los artistas reciban unos de otros, que den, presten y se conozcan unos a otros. En mi caso, mi mayor experiencia literaria fue leer a Strindberg. Hay obras suyas que todavía me ponen los pelos de punta: *The People of Hemsö*, por ejemplo. Y mi sueño es producir algún día su *Dream Play*. La producción de esta obra realizada en 1934 por Olof Molander constituyó para mí una experiencia teatral fundamental.

En el terreno personal, muchos seres han ejercido una enorme influencia en mi vida. Mis padres tuvieron importancia vital, no sólo en sí mismos, sino porque creaban un mundo contra el cual yo podía rebelarme. Había en mi familia un ambiente cordialmente sano contra el cual yo —joven planta sensitiva— me rebelaba con desprecio. Pero ese hogar estricto de clase media me proporcionó una pared para golpearme contra ella, para agudizarme. Al mismo tiempo aprendí una cantidad de valores —eficiencia, puntualidad, un sentido de responsabilidad financiera— que pueden ser llamados «burgueses», pero que son, con todo, importantes para el artista. Forman parte del proceso de fijarse a sí mismo normas severas. Hoy, como realizador de películas, soy escrupuloso, muy trabajador y extremadamente cuidadoso; mis films entrañan buena artesanía y mi orgullo es el orgullo de un buen artesano.

Entre las personas que han significado algo en mi desarrollo profesional se cuenta Torsten Hammaren, de Gothenburg. Llegué allí desde Halsingborg donde había sido director del teatro municipal durante dos años. No tenía idea de lo que era el teatro; Hammaren me lo enseñó durante los cuatro años que permanecí en Gothenburg. Luego, cuando di mis primeros pasos en el cinematógrafo, Alf Sjöberg —que dirigió *Tormento*— me enseñó muchísimo.

Y también Lorens Marmstedt, de quien aprendí realmente, desde los comienzos, cómo se hace cine, después de mi primer film que no tuvo éxito alguno. Entre las muchas cosas que aprendí de Marmstedt figura la siguiente regla incontrovertible: debe uno mirar su propia obra con extremada claridad y frialdad; debe ser uno endemoniadamente severo consigo mismo en el cuarto de proyecciones cuando se examinan las tomas del día. Además tengo que mencionar a Herbert Grevenius, una de las pocas personas que creyó en mí como escritor. Yo tenía dificultad para escribir guiones y me inclinaba cada día más a las piezas de teatro, al diálogo, como medio de expresión. Grevenius me alentó enormemente.

Finalmente está Carl Anders Dymling, mi productor. Es lo suficientemente loco como para tener más fe en el sentido de responsabilidad de un artista creador que en los cálculos de ganancias y pérdidas. Por consiguiente, puedo trabajar con una integridad que se ha convertido en el aire mismo que respiro y es una de las razones principales para que no quiera trabajar fuera de Suecia. En el instante en que pierda esta libertad, dejaré de hacer cinematógrafo, porque carezco de habilidad en el arte del acomodamiento. La única significación que tengo en el mundo de la pantalla reside en la libertad de mi capacidad creadora.

Hoy en día, el realizador cinematográfico con ambición debe andar sobre la cuerda floja sin una red debajo. Puede ser un mago, pero nadie hechiza al productor, al director de banco o a los dueños de la sala cuando el público se rehúsa a ir a ver una película y pagar el dinero mediante el cual les es posible vivir al productor, al director de banco, al dueño de la sala y al mago. El mago puede, entonces, ser despojado de su varita mágica; me agradecería medir la cantidad de talento, iniciativa y habilidad creadora que ha sido destruida por la industria cinematográfica en su máquina de hacer chorizos despiadadamente eficaz. Lo que en un tiempo fue un juego para mí se ha convertido ahora en una lucha. El fracaso, la crítica, la indiferencia del público, todo esto hiere más hoy que ayer. La brutalidad de la industria es franca; pero esto puede constituir una ventaja.

Y ya he dicho bastante en cuanto a las personas y al negocio cinematográfico. Se me ha preguntado como hijo de un pastor sobre el papel que desempeña la religión en mi pensamiento y en mi realización cinematográfica. Para mí, los problemas religiosos están continuamente en vigencia. Nunca dejo de preocuparme por ellos, sin cesar, todas las horas de todos los días. No obstante, esto no ocurre en el plano emocional sino en el intelectual. La emoción religiosa, el sentimentalismo religioso, son cosas de

las cuales me liberé hace mucho tiempo... espero. Para mí el problema religioso es un problema intelectual: la relación de mi mente con mi intuición. El resultado de este conflicto es generalmente una especie de torre de Babel.

En el terreno filosófico hay un libro que para mí fue de tremenda importancia: *Psicología de la personalidad* por Eiono Kaila. Su tesis de que el hombre vive estrictamente de acuerdo con sus necesidades —negativas o positivas— fue demoledora para mí, pero terriblemente cierta. Y construí sobre ese terreno.

Se me pregunta cuáles son mis intenciones con mis films, mis objetivos. Es una pregunta difícil y peligrosa y generalmente doy una respuesta evasiva: trato de decir la verdad sobre la condición humana, la verdad como yo la veo. Esta contestación parece satisfacer a todos, pero no es completamente exacta. Prefiero describir cómo *desearía* yo que fuera mi objetivo.

Existe una vieja historia sobre la catedral de Chartres que fue fulminada por un rayo y quedó arrasada. Entonces miles de personas llegaron desde los cuatro puntos cardinales, como una gigantesca procesión de hormigas, y juntas empezaron a reconstruir la catedral sobre el viejo solar. Trabajaron hasta que el edificio estuvo terminado: maestros de obra, artistas, obreros, buhoneros, nobles, sacerdotes, ciudadanos. Pero todos permanecieron en el anonimato y hasta el día de hoy nadie sabe quiénes construyeron la catedral de Chartres.

Haciendo caso omiso de mis propias creencias y dudas, que carecen de importancia en este sentido, opino que el arte perdió su impulso creador básico en el instante en que fue separado del culto religioso. Se cortó el cordón umbilical y ahora vive su propia vida estéril, procreando y prostituyéndose. En tiempos pasados el artista permanecía en la sombra, desconocido, y su obra era para gloria de Dios. Vivía y moría sin ser más o menos importante que otros artesanos; «valores eternos», «inmortalidad» y «obra maestra» eran términos inaplicables en su caso. La habilidad para crear era un don. En un mundo semejante florecían la seguridad invulnerable y la humildad natural.

Hoy el individuo se ha convertido en la forma más alta y en el veneno más grande de la creación artística. La más leve herida, o el dolor ocasionados al yo, son examinados bajo microscopio como si fuera cosa de importancia eterna. El artista considera su aislamiento, su subjetividad, su individualismo como si fueran casi sagrados. Y así finalmente nos reunimos en un corral grande donde nos quedamos baltando sobre nuestra soledad sin escucharnos los unos a los otros y sin advertir que nos estamos asfixiando unos a otros

hasta matarnos. Los individualistas se miran fijamente a los ojos y sin embargo niegan la existencia unos de otros. Andamos en círculos tan limitados por nuestras propias ansiedades que no podemos ya distinguir entre lo verdadero y lo falso, entre el capricho del *gángster* y el ideal más puro.

Por consiguiente, si se me pregunta qué es lo que desearía que fuera el propósito general de mis películas, contestaría que quiero ser uno de los artistas en la catedral, en el gran llano. Deseo hacer una cabeza de dragón, un ángel, un demonio —o tal vez un santo— tallada en la piedra. No importa cuál; lo que cuenta es el sentimiento de satisfacción. Haciendo caso omiso de si creo o no, de si soy cristiano o no, yo interpretaría mi parte en la construcción colectiva de la catedral.

INGMAR BERGMAN

SONRISAS DE UNA NOCHE DE VERANO

Una comedia romántica

SONRISAS DE UNA NOCHE DE VERANO

PERSONAJES

Anne Egerman	Ulla Jacobson
Desirée Armfeldt	Eva Dahlbeck
Charlotte Malcolm	Margit Carlquist
Petra, la criada	Harriet Andersson
Fredrik Egerman	Gunnar Bjornstrand
Conde Malcolm	Jarl Kulle
Frid, el cochero	Ake Fridell
Henrik Egerman	Bjorn Bjelvenstam
Señora de Armfeldt	Naima Wifstrand
La cocinera	Julian Kindahl
Malla, criada de Desirée	Gull Natorp

REALIZADORES

<i>Guión</i>	Ingmar Bergman
<i>Director</i>	Ingmar Bergman
<i>Director de fotografía</i>	Gunnar Fischer
<i>Música</i>	Erik Nordgren
<i>Decorados</i>	P. A. Lundgren
<i>Trajes</i>	Mago
<i>Maquillaje</i>	Carl M. Lundh
<i>Sonido</i>	P. O. Petterson
<i>Compilador</i>	Oscar Rosander
<i>Supervisor de producción</i>	Allan Ekelund

Duración: 108 minutos

Producida por Svensk Filmindustri; distribuida en los Estados Unidos por Janus Films, Inc., y en Gran Bretaña por Intercontinental Films Ltd.

Una tarde del final de la primavera de 1901.

Fredrik Egerman, abogado, cierra su libro mayor con un golpe que hace volar el polvo, lo coloca en el estante detrás de su escritorio, se quita los lentes, los guarda en el estuche, mira su reloj, le da varias vueltas de cuerda, pone orden en su escritorio —plumas, tintero, regla, papel de escribir y libros — peina rápidamente su barba con un peine de bolsillo, se pone de pie resueltamente y empieza a silbar mientras se dirige al cuarto contiguo que está ocupado por su notario y su secretario, quienes corren a ayudarlo a ponerse el abrigo. Egerman sonrío con amabilidad a sus empleados; éstos se inclinan respetuosamente.

FREDRIK: Buenas tardes, caballeros.

EMPLEADOS (*coro*): Buenas tardes, señor Egerman.

FREDRIK: Ya pueden cerrar.

EMPLEADOS: Gracias, señor Egerman.

FREDRIK: Salgan al sol, caballeros. Ya está aquí el verano.

Les hace un saludo de despedida con el bastón, se pone el sombrero y sale a la calle.

NOTARIO: ¿Qué le ha pasado al jefe?

SECRETARIO: ¡Oh! se me ocurre que es su mujercita que lo hace actuar como tonto.

NOTARIO: Sí, sí. Sí, sí. (*Hace una mueca y limpia el polvo de su escritorio con tapa-persiana*).

Fredrik Egerman silba contento mientras avanza por la calle con paso rápido, elástico, saludando ocasionalmente a algún transeúnte. Es un hombre muy conocido y altamente considerado en ese pequeño pueblo.

Ahora entra en el Estudio Fotográfico de Almgren y en la puerta lo recibe la mujer del dueño, una gorda agradablemente perfumada que luce un liviano vestido veraniego. Le hace una reverencia cortés y le pide que se siente en la primera oficina.

MUJER: ¡Adolf! El doctor Egerman está aquí en busca de sus fotografías.

Adolf sale del estudio. Es un hombre maduro con aspecto de artista, pelo enmarañado y un bigote divinamente teñido. Tiene en la mano unas fotografías que coloca sobre la mesa delante del señor Egerman. Una blanca cinta de sol atraviesa el mantel de deslumbrante limpieza.

ADOLF (*orgulloso*): Debo confesar que estos retratos de su joven esposa son de los mejores que hayan sido hechos en mi estudio.

Fredrik extiende las fotografías, muy juntas, una después de otra, y en la pequeña tienda reina un silencio absoluto. Adolf ha entrelazado las manos y avanzado una de sus piernas. Tiene la cabeza inclinada hacia un costado y una sonrisa de orgullo se dibuja en sus labios. La señora de Almgren ha cruzado los brazos sobre su amplio pecho y parece muy emocionada por los muchos retratos de la hermosa joven. Cuando se ha terminado la inspección, Adolf suspira profundamente y el señor Egerman junta con rapidez las fotografías. La señora de Almgren sale de su encantamiento con un curioso pequeño chasquido producido con la lengua.

FREDRIK: Una extraordinaria obra artística.

ADOLF: ¡El sujeto! El sujeto es siempre lo más importante.

FREDRIK: Sí; Anne Egerman es muy bella.

No puede ocultar un pequeño temblor de orgullo en la voz. Coloca las fotografías en su cartera mientras un billete cambia de dueño.

Saludos mutuos.

Adolf tiene abierta la puerta. Fredrik sale a la luz del sol, se coloca el sombrero con garbo sobre la cabeza y silba una melodía completamente nueva.

Ahora se detiene afuera de la Cigarrería de Hermanson y su mirada cae sobre un cartel que anuncia la presencia en la ciudad de una afamada compañía teatral. En la función de la noche presentan una comedia francesa, *Una mujer de mundo*, y el papel principal tiene por intérprete a Desirée Armfeldt.

Después de vacilar un momento Egerman entra en la cigarrería, compra dos asientos y un cigarro de precio. Lo enciende en una pequeña llama de gas, paga y sale prestamente, de nuevo, al sol.

Echando una rápida mirada al cartel se asegura que es ciertamente Desirée Armfeldt quien interpretará el papel principal.

Con paso lento y el rostro pensativo, Fredrik Egerman da vuelta la esquina y llega a su hogar.

Es una casa larga, chata, siglo dieciocho, de dos pisos, rodeada por un jardín con árboles frutales brotados.

Adentro la criada pelirroja le toma el sombrero, el abrigo y el bastón.

FREDRIK: ¿Está en casa mi mujer?

PETRA: ¡Por supuesto! La señora lo espera con el té. Preguntó varias veces por usted, señor.

FREDRIK: Me demoré un poco.

Fredrik se dirige al espejo de pared de gran tamaño, endereza su corbata y se arregla el pelo con las manos. Petra está justo detrás de él mirando lo que hace, a la expectativa.

FREDRIK: Ya ha llegado realmente el verano.

PETRA: Me gusta más el otoño.

FREDRIK: Ah.

PETRA: No el final del otoño, sino el principio del otoño.

FREDRIK: Dicho sea de paso ¿qué edad tienes, Petra?

PETRA: Dieciocho, señor.

FREDRIK: Una linda edad.

PETRA: ¿Usted también lo cree?

FREDRIK: ¡Hum! A propósito de eso ¿ha llegado mi hijo?

PETRA: Está en la sala leyendo en alta voz para la señora.

Fredrik inclina la cabeza sonriendo a Petra, quien hace una profunda reverencia y le devuelve la sonrisa.

La mesa junto a la ventana está tendida para el té. La tetera hierve despacio y el perfume de pimpollos de cerezo llega desde la mesa del salón. En el centro de un layo de sol está sentada Aune, ataviada con un vestido amarillo con un diseño de flores bordado en la falda, y un cinturón de plata finamente labrada alrededor de su delgada cintura. El sillón grande de terciopelo rojo abraza su pequeño cuerpo; está activamente ocupada con un bordado estirado en un amplio marco circular.

En un banquillo, a sus pies, se halla sentado el hijo de Fredrik, Henrik, un apuesto joven de alrededor de diecinueve años. Lee en voz baja.

HENRIK: ...Discutiendo sobre la *tentación* dice Martín Lutero: No podemos evitar que los pájaros vuelen sobre nuestras cabezas pero podemos evitar que aniden en nuestros cabellos.

FREDRIK: Buenos días, hijos míos.

Los dos levantan la vista. Anne con una expresión de felicidad, arroja su bordado, corre hacia su marido, lo abraza y permite que él la bese.

FREDRIK: ¡Hola! señora Mia. Perdóname por haberte hecho esperar para el té, pero veo que has estado acompañada.

Se vuelve hacia su hijo con expresión irónica. Se dan un apretón de manos y se inclinan levemente.

FREDRIK: Hola, hijo. ¿Cómo te fue de examen? Qué pregunta tonta. Naturalmente pasaste en forma sobresaliente.

ANNE: Henrik recibió felicitaciones de su profesor. Dijo que era agradable conocer a un teólogo que, para cambiar, no era un idiota.

FREDRIK: Y tu decisión de ser pastor sigue firme.

ANNE: ¡Fredrik! Vamos, no seas cruel.

HENRIK: ¡Papá!

FREDRIK: ¡Bueno, bueno! Pero no he dicho nada.

Fredrik extrae del bolsillo las entradas para el teatro y las coloca frente a su mujer.

ANNE: ¡Oh, Fredrik! ¡Qué lindo! ¿Vamos al teatro esta noche? ¿Qué me pondré? ¿Cómo encontraste tiempo? Es maravilloso. ¿Qué vestido me pondré? Piensa, has encontrado tiempo para ir al teatro con tu pequeña Anne. Mira, Henrik, una entrada para el teatro.

FREDRIK: Quizá prefieras ir con Henrik. Pensé que...

ANNE: ¡Cuando tengo una oportunidad de ir contigo! Nunca tienes tiempo. Qué tonto eres. ¿Qué me pondré? ¿El vestido azul con las plumas o quizá el amarillo? ¿Es una comedia lo que vamos a ver? ¡Sí! ¡Ya sé! ¡El blanco! El blanco va bien tanto para reír como para llorar.

Ya está en el dormitorio y ha abierto las puertas de los grandes roperos con espejos. Los vestidos la rodean como una espuma.

FREDRIK (*disculpándose*): Fue un descuido de mi parte comprar sólo dos entradas, pero pensé que una comedia es un entretenimiento demasiado mundano para un hombre del clero.

HENRIK (*dolorido*): Naturalmente.

FREDRIK: Para poder disfrutar bien del espectáculo sugiero que descansemos unas horas. ¿Nos perdonas, querido Henrik, si te dejamos un rato? Nos veremos a la hora de comer.

Fredrik sonríe con descaro, pone a un lado su taza y entra en el dormitorio cerrando la puerta tras sí. Henrik se muerde el labio y se pasea dando vueltas por la alfombra tupida. Petra, la pelirroja, aparece y empieza a levantar el juego de té. Henrik se detiene junto al piano de cola y mira tímidamente a la joven.

HENRIK: No siga caminando así.

PETRA: ¿Qué quiere decir, señor Henrik?

HENRIK: Lo que digo. No siga caminando de esa manera.

PETRA: ¿Cómo?

HENRIK: Está balanceando las caderas.

PETRA: ¡Sí! Qué gracioso. Pues sí; mire.

Se contempla por encima del hombro en el espejo grande de pared. Henrik le da un pellizco en el brazo y la besa con ferocidad, apretando fuertemente los labios. Recibe una rápida palmada. La joven se endereza la trenza de pelo sobre la oreja y levanta la pesada bandeja en sus brazos vigorosos. Luego se marcha, balanceando atrevidamente las caderas.

Henrik se deja caer frente al piano e improvisa algunos pasajes tormentosos. La puerta se abre cuidadosamente y de la penumbra del dormitorio emerge Anne, vestida con un flojo *négligé* de aspecto angelical. Él deja de tocar y se vuelve con violencia hacia ella, pero ella le tapa los labios con los dedos y habla en un susurro.

ANNE: Tienes que ser menos ruidoso. Tu padre ya está dormido.

Henrik baja la cabeza y Anne le da unas suaves palmaditas. Luego regresa a la silenciosa penumbra del dormitorio donde las persianas cerradas no dejan entrar la fuerte luz de la tarde.

Su marido duerme solemnemente, de espaldas, con los dedos entrelazados sobre el pecho. Parece un rey muerto sobre un sarcófago —un rey muerto satisfecho con su muerte. Anne se acuesta junto a él y cierra los ojos. El silencio es absoluto. Una mosca solitaria pasea en el rayo de sol que cruza la mesa de noche. Se oye el rápido tictac de un relojito en alguna parte del cuarto. Ahora Fredrik Egerman se vuelve sobre un costado. Estira el cuello con una, sonrisa feliz y frunce los labios. Los ojos de Anne se abren apenas y miran furtivamente al marido dormido.

Sí, está sonriendo muy contento, se diría casi con deleite.

FREDRIK: Mmm... mum... m... m... uh...

Su nariz se dilata, sus cejas se bajan, sus párpados tiemblan levemente. Anne halla una diversión completamente nueva y secreta en esto. Permanece de espaldas y vuelve el rostro hacia su marido. Le es difícil no reír.

Ahora Fredrik levanta la mano derecha y la coloca con extrema suavidad contra la mejilla de su mujer. Ella permanece completamente inmóvil y cuando la mano con lentitud empieza a acariciarle el cuello y el hombro, tiritita y cuidadosamente le besa la palma.

Ahora la mano le toca apenas el pecho, y las puntas de los dedos buscan más allá, pasando la suave curva del hombro.

Lentamente, cuidadosamente, Anne se acerca más a su marido. Su boca está muy cerca de la de él y éste, en su sueño, parece sentir esa proximidad. La besa con súbita pasión, la abraza y la acerca a él. Ella lo sigue gustosa, secretamente tentada por este hombre desconocido.

Él repite su beso, más apasionado aún, tanto que casi le duele. La boca busca el camino, bajando por el cuello de la joven mientras murmura con creciente ardor.

FREDRIK: Desirée... cómo te he deseado. Desirée... como te he...

Los ojos de Anne se aclaran y tiembla como si se hubiera lastimado. Un minuto trata de responder a esa pasión, pero los ojos se le llenan de lágrimas y con sumo cuidado, con infinita suavidad, se deshace del abrazo. Lanzando un suspiro que denota un estado de ánimo indefinido, Fredrik Egerman vuelve a

asumir su actitud de rey muerto extendido sobre un sarcófago. La única diferencia es que ya no parece tan contento. Su mujer se enjuga los ojos llenos de lágrimas y se sienta en la cama. Tiene algo en qué pensar.

* * *

La ciudad cuenta con un magnífico viejo teatro donde la burguesía, la nobleza militar y civil, se encuentran frecuentemente para mirarse unos a otros y también para ver algunos espectáculos de primera presentados por algunas compañías de primera.

Fredrik Egerman y su mujer ocupan dos asientos en un palco cerca del escenario. Anne está sentada adelante; tiene el rostro tranquilo y expectante. Las manos descansan sobre sus faldas; parece completamente absorbida por la pieza. Fredrik se halla sentado inmediatamente detrás de su mujer y un poco hacia un costado. También está vestido de etiqueta y mira más a Anne que al escenario.

La escena representa un elegante salón con una enorme alfombra de Bruselas que cubre el inclinado piso del escenario sobre la cual se han desparramado muebles de acuerdo con las convenciones de la comedia francesa. Dos damas jóvenes, sumamente elegantes, se hallan en la mitad de una conversación vivaz y completamente artificial.

PRIMERA DAMA: Dígame algo sobre la Condesa. Como usted sabe, no la conozco, sólo la he visto de lejos.

SEGUNDA DAMA: Su pedido es completamente comprensible, querida señora Vilmorac, y trataré lo mejor posible de describirle la personalidad de la Condesa, a pesar de que es demasiado rica en misteriosas contradicciones para permitir que se la describa en unos pocos momentos.

PRIMERA DAMA: Se dice que el poder de la Condesa sobre los hombres es extraordinario.

SEGUNDA DAMA: Hay en eso una gran verdad, señora, y sus amantes son tantos como las perlas del collar que siempre usa.

PRIMERA DAMA: Su propio marido, señora de Merville, es supuestamente una de las perlas más bellas ¿verdad?

SEGUNDA DAMA: Se enamoró inmediatamente de la Condesa. Lo tuvo de amante durante tres meses y después de eso lo volví a recobrar.

PRIMERA DAMA: Y su matrimonio quedó deshecho.

SEGUNDA DAMA: ¡Por el contrario, señora! Mi marido se había vuelto un amante tierno, afectuoso, admirable; un marido fiel y un padre ejemplar. Estoy eternamente agradecida a la Condesa. Le mandé unos cuantos regalitos y nos convertimos en íntimas amigas.

PRIMERA DAMA: Tiemblo ante semejante falta de decencia.

SEGUNDA DAMA: Le aseguro que la falta de decencia de la Condesa es de lo más moral y su influencia ennoblece mucho a todos los hombres, de cualquier clase que sean.

En ese momento se abre la puerta colocada en el centro del escenario en el fondo, y entra un sirviente.

SIRVIENTE: La Condesa Celimèene de Francen de la Tour de Casas.

Aparece Desirée Armfeldt ataviada con un enorme vestido deslumbrante. La salva de aplausos desde la oscuridad de la sala llega hasta ella como olas rompiendo sobre una playa. Fredrik aplaude y Anne también deja traslucir su beneplácito mediante un ligero palmoteo de sus manos enguantadas.

ANNE: ¿Quién interpreta el papel de la Condesa?

FREDRIK: La Armfeldt, si no me equivoco.

ANNE: ¿No se llama Desirée?

FREDRIK: Por supuesto, Desirée Armfeldt.

ANNE: ¿Me prestas los anteojos de teatro?

Anne empuña los gemelos y examina cuidadosamente a la Armfeldt, quien se ha adelantado al primer plano del escenario. De pronto Anne se vuelve hacia su marido.

ANNE: Nos miró. ¿Por qué hizo eso?

FREDRIK: No creo que nos mirara especialmente nosotros.

ANNE: Nos miró y luego sonrió. ¿Por qué hizo eso?

FREDRIK: Todas las actrices sonríen cuando agradecen al público.

ANNE (*con ferocidad*): Es bellísima.

FREDRIK: Querida niña, eso es nada más que maquillaje.

ANNE: ¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿La has visto fuera de la escena?

¡Mira el collar que lleva puesto! Todos los amantes, por supuesto.

FREDRIK: Sí, sí, sí, sí, sí, sí. (*Suspira*)

Anne lanza a su marido una ojeada de sombría sospecha. Fredrik Egerman sonríe con perplejidad, avanza el mentón y simula interesarse de nuevo en la pieza. Anne se mueve, inquieta, en la silla. La seda cruje; sus hombros desnudos están tensos. Fredrik vuelve a suspirar, pero esta vez silenciosamente, para sí mismo.

DESIRÉE: ...sabemos que todo hombre tiene su dignidad. Nosotras las mujeres tenemos derecho a cometer cualquier crimen contra nuestros maridos, nuestros amantes, nuestros hijos, siempre que cuidemos de no herir su dignidad. Si lo hacemos somos estúpidas y debemos sufrir las consecuencias. Deberíamos convertir la dignidad de los hombres en nuestra mejor aliada, y acariciarla, acunarla, hablarle con ternura, y tratarla como a nuestro máspreciado juguete. Entonces el hombre está en nuestras manos, a nuestros pies, o en cualquier otra parte que momentáneamente deseemos que esté.

PRIMERA DAMA: ¿Cree usted que esto puede combinarse con el amor verdadero, sincero?

DESIRÉE: No olvide, señora, que el amor es un perpetuo juego malabar con tres clavos. Sus nombres son corazón, palabra y sexo. Qué fácil es lanzar al aire estas tres clavos y qué fácilmente puede caerse una de ellas.

En ese momento Fredrik descubre que su mujer está llorando quedamente, con el desconsuelo de una chiquilla. Sus hombros delicados, bien moldeados, se sacuden y tiene la cabeza inclinada. Las lágrimas caen profusas sobre el vestido de seda blanco, y el labio inferior de su boca generosa tiembla triste, húmedamente. Fredrik se inclina con dulzura sobre ella.

ANNE (*susurra*): ¡Quiero irme a casa!

Fredrik asiente, tranquilizador, y conduce a su mujer fuera del palco, después de haberle echado sobre los hombros, con extremo cuidado, el amplio abrigo de noche.

Petra, cuando abre el portón, tiene un aspecto algo desgredado. Se ha puesto una falda sobre el camisón. Tiene los brazos desnudos; su pelo rojo está suelto y cae como un manto sobre sus hombros.

PETRA: ¿Se acabó ya el teatro?

FREDRIK: Mi mujer se sintió mal. Ayúdala a acostarse, Petra.

PETRA: Sí, señor.

Hace una reverencia y sus ojos miran con curiosidad del uno a la otra. Ha colocado la vela sobre la mesa y ayuda a Anne a quitarse el abrigo. Fredrik Egerman entra en el salón y aumenta la luz de gas. Henrik mira a su padre como si estuviera viendo a un fantasma. Está sentado en el sofá, cerca de la ventana y sostiene una guitarra con fuerza espasmódica, como si fuera un salvavidas. Tiene las ropas y el pelo desarreglados y se ha sonrojado violentamente. Sobre la mesa, cerca del sofá, hay dos copas de vino y una botella de *champagne* dentro de un balde con hielo.

Su padre simula no advertir la confusión del muchacho; se dirige al aparador de donde extrae una copa, se sirve *champagne* y le hace una inclinación de cabeza a su hijo.

FREDRIK: *Skoal*, hijo.

Henrik no contesta el saludo. Se pone de pie y mira por la ventana. Su padre lo observa un momento, se aleja y baja la llama del gas de modo que el cuarto queda en la penumbra de nuevo. Luego se sienta en el sofá.

FREDRIK: De modo que aprendes a tocar la guitarra. No sabía que eso era parte de la educación del clero protestante.

Henrick sigue sin contestar, pero deja la guitarra. Fredrik se agacha y se sirve otra copa de *champagne*.

FREDRIK: Excelente vino. Tienes buen gusto. Me alegro que estés celebrando tus exámenes.

HENRIK: Me siento tan horriblemente desgraciado.

FREDRIK: Sí, por supuesto.

HENRIK: Eso es una ironía.

FREDRIK: Dices que eres desgraciado y no puedo comprender por qué. Eres joven, estamos en primavera, brilla la luna, has pasado tus exámenes, tienes *champagne* y una muchacha que es realmente atrayente. Sin embargo, dices que eres desgraciado. La juventud exige mucho.

HENRIK: Pero no la amo.

FREDRIK: Razón de más para estar contento.

HENRIK: Pecamos y fue un fracaso completo.

FREDRIK: Si te arrojan al suelo, vuelve a montar antes que te gane el miedo. Esa regla puede aplicarse tanto al amor como a la equitación.

HENRIK: ¡Oh! me das náuseas.

Fredrik se encoge de hombros y bebe su *champagne*. Henrik se sienta en una silla incómoda.

FREDRIK: ¿Por qué tienes que complicar todo, muchacho? El sexo es el juguete del joven y del viejo. El amor es... es... hum...

HENRIK: De modo que los jóvenes no pueden amar.

FREDRIK: Sí, claro que sí. Un joven siempre se ama a sí mismo, ama a su amor de sí mismo y a su amor por el amor mismo.

HENRIK (*irónico*): Pero a tu edad madura, por supuesto, uno sabe lo que significa amar.

FREDRIK: Creo que sí.

HENRIK (*irónico*): Eso debe ser maravilloso.

FREDRIK: Es terrible, hijo, y uno no sabe cómo soportarlo.

HENRIK: ¿Eres sincero ahora, papá?

Su padre hace una pequeña mueca que tiene la intención de ser una sonrisa. Henrik lo mira casi con vergüenza.

HENRIK: No puedes imaginarte lo generosa que estuvo Petra. «Mejor suerte la próxima vez», me dijo sonriente.

FREDRIK: ¿Qué dijiste? Sí; por supuesto. La iniciación es siempre una miserable farsa, hijo, y es una suerte muy grande que las mujeres no lo toman en serio como nosotros, porque sino la raza humana se terminaría.

HENRIK: Te ríes de todo.

Petra aparece en la puerta del dormitorio. Dice algo hacia el interior del cuarto y luego se vuelve y se dirige a Fredrik Egerman.

PETRA: La señora quiere darle las buenas noches, señor.

Fredrik se levanta en seguida, pero se detiene en la puerta y mira, divertido, a los jóvenes. Henrik se sonroja, profundamente avergonzado, pero Petra le devuelve a Fredrik la sonrisa con ojos alegres y picarescos.

FREDRIK: ¡Eres una muchacha capaz, Petra! Haré que te suban el sueldo desde el primero de mes.

El dormitorio está oscuro, salvo por el suave relumbre de un velador de llama vacilante. La cama camera proyecta un resplandor desde el fondo del cuarto, pero Fredrik no alcanza a ver el rostro de su mujer. Lo recibe una vocecita lastimera que reconoce apenas.

ANNE: ¿No puedes sentarte allá en el sillón? No; no te acerques porque he llorado tanto que tengo la cara toda hinchada.

Fredrik se sienta en el sillón, enciende la pipa y da unas profundas bocanadas.

ANNE: Qué agradable cuando fumas tu pipa. Todo parece tranquilizarse.

FREDRIK: ¿Cómo te sientes, chiquita?

ANNE: ¿Soy un ser despreciable?

FREDRIK: Eres la felicidad y la alegría de muchas personas.

ANNE: ¿Es cierto eso? Pero uno no puede ser un éxito desde el principio, por supuesto. ¿Me amas? No debes amar a nadie más que a mí.

FREDRIK: Mi chiquita.

ANNE: Eso es lo que dices siempre. ¿Has querido a muchas mujeres? ¿Eran hermosas? Algunas veces tengo miedo de todos tus recuerdos.

FREDRIK: Antes que tú y yo nos casáramos, me sentía bastante solo. A veces pensé que ni siquiera existía.

ANNE: ¿Recuerdas cuando yo era chica y tú ibas a casa de mis padres por la noche y me contabas cuentos de hadas hasta que me quedaba dormida? ¿Te acuerdas?

FREDRIK: Sí; me acuerdo.

ANNE: Entonces eras el «tío Fredrik» y ahora eres mi marido. (*Risita contenida.*) ¿No es curioso? Tengo que reírme a pesar de que estoy llorando.

Se produce un silencio que dura unos instantes.

ANNE: Si no me miras puedes acercarte y darme un abrazo.

Fredrik se pone de pie, se acerca a la cama, se sienta en el borde y se inclina hacia su mujer. Ella lo abraza y lo atrae contra su mejilla.

ANNE: ¿Tendrías celos?

FREDRIK: ¿Celos?

ANNE: ¿Si Henrik empezara a cortejarme? ¿O si yo me enamorara un poquito de él? Te digo esto tan sólo como un ejemplo.

FREDRIK: Qué ideas tontas tienes.

ANNE: ¿*Tendrías* celos? Dime.

FREDRIK: No puedo contestar si no me permites que me enderece. Sí, creo que tendría celos, porque tú eres tan joven y yo soy tan viejo (*en voz más baja*) y porque los quiero a los dos.

ANNE: Sí; eres muy viejo, en realidad. ¿Por qué te casaste conmigo? ¿Puedes contestar esa pregunta?

FREDRIK: ¿Se trata de un interrogatorio?

ANNE: Tal vez pensaste que era bonita.

FREDRIK: Sí, por supuesto. Muy bonita.

ANNE: Distinta a tus otras mujeres.

FREDRIK: Eso también.

ANNE: Y tenía sólo dieciséis años entonces.

FREDRIK: Sí, sí, eso también.

ANNE: Y era una buena ama de casa y casi siempre contenta.

FREDRIK: Me hiciste feliz.

ANNE: De modo que el lobo pensó: ¿me pregunto cómo será con una jovencita?

FREDRIK: ¿Eso crees?

ANNE: Confiesa que el lobo tuvo malos pensamientos.

FREDRIK: Sí, quizá el lobo pensó algunas veces...

ANNE: Y luego el lobo se sintió desilusionado.

FREDRIK: ¿Por qué se sentiría desilusionado?

Ella no contesta, pero lo atrae más cerca de sí y lo abraza fuertemente.

ANNE: Estabas tan solo y triste ese verano que yo te tenía una lástima terrible, y entonces nos comprometimos y fui yo quien lo sugirió. Tonto, ¿te has olvidado?

FREDRIK: Uno se vuelve tan olvidadizo cuando se pone viejo.

ANNE: Ahora quiero dormir.

Busca la boca de su marido y lo besa apasionadamente. Él le devuelve el beso, pero ella se aparta en seguida y lo mira sonriente.

ANNE: Algún día voy a ser realmente tu mujer y entonces tendremos un hijo.

FREDRIK: Sí, por supuesto.

ANNE: Debes ser paciente conmigo.

Fredrik asiente con la cabeza y se aparta de ella. Ella le agarra fuertemente la mano y la aprieta contra su boca. Luego bosteza.

ANNE: ¿Vas a acostarte en seguida?

FREDRIK: Tal vez me quede levantado un ratito más.

ANNE: Entonces, buenas noches.

Se da vuelta de costado en posición de dormir y Fredrik, silenciosamente, se desliza hacia la puerta.

ANNE: La pieza no era divertida.

FREDRIK: Pero no vimos casi nada.

ANNE: Me pregunto qué edad puede tener esa Armfeldt.

FREDRIK: No lo sé, realmente.

ANNE: Lo menos cincuenta. ¿No te parece?

FREDRIK: Oh, no, no creo.

ANNE: Buenas noches.

FREDRIK: Buenas noches.

Fredrik sale en puntas de pie del dormitorio y cierra cuidadosamente la puerta. El salón está vacío. La botella de *champagne* está todavía en la mesa. Empieza a dar pasos por el borde de la alfombra; está intrigado y pensativo. La puerta del dormitorio de Henrik se halla entreabierta. Desde el corredor oscuro Fredrik alcanza a ver a Petra sentada en una silla-hamaca. La muchacha bosteza y parece distraída. Adentro del cuarto se oye un murmullo constante. Es Henrik quien lee en voz alta un texto sobre la virtud.

HENRIK: La Virtud es una cosa continuada que no debe ser interrumpida, porque si se interrumpe la Virtud ya no es más Virtud. Como tampoco merece el nombre de Virtud la Virtud surgida de una nueva resolución o que acaba de ser adquirida. La Virtud siempre se yergue en oposición no sólo del acto indecente sino también, y en mayor grado, del pensamiento desvergonzado o el acto imaginado. La Virtud coloca un arma en manos

del virtuoso y aunque la tentación implica un ataque, no significa necesariamente una caída. Sobre todo esto, dice Martín Lutero... Pero no estás oyendo lo que leo.

PETRA: Estoy escuchando con atención, pero no lo comprendo.

HENRIK: De modo que estás sentada ahí pensando en alguna otra cosa.

PETRA (*herida*): No, no estoy pensando en eso para nada. Estaba pensando en tu padre.

HENRIK: Mi padre es un viejo cínico.

PETRA: A mí me gusta. Tiene ojos tan penetrantes. Cuando me mira siento un hormigueo en todas mis curvas.

HENRIK: Eres lasciva y voluptuosa, ¿sabes eso?

PETRA (*suspira*): Es una lástima que seas tan simpático por un lado y tan complicado por el otro.

HENRIK: ¿Qué quieres decir con eso?

PETRA: Nada, en realidad. Eres simpático como un cachorrito.

La muchacha ríe encantada y se hamaca en la silla. Henrik la mira con sombría seriedad.

HENRIK: ¿Por qué despierta la tentación un bello rostro, y por qué está tan lleno de rocas el sendero recto y angosto? ¿Puedes decirme por qué?

PETRA: Se me ocurre que es porque se necesita mirar algo lindo cuando uno camina ahí entre las piedras.

Henrik suspira y mueve negativamente la cabeza; lo mismo hace Fredrik Egerman en la oscuridad. Petra se levanta de la mecedora y da unas palmaditas en la mejilla del joven. Luego bosteza y sale, dirigiéndose a su cuarto, arriba. Henrik cierra el libro y lo arroja contra el suelo; se siente muy desgraciado. Su padre se aleja furtivamente sin ser visto.

Cuando Fredrik entra detrás del escenario del teatro, la función acaba de terminar y los actores saludan al público. El hombre que corre el telón trabaja como mono entre las cuerdas y todas las luces están encendidas. Por fin Desirée se presenta sola, aclamada por los aplausos y rodeada de flores. El telón ha bajado; ella se retira y se detiene, relajada, con la cabeza inclinada, junto a Fredrik, pero sin verlo. El aplauso continúa, sube el telón. En el momento justo en que la actriz va a salir para el último aplauso, lo ve. Su rostro pequeño y fatigado, se aclara. Le ofrece la mano y aprieta la de él sin decir palabra y luego sale al escenario.

Luego el telón cae por última vez y el público se aquieta. Los operarios se hacen cargo del teatro. Desirée se retira, le alcanza las flores a una mujer pequeña vestida de negro y tocada con un viejo sombrero de paja.

Desirée vuelve a tomar de la mano a Fredrik. Seguida por su criada lo conduce arriba y lo guía por un corredor largo donde unas lámparas de petróleo dan una luz de llama tenue y amarillenta.

El camarín de Desirée es amplio, pero con techo bajo. Tiene dos ventanas cubiertas por visillos pintados. En medio del cuarto se halla la mesa-tocador y en la pared del fondo un espejo que llega hasta el techo. Un biombo alto, unos sillones confortables, un diván y una bañera grande, llena de agua, completan el ambiente. Sobre la mesa, cuatro botellas de cerveza y un plato de *sandwiches* gruesos y tentadores.

En cuanto Desirée ha hecho entrar a Fredrik en el camarín y Malla, la encargada de su guardarropa, ha cerrado la puerta, ella lo besa con pasión.

DESIRÉE: ¡Fredrik!

Le acaricia las mejillas y lo mira en los ojos. Está, casi, un poco emocionada.

DESIRÉE: Fredrik. ¡Qué lindo! ¿Quieres un *sandwich*?

FREDRIK: Sí, por favor.

Malla ha servido la cerveza espumosa y empieza a desvestir a Desirée.

DESIRÉE: Me pongo tan horriblemente hambrienta.

Los dos comen *sandwiches* en silencio y beben cerveza. Fredrik está un poco incómodo con la boca llena de comida.

Desirée se quita el vestido, saliendo de él como si fuera Venus surgiendo de las aguas. Luego se quita el corsé. Respira tan hondo que las costillas le crujen.

DESIRÉE: ¡Ay Dios! Ahora vuelvo a vivir. ¡Siéntate! No; ahí no. ¡Ahí!

Lo conduce al diván y se queda de pie frente a él con las piernas levemente separadas, mientras continúa mascando el *sandwich* con fruición. En la otra mano sostiene el vaso de cerveza.

DESIRÉE: Pero Fredrik, te pones colorado.

FREDRIK: Debe ser porque hueles tan bien.

DESIRÉE: El perfume de siempre.

FREDRIK: Sí; por eso es.

DESIRÉE: Y te has casado.

FREDRIK: Sí; me volví a casar. Me sentía muy solo sin nadie junto a mí.

DESIRÉE: Levántate; ven aquí. Ahora dame otro abrazo.

Fredrik se pone de pie obedientemente y se acerca a ella. Ella deja el *sandwich* sobre la mesa, posa también el vaso de ella y el de él y se limpia la boca con el dorso de la mano. Luego le rodea la cintura con sus brazos desnudos, lo aprieta contra ella y lo mira sonriente en los ojos.

DESIRÉE: ¿Tienes preocupaciones, verdad?

FREDRIK: ¿Se me nota?

DESIRÉE: Tonto, idiota, camello, qué inusitadamente humano pareces.

FREDRIK: Gracias por los piropos.

DESIRÉE: ¿Te duele la maquineta, o el corazón como lo llaman en general?

FREDRIK: No vine por eso.

DESIRÉE: No; por cierto. Siempre han sido tus sentimientos más nobles los que te trajeron a Desirée.

FREDRIK: Sí; es realmente curioso. Hoy cuando dormí un rato, antes de la comida, con mi mujer, soñé contigo en un... humm... sueño corto. De pronto advertí que había susurrado tu nombre mientras dormía, repetidamente, cuando acariciaba a mi mujer. Por suerte, no creo que Anne se dio cuenta de nada.

DESIRÉE (*ríe*): ¡Mi Dios querido! ¡Qué conmovedor! «En mis sueños ella estaba siempre viva».

Lo empuja lejos de sí con una expresión de descontento, de ofensa, y vuelve a su cerveza y al *sandwich*.

FREDRIK (*cortés*): No sabía que te habías vuelto cruel en tu vejez.

DESIRÉE: Vejez, vejez..., ¿qué estás diciendo? Hace tres años que tengo veintinueve, y ésa no es mucha edad para una mujer de mi edad.

FREDRIK: Mi joven mujercita adivinó que debes estar alrededor de los cincuenta. ¿Qué dices a eso?

DESIRÉE: ¡Qué arpía! (*Con seriedad*.) ¡Fredrik! Estoy segura que sabe.

FREDRIK: ¿Qué es lo que sabe?

DESIRÉE: Lo que dijiste de mí en tus sueños.

FREDRIK: Ahora que lo pienso, estaba bastante turbada. Lloró y me hizo las preguntas más raras. Anne no es ninguna idiota.

DESIRÉE: No puede serlo si se arriesgó a casarse contigo.

Fredrik de pronto se pone serio. Junta las palmas de las manos y se mira fijamente la punta de los dedos, con perplejidad.

FREDRIK: Si no te ríes te diré una cosa.

DESIRÉE: ¿Quieres más cerveza u otro *sandwich*?

Él mueve negativamente la cabeza y Desirée enciende un pequeño cigarro que fuma con satisfacción.

DESIRÉE: Bueno, ¿qué ibas a decirme?

FREDRIK: Oh, ríete si quieres, pero Anne y yo hemos estado casados dos años y yo no he... bueno, no la he tocado.

Desirée estalla de risa y el humo se le queda en la garganta. Fredrik sonrío con algo de amargura.

DESIRÉE: El mundo anda realmente descaminado cuando el lobo se vuelve un tierno pastor.

FREDRIK: Me tiene miedo y yo lo comprendo.

Durante unos momentos reina el silencio. Desirée está sentada ante el tocador, dando la espalda a Fredrik, pero no ha empezado a quitarse el maquillaje. La encargada del guardarropa se ha retirado.

FREDRIK: Quiero que madure con calma, con tranquilidad. Quiero que venga a mí un día, sin temor, por su propia voluntad y no como un deber o por fuerza.

DESIRÉE: Parecería que la amas.

FREDRIK: Esa es una palabra ensuciada. Pero si alguna vez amé a alguien es a esa muchacha.

DESIRÉE: ¡Fredrik Egerman ama! No es posible.

La voz de Desirée tiembla un poco. Fredrik levanta la cabeza; parece cansado y viejo.

FREDRIK: Uno tiene ideas tan raras con el correr de los años. Quiero decir, cosas como la consideración y la ternura y el cuidado... y... y... sí, el amor.

DESIRÉE: ¡Qué muchacha extraordinaria debe ser para que tú hayas podido sentirte herido por algo que no sea un dolor de muelas o una uña encarnada!

FREDRIK: Cuando llego a casa por la tarde me abraza y ríe porque está contenta que haya llegado a casa. Es obstinada como una niña mimada; tiene un carácter violento y se enoja terriblemente. Está tan llena de vida que la vieja casa ha empezado a asentarse y las paredes han empezado a agrietarse. Es tierna y afectuosa, le gusta que yo fume mi pipa, yo le gusto... *como si fuera su padre.*

Fredrik se pone de pie violentamente y empieza a dar pasos por el cuarto. Desirée no dice nada y juega con una caja de plata que hay sobre la mesa. Una sonrisa atraviesa sus labios de cuando en cuando, pero sus ojos permanecen serios.

FREDRIK: Dios mío, soy un hombre grande. El viejo macho yergue su fea cabeza con demasiada frecuencia por cierto y rebuzna en mis narices y entonces me pongo descontento y furioso conmigo mismo porque ésa no era exactamente mi intención.

DESIRÉE: ¿Y qué quieres de mí?

FREDRIK: Quiero que me digas que no tengo esperanzas con Anne. O lo contrario. O cualquier otra cosa.

DESIRÉE: ¿Cómo puedo decirte nada sin conocerla?

FREDRIK: Tienes que ayudarme, Desirée. Tienes que ayudarme por recuerdo a una vieja amistad.

DESIRÉE (*ríe*): Bueno, ésa es *una* razón, ¿verdad?

Fredrik se detiene frente a ella, la toma de los hombros y encuentra su mirada en el espejo.

FREDRIK: Prescindiendo de todos nuestros magníficos momentos de amor, tú eres la única amiga que tengo en el mundo. El único ser humano a quien he osado mostrarme en toda mi terrible desnudez.

DESIRÉE: Desnudez espiritual, presumo.

FREDRIK: Sea, ¿me ayudarás?

DESIRÉE: ¿Y qué me das en cambio?

FREDRIK: Tengo un hijo joven; es tuyo.

DESIRÉE: Debías avergonzarte.

FREDRIK: Un caballo, un magnífico corredor.

DESIRÉE: No es bastante.

FREDRIK: Un collar de perlas.

DESIRÉE: Tengo todas las que quiero.

FREDRIK: Recibirás tu recompensa en el cielo, entonces.

Desirée le clava en el dedo meñique sus uñas más afiladas, tanto que empieza a sangrar.

DESIRÉE: No, Fredrik Egerman, quiero mi recompensa en este mundo.

Golpean la puerta y la encargada del vestuario entra. Trae algunas ropas. La seda cruje, y de los brazos grises de la vieja cae a borbotones una cascada de encaje blanco.

DESIRÉE: ¿Me disculpas mientras me visto?

FREDRIK: Por supuesto. ¿Quieres que me vaya?

DESIRÉE: No seas tonto.

Va detrás del biombo y con la ayuda de la encargada del guardarropa se quita una tras otra las prendas interiores.

FREDRIK: Todavía me sangra.

DESIRÉE: ¿Tienes un poco de agua caliente, Malla?

MALLA: ¿Qué crees, mi niña? Aquí hay una tina llena de agua.

Las dos se zambullen detrás del biombo y se oye un fuerte chapoteo.

DESIRÉE: Fredrik.

FREDRIK: Oigo.

DESIRÉE: Ven aquí un momento.

Fredrik se acerca al biombo.

DESIRÉE: ¿Soy tan bella como entonces? ¿Me han cambiado los años?
Contesta francamente.

FREDRIK: Eres igualmente bella y tentadora. Los años han dado a tu cuerpo una perfección que la perfección misma no tiene, un estimulante del cual carece la perfección.

DESIRÉE: ¿Leíste eso en un libro?

FREDRIK: Me inspiras en tal forma que me sorprende. Leo solamente libros de abogacía.

DESIRÉE: Este es el final de la demostración. Ve a sentarte en el sofá.

Fredrik ríe y menea la cabeza, pero se aleja, obediente, del biombo. Desirée sale envuelta en una toalla de baño larga. Levanta las manos y los brazos con un movimiento de reina.

DESIRÉE:

¡Ah, dolor aún no experimentado!
¿Para qué prueba horrible habréme yo salvado?
Pues todo lo sufrido, las iras, los temores,
el furor de mi anhelo y el horror de mi pena,
el soportar la injuria de un rechazo insolente
no fue más que una muestra del tormento que sufro.

Durante un instante se permite estar enajenada por su declamación. Su ojos se oscurecen, cierra los puños y entonces levanta la vista con igual prontitud y sonrío casi con turbación.

DESIRÉE: Esa era Fedra, muy patética pero con algo de aventurera.

Malla, que ha observado todo esto con paciencia ejemplar desde abajo de su sombrero de paja, finalmente toma la palabra.

MALLA: Desirée, ¿vas a seguir haciendo teatro el resto de la noche o me vas a dejar que te vista?

DESIRÉE: Oh, ahora te estás enojando, Malla.

MALLA: Malla no está enojada, pero tiene sueño.

DESIRÉE: Si no la tuviera a Malla para andar detrás de mí, yo sería un junco al viento.

Desirée se muestra de pronto aniñada y obediente. Palmotea a la vieja en forma audible y permite que la vista sin protestar.

MALLA: ¡Caramba! Es un junco al viento igual.

DESIRÉE: ¿Te parece que este caballero es buen mozo y alguien que debe ser considerado con seriedad?

MALLA: Conozco bien a Fredrik Egerman. Nunca hay nada definido con él, las dos sabemos eso.

DESIRÉE: No; nunca hay nada definido con él.

MALLA: Ya eres mayor, Desirée, y antes que te des cuenta estarás en el mal lado de la primavera y bien entrada en el verano.

DESIRÉE: Desperdiicé mi juventud por elegir mal a los hombres, dice Malla.

MALLA: La temeridad tiene su tiempo como lo tiene la seriedad. Pero no se debe ser una solterona con demasiados rasguños a la vista.

DESIRÉE: ¿Dónde pusiste mi vestido rojo?

MALLA: ¿Vas a una reunión?

DESIRÉE: Voy a una reunión con Fredrik Egerman. Despertaremos viejos recuerdos.

Fredrik levanta la cabeza y mira a Desirée durante un instante. Ésta le devuelve la mirada, con una sonrisa un poco provocadora.

DESIRÉE: Estás por este acto solemnemente invitado a tomar una copa de vino.

Desaparece dentro de su vestido rojo que es una explosión de suntuosas flores y espumante seda. En ese preciso instante golpean la puerta y el empresario introduce su rostro flaco, ulceroso.

FERDINAND: ¿Piensan quedarse aquí toda la noche, o cuándo puede un pobre hombre enfermo cerrar el teatro e irse a su casa a cuidar su úlcera?

DESIRÉE: ¡Ferdinand, está triste! Aquí tiene dos botellas de cerveza. Lleve el resto de los *sandwiches* y este ramo a su mujer, y después puede darme un puntapié en las asentaderas.

FERDINAND: Sí; pero ¿por qué? No hay ningún estreno ahora. Malla (*enojada*): No; pero quizá un reestreno.

DESIRÉE: Cállate la boca, Malla. No seas tonta.

Entonces Ferdinand se hace cargo de la situación y su rostro extraño, embriagado, se parte en dos con una sonrisa de satisfacción. Agarra a Desirée

y le da dos puntapiés en las asentaderas con la rodilla doblada.

FERDINAND: Tiene algo ahí atrás esta muchacha.

FREDRIK: Y algo adelante también.

DESIRÉE: Y también arriba del todo, pero nadie lo cree.

MALLA: Ni yo tampoco.

Salen del teatro. Ferdinand, que parece casi borracho, saluda con la mano y el pesado portón se cierra detrás de ellos. Arriba la luna brilla desmesurada desde el cielo incoloro, claro. Como una bruja surgida de un cuento de hadas, Malla camina adelante, inclinada sobre su linterna. Fredrik y Desirée Iá siguen, avanzando tomados del brazo por el medio de la calle estrecha. Los árboles arrojan enormes sombras negras. Desde el río se oye el continuo murmullo del agua. Desirée empieza a cantar; primero, tararea y luego siguen las palabras.

DESIRÉE (*canta*):

«Se acabaron dolores y tristezas;
aquí no hay más que amor, más que alegría.
Seamos, pues, felices mi querido
ya que el amor es ley sobre la tierra.
Amor, amor, esencia de la vida».

Malla abre un pesado portón y entran en un pasaje oscuro pavimentado con grandes guijarros.

DESIRÉE (*en la oscuridad*): Cuidado, Fredrik, hay un charco grande aquí.
Cuidado no vayas a...

La pequeña linterna oscila inútilmente y no puede iluminar esta súbita oscuridad después de la fuerte luz de la luna. Se oyen pies que se arrastran, un repentino chapalear, una maldición sofocada y luego la risa de Desirée. Malla acerca la linterna para iluminar la triste escena. Fredrik está sentado en el charco, mojado y sucio hasta las orejas.

Desirée ríe a carcajadas. Malla ofrece una mano, pero Fredrik, fastidiado, se pone de pie sin ayuda.

DESIRÉE: Oh, ahora podemos realmente mimar a nuestro huésped. Cuidarlo de verdad para que no se resfríe o le dé algún dolor.

Atraviesan un patio donde un tilo grande susurra en el viento de la noche, suben una escalerita hasta un porche.

Malla abre la puerta, de vidrios de colores, que está cerrada con llave, y ya se encuentran en casa.

DESIRÉE: Tendrás que quitarte la ropa en la cocina. Voy a buscar a ver si encuentro algo para que te pongas. Malla, ¿quieres preparar un ponche caliente?

Luz en la cocina. Desirée lleva una bata, un camisón y un gorro de dormir y desaparece. Malla está ocupada con el hornillo. Fredrik se encoge de hombros con resignación y se desabrocha las ropas mojadas; se siente un poco intimidado. Malla sonríe con aprobación y sopla sobre la yesca.

La pequeña sala está preciosamente amoblada en estilo de la época. Desirée se halla arrodillada delante de la estufa y ocupada en encender un buen fuego cuando Fredrik entra vestido con la bata y el camisón y con zapatillas.

DESIRÉE: Tienes que usar también el gorro.

FREDRIK: Solamente bajo protesta.

DESIRÉE: Puedes resfriarte. Deberías usar el gorro.

Riendo se lo coloca en la cabeza y lo lleva hasta el espejo. Él se mira con una expresión seria.

FREDRIK: ¿Cómo puede una mujer amar jamás a un hombre... puedes contestar eso?

DESIRÉE: El punto de vista de la mujer es muy pocas veces estético y en el peor de los casos siempre se puede apagar la luz.

FREDRIK: ¿Y a quién pertenecen estas ropas?

DESIRÉE (*irónica*): A un hombre.

FREDRIK: Si; pero es para...

DESIRÉE: ¿Preferirías sentarte aquí desnudo?

FREDRIK: ¿Y si llega?

DESIRÉE: No te preocupes. Está en las maniobras.

FREDRIK: Así que pertenece al ejército.

DESIRÉE: ¿Y qué hay de malo con los militares? Debajo de sus uniformes son notablemente iguales a los demás hombres.

FREDRIK: ¿Es un dragón?

DESIRÉE: Un hombre *muy* apuesto.

FREDRIK: ¿Estás enamorada?

DESIRÉE: Eso no te importa.

FREDRIK: ¿Por qué parezco tan celoso, a propósito? ¡Ja!

DESIRÉE: Sí. ¿Por qué tan celoso?

FREDRIK: ¿Por qué? (*Con tono alegre.*) ¿Muchos desde *entonces*?

DESIRÉE: No. Uno se cansa de las cabalgatas sin sentido que siempre resultan tan solitarias.

FREDRIK: Así es.

DESIRÉE: Uno se encuentra de pronto pensando en alguna otra cosa.

FREDRIK: ¿Con un bostezo?

DESIRÉE: No sé. Además, uno siempre ansia lo que no puede tener.

Aviva el fuego con un fuelle grande. Entonces ocurre algo curioso.

La puerta que da a un cuarto contiguo se abre lentamente y ambos se vuelven. Al principio no se ve nada, luego un chiquillo de alrededor de cuatro años aparece vestido con un largo camisón. Cruza el cuarto y sale por otro cuarto sin prestar atención a Fredrik y Desirée.

FREDRIK: ¿Qué es eso?

DESIRÉE: Ése es Fredrik.

FREDRIK: ¿Fredrik?

DESIRÉE: Sí, Fredrik.

FREDRIK: ¿*Fredrik*?

DESIRÉE: Qué raro te has puesto.

FREDRIK: He... Yo... Quiero decir, has... Quiero decir... No es posible, ¿o lo es?

DESIRÉE (*ríe*): Miren a Fredrik Egerman, por favor. Está terriblemente conmovido y pálido como un arenque en vinagre. Al mismo tiempo está un poco halagado, emocionado y terriblemente sentimental. «Desirée, amor mío, ¿has estado luchando sola todos estos años, sacrificando todo por la prenda de nuestro amor?»

En ese momento se abre de nuevo la puerta y el chico se dirige resueltamente a Desirée, quien lo alza en brazos y lo lleva hacia el dormitorio.

FREDRIK: Contesta mi pregunta.

DESIRÉE: El niño es mío y sólo mío.

FREDRIK (*su voz se eleva a un chillido*): Pero se llama Fredrik.

DESIRÉE: Por Fredrik el Grande, de Prusia.

Entra en el dormitorio. Fredrik se queda de pie inmóvil como si alguien lo hubiera clavado. Desde la oscuridad del cuarto contiguo se oye la voz de Desirée.

DESIRÉE: Puedo decirte una cosa: si tuviera un hijo no sería contigo.

Sale de nuevo y cierra la puerta tras sí.

FREDRIK: No eres digna de tener un hijo.

Recibe una bofetada rápida como un relámpago que le baja el gorro de dormir hasta las orejas. Su mejilla se enciende de rojo vivo con la marca de una mano fuerte y decidida. En ese momento entra Malla con el humeante ponche caliente hecho con vino tinto.

DESIRÉE: Puedes beber tu ponche e irte.

MALLA: ¿Me permiten desearles buenas noches a los dos?

DESIRÉE: Eres siempre el mismo. Lleno de seriedad cuando estás complicado en algo, pero cínico y estúpido cuando se trata de los demás.

FREDRIK: Me permites decir algo...

DESIRÉE: No; no te lo permito. Este es un momento histórico. Por fin has sido atacado por estremecimientos de sentimiento más arriba del ombligo. Esto es interesantísimo y emocionante. (*Iracunda.*) ¡Pero yo también tengo sentimientos!

FREDRIK: Cálmate ya, Desirée.

DESIRÉE: Estoy completamente tranquila; tú eres el que está haciendo el ruido. ¿Puedo remediarlo si tengo mal genio?

FREDRIK: ¿Me *permites* que diga una cosa?

DESIRÉE (*más enojada aún*): He dicho que *no*. Pedazo de orangután, me gustaría verte tan triturado en el polvo que no quedara ni rastro de ti.

FREDRIK: He sufrido bastante.

DESIRÉE: ¡Tú has sufrido! ¿De *qué*? ¿Zapatos apretados? El doctor Fredrik Egerman cuya cabeza está siempre tan ordenada como su escritorio.

FREDRIK (*con voz fuerte*): *Ahora quiero hablar yo.*

DESIRÉE: ¡*No!* Hablaré yo y cuando hable, hablaré aunque no tenga nada que decir, pero estoy tan furiosa contigo que he olvidado lo que estaba pensando y eso es tan típico de ti. Bueno, ¿qué ibas a decir?

FREDRIK: Me olvidé.

MALLA: ¿Puedo ir a acostarme?

DESIRÉE: Buenas noches, Malla.

La vieja se retira con un suspiro. Fredrik bebe a sorbos su ponche.

DESIRÉE: ¿Quieres azúcar?

FREDRIK: No, gracias.

De nuevo silencio. El reloj de pared da la una. Desirée se sienta en uno de los sillones cerca del fuego. Reclina la cabeza en la mano y parece cansada. Fredrik extiende la mano y le toca el brazo.

FREDRIK: Perdona mi falta de consideración.

DESIRÉE: Imagino que sabes también lo que significa la soledad. A pesar de tu joven esposa y tu hijo grande.

FREDRIK (*sonríe*): Algunas veces me parece como si mi casa fuera un jardín de infantes para el amor.

DESIRÉE: Eso es muy apropiado.

FREDRIK: Nosotros dos éramos adultos de todos modos. Sabíamos lo que estábamos haciendo.

DESIRÉE: Así que éramos adultos. Sabíamos lo que estábamos haciendo. Sobre todo cuando decidimos romper. ¿De acuerdo?

FREDRIK: Fuiste tú quien lo terminó. No yo.

DESIRÉE: Qué amargo sonó eso.

FREDRIK: Desearía recordarle, señora, que algunas veces puede ser bastante desconsiderada.

DESIRÉE: Se me presentó una oportunidad y la tomé.

FREDRIK: Un actor barrigón, medio calvo.

DESIRÉE: Era cariñoso, con talento, y *muy* buen amante.

FREDRIK: Y entonces ¡adiós Fredrik!

DESIRÉE: ¿Qué podías darme? ¿Seguridad? ¿Un futuro? ¿Estabas siquiera enamorado de mí? Yo era compañera de juego, una cosa bonita de que jactarse ante tus amigos solteros. ¿Tuviste alguna vez intención de casarte conmigo?

FREDRIK: Bueno, yo... mi mujer acababa de morir...

DESIRÉE: No seas estúpido. ¿Tuviste intención de casarte conmigo?

FREDRIK: Es posible que no la tuviera en esa época.

DESIRÉE: Ya lo ves. Además te divertías bastante fácilmente con otras mujeres. ¿Lo niegas?

FREDRIK: No; pero tú eras lo principal.

DESIRÉE: Cuando pienso cómo permití que me trataras, me sube la cólera de nuevo. Eras un verdadero bribón, Fredrik Egerman.

FREDRIK: ¿Por qué te enojas tanto? ¿Y por qué peleas, me pegas, me llamas toda clase de nombres desagradables?

DESIRÉE: Siempre has tenido buena memoria.

FREDRIK: ¡Oh, buena memoria, buena memoria! ¿Quién empezó a desenterrar el pasado?

DESIRÉE: ¿Qué me importa a mí que ames a tu mujercita-niña y no puedas hacerla tuya? ¿Crees, que me importa un comino que tu corazón esté sangrando? Déjalo sangrar y aprende cómo duele.

FREDRIK: Creí que éramos amigos, pero ahora veo que me equivoqué y maldigo mi franqueza de hace un momento.

DESIRÉE: ¿Por qué había de ser tu amiga, tú que nunca has tenido de amigo más que a ti mismo?

FREDRIK: En ese caso, soy igual que tú.

DESIRÉE: Yo tengo el *teatro*, señor, y el teatro es mi vida y soy una artista con bastante talento. Y no necesito pedir ayuda a nadie en este mundo, salvo para atarme el corsé.

Fredrik deja su vaso con brusquedad y se pone de pie. Está algo turbado.

FREDRIK: Y por eso nos despedimos ahora. En el futuro mis sueños serán estrictamente monógamos.

DESIRÉE: ¡Estaré muy agradecida de que se me evite participar en sus vergonzosas fantasías, mi querido señor!

FREDRIK: Trataré de olvidar que existe. Tampoco tengo intención de verla en el teatro, mi querida señorita Armfeldt.

DESIRÉE: Estoy sumamente contenta de no tener que correr el riesgo de su presencia del otro lado de las candilejas, mi querido señor.

FREDRIK: Además, no me pareció que estaba particularmente bien en el papel de la Condesa. Sin duda alguna debió ser interpretado por miembros más jóvenes de la compañía. Pero aún tiene un nombre, señorita Armfeldt.

DESIRÉE: Tenga cuidado, Fredrik Egerman, que uno de los miembros más jóvenes de su familia no le quite *su* papel.

En ese momento se oyen fuertes golpes en la puerta. Fredrik se vuelve y mira a Desirée, quien parece un poco asustada durante un segundo.

FREDRIK: ¿Quién es?

DESIRÉE: Temo que sea Malcolm.

FREDRIK: ¿Quieres decir el dragón?

DESIRÉE: Creo que voy a tener que ir a abrir la puerta.

FREDRIK: Te prohíbo que la abras.

DESIRÉE: ¿Estás asustado?

FREDRIK: ¡Desirée! Un caballero no puede encontrarse con su rival sin los pantalones puestos.

Los golpes en la puerta se reanudan, esta vez con violencia. La carita de rata de Malla aparece por la puerta. Fredrik abre la boca para decir algo pero se sienta de nuevo alhelado.

DESIRÉE: Ve, Malla, ábrela tú.

FREDRIK: Ahora lo estás saboreando.

DESIRÉE: Debo advertirte que Malcolm es muy celoso.

FREDRIK: ¿Está armado?

DESIRÉE: Oh, repasaría el piso contigo sin un arma, si se le da la gana.

FREDRIK: Tal vez pueda esconderme en alguna parte...

DESIRÉE: No estamos en el escenario, querido Fredrik.

FREDRIK: Pero, ¡qué diablos!, no deja de ser una farsa.

Se oyen pasos en el pasillo. Una voz habla a Malla. Los pasos se acercan y un capitán, el conde Carl-Magnus Malcolm, entra. Es un hombre alto, bien

parecido, con bellas facciones y ojos inusitadamente grandes. Se dirige derecho hacia Desirée y le besa la mano.

MALCOLM: Por favor, disculpa el polvo y la suciedad. Justo fuera de la ciudad mi fiel caballo Rummel cayó. Aquí traigo unas pocas flores sencillas que conseguí cortar de un jardín cercano. No quería llegar con las manos vacías.

DESIRÉE: ¡Qué simpático, querido Carl-Magnus, y qué preciosas flores! ¿Te quedas mucho tiempo aquí?

MALCOLM: Tengo veinte horas de licencia. Tres horas para llegar aquí, nueve horas para ti, cinco horas para mi mujer y tres horas para el regreso... eso suma veinte horas. ¿Te importa si me quito el uniforme y me pongo la bata?

DESIRÉE: Lo siento, pero está en uso.

MALCOLM: Ya lo veo, pero pensé que estaría disponible en pocos minutos más.

DESIRÉE: Permítanme que los presente: el señor Egerman... el conde Malcolm.

MALCOLM: Encantado.

DESIRÉE: El doctor Egerman se cayó dentro de un charco justo fuera de la puerta.

MALCOLM: Espero que no se lastimó usted.

FREDRIK: Nada. Ni un rasguño.

MALCOLM: Me alegro por usted. ¿Visita a la señorita Armfeldt como profesional a estas horas de la noche?

DESIRÉE: Somos viejos amigos.

MALCOLM: Veo también que mi camión está en uso. Espero que le quede bien. Ni muy chico, ni muy grande.

FREDRIK: Gracias, me queda perfecto. Ni muy chico, ni muy grande.

DESIRÉE: Voy a ir a la cocina a ver si tus ropas están secas. ¿No crees que seré mejor, Fredrik?

Desirée sale. Parece que estuviera disfrutando de la situación. Los dos hombres se observan con frialdad. Malcolm empieza a pelar una manzana y silba una tonada. Al mismo tiempo, Fredrik inicia un cantito con mucha timidez. Malcolm repentinamente se queda en silencio. Fredrik también se calla.

MALCOLM: Durante los últimos seis meses la señorita Armfeldt ha Sido mi amante. Soy terriblemente celoso. Otros maridos generalmente se avergüenzan de esta debilidad. Yo no tengo vergüenza. Confieso con franqueza que no tolero perros falderos, gatos, o seudo viejos amigos. ¿Me he expresado con claridad?

FREDRIK: No hay la menor posibilidad de que yo no lo entienda.

MALCOLM: ¿Tiene afición por los duelos, señor?

FREDRIK: Es posible. Nunca he hecho la experiencia.

MALCOLM: Yo he tenido dieciocho duelos. A pistola, estoque, florete, lanza, arco y flecha, veneno, rifle de caza. He sido herido seis veces, pero con todo, la fortuna ha sido bondadosa conmigo, o si no me he beneficiado con esa «ira fría» que según el gran comandante August Sommer crea al soldado victorioso.

FREDRIK: Estoy realmente muy impresionado.

MALCOLM: ¿Ve usted este cuchillo para fruta? Lo arrojaré a través del cuarto y el blanco será el retrato de esa señora anciana. Su cara, su ojo. Observe.

Malcolm arroja el cuchillo; con un ruido duro, seco, cae y se clava en el blanco.

FREDRIK: Debería actuar en un circo.

Malcolm no contesta, pero muerde su manzana y mira a Fredrik con sus grandes ojos completamente tranquilos.

MALCOLM: ¿Es usted abogado?

FREDRIK: A sus órdenes.

MALCOLM: Considero su profesión como una especie de parásito de la sociedad.

FREDRIK: Debo expresarle mi admiración por su brusquedad militar. A propósito ¿va a estallar la guerra?

MALCOLM: ¿Por qué habría una guerra?

FREDRIK: Sí; yo también me lo pregunto.

MALCOLM: ¿Está usted siendo insolente?

FREDRIK: Por supuesto.

Malcolm cambia de posición y cruza una pierna sobre la otra. Se le hincha una vena en la sien, pero no contesta. Entra Desirée.

DESIRÉE: Bueno, ¿se han divertido?

FREDRIK: El conde ha estado muy ameno. ¿Se han secado mis ropas?

DESIRÉE: Ni un poquito.

MALCOLM: Entonces puede usted tomar prestado mi camisón para irse a su casa.

Desirée oye el tono, ve la vena hinchada en la sien de Carl-Magnus y se vuelve, un poco asustada, hacia Fredrik, pero la sonrisa brilla aún en sus ojos.

DESIRÉE: Tal vez sea mejor que aceptes el generoso ofrecimiento de Carl-Magnus.

MALCOLM: La bata la guardaré... es decir, si no tiene inconveniente.

FREDRIK: Le agradezco su generosidad, pero en ese caso prefiero ponerme mis ropas aunque estén mojadas.

MALCOLM: Desgraciadamente no tendrá tiempo para eso, señor Egerman. Es muy tarde y está usted con mucha prisa.

DESIRÉE (*ansiosamente*): Haz lo que dice.

FREDRIK: Buenas noches.

MALCOLM: Buenas noches.

DESIRÉE: Buenas noches.

Unos minutos después Fredrik se encuentra en el pasillo. En pocos instantes más se halla en el patio.

Empieza a amanecer. Los pájaros en el tilo coposo han empezado a cantar su concierto matinal. El aire está muy fresco y hace frío. Fredrik tiritita. Cuando llega a la calle oye pasos a sus espaldas y se vuelve. Es la vieja Malla que llega corriendo.

MALLA: Aquí están sus ropas. Desirée le manda sus mejores saludos y dice que no debe tomarlo muy a pecho.

FREDRIK: Gracias. Eso es amable.

MALLA: Le manda sus saludos y dice que le pareció que la pelea fue muy estimulante.

FREDRIK: De modo que dijo eso.

MALLA: Dijo que sentía que hubiera obstáculos.

FREDRIK: ¿Obstáculos? ¿Cuáles?

MALLA: Dijo que había esperado mucho de la *reconciliación*, aunque Dios sabe qué quiso decir con eso.

Fredrik se ha quedado ahí, levemente intrigado y mira a la vieja hasta que la puerta se cierra tras ella. En ese momento pasa un policía:

POLICÍA: Buenos días, señor Egerman.

FREDRIK: Buenos días, agente.

POLICÍA: ¿Ha estado caminando sonámbulo?

FREDRIK: No, he estado en una fiesta.

Fredrik sonrío. El policía asiente con la cabeza y hace la venia. Los dos hombres se separan con mutua estimación.

Temprano, muy temprano por la mañana, Desirée manda buscar un *hansomcab*^[1] y sale en dirección a Ryarps Castle a visitar a su madre, la anciana señora de Armfeldt.

Baja del coche y sube los escalones hasta la terraza, entra, enfila un corredor y pasa por el comedor grande y alegre. Sube las escaleras, sigue por un pasillo y golpea con los nudillos en la puerta de un dormitorio.

Es una habitación muy grande y la anciana señora de Armfeldt es muy pequeña. Está sentada en la cama, que también es enorme, y se divierte haciendo su solitario matinal. Cuando entra su hija, levanta la vista sorprendida.

ANCIANA: ¿Qué ha ocurrido ahora para traer aquí a mi hija Desirée a las siete de la mañana?

Desirée se inclina hacia la anciana quien permite que la bese en la mejilla. Se sienta en el borde de la cama y pone manteca en un pedazo de pan que toma de la bandeja de desayuno, colocada a un costado de la cama.

DESIRÉE: He roto con el conde Malcolm.

ANCIANA: ¿Algún otro?

DESIRÉE: Tal vez.

ANCIANA: ¿Lo conozco?

DESIRÉE: Tal vez.

ANCIANA: ¿Mejor o peor?

DESIRÉE: Según cómo se mire. Además él no sabe que es el sucesor.

ANCIANA: Ya está terminado el juego.

DESIRÉE: Si haces una trampita siempre sale.

ANCIANA: Estás equivocada. El solitario es la única cosa en la vida que exige absoluta honradez. ¿De qué estábamos hablando?

DESIRÉE: Sobre mi futuro.

ANCIANA: Ese es un tema interesante. (*Bosteza*) Por lo menos para ti, hija Mia. ¿Por qué se terminó entre tú y el Conde, a propósito?

DESIRÉE: Me amenazó con un atizador.

ANCIANA: Eso fue descortés por parte del Conde. Pero probablemente tenía sus razones.

DESIRÉE: Por una vez yo era verdaderamente inocente.

ANCIANA: En ese caso debe haber sido bastante temprano en la tarde. ¿Qué hiciste tú?

DESIRÉE: Le pegué al Conde en la cabeza con el atizador.

ANCIANA: ¿Qué dijo el Conde?

DESIRÉE: Decidimos separarnos sin rencor.

ANCIANA: Muy buena idea. Un amante desechado en buenas relaciones puede ser de lo más útil. ¿Qué estabas diciendo, a propósito?

DESIRÉE: Me imagino que estábamos hablando de lo que estábamos hablando.

ANCIANA: Las cosas eran distintas en mi juventud. Una vez tu padre me arrojó por la ventana.

DESIRÉE: ¿Estaba abierta?

ANCIANA: No; estaba cerrada. Caí justo en la cabeza de un teniente coronel. Más tarde fue padre tuyo.

DESIRÉE: ¿No era mi padre el que te había arrojado afuera?

ANCIANA: Fue padre tuyo *más tarde*. ¿No me oyes bien? Santo Dios, cómo lo quería.

DESIRÉE: ¿Cuál de los dos?

ANCIANA: El que me arrojó por la ventana, por supuesto. El otro era una bestia. Nunca lograba hacer nada divertido.

DESIRÉE: ¿Por qué no escribes tus memorias?

ANCIANA: Hija querida, me regalaron esta mansión porque prometí no escribir mis memorias. ¿De qué estábamos hablando?

DESIRÉE: Pensé que podías arreglar una reunión para mí.

ANCIANA: ¿Prometí eso? No recuerdo.

DESIRÉE: Por una vez, querida, di que sí.

ANCIANA: Trae las tarjetas de invitación. ¿Quiénes vendrán? Si son actores tendrán que comer en el establo.

La anciana toma pluma y tinta y las tarjetas de correspondencia. Se sienta muy derecha en la cama y parece un poco estimulada por la idea de la reunión.

DESIRÉE: El conde y la condesa Malcolm. El doctor Egerman, su mujer y su hijo Henrik.

ANCIANA: ¿Y tus intenciones?

DESIRÉE: Tengo la intención de hacer una obra buena.

ANCIANA: Ten cuidado con las buenas obras, hija Mia. Cuestan demasiado y después huelen bastante mal.

DESIRÉE: No sabes *qué buena* va a ser esta obra.

Desirée da unos pasos por el cuarto. Parece intranquila, pero algo excitada. La anciana chupa el extremo de la lapicera como una colegiala desganada.

ANCIANA: Siempre es bueno tener cerca a un abogado.

DESIRÉE: Algunas veces admiro tu astucia embrollada.

ANCIANA: ¿Amas realmente a ese burro?

DESIRÉE: ¿Cuál de ellos?

ANCIANA: ¿Cuál es el que *tú* dices?

DESIRÉE: ¡Ese! Sí, lo quiero.

ANCIANA: Es lo que siempre he dicho. «¡Desirée, me preocupas! ¡Tienes, por donde se te mire, demasiado carácter, pero hay que reconocerlo, eres igual a tu padre!»

DESIRÉE: ¿Cuál de ellos? Puedo elegir.

ANCIANA: ¿Qué dijiste?

DESIRÉE: No escuchas.

ANCIANA: Nunca he escuchado.

DESIRÉE: ¿Será por eso que eres tan sana a pesar de tus años?

ANCIANA: Si los seres se dieran cuenta lo malsano que es oír lo que dicen los demás, nunca escucharían y entonces se sentirían mucho mejor. ¿Estábamos discutiendo algo importante?

DESIRÉE: ¿Hay algo importante para ti?

ANCIANA: Estoy cansada de las gentes, pero eso no evita que siga queriéndolas.

DESIRÉE: Eso estaba bien dicho.

ANCIANA: ¡Sí, verdad! Podría tenerlas disecadas y colgadas en largas filas, tantas como se me diera la gana.

DESIRÉE: ¿Están terminadas las invitaciones?

ANCIANA: Creo que me he lucido particularmente con las mayúsculas.

DESIRÉE: Gracias. Me las llevaré.

La anciana se ha encogido. Desirée la besa en la mejilla. La anciana da unas palmaditas a su hija en la frente.

ANCIANA: Nunca se puede proteger a ningún ser humano del sufrimiento. Eso es lo que la cansa a una tan horriblemente.

Desirée la mira desde la puerta y con la mano la saluda. La anciana devuelve el saludo con una mano pequeña.

El capitán, conde Carl-Magnus Malcolm tira rápida y diestramente. Todas las mañanas practica con una pistola en su terreno privado, en el pabellón del juego de bolos. Junto a él está su ayudante, Niklas, cargando las armas. Es un joven bribón de veinte, con una espesa cabellera rubia y ojos alegres.

MALCOLM: ¡Niklas!

NIKLAS: ¡Capitán!

MALCOLM: Semiramis estará ensillada a las nueve. ¿Entendido?

NIKLAS: Entendido, capitán.

MALCOLM: Además te las arreglarás para enviar cincuenta rosas rojas a la señorita Desirée Armfeldt con mis saludos y cincuenta y cinco rosas amarillas a mi mujer, sin mis saludos. ¿Entendiste?

NIKLAS: Entendí, capitán.

Malcolm dispara el último tiro, sopla el humo de la recámara de la pistola y entrega el arma a Niklas quien está en actitud de atención.

MALCOLM: No pierdas tiempo.

Niklas junta ruidosamente los talones y se marcha. Malcolm se acerca al blanco, lo baja de la pared y cuenta los aciertos. Al mismo tiempo extrae un cigarrillo y busca fósforos sobre la mesa. De pronto una llama se enciende en la punta de su cigarrillo. Es su mujer, Charlotte, quien le ofrece fuego. Él dice, «oh», y le da un beso y los buenos días. Charlotte es realmente una mujer muy hermosa; está vestida para la mañana con un exquisito traje de amazona. Deja su látigo sobre la mesa y recoge una de las pistolas.

MALCOLM: Ten cuidado, está cargada.

Charlotte no contesta, pero apunta un blanco hacia la izquierda —apunta larga y cuidadosamente.

CHARLOTTE: ¿No estabas en las maniobras?

MALCOLM: Una visita rápida.

CHARLOTTE: ¿De inspección?

MALCOLM: Puedes llamarla así.

Malcolm ríe bondadosamente. Charlotte dispara.

CHARLOTTE: Le erré.

MALCOLM: Ni siquiera diste en el blanco, querida. Tomaste puntería demasiado tiempo.

Le alcanza la otra pistola y se sienta en el borde de la mesa.

CHARLOTTE: Y bien ¿cómo estaba la señorita Desirée Armfeldt?

MALCOLM: Tenía un visitante. Un abogado. En camión.

CHARLOTTE: ¿Y tú qué hiciste?

MALCOLM: Lo eché a puntapiés.

CHARLOTTE: ¿En camión?

MALCOLM: En camión.

CHARLOTTE: ¿Un abogado?

MALCOLM: Egerman.

Sale el tiro. Charlotte baja el arma. Malcolm ha cargado la otra pistola.

CHARLOTTE: Este fue mejor.

Malcolm alcanza el arma cargada a su mujer.

MALCOLM: El doctor Egerman en persona. Ya nadie tiene moral en esta época.

CHARLOTTE: Pobrecita Anne. ¿Te vas hoy?

MALCOLM: A las nueve.

CHARLOTTE: ¡Qué agradable!

MALCOLM: El placer es todo mío.

CHARLOTTE: ¿Y cuándo vuelves?

MALCOLM: Estamos invitados a casa de la anciana señora de Armfeldt, en Ryarp, para fin de semana. Estarán allí los Egerman también.

CHARLOTTE: Eso será interesante.

Dispara su tercer tiro.

MALCOLM: ¡Qué me dices... en el mismo centro!

Le alcanza la pistola que acaba de cargar.

CHARLOTTE: Imagínate que te pegara un tiro a ti, en vez. ¿Qué dirías?

MALCOLM: ¿Qué piensas hacer hoy?

CHARLOTTE: Como siempre, será un día aburrido.

MALCOLM: Quizá podrías visitar a tu amiga Anne Egerman.

CHARLOTTE: Buena idea.

Malcolm se pone la túnica y abotona sus muchos botones; el monóculo le brilla.

MALCOLM: Probablemente ignora por completo las aventuras del marido.

CHARLOTTE: Pobre Malcolm, ¿tienes tantos celos?

Malcolm se toca su elegante bigote con el índice. Charlotte ha bajado el arma y la tiene amartillada con las dos manos. Él recoge su gorra y se dirige a la puerta. Está furioso, pero sus grandes ojos tienen la mirada tranquila.

MALCOLM: Puedo tolerar la infidelidad de mi mujer, pero si alguien toca a mi amante me convierto en un tigre. ¡Adiós!

Le besa los dedos y cierra la puerta tras sí. Charlotte levanta la pistola y dispara contra el espejo de la puerta, rompiéndolo en mil pedazos.

La misma mañana, mientras Anne permanece todavía en la cama, bebiendo su chocolate, entra Fredrik, pero está ahora muy elegantemente vestido con un impecable chaqué y lleva debajo del brazo un libro grande.

FREDRIK: Buenos días, querida.

El rostro de la joven se ilumina y le tiende los brazos. Fredrik recibe su beso matinal.

ANNE: Imagínate, estaba durmiendo todavía cuando te levantaste esta mañana. ¿Y tú dormiste bien?

FREDRIK: Te diré, no del todo.

ANNE: No; se te nota. Estás pálido y tus ojos parecen cansados. ¿Trabajaste hasta tarde anoche?

FREDRIK: Sí; fue bastante aburrido. Estaré en mi cuarto si me necesitas.

La besa rápidamente en la frente y sale. Cuando entra en el comedor, Henrik está todavía sentado a la mesa del desayuno.

FREDRIK: Buenos días, hijo. ¿Piensas marcharte hoy?

HENRIK: Tal vez me quede un poquito más.

FREDRIK: ¿Ha anidado algún pájaro en tus cabellos ya?

HENRIK: No.

FREDRIK: En los míos casi consiguió poner un huevo.

HENRIK: ¿Qué dijiste, papá?

FREDRIK: Nada. Toma tu desayuno.

Fredrik entra en su escritorio y cierra la puerta. Henrik lo sigue con una larga mirada inquisidora. Petra cruza el cuarto, cantando y fresca como una rosa. Cuando pasa junto a Henrik le desarregla el cabello. Él se levanta de un salto y la mira azorado como si se hubiera vuelto loco. Petra se le acerca lentamente con una sonrisa amistosa. Cuando está bien junto a él, se abre la blusa de modo que su pecho redondeado queda al descubierto. Le toma una mano y quiere colocarla sobre su corazón, pero él se suelta y corre a meterse en su cuarto, dando un portazo tras sí. La muchacha parece algo asombrada, se abotona la blusa y empieza a cantar alegremente mientras recoge las

fuentes del desayuno. La vieja cocinera entra meneándose sobre sus piernas doloridas. Lleva una bandeja grande.

COCINERA: Vi lo que hiciste.

PETRA: ¿Y qué tiene de malo?

COCINERA: Nada malo en verdad, pero tampoco estaba bien.

PETRA: ¿Y desde cuándo eres juez?

COCINERA: Eres una advenediza, Petra, pero puedo decirte que una tonta siempre será una tonta aun cuando se haga la tonta con el Rey.

Suena una campanillea y la cocinera le hace una seña con la cabeza.

PETRA: Es la señora que llama. Me ocuparé de esto después.

Petra golpea con los nudillos en la puerta del dormitorio y entra ágilmente. Anne está sentada frente al espejo peinándose. Tiene una capita sobre los hombros.

ANNE: ¿Quieres cepillarme el pelo con el cepillo grande, por favor? Es tan agradable.

PETRA: Sí, señora.

Anne cierra los ojos y disfruta de las cepilladas largas, vigorosas, rítmicas de Petra. Ambas permanecen en silencio durante unos minutos.

ANNE: ¿Eres virgen, Petra?

PETRA: Dios me libre, señora.

ANNE: Yo lo soy.

PETRA: Lo sé, señora.

ANNE (*asustada*): ¿Cómo lo notas, Petra?

PETRA: Se nota por su piel y en sus ojos, señora.

ANNE (*triste*): ¿Todos lo notarán?

PETRA: Creo que no.

ANNE: ¿Qué edad tenías, Petra?

PETRA: Dieciséis, señora.

ANNE: ¿Fue repugnante?

PETRA: ¡Repugnante! (*Ríe*) ¡Caramba!, fue tan emocionante y divertido que casi me morí.

ANNE: ¿Estabas enamorada del muchacho?

PETRA: Sí; creo que sí.

ANNE: ¿Has estado enamorada de muchos muchachos desde entonces?

PETRA: Siempre estoy enamorada, señora.

ANNE: ¿No del mismo?

PETRA: No; de cuando en cuando me canso, por supuesto, pero después es tan emocionante con el otro nuevo.

ANNE: Casi todo lo que es divertido no es virtud, ¿sabes eso, verdad, Petra?

PETRA: Entonces digo viva el vicio, en toda su extensión.

ANNE: Creo que me pondré una cinta, nada más, en el pelo hoy.

PETRA: Debería peinarse para arriba; es más femenino.

ANNE: Hoy no quiero levantarme el pelo.

PETRA: Como guste, señora.

ANNE: ¿Qué vestido me pondré?

PETRA: El amarillo, en mi opinión, el que tiene encaje.

ANNE: Usaré el azul.

Petra le lleva el vestido requerido y está por ayudar a Anne cuando se detiene. Anne se halla frente al espejo y se vuelve, mirándose por delante y por detrás.

ANNE: De todos modos, no tengo mala figura. Es tan buena como la tuya.

Luego recibe el vestido con modales de princesa y Petra le abotona la espalda.

ANNE: ¿Te parece que sería más divertido ser hombre?

PETRA: ¡Oh, no, Dios me libre! ¡Qué idea horrible!

ANNE: Yo tampoco quisiera ser hombre.

De pronto, con una risita, echa los brazos alrededor del cuello de Petra y baja la cabeza. Entonces empieza a reírse realmente como tonta. Petra también se contagia con esta risa y las dos se comportan como colegialas mentecatas con un pensamiento tan indecente que ninguna de ellas se atreve a mencionarlo y menos aún pensarlo. Lo único que pueden hacer es reír como bobas. Cuando Anne recupera de nuevo la serenidad, se restriega los ojos y se levanta de la cama donde se ha desplomado. Trata de parecer muy digna.

ANNE (*con seriedad*): Ahora voy a cuidar mis flores y a dar de comer a los pájaros. A pesar de todo tenemos nuestras tareas domésticas ¿verdad, Petra?

Anne empieza a cantar y entra alegremente en la cocina, donde la cocinera está vigilando la hornada semanal.

ANNE: ¡Hola, Beata! Pensé que hoy podríamos comer un bistec realmente bueno.

COCINERA: Hoy hay pescado.

ANNE: Sí; pero yo quiero carne.

COCINERA: Por supuesto que puede comer carne, señora, pero los señores y nosotros comeremos pescado.

Anne se traga la derrota, toma la regadera verde y la llena, sacando agua del balde con un cucharón de madera.

COCINERA: ¿Dónde va con la regadera, señora?

ANNE: Es para las flores.

COCINERA: Fueron regadas a las siete de la mañana.

ANNE: Pero ése es mi trabajo.

COCINERA: Sí; pero ahora ya ha sido hecho, de todos modos.

Anne deja la regadera y sale, sin decir palabra, de la cocina. Se detiene en el centro del salón, un poco pensativa, y luego se dirige resueltamente hacia el cuarto de Henrik. Éste se halla inclinado sobre sus libros. Fuma una pipa acre, tiene puestas unas zapatillas muy viejas y una bata de color indefinido echada sobre los hombros.

ANNE: ¿Qué estás leyendo?

Henrik se pone de pie y se queda cortésmente en actitud de atención. La expresión de su rostro es cerrada, casi hostil.

HENRIK: Un libro.

ANNE: Sí; ya lo veo. Pero ¿cómo se titula?

HENRIK: Si te dijera, no comprenderías de todos modos.

ANNE: Exijo saber el título de tu libro.

En silencio le alcanza el libro. Ella lee las incomprensibles letras hebreas y lo arroja sobre la mesa.

HENRIK: Ya lo ves.

ANNE: Esa es una bata asquerosa. Dámela. Quiero quemarla.

Henrik se quita la bata con una expresión sumisa y se la da.

ANNE: ¡Uf! qué olor tiene. Probablemente nunca ha sido limpiada. ¿Y qué clase de zapatillas son éstas? Quítatelas inmediatamente, cochino. Las quemaré también.

Sin una palabra Henrik se quita las zapatillas y se las alcanza. Los ojos de ella echan chispas de ira reprimida y su boca sensible tiembla. La obediencia de Henrik la irrita aún más y señala la pipa.

ANNE: ¿Cómo puedes fumar esa vieja pipa nauseabunda? Huele tan mal que casi no puedo respirar. Dame esa pipa.

Henrik vacila un momento y su rostro se nubla por la ira. Después de meditarlo le entrega la pipa.

ANNE: Y ahora recibirás una cachetada porque flirteaste con Petra. ¿No tienes vergüenza?

Le da una cachetada. Henrik la mira sin parpadear y los ojos se le llenan de lágrimas. Cuando advierte que está triste los ojos de ella también se llenan de lágrimas. Se miran sin decir palabra. Entonces ella arroja al suelo la bata, la pipa y las zapatillas. La puerta se cierra violentamente y Henrik se queda solo, mirando el lugar por donde se ha ido la joven como si hubiera visto una aparición.

Ella está de nuevo en el salón, perpleja y triste. El sol brilla a través de las cortinas de las ventanas, las facetas de las arañas de cristales relucen, los canarios cantan en su jaula.

Con atemorizada cautela golpea a la puerta del escritorio de Fredrik. Un seco «¡Adelante!» se oye desde adentro.

En el cuarto grande y oscuro —las cortinas están corridas— prevalecen la actividad y el humo denso de cigarro. Fredrik se halla sentado en un sillón de alto respaldo frente a una amplia mesa repleta de libros y papeles. Fuma un

cigarro gordo y usa lentes, lo cual hace que su rostro sea menos familiar. Anne avanza, silenciosa, hacia su marido, le quita el cigarro de la boca y se desliza sobre sus rodillas. Le echa los brazos alrededor del cuello y aprieta la mejilla contra la barbilla de él.

Fredrik, con paciencia, permite que lo mimen y acaricia los hombros y la espalda de la joven. Cuidadosamente busca su cigarro y da una pitada para que no se apague. Anne lo mira, sonríe con tristeza; se suelta, se pone de pie y va hacia la puerta con la cabeza inclinada.

FREDRIK:  Mi chiquita quería algo en particular?

ANNE: No, nada. Perdóname si te he interrumpido.

Lo  nico que alcanza a ver es el respaldo de un sillón grande y una nube de humo. Cierra la puerta silenciosamente y por tercera vez se encuentra sola en el salón.

Con un pequeño suspiro de tristeza y abandono se acerca a la jaula de los canarios y se detiene unos momentos a mirar los pájaros que saltan de percha en percha.

Luego se sienta ante la pequeña mesa de costura y toma el bordado.

El silencio a su alrededor es absoluto.

El reloj sobre el escritorio rococó da las diez.

Petra cruza la habitación canturreando. Balancea sus asentaderas y hace un paso de danza para cruzar el umbral. Anne ve todo esto y vuelve a suspirar. Se oye el timbre de la puerta de calle. Levanta la cabeza y escucha. Dos voces. Luego Petra aparece en la puerta.

PETRA: La condesa Malcolm, señora.

En ese instante entra Charlotte. Anne se alegra y la recibe con los brazos abiertos. Le devuelven el abrazo; las dos jóvenes se saludan con mucha cordialidad.

ANNE: Pero Charlotte, qué alegría. Petra, trae limonada, hielo y algunos bizcochitos.

CHARLOTTE: Por Dios, qué calor hace. Realmente calor de verano.

ANNE: Qué bonito vestido llevas.

CHARLOTTE:  Me permites que te diga lo mismo?

ANNE: Pero tú tienes además tan lindo colorido.  Oh, si sólo yo me pareciera a ti!

CHARLOTTE: Y yo siempre he deseado parecerme a ti. Puedo decirte una cosa: nunca podría usar el pelo suelto como una jovencita.

ANNE: Sin embargo, tenemos casi la misma edad ¿verdad? ¿Qué edad tienes realmente, Charlotte?

CHARLOTTE: ¿Qué edad tienes tú, Anne querida?

ANNE: Diecinueve, pero pronto cumpliré los veinte.

CHARLOTTE: Sí, entonces soy unos pocos años mayor, por supuesto. ¿Y qué novedades hay?

ANNE: Henrik está en casa. Le fue muy bien en sus últimos exámenes.

CHARLOTTE: A propósito ¿cómo está tu marido?

ANNE: Está bien, creo.

En ese momento Petra entra con la limonada y los bizcochitos. Durante la conversación que sigue Anne le sirve a Charlotte y se sirve ella. Lo hace con el mayor dominio de sí misma y sin traicionarse ni por la expresión ni por el gesto.

CHARLOTTE: De modo que el estimado doctor Egerman está bien. ¿No se ha refriado?

ANNE: ¿Por qué había de resfriarse en este clima cálido?

CHARLOTTE: Anoche no estaba tan cálido, por supuesto.

ANNE: No entiendo lo que quieres decir, querida.

CHARLOTTE: Es realmente tan divertido. Parece que vieron a tu marido andando por la ciudad anoche.

ANNE: Debe de haber tenido insomnio y salió a caminar.

CHARLOTTE: ¿En camisón?

ANNE: ¿Por qué no iría a dar una vuelta en camisón si se le antoja?

CHARLOTTE: Se presume que volvía de casa de la señorita Armfeldt. Sabes... la actriz.

ANNE: Fredrik siempre se interesó por el teatro.

CHARLOTTE: Esa actriz, según dicen, tiene orgías tremendas en su casa.

ANNE: ¿Quieres otro bizcochito, Charlotte?

CHARLOTTE: ¿Los cocinó tu vieja Beata?

ANNE: Sí; es un tesoro.

CHARLOTTE: Como bien sabes, yo no ando propagando chismes.

ANNE: ¿Y si yo ya lo supiera?

CHARLOTTE: ¿Quieres decir que confesó?

ANNE: Por supuesto.

CHARLOTTE: No trates de hacerme creer eso.

ANNE: Da la casualidad que es así, en todo caso.

CHARLOTTE: No te creo.

ANNE: Me imagino que encontró a *tu* marido en casa de la Armfeldt.

CHARLOTTE: No entiendo lo que quieres decir.

ANNE: Pero querida Charlotte, toda la ciudad sabe que el Conde tiene un asunto con Desirée Armfeldt.

La nariz de Anne está un poco pálida y sus ojos se han oscurecido levemente, pero no permite que se adivinen sus pensamientos ni sus sentimientos.

CHARLOTTE: Quizá. No me importa lo que hace ese cochino inmundo y le pago con la misma moneda.

ANNE: Pobre Charlotte.

Entonces Charlotte estalla en un llanto tan violento que la limonada de su vaso se derrama sobre la bandeja de plata, los bizcochitos y la alfombra. Llora abiertamente y sin vergüenza delante de Anne, quien se queda sentada en silencio e inmóvil.

CHARLOTTE: Lo odio, lo odio, lo odio, lo odio...

Cuando piensa hasta qué punto lo odia deja de llorar súbitamente y se muerde los dedos.

CHARLOTTE: ¡Los hombres son detestables! Son tontos y vanidosos y tienen pelos en todo el cuerpo.

Se seca las lágrimas con la palma de las manos y respira profundamente. Le tiembla la boca como si de nuevo fuera a llorar.

CHARLOTTE: Me sonrío, me besa, se me presenta en la noche, me hace perder la razón, me acaricia, me habla con bondad, me da flores, siempre rosas amarillas, habla de sus caballos, sus mujeres, sus duelos, sus soldados, sus cacerías... habla, habla, habla.

Su voz se corta en un sollozo. Vuelve la cabeza para que Anne no pueda verla.

CHARLOTTE (*en voz baja*): ¡El amor es algo repugnante!

Se muerde el labio y vuelve el rostro hacia Anne con un movimiento repentino y violento.

CHARLOTTE: A pesar de todo lo quiero. Haría cualquier cosa por él. ¿Comprendes eso? Cualquier cosa. Sólo para que me dé unas palmaditas y me diga: Es una perrita buena.

Las dos guardan silencio unos instantes. Anne mira a su amiga con una mezcla de susto y de involuntaria admiración.

ANNE: Pobre Charlotte.

CHARLOTTE: Esa Desirée con su fuerza y su independencia; nadie puede doblegarla, ni siquiera Carl-Magnus. Por eso está tan obsesionado con ella.

ANNE: No la conozco.

CHARLOTTE: Atrae a todos los hombres y no sé por qué.

Charlotte se queda en silencio un momento, buscando una respuesta. Luego se encoge de hombros y recupera su habitual entereza.

CHARLOTTE: Fue una suerte que supieras todo. Así no soy causante de ningún disgusto.

ANNE: No.

CHARLOTTE: Probablemente nunca ha estado enamorada.

ANNE: Disculpame, ¿qué dijiste? ¿Quién?

CHARLOTTE: Desirée. Probablemente nunca ha estado enamorada. Probablemente sólo se quiere a sí misma.

Se abre la puerta y entra Fredrik. Todavía tiene un cigarro en la boca y los lentes sobre la nariz. Lleva en la mano una tarjeta.

FREDRIK: ¡Buenos días, Condesa! Qué amable de su parte visitar a mi mujer. Espero que lo estén pasando bien.

ANNE: Lo estamos pasando muy bien, amigo mío.

FREDRIK: A propósito, Anne, acabo de recibir una invitación de la anciana señora de Armíeldt para ir a su casa en Ryarp.

CHARLOTTE: ¡Oh! ¿No es la madre de Desirée Armfeldt?

FREDRIK: Creo que sí.

CHARLOTTE: Entonces, quizá conozcamos a la gran actriz. Eso sería estupendo.

FREDRIK: ¿También está usted invitada, Condesa?

CHARLOTTE: Yo y mi marido. Imagínese, ¡qué divertido!

ANNE: Puedes ir solo. Yo no quiero ir.

FREDRIK: Entonces diré que no, en nombre de los dos.

Hace un breve saludo con la cabeza, se inclina ante Charlotte y se dirige hacia la puerta. Anne le dice levantando la voz.

ANNE: ¡No, espera! He cambiado de idea.

FREDRIK: ¿Vamos a ir, entonces?

ANNE: ¡Sí; gracias! Seguramente nos vamos a divertir mucho.

Fredrik de nuevo se dirige a la puerta.

ANNE: ¿Cómo estás, Fredrik?

FREDRIK: ¿Yo? Muy bien. Tal vez un poco resfriado, pero no es nada.

Se compone la garganta y mira de una a la otra, pero los rostros de las dos son impenetrables.

Cuando se halla de regreso en su escritorio, se sienta a la mesa, fuma unos minutos mientras mira pensativo por la ventana. Luego extrae su cartera y las fotografías de Anne. Las coloca en fila sobre la mesa, se inclina hacia adelante y toca una después de otra con el índice. Sus lentes se empañan. Tiene que quitárselos y limpiarlos con el pañuelo. Los levanta y los mira al trasluz. Su rostro tiene una expresión tensa y siente las membranas de los ojos vidriosas por la pena contenida.

FREDRIK (*murmura*): No comprendo...

El castillo, pequeño, se extiende bajo el follaje de principio del verano, dormitando en el moderado sol de una tarde de sábado. Abajo en el césped, la señora de Armfeldt está en ese momento recibiendo a la familia Egerman. La

anciana, que tiene parálisis en las piernas, está sentada en un sillón grande. Su nieto, Fredrik, juega cerca de ella. La vieja Malla se halla sentada cerca de él, en un banquito plegadizo, vigilante. La señora de Armfeldt mantiene una animada conversación con Egerman. Anne, vestida con un traje de verano de tono claro, juega con un cachorro. Henrik ronda cerca de ella, y de vez en cuando extiende su largo brazo para acariciar la cabeza del perrito.

Frid, el cochero, es un hombrón robusto de alrededor de cuarenta, con grandes bigotes y un par de fríos ojos azules que miran desde adentro de los profundos pliegues de su cara. Está ayudando a Petra a entrar el equipaje.

FRID: Así que te llamas Petra.

PETRA: Y tú, Frid.

FRID: Eres una linda hembra. ¿Seguro que nadie te ha dicho eso antes?

PETRA: Bueno, más calma, vamos, y carga la maleta grande.

Avanzan en silencio por el pasillo y entran en el comedor.

FRID: ¿Tienes novio?

PETRA: No; pero tengo planes para el futuro.

FRID: Entonces Frid es el hombre que necesitas, porque Frid es un hombre del futuro.

PETRA: ¿Ya han llegado los otros huéspedes?

FRID: Van a llegar pronto.

En un nicho, iluminada por el sol de la tarde que pasa a través de una ventana angosta, hay una estatua de mujer, de formas magníficas.

PETRA: ¿A quién representa esa estatua?

FRID: Es la señora mayor cuando era joven.

PETRA: ¡Oh, Dios santo! (*Está estremecida*) ¿Esta es la señora mayor? Dios mío, lo que nos hace la vida.

FRID: Aprovecha todos los minutos.

Frid mira a la muchacha con ojos alegres, lascivos. Ella finge no advertir su mirada, pero se siente muy halagada. Avanzan por un largo corredor. Sombríos antepasados los contemplan desde las paredes. Frid abre una puerta.

FRID: Esta es la habitación de tus amos.

PETRA: ¿Y dónde duerme el hijo, Henrik?

FRID: Así que te interesa eso.

Frid deja en el suelo la pesada maleta y se dirige por el corredor al cuarto contiguo que sólo tiene una cama. Petra lo sigue.

FRID: Sí, aquí es donde dormiré el muchacho. Es demasiado bueno para ese redrojo. ¿Sabes por qué? Te lo diré. Este es un cuarto de huéspedes de la *realeza*.

PETRA: ¿Así que la realeza ha vivido aquí?

FRID: Verás: el Rey tenía un ministro y ese ministro tenía una mujer hermosísima y al Rey le gustó la joven. Entonces el Rey y el ministro iban a encontrarse aquí en Ryarp y al ministro y su mujer les dieron el cuarto que van a ocupar los Egerman y el Rey dormía aquí.

PETRA: ¿Y entonces la mujer fue con el Rey?

FRID: ¡No! Ahí te equivocas, jovencita. Cuando el ministro se quedó dormido el Rey apretó este botón. Aprétalo y verás lo que sucede.

PETRA: ¡Bah, me estás embromando!

FRID: Haz lo que te digo.

Petra aprieta el botón y al principio no pasa nada. Justo en el momento en que Petra se vuelve para reprocharle a Frid su broma, se oye una melodía de cajita de música. Silenciosamente, como por arte de magia, una cama se desliza a través de la pared y se detiene, silenciosa y exactamente, junto a la otra cama.

FRID (*orgulloso*): Así es cómo la hermosa señora llegó a través de la pared, con cama y todo, para divertirse con Su Majestad.

Se acerca al botón y vuelve a oprimirlo. La cama se desliza de vuelta, esta vez sin música.

PETRA: Qué ingenioso. Ojalá tuviera yo una cama tan linda.

FRID: Tienes algo de perverso, ¿sabías eso, Petra?

PETRA: ¡Ay! No pellizques. Mira, ¿quién es esa hermosa señora que sale ahora y saluda al señor Egerman? ¿Es Desirée, la actriz? Imagínate si yo fuera así.

Desirée está realmente hermosísima, vestida con un traje de verano encantadoramente femenino y lleva un sombrero de grandes alas. Ofrece la

mano a Egerman y éste se la lleva a los labios.

DESIRÉE: Qué suerte que pudieran venir. Y ésta es tu mujercita.

Se oye una pequeña explosión y después un persistente ruido de matraca. Por el camino arbolado que lleva al castillo se acerca un extraño carruaje. Son el conde y la condesa Malcolm y él ayudante Niklas en un lustroso automóvil nuevo. Con una vuelta elegante y un estampido retumbante, el vehículo ígneo se detiene en una nube de polvo frente a la casa. Malcolm salta a tierra: lleva puestos un largo capote de cuero y guantes enormes. Da la vuelta del automóvil y ayuda a bajar a su mujer. Niklas se baja de un salto y empieza a ocuparse del equipaje. Petra se ha precipitado afuera y desde los escalones observa el milagro junto con Frid, quien lo considera con reserva y cierto desdén.

Malcolm lleva del brazo a su mujer hasta donde se encuentra la anciana señora de Armfeldt. Intercambian corteses saludos. Malcolm y Desirée muy formales. Malcolm y Fredrik, muy duros. Anne y Charlotte, muy hipócritas. Malcolm y Anne, muy curiosos, Charlotte y Desirée, muy a la defensiva.

DESIRÉE: Me alegro mucho de verla aquí.

CHARLOTTE: ¡Oh! Los dos hemos oído hablar tanto de usted que estábamos esperando el momento de conocerla.

DESIRÉE: ¿Quiere ver su cuarto, Condesa?

CHARLOTTE: Sí; sería agradable lavarse la tierra del viaje.

Las dos parten conversando amablemente. Hay unos momentos de silencio intencionado y el resto de los concurrentes las miran alejarse. Entonces todos los ojos se vuelven hacia el capitán Malcolm. Éste advierte su responsabilidad y respira profundamente.

MALCOLM: Sí; hablando de automóviles. Cuando el camino estaba bueno alcanzamos una velocidad de casi treinta kilómetros por hora.

Desirée y Charlotte están ya en el amplio cuarto de huéspedes, soleado, con cortinas blancas, muebles claros y piso de tablas anchas.

DESIRÉE: Llamaré a alguien para que le prepare el baño.

CHARLOTTE: Señorita Armfeldt.

DESIRÉE: ¿Condesa?

CHARLOTTE: ¿Por qué nos invitó?

DESIRÉE: Tengo un plan.

CHARLOTTE: ¿Me concierne a mí?

DESIRÉE: Ya lo creo.

CHARLOTTE: ¿Está usted decidida a hablar con franqueza?

DESIRÉE: ¿Por qué no ser franca? ¿Somos enemigas verdad?

CHARLOTTE: ¿Quiere un cigarrillo?

DESIRÉE: No, gracias. Sólo fumo cigarros. Ahora bien, es posible que los enemigos tengan intereses mutuos. ¿Deberían seguir siendo enemigos e ignorar su interés común?

CHARLOTTE: No; si son mujeres.

DESIRÉE: Entonces hagamos las paces, aunque sólo sea por el momento.

CHARLOTTE: Desgraciadamente mi marido no tiene un anillo en la nariz para que se lo pueda atar a un poste.

DESIRÉE: Eso es cierto. Tiene su libre albedrío, sea eso lo que sea. Y además está su masculinidad en perpetuo funcionamiento que lo molesta bastante.

CHARLOTTE: Es un cadáver.

DESIRÉE: Le tengo bastante lástima.

CHARLOTTE: ¡Lástima, a él!

DESIRÉE: Sí. Mire, están jugando al charcot ahí abajo. ¿Quién es el jefe indiscutido? ¿Quién es el que ha pasado todos los arcos? ¿Quién hace de un juego inocente una batalla ofensiva para ganar prestigio?

Juegan al *croquet*. El sol brilla sobre el césped verde. Anne parece una flor de gran tamaño. Los ojos de Henrik no dejan de mirarla ni un momento. Trozos de hielo tintinean en los vasos de limonada; las abejas zumban en los rosales; una brisa suave persigue sombras claras a través del césped. La anciana dama ha sentado al pequeño Fredrik sobre sus faldas y le está leyendo algo de un libro grande. Fredrik y Malcolm se hallan uno junto al otro, fumando cada cual un cigarro, balanceando sus palos de *croquet*.

MALCOLM: A usted le toca, señor Egerman.

FREDRIK: Me temo que sí.

MALCOLM: Como usted sabe, he pasado todos los arcos y tengo derecho de sacarlo de su posición.

Malcolm coloca su bola junto a la de Fredrik y le pone el pie encima. Luego le da un fuerte golpe con el mazo y la bola de Fredrik rueda fuera de los límites del campo. Malcolm ríe con jactancia.

CHARLOTTE: Cuando ríe así está enfadado.

DESIRÉE: Enfadado y celoso.

CHARLOTTE: ¿De usted?

DESIRÉE: De usted.

CHARLOTTE: ¿Por qué diablos estaría celoso de mí?

DESIRÉE: Está furioso por la forma en que usted miró al señor Egerman cuando se saludaron hace un momento.

CHARLOTTE: ¡Qué ridículo! ¡Qué absurdamente ridículo!

DESIRÉE (*seriamente*): Sí; es tan ridículo como todo eso.

CHARLOTTE: De modo que tiene usted un plan. ¿Y con qué objeto?

DESIRÉE: Muy sencillo. Usted recupera a su marido y yo...

CHARLOTTE: Y usted...

DESIRÉE: ¿Puedo confiar realmente en usted?

CHARLOTTE: Y usted recupera a su doctor Egerman. ¿Adiviné?

DESIRÉE (*asiente con la cabeza*): Los Hombres nunca saben lo que es bueno para ellos. Tenemos que ayudarlos a encontrar el camino. ¿No le parece?

CHARLOTTE: ¿Y el plan?

DESIRÉE: Primero arreglemos los asientos para la comida.

La luz cálida de las bujías sobre la larga mesa choca con la pálida claridad del atardecer estival afuera de los altos ventanales. La anciana dueña de casa preside la mesa, con Fritz detrás de su sillón, de librea y guantes blancos. Petra y las criadas de la casa sirven la comida. La ocupación de los asientos ha sido planeada con estrategia sutil. El doctor Egerman hace pareja con Charlotte, el conde Malcolm con Desirée y Henrik Egerman con su joven madrastra. Los hombres están vestidos de etiqueta y las señoras también. En ese momento, Desirée se inclina hacia adelante y trata de atraer la mirada de Charlotte. Charlotte hace un gesto imperceptible, inclinando a su vez la cabeza

Malcolm acaba de contar un chiste y todos ríen menos Henrik.

CHARLOTTE: ¿Así que tú crees, querido Carl-Magnus, que toda mujer puede ser seducida?

MALCOLM: Decididamente. La edad, la clase, la condición y el aspecto no tienen nada que ver.

DESIRÉE: ¿Las casadas también?

MALCOLM: Sobre todo las casadas.

ANCIANA: Entonces el mejor aliado suyo no es su propio encanto sino la melancolía matrimonial de la mujer.

FREDRIK: Muy bien dicho.

CHARLOTTE: ¿Qué opina usted, señor Egerman? ¿No puede la mujer ser nunca la que seduce?

FREDRIK: Yo creo que los hombres siempre son seducidos.

MALCOLM: Qué idiotez. Nunca he sido seducido en toda mi vida. El hombre está siempre en la ofensiva.

CHARLOTTE: El señor Egerman no, al parecer.

MALCOLM: ¡Bah! Sólo quiere hacerse el interesante.

CHARLOTTE: Te aseguro que puedo seducir al señor Egerman en menos de un cuarto de hora.

MALCOLM: No, mi amor. Nosotros los hombres no tragamos anzuelos tan grandes.

CHARLOTTE: Sí que los tragan.

MALCOLM: Por ningún motivo.

DESIRÉE: Charlotte tiene razón.

CHARLOTTE: ¿Apostamos?

MALCOLM: Muy gracioso. (*Ríe*)

DESIRÉE: ¿No tiene el valor de apostar con su mujer?

MALCOLM: ¡Aceptado!

Todos ríen menos Henrik y Anne. Éstos guardan silencio y se sienten confundidos ante esta alegría sin dicha.

MALCOLM: Aquí viene el hombre, se acerca, dispara su andanada. ¡Pum! El enemigo retrocede, toma nuevas posiciones. Nueva ofensiva. Las posiciones son arrasadas. ¡Pum! ¡Pum! Entonces la persecución sigue a través de peñas y riscos hasta que la presa —quiero decir el enemigo— depone las armas frente a fuerzas superiores, pero yo no le doy cuartel. Levanto mi arma y ahí yace ella, sangrando de amor y celo: quiero decir el enemigo. Entonces aseguro mi posición y me doy un banquete, la celebración de la tregua; las pasiones se desatan, la intoxicación se

acrecienta, y el sol de la mañana encuentra al soldado en brazos del enemigo, dormitando dulcemente. Después de un ratito se levanta, se prepara para la acción y se pone en camino, buscando nuevos actos de arrojo... Nuevos partidos: quiero decir, enemigos... (*No encuentra las palabras*)

ANCIANA: Mi querido Conde, antes de empezar su ofensiva, como usted la llama, el terreno ha sido minado desde mucho tiempo atrás y el enemigo está enterado de la línea de conducta tanto de usted como de su estrategia.

HENRIK (*enojado*): Estrategia, enemigo, ofensiva, terreno minado. ¿Están hablando de amor o de un campo de batalla?

DESIRÉE: Mi querido amigo, los seres maduros tratan el amor como si fuera una batalla o una exhibición de calistenia.

HENRIK: *Pero hemos venido a este mundo para amarnos los unos a los otros.*

Todos callan. Luego sonrían un poco desconcertados, como sonrían las personas ilustradas ante semejantes lugares comunes.

ANCIANA: Hijos míos... amigos míos...

Levanta su copa. Del crepúsculo, de la nada, surge una melodía. Parece haber nacido de la noche, del *bouquet* del vino, de la vida secreta de los muros y de los objetos que los rodean.

ANCIANA: Se cuenta que este vino está hecho de uvas cuyo zumo se derrama como gotas de sangre sobre la blanca piel que las cubre. También se dice que a cada barril llenado con este vino se le añaden una gota de leche de los henchidos lechos de una mujer que acaba de dar a luz su primer hijo y una gota de semen de un padrillo joven. Esto le da al vino un poder misterioso, estimulante, y quien lo beba lo hace por su cuenta y riesgo.

La sonrisa de Desirée se agranda y su mano se cierra apretadamente alrededor de la copa de forma primorosa. Bebe con fruición y levanta el cristal cortado hacia la luz vacilante de los candelabros. Una llama cruza su mejilla y su frente.

Malcolm termina su copa de un solo trago y luego con la punta de la lengua se repasa los labios, emitiendo un chasquido discreto, pero de agrado.

ANNE (*con tranquilidad*): Bebo a mi amor...

Levanta la copa a los labios y huele su aroma. Luego permite que el zumo suave se deslice en un fino chorro sobre su lengua. Sus hombros se estremecen con un pequeño temblor de placer.

CHARLOTTE: A mi éxito.

Empuña la copa, rodeándola con ambas manos y la lleva a los labios como una hechicera. Bebe con los ojos cerrados y en pequeños, ávidos, tragos. Cuando ha terminado, respira profundamente.

FREDRIK (con tranquilidad): A Anne.

Bebe y sus ojos se humedecen y se nublan. Trata de restregarlos, pero no consigue aclararlos.

La copa de Henrik permanece llena e intacta delante de él. La mira con fijeza como si estuviera hipnotizado por ella. Luego la agarra, la lleva a los labios, pero cambia de opinión y la vuelve a dejar sobre la mesa.

La anciana dueña de casa hunde un dedo pequeño y huesudo dentro de la copa y deja que tome el color del vino. Se chupa el dedo como un gato.

Entonces Henrik bebe, vaciando el vaso y bajándolo con tanta violencia que quiebra su frágil pie. Fredrik, sobresaltado, despierta de su sensación de irrealidad. La frente se le arruga por la irritación.

FREDRIK: Fíjate en lo que haces.

HENRIK: Fíjate en lo que estás haciendo *tú*.

Henrik está arrebatado por la cólera; sus ojos echan chispas y la boca le tiembla. Se ha puesto palidísimo. Petra corre, y trata de enjugar la mancha roja que crece y se ensancha por el mantel blanco.

FREDRIK: ¿Qué modo de hablar es éste?

HENRIK: ¿Crees que puedo tolerar todo de ti? ¿Eres una especie de emperador que decide lo que todos en su casa pueden pensar o hacer?

FREDRIK: Cálmate ya, Henrik. No sabes lo que dices.

HENRIK: ¿Pero tú sí, verdad? Tú, con tu falta de decencia más primordial.

Cuando vengo a ti con mi pena, tú contestas con tu sarcasmo. Tengo vergüenza de que seas mi padre.

FREDRIK: Te callas ahora mismo o dejas la mesa.

HENRIK: Por una vez no tengo ganas de callarme. Tengo ganas de arrojar esta copa al suelo.

DESIRÉE (*sonriente*): Aquí hay otra copa. Puede tirar: todas las que quiera.

HENRIK: Usted, que es una artista tan grande, ¿no sufre por las mentiras, las componendas? ¿No la atormenta su propia vida?

DESIRÉE: ¿Por qué no trata de reírse de nosotros?

HENRIK: Duele demasiado para ser gracioso.

ANNE: ¡Henrik, cálmate ya!

Su voz es como una campanita de plata y suena en el aire sobre las cabezas de los presentes, sobre los candelabros y el suave crepúsculo del aposento. Los convidados escuchan, asombrados y pensativos. Sí, así es. Anne ha puesto su mano pequeña sobre la de él, pero no lo mira; ha cerrado los ojos y se ha ensimismado. De nuevo suena la campana de plata.

ANNE (*en voz baja*): Cálmate ya, Henrik.

Fredrik está súbitamente agobiado; el pecho se le aprieta tanto que casi no puede respirar. Abre la boca como un pez fuera del agua y se levanta la mano a la cara como para atajar un golpe.

ANCIANA (*con tranquilidad*): ¿Por qué la juventud es tan terriblemente despiadada? ¿Y quién le ha dado permiso para que sea así?

Nadie contesta. La anciana bebe otro trago del extraño vino y meneaba la cabeza.

ANCIANA: ¿Quién le ha dado permiso?

DESIRÉE: Los jóvenes viven contando con la suerte de que nunca tendrán que convertirse en viejos como nosotros.

HENRIK: Entonces daría lo mismo estar muerto.

Desirée deja que su mirada se deslice hacia Fredrik. Éste ya no está presente. Se halla sentado con una sonrisa contraída, muerta, y mira fijamente su copa de vino. De vez en cuando parpadea como si fuera incapaz de detener el torrente que está pronto a brotarle de los ojos. En ese momento hace una inspiración profunda, pero eso también duele. Es mejor no respirar, no moverse.

MALCOLM: ¡Santo Dios! El muchacho va a ser pastor. Le pagarán para que produzca algunos pequeños estremecimientos en las almas reacias.

Henrik se pone de pie. Está pálido como un muerto y parece a punto de desmayarse. Tambaleándose como borracho, se acerca a Malcolm, quien está tranquilamente limpiándose la boca con la servilleta.

MALCOLM: ¿Va a pegarme? Muy bien, si tiene ganas, pero será peor para usted.

HENRIK (*murmura*): ¡Perdónenme! ¡Perdónenme, todos ustedes!

Cruza el cuarto tambaleándose, abre la puerta que da sobre el amplio pasillo con piso de lajas y desaparece como una sombra en la noche de verano. Anne se levanta de la mesa.

ANNE (*grita*): ¡Henrik, no te hagas daño!

Pero él no la oye, o no le importa oírlo, y ella vuelve a su asiento con la cabeza gacha, como una colegiala en penitencia.

ANCIANA: Si, levantémonos de la mesa. El café y los licores nos esperan en la glorieta amarilla.

ANNE: ¿Puedo retirarme?

Fredrik la ve apenas, pero asiente con la cabeza.

Anne extiende la mano derecha y se aferra al pequeño pero firme puño de Petra. Fredrik le da a su mujer unas palmaditas en la mejilla. La superficie de la herida en el corazón se ha coagulado; ya no sigue sangrando, pero cada movimiento es terriblemente doloroso. Anne atrae a Petra hacia sí y las dos muchachas desaparecen, tomadas de la cintura.

Desirée enciende un cigarro en uno de los candelabros. Se inclina hacia adelante para hablar con Charlotte.

CHARLOTTE: Y pensamos que el primer paso iba a ser el más difícil.

DESIRÉE: Quizá el más difícil, pero no el más delicado, porque ése es el que sigue.

Las dos mujeres vuelven sus miradas a Fredrik Egerman, quien se ha acercado a la ventana. Su pensativa quietud se interrumpe cuando Malcolm se

acerca a ellas.

MALCOLM: ¿De qué están charlando?

DESIRÉE: Vamos, vamos, Conde; el café nos espera en la glorieta amarilla.

MALCOLM: ¿Qué piensa hacer mi mujer?

DESIRÉE: Puede verlo muy bien. Se está ocupando de Fredrik Egerman.

MALCOLM (*ríe*): Sí; ya ha recibido bastante como para dejarlo callado, pobre infeliz.

Charlotte se ha acercado a la ventana y está detrás de Fredrik.

CHARLOTTE: ¿Está llorando?

FREDRIK: ¡Yo! No.

CHARLOTTE: ¿Nos vamos o nos quedamos? ¿O nos reímos o lloramos? ¿O hacemos muecas?

Los demás han salido en la clara noche estival. La enorme esfera de la luna gira sobre el horizonte; se oye el murmullo de los juncos y de vez en cuando la voz del chotacabras. Malcolm y Desirée caminan del brazo por el sendero. Frid va adelante, llevando a la anciana dueña de casa como un icono.

CHARLOTTE: ¿Puedo poner algún remedio en la herida?

Se levanta en puntas de pie y besa a Fredrik.

FREDRIK: ¿Por qué hizo eso?

CHARLOTTE: ¿Fue desagradable?

FREDRIK: Quiere darle celos a su marido.

CHARLOTTE: Pero él no nos ve.

FREDRIK: No es usted mucho mayor que Anne.

CHARLOTTE: Soy mucho más peligrosa.

FREDRIK: Para usted misma, quizá.

CHARLOTTE: Para mí y para los demás, pero generalmente les aviso antes. Soy una serpiente de cascabel muy honrada. Ahora estoy avisando.

Levanta el índice, lo mantiene en alto frente al rostro de él y luego hace sonar sus pulseras.

FREDRIK: La serpiente de cascabel puede morder para matar algo que ha quedado sobrante.

La luna ha subido más alto; empapa la campiña con un misterioso resplandor. El agua de la pequeña bahía brilla como plomo derretido; los árboles están quietos y a la espera; el reloj de la torre hace sonar su suave armonía; la glorieta amarilla está encendida como una joya. Desirée canta en alemán: «*Freut Euch des Lebens, weil noch das Lämpchen glüht! Flücket die Rose eh' sie verblüht...*»^[2].

Henrik mira todo esto desde la terraza, mueve negativamente la cabeza y no quiere saber, ni sentir, ni vivir.

HENRIK: No, no, ahora no; ni sentir, ni vivir...

Hunde la cabeza en el pecho y aprieta los puños contra toda esta belleza.

HENRIK: ¡Ah, cómo sufro! ¡Y qué avergonzado estoy!

Sale tambaleante por la amplia puerta, cruza por el pasillo de lajas, y entra en el comedor que está vacío y silencioso, inundado por la luz de la luna que entra a través de los altos ventanales. Se deja caer sobre el banquillo del piano de cola, toca unos compases tormentosos de la Fantasía-Improvisada de Chopin. Luego se detiene y se inclina sobre el teclado, cubriéndose el rostro con las manos y hablando entre dientes, para sí mismo.

HENRIK: ¿Por qué soy tan feo, tan perverso, tan estúpido? Lo único correcto que me queda por hacer es suicidarme. Voy a morir. Sé que voy a morir. Desaparecer con silenciosa dignidad.

Este pensamiento lo consuela; se levanta del banquillo del piano y camina con paso digno, aunque algo vacilante, a través de los rayos de luz lunar. Cuando llega a la escalera, la luna desaparece repentinamente y queda en la oscuridad: una tremenda, completa oscuridad.

HENRIK (*murmura*): Avanzo en la oscuridad, una pena color rojo sangre me ilumina el camino. ¡Oh, horror! Tú que corroes mi mente para que nunca pueda ver la luz...

Pero de pronto la extraña luz de la luna ha vuelto, y ahí, iluminado por la alta, estrecha ventana de la escalera, el cuerpo de una mujer resplandece en su desnudez. El muchacho clava la vista, como queriendo atravesarla con la mirada, en esta hermosa criatura, cuya sonrisa misteriosa, arrogante, parece cobrar vida en la suave luz lunar.

HENRIK: ¡Dios mío, Dios mío...!

Levanta la mano y toca el mármol. Se sobresalta como si se hubiera quemado. Luego vuelve la cara con temor y repugnancia, sube por la escalera y avanza tambaleante por el corredor hasta su cuarto grande y solitario.

Una brisa sopla desde el jardín; las cortinas blancas se inflan hacia adentro y las ramas de los árboles forman un diseño movedido en el techo y las paredes.

Se oye una flauta abajo, entre los arbustos. Es Niklas, ebrio y dichoso, sentado entre las flores debajo de los árboles, tocando su instrumento.

En ese momento, una muchacha ríe sonora y provocativamente. En la terraza iluminada por la luna se está desarrollando una pequeña pantomima: Petra corre perseguida por Frid que da pequeños saltos en el aire como un alegre y gigantesco Pan. Ella está divertida, tentada, pero escapa continuamente hasta que ambos desaparecen en la sombra de la casa. Puede adivinarse el final de la persecución; una cascada de enaguas blancas y una sola forma borrosa que desaparece bajo los árboles, vacilante y doblegada.

Henrik está junto a la ventana de su cuarto y ve todo esto. La dulzura de la noche, los arabescos tristes de la flauta, abruman su corazón, que ya está lleno hasta el borde con una extraña locura.

HENRIK: ¡Oh, Señor! Si tu mundo es pecador, entonces yo quiero pecar.

Dejad que los pájaros aniden en mis cabellos; aparta de mí mi miserable virtud porque no puedo aguantarla más.

Tiene hipo provocado por la pena y la ebriedad, busca el cinturón de su bata, se lo ata fuertemente alrededor del cuello, arrastra una silla hasta un lugar del cuarto, se sube a ella y sujeta el cinturón al tubo del calorífero de porcelana. Preparado en esta forma, echa una última mirada a todas las maravillas de la tierra y da el salto hacia la eternidad.

Cae al suelo y se tambalea contra la pared. Cuando ha recobrado el equilibrio pierde su sentido de comprensión por última vez.

Ha vuelto a levantarse el viento nocturno y la luz de la luna parece más intensa que antes.

Saliendo de la nada, una cajita de música toca una tonada frágil. Una cama se desliza a través de la pared, como en un sueño, silenciosa, irreal, materializada, diríase, por la luz de la luna. Y en la cama yace Anne dormida. Al principio Henrik se queda paralizado.

HENRIK: Creo que debo de estar muerto después de todo.

Se anima, toma una toalla, la introduce hasta el fondo de la jarra de agua y permite que el agua fría le moje la cabeza y los hombros. Con sorpresa descubre que está vivo, despierto, que existe.

Entonces se atreve a acercarse a la cama. Cae de rodillas y siente la tibieza de la joven; la fragancia de ese cuerpo lo marea y cierra los ojos. La cajita de música cesa de tocar, como cesan también el viento y la voz de la flauta. Es como si todo hubiera dejado de respirar. Se inclina sobre el rostro de la joven con los ojos cerrados y la besa levemente.

Ella despierta con lentitud de su profundo sueño y mira largamente al joven, ve el rostro húmedo, pálido, y le sonrío.

ANNE: Henrik.

HENRIK: Anne.

ANNE: Te quiero.

HENRIK: Te quiero.

ANNE: Te he querido siempre.

HENRIK: Te he querido siempre.

Frid bebe un jarro de espumante cerveza. Está cómodamente sentado, reclinado contra los almohadones del carruaje abierto, mientras Petra descansa sobre su pecho hirsuto. Por la puerta abierta del cobertizo tienen una amplia visión de los prados y los campos arados y las verdes granjas. Frid señala con su jarro hacia el horizonte que empieza a clarear.

FRID: Mira, pequeña, la noche de verano está sonriendo.

PETRA: Qué me dices; eres poeta también.

FRID: ¡Claro que sí! La noche de verano tiene tres sonrisas, y ésta es la primera —entre la medianoche y el amanecer—, cuando los jóvenes amantes abren sus corazones y sus cuerpos. ¿La alcanzas a ver allá atrás

en el horizonte, una sonrisa tan suave que uno tiene que quedarse muy quieto y atento para poder verla?

PETRA: Los jóvenes amantes...

Los ojos de Petra se llenan de lágrimas y suspira.

FRID: ¿Sentiste una angustia en el corazón, mi amorcito?

PETRA: ¿Por qué no he sido nunca una joven amante? ¿Puedes decirme eso?

FRID: ¡Oh, querida, no te arrepientas! Hay muy pocos jóvenes amantes en esta tierra. Sí; uno puede casi contarlos. El amor los ha herido a los dos como un don y como un castigo.

PETRA: ¿Y nosotros, los demás?

FRID: Nosotros, los demás... ¡Ja!

Hace con el jarro de cerveza un ademán violento y sonrío para sí mismo, tanto que sus fríos ojos azules brillan. Pone una mano grandota sobre la cabeza redonda y juvenil de Petra.

PETRA: Sí, ¿qué pasa con nosotros?

FRID: Invocamos el amor, lo llamamos, rogamos que sea nuestro, lloramos por él, tratamos de imitarlo, creemos que lo tenemos, mentimos sobre él.

PETRA: Pero no lo tenemos.

FRID: No, mi pimpollo de rosa. El amor de los amantes nos es negado. No tenemos el don.

PETRA: Ni el castigo.

Una sombra oscura aparece súbitamente en el costado del carruaje. Petra grita de susto. Se levanta una mano, se acerca una cara, una cara pálida con ojos ardientes. La cara de Henrik. Le dice un secreto; los ojos de Petra se abren desmesurados de asombro. Entonces otra figura, más pequeña, abandona las sombras detrás del cobertizo.

Petra hace un movimiento afirmativo con la cabeza de completo acuerdo. Henrik baja del coche y Petra le dice unas palabras a Frid, susurrando en voz muy baja para que nadie oiga.

Anne avanza unos pasos por los anchos, polvorientos tablones del piso. Extiende los brazos delante de ella como una ciega. Llora y ríe con excitación y toma al joven en sus brazos.

Fredrik Egerman ve todo esto. Está de pie junto a los grandes árboles, iluminado por el reflejo del blanco camino. Simplemente está ahí, sin ningún pensamiento o deseo de ocultarse. Los brazos le cuelgan inmóviles a los costados del cuerpo y la barbilla se proyecta hacia adelante, tensa.

En ese momento golpean el piso de las caballerizas, botas y cascos. El caballo es sacado al frente y atado a un carruaje liviano.

Petra abraza a su ama y se dicen en secreto palabras de azoramiento y ternura, hablándose en el oído. Henrik ayuda a Frid a subir el equipaje y luego los dos jóvenes trepan al coche.

En este punto, Fredrik da un paso adelante y sus labios forman un grito, pero se convierte en un grito silencioso, un murmullo sin sonido.

El látigo castiga el lomo del caballo y el carruaje se dirige hacia la cinta blanca del camino. Una nube de tierra se levanta alrededor de los cascos del caballo.

Fredrik saca fuerzas para moverse. Velozmente retrocede hacia la oscuridad del árbol. El caballo vigoroso empieza a trotar; el carruaje ruidoso se sacude por el camino y desaparece en una nube de polvo, como en un sueño.

Ya se han ido.

Ya reina el silencio. Ya se han ido definitivamente.

Fredrik oye la risa de Frid y a Petra diciéndole que se calle. Sus pasos mueren al alejarse los dos. Fredrik Egerman está solo; no tiene como compañía más que su pesada respiración, y el corazón que le golpea el pecho, y su miedo, y su dolor.

El reloj de la vieja torre da la una. Primero, los cuatro toques del cuarto de hora, después la poderosa campanada de la una. Luego los trompeteros salen por sus portales, en el reloj, mientras el carillón suena sobre la propiedad dormida. Están el sacerdote, el caballero, el aldeano con su báculo, el enano con su perro. Están el mercader, el guerrero con su lanza, el bufón, la muerte con su guadaña y la joven con su espejo.

La luna se hunde detrás de las islas de la bahía, las estrellas palidecen y el cielo se blanquea en el Este.

Desirée abre su ventana. Se ha cambiado el vestido por uno amplio, gris, de suaves líneas y grandes bolsillos en la falda. La luz vacila con la corriente de aire; sobre la mesa yace el manuscrito de su próxima interpretación.

DESIRÉE (*entre dientes*): «¿Sabe, amigo mío, lo que es la soledad? ¿Cómo me asusta el solo pensamiento de soportarla? Estoy demasiado débil para...».

Mira el manuscrito levantándolo hacia la luz vacilante.

DESIRÉE: ...«Estoy demasiado débil para contestar su bondadosa propuesta. Pero si me pide que sea su esposa, tal vez decida atar el nudo para toda la vida».

Pero le cuesta concentrarse en el papel. Una ansiedad secreta la impulsa por el cuarto, hacia la amplia cama donde su hijo duerme hundido en las blandas almohadas, y de vuelta a la ventana para mirar afuera, hacia la glorieta. La silueta de la glorieta se ve recortada contra el agua pálida, blanca. Las ventanas están oscuras y brillan sin vida en la luz nocturna. Agudiza la vista. ¿Ve mal o hay una llama pequeña, vacilante, adentro, una llama diminuta que desaparece casi tan rápidamente como ha sido encendida?

DESIRÉE (*murmura*): ¡Charlotte! ¡Charlotte! No puedo confiar en ti, después de todo.

En ese momento, alguien se mueve en las sombras debajo de los árboles; la luz vacila, brillante, en la puerta, en la parte alta de los escalones de la glorieta y alguien se apresura, con paso sigiloso, entre las tinieblas, su silueta delineada contra el reflejo del agua, y desaparece en el refugio de la glorieta. Se ve un relámpago de faldas blancas, el borroso óvalo de un rostro y la puerta se cierra tan silenciosamente como ha sido abierta. La noche está calurosa y quieta.

Los ojos de Charlotte brillan en la penumbra de la glorieta. Mira a ambos lados varias veces. Entonces se ve otra sombra.

CHARLOTTE: ¡Qué oscuridad! Apenas puedo verlo. ¿Dónde está?

Él se acerca muy junto a ella y le pone la mano sobre el hombro desnudo.

FREDRIK: Mi mujer, Anne, se ha fugado con mi hijo, Henrik.

Charlotte trata de contener la risa.

FREDRIK: Los vi en las caballerizas. Estaban abrazados a la luz de la luna. Se abrazaban, se abrazaban para que todos pudieran verlos.

CHARLOTTE: Pobre Fredrik. (*Ríe.*)

FREDRIK (*en voz baja*): Yo hubiera podido detenerlos.

CHARLOTTE: Pobre, pobre Fredrik.

FREDRIK: Si sigue riéndose así, yo voy a...

CHARLOTTE: ¡Va a hacer qué! (*Ríe entre dientes.*) Pobre, pobre, pobre, pobre Fredrik.

FREDRIK: Soy ridículo.

CHARLOTTE: ¿Sabe que se le ha achicado la cara? Tiene los ojos hundidos en los pómulos y la nariz se le ha puesto muy larga.

FREDRIK: Yo los quería.

CHARLOTTE: Y ése era el gran amor.

FREDRIK: Los quería, a Henrik y Anne, era lo que tenía de más precioso. ¡Oh, yo sabía que estaban enamorados! No soy ciego. Pero nunca tuve celos. Me gustaba. Sus movimientos, su fragancia, sus voces y risas me alegraban el corazón, y me complacía con sus juegos.

CHARLOTTE: Y ahora los odia.

FREDRIK: No, Charlotte, es inútil. Pero desearía pegarles con los puños, pegarles por lo que me han robado.

Charlotte pone su manto sobre la cabeza de Fredrik. Un rostro pálido, amargado, la mira entre la trama floja del manto. Levanta la mano y aprieta con el pulgar el ojo de Fredrik.

CHARLOTTE: Prisionero, aprisionado, encerrado con llave, furioso, herido, lastimado sin razón ni sentido. Ahí está sentado, el docto abogado entre su pequeña catástrofe, como un niño en un charco.

Le quita el manto y lo besa en los labios. El hace un violento movimiento hacia ella, pero ella se aparta. La boca de Fredrik sangra.

FREDRIK: Tiene dientes afilados.

CHARLOTTE: Lengua afilada, dientes afilados, uñas afiladas.

FREDRIK: Corazón dolorido, manos lastimadas, sangre en los ojos.

CHARLOTTE: Sí; ahora sabe lo que se siente.

FREDRIK: A propósito, ¿es usted realmente real?

CHARLOTTE: ¿No ha notado usted que soy un personaje en una pieza, una farsa ridícula?

FREDRIK: Sí, eso es cierto.

CHARLOTTE: Engañados, traicionados, abandonados. Nosotros sí que somos *realmente* ridículos.

Se ha puesto seria, está tranquila, casi suave. Su rostro, que ha vuelto hacia un costado, permanece en la sombra y está triste, lleno de dignidad.

FREDRIK: Ahora está peligrosa, Charlotte.

CHARLOTTE: No tiene razón alguna para hacer reproches.

La inquietud de Desirée crece mientras está junto a la ventana mirando hacia la glorieta oscura.

DESIRÉE: Qué estúpida he sido.

Se lleva las manos a la boca mientras murmura para sí misma. La luz vacila y la apaga de un soplo, con irritación. La puerta se abre con extremo cuidado y aparece Malcolm. Parece confundido e irritado, se despereza, bosteza, está completamente malhumorado.

DESIRÉE: De modo que ahora vienes.

Malcolm la mira fijamente y se endurece en medio de un bostezo.

MALCOLM: ¿Qué he hecho? ¿Por qué dijiste eso?

DESIRÉE: Quiero decir... Seré breve. Me alegra verte. Pero me parece que llegas tardísimo.

MALCOLM: ¡Estás tramando algo! ¿Has planeado algo?

DESIRÉE: A propósito, ¿dónde está tu mujer?

MALCOLM: Está durmiendo.

DESIRÉE: ¿Estás seguro que está durmiendo?

MALCOLM: Completamente seguro.

DESIRÉE: ¿Nunca imaginaste que Charlotte pudiera engañarte?

MALCOLM: Una idea inusitadamente ridícula. ¿Por qué habría de hacerlo? No tiene motivo alguno de queja.

DESIRÉE: No; por supuesto que no.

MALCOLM: Ahora tienes un tono que me irrita.

DESIRÉE: Sólo dije «por supuesto que no».

MALCOLM: ¿Sabes algo?

DESIRÉE: Tu mujer no está durmiendo, *eso sé*.

MALCOLM: ¿Dónde está?

DESIRÉE: En la glorieta.

MALCOLM: ¿Con quién?

DESIRÉE: Fredrik Egerman.

MALCOLM: Fredrik Eger... ¡Al diablo!

DESIRÉE: Ya han estado allí un cuarto de hora.

MALCOLM: Ahora voy a arreglar a ese maldito picapleitos.

DESIRÉE: ¿Tienes tantos celos, pobre Malcolm?

MALCOLM: Puedo tolerar que alguien se entretenga con mi amante, pero si alguien toca a mi mujer, me convierto en un tigre.

Mira salvajemente a su alrededor y se marcha a grandes pasos. Después de unos minutos Desirée lo ve cruzar apresuradamente la terraza del castillo y dirigirse a la glorieta. Entonces sonrío, aliviada.

Malcolm enciende un par de velas y las coloca sobre la mesa, en la glorieta.

MALCOLM: ¡Sal de aquí, Charlotte! El señor Egerman y yo queremos estar solos.

Charlotte vacila y mira a uno y otro.

MALCOLM: Te recomiendo seriamente que te marches. El abogado y yo queremos jugar a la ruleta.

FREDRIK: ¿Ruleta?

El rostro de Charlotte tiene una expresión preocupada, vacilante, pero sale y cierra la puerta silenciosamente. Por un momento, puede vérsela por la ventana. Malcolm se vuelve de nuevo hacia Fredrik.

MALCOLM: Ruleta *rusa*, por supuesto.

Extrae un revólver y lo coloca sobre la mesa entre los dos.

FREDRIK: No comprendo.

MALCOLM: Una especie de duelo. Si nos enfrentáramos con armas en la mano no le quedaría a usted ninguna esperanza. Por consiguiente, sugiero un duelo que nos da a los dos exactamente las mismas probabilidades.

FREDRIK: Sigo sin comprender.

MALCOLM: El revólver está cargado con *una sola* bala. Usted cierra los ojos, hace girar el cilindro y después apunta el arma a la sien y aprieta el gatillo. Cada uno de nosotros repite este procedimiento dos veces. Eso significa que los dos corremos un albur de doce contra dos.

Cuando Charlotte da vuelta la esquina, se encuentra con Desirée en el sendero que lleva a la playa.

DESIRÉE: ¿Están todavía en la glorieta?

CHARLOTTE: Me parece que los caballeros desean que se los deje solos.

DESIRÉE: ¿Y por qué, si puede saberse?

CHARLOTTE: Para jugar una especie de ruleta.

DESIRÉE (*asombrada*): ¿Ruleta?

Malcolm sirve coñac primero en la copa de Fredrik y luego en la suya propia. Están sentados en sillones, frente a frente. Entre ambos se halla la mesa. Sobre la mesa, el pequeño revólver. Malcolm se inclina hacia adelante.

MALCOLM: Ahora haré girar el arma. Al que apunte el caño le toca primero.

Fredrik asiente con la cabeza y se moja los labios. Malcolm extiende el brazo y hace girar el arma. Da varias vueltas y luego el caño le apunta a él. Levanta la copa. Fredrik devuelve el brindis.

MALCOLM: A todas las esposas fieles.

Apuran las copas. Malcolm levanta el arma y cierra los ojos. Hace girar el cilindro y apoya el caño en la sien. Abre los ojos y mira sonriente a Fredrik. Luego aprieta el gatillo. Se oye un fuerte click.

En la frente de Fredrik aparecen gotas de sudor frío. Malcolm deja el revólver, lo empuja a través de la mesa hacia Fredrik con una sonrisa amistosa. Luego sirve otra vuelta de coñac para él y su adversario. Ahora le toca a Fredrik levantar la copa. Vacila un momento.

FREDRIK: ¡A usted, conde Malcolm!

El conde hace un saludo y esboza una sonrisa forzada. Los dos caballeros apuran sus copas.

FREDRIK: Exquisito coñac.

MALCOLM: Se cuenta que fue importado en mil ochocientos cincuenta y tantos por un muy querido amigo de la anciana señora de Armfeldt. Murió más tarde en un duelo.

Fredrik agarra el arma, cierra los ojos, hace girar el cilindro y se coloca el caño en la sien. Vacila un momento. Malcolm lo mira con una sonrisa. Aprieta el gatillo.

Se oye un fuerte click.

Fredrik abre los ojos y parpadea, algo sorprendido; mira el arma.

FREDRIK: La bala estaba en la siguiente recámara.

Deja el revólver y ahora le toca a él servir el coñac.

MALCOLM: Permítame decirle que me impresiona, doctor Egerman.

FREDRIK: Esto no es valor, señor.

Malcolm levanta la copa.

MALCOLM (*cordial*): A usted.

Fredrik saluda y bebe. Malcolm deja su copa, toma el arma y cierra los ojos. Hace girar el cilindro y coloca el caño sobre la sien. Aprieta el gatillo.

Un fuerte click.

FREDRIK: Espero que no ande mal el mecanismo.

Malcolm mueve negativamente la cabeza y sirve el coñac. Los dos caballeros levantan las copas.

MALCOLM: Me han dicho que su mujer se fugó esta noche con su hijo.

FREDRIK: Es cierto.

MALCOLM: A usted, señor Egerman.

Los caballeros apuran sus copas. Fredrik levanta el arma, cierra los ojos, hace girar el cilindro, apunta el revólver a la sien y mira tranquilamente hacia el frente.

Cuando el estampido del tiro se apaga, Desirée y Charlotte están en camino a la casa. Se vuelven.

La puerta de la glorieta se abre y Malcolm sale a los escalones con el arma en la mano. Cuando ve a las dos mujeres, sus rostros atemorizados, el miedo sin disimulo de Desirée, larga la risa. Ríe tanto que tiene que sentarse. Se golpea las rodillas y casi pierde el aliento.

MALCOLM: ¡Diablos! Usé una bala rellena con hollín.

CHARLOTTE: ¡Con hollín!

MALCOLM: ¿Tú crees que un aristócrata arriesga la vida con un picapleitos?

DESIRÉE: Eres repugnante.

Desirée entra en la glorieta y cierra la puerta. Malcolm se pone de pie. Ya no ríe. Marido y mujer se miran en silencio.

MALCOLM: Son igualmente ridículas, tú y Desirée y todas las demás. Perras e infieles.

CHARLOTTE: ¡Carl-Magnus Malcolm!

MALCOLM: Para servir a usted.

CHARLOTTE: Vuélvete y mírame.

MALCOLM: ¿Y bien?

CHARLOTTE: Has olvidado nuestra apuesta.

MALCOLM: ¿Apuesta? ¿Qué apuesta?

CHARLOTTE: En la comida.

MALCOLM: En la comida. Mi Dios, la apuesta, en la comida.

CHARLOTTE: Lo hice en ocho minutos. Luego tuve toda clase de dificultades para sacármelo de encima.

MALCOLM: Pero te divertiste.

CHARLOTTE: Carl-Magnus Malcolm, mírame de nuevo.

MALCOLM: Nunca puedo estar cómodo, sabes eso.

CHARLOTTE: Mírame.

MALCOLM: Te miro todo el tiempo.

CHARLOTTE: ¿Y qué ves?

MALCOLM: Tú.

CHARLOTTE: Nunca me has visto; ni siquiera ahora.

MALCOLM: ¿Se han vuelto locos todos? ¿No es a ti a quien veo? ¿Qué diablos veo si no te veo a ti?

CHARLOTTE: Cierra los ojos.

MALCOLM: Me niego.

CHARLOTTE: Ciérralos.

MALCOLM: ¿Y por qué?

CHARLOTTE: Ahora debes decir: «Has ganado tu apuesta. ¿Qué quiere la ganadora?».

MALCOLM: Ridículo.

CHARLOTTE: ¿No cumples tu palabra?

MALCOLM: Siempre. ¿Qué quiere la ganadora?

CHARLOTTE: Cierra los ojos.

MALCOLM: ¿Qué quiere la ganadora? (*Cierra los ojos.*)

CHARLOTTE: Tú.

MALCOLM: Eso es imposible.

CHARLOTTE: ¡Tu palabra!

MALCOLM: Me rindo.

Cae de rodillas, riendo. Ella se arrodilla frente a él. Todavía conserva su seriedad.

CHARLOTTE: Jura que me serás fiel por lo menos hasta...

MALCOLM: Te seré fiel por lo menos siete eternidades de placer, dieciocho falsas sonrisas y cincuenta y siete amorosos secretesos sin sentido. Te seré fiel hasta que nos separe el último aliento. En suma, te seré fiel a mi modo.

Es justo antes del alba. Una neblina liviana cubre el agua como soplo de humo. La brisa matinal mueve los abedules. Los pájaros entonan su canto de la mañana.

Frid se levanta del pajar donde ha estado con Petra. Respira hondo y extiende los brazos con ademán expansivo.

FRID: Ahora la noche de verano sonrío por segunda vez: para los payasos, los tontos, los no redimibles.

PETRA: Entonces sonrío para nosotros.

FRID: ¿Tienes sed? ¿Quieres cerveza?

PETRA: Dije que sonreía para nosotros.

FRID: Estoy de acuerdo. (*Bebe.*) Ahora sonrío para nosotros.

PETRA: ¿Quieres casarte conmigo?

FRID: ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

PETRA: Hace una hora dijiste que querías...

FRID: ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Eso era entonces.

Petra levanta los ojos. Luego le da una fuerte bofetada en la cara, pero él sigue riendo.

PETRA: Te casarás conmigo.

FRID: ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Eres un pimpollito con fuerza.

Petra se enfurece y sigue golpeándolo con los puños, sacudiéndolo como una funda de almohada.

PETRA (*furiosa*): Te casarás conmigo. Te casarás conmigo. ¡Te casarás! ¡Te casarás! ¡Te casarás!

FRID: Esto es lo que yo llamo amor. ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Ruedan por el heno en una pelea salvaje, pero afectuosa.

Los trompeteros aparecen de atrás de los postigos y el reloj de la torre anuncia que son las tres.

El sol sube más arriba del bosque y todo toma su verdadero color a la tibia luz del sol.

Los gallos cantan como poseídos.

La suave luz entra por las ventanas de la glorieta y cae sobre Fredrik, que está sentado en su sillón con la cara tiznada. Desirée está hincada en el suelo y le limpia la peor parte del hollín con una esponja. Egerman sale de su estupor y mira con perplejidad a Desirée. El sol le da directamente en la cara y se ve obligado a cerrar de nuevo los ojos.

Suspira satisfecho, pero cuando Desirée le toca el rasguño de la frente despierta y dice «¡Ay!».

FREDRIK: Esto no puede ser el cielo.

DESIRÉE: ¿Será tal vez porque estoy yo aquí?

FREDRIK: Desirée. ¡Qué ayuda estupenda!

DESIRÉE: Tienes razón. Qué ayuda estupenda.

FREDRIK: ¿Por qué no estoy muerto?

DESIRÉE: La bala no tenía pólvora.

FREDRIK: Ah.

DESIRÉE: ¿Te duele?

FREDRIK: Sí, duele; duele, duele.

DESIRÉE: Acuéstate aquí y duérmete.

Fredrik se levanta y se desploma sobre el diván. Desirée lo cubre con una manta. Él vuelve el rostro para no verla.

Sobre la mesa están las fotografías de su joven esposa. Los retratos artísticos de Adolf, el orgullo del Estudio Fotográfico de Almgren.

Desirée recoge discretamente las fotos y las hace desaparecer en uno de los amplios bolsillos de la falda. Luego cierra despacio la puerta de la glorieta y se sienta en los escalones, en pleno sol.

Extrae del bolsillo una cigarrera y elige un cigarro. Lo enciende con placer y lo aspira con lentitud. Del otro bolsillo extrae el libreto.

Entonces, cierra los ojos. Malla llega haciendo pinitos a través del césped. Allá en la terraza, el pequeño Fredrik juega con el cachorrito.

MALLA: Buenos días, Desirée.

DESIRÉE: Buenos días, Malla.

MALLA: ¿Estás estudiando tu nuevo papel?

DESIRÉE: Sí; puede llamarse así.

La vieja sonrío con una mueca insinuante. Lleva puesto el sombrero de paja y en una mano tiene un cesto grande.

MALLA: Voy a buscar fresas. Pero Fredrik no quiere venir conmigo.

DESIRÉE: Déjalo aquí. Yo lo cuidaré.

MALLA (*sonríe*): En ninguna parte se duerme tan bien como en el campo.

Petra se ha montado sobre Frid y lo tiene de las orejas. Él ríe y resopla. Los dos respiran con dificultad y están excitados. El polvo del heno se levanta como una nube alrededor de ellos en la fuerte luz solar.

PETRA: ¿Me prometes que te casarás conmigo?

FRID: ¡Ay! Te prometo si me sueltas las orejas.

PETRA: No. Primero la promesa.

FRID: Te prometo. ¡Uf!

PETRA: Promételo por todo lo más sagrado.

FRID: Por mi virilidad, te lo juro.

Lo suelta y le da una fuerte palmada en la mejilla; luego se pone de pie, se arregla las ropas y se despereza.

PETRA: Entonces, ¿podemos considerarnos comprometidos?

FRID (*ríe*): Se acabó la farra. Ahora me voy camino al infierno.

PETRA: Levántate y a dar lustre, gordo. Los caballos tienen que ser almohazados.

Frid se pone de pie y vuelve el rostro hacia el sol, extiende los brazos y respira profundamente.

FRID: No hay mejor vida que ésta.

PETRA: Y entonces la noche de verano sonrió por tercera vez.

FRID: Para los tristes, los deprimidos, los insomnes, los desorientados, los atemorizados, los solitarios.

PETRA: Pero los payasos van a tomar una taza de café en la cocina.

Se ha quitado los zapatos y las medias y camina descalza por el césped lleno de rocío, levantándose la falda muy por encima de las rodillas. Frid avanza detrás de ella, y la visión de esos muslos redondeados es tan endemoniadamente bella que empieza a cantar.

*Estocolmo,
mayo 27 de 1955.*

EL SÉPTIMO SELLO

EL SÉPTIMO SELLO

PERSONAJES

El escudero	Gunnar Björnstrand
La Muerte	Bengt Ekerot
Jof	Nils Poppe
El caballero	Max von Sydow
Mia	Bibi Andersson
Lisa	Inga Gill
La bruja	Maud Hansson
La mujer del caballero	Inga Landgré
La muchacha	Gunnel Lindblom
Raval	Bertil Anderberg
El monje	Anders Ek
El herrero	Ake Fridell
El pintor de iglesias	Gunnar Olsson
Skat	Erik Strandmark
El mercader	Benkt-Ake Benktsson
Mujer en la posada	Gudrun Brost
Jefe de los soldados	Ulf Johansson
Joven monje	Lars Lind

REALIZADORES

Guión	Ingmar Bergman
Director	Ingmar Bergman
Ayudante de dirección	Lennart Ohlsson
Director de fotografía	Gunnar Fischer
Ayudante de fotografía	Ake Nilsson
Música	Erik Nordgren
Música dirigida por	Sixten Ehrling
Coreografía	Else Fisher
Decorados	P. A. Lundgren
Trajes	Manne Lindholm
Maquillaje	Nils Nittel y Carl M. Lundh, Inc.
Sonido	Aaby Wedin y Lennart Wallin
Efectos especiales de sonido	Evald Andersson
Compilador	Lennart Wallén

Duración: 96 minutos.

Producida por Svensk Filmindustri; distribuida en los Estados Unidos por Janus Films, Inc., y en Gran Bretaña por Contemporary Films Ltd.

La noche ha traído poco alivio para el calor y al alba una ráfaga de viento caliente sopla a través del mar incoloro.

El caballero Antonius Block yace postrado sobre unas ramas de abeto desparramadas sobre la arena fina. Tiene los ojos abiertos e inyectados en sangre por falta de sueño.

Cerca de él, su escudero Jöns ronca ruidosamente. Ha caído dormido en el mismo sitio donde se desplomó, en el borde del bosque entre los abetos retorcidos por el viento. Tiene la boca abierta en dirección del alba y de su garganta salen sonidos estremecedores.

Con la súbita ráfaga de viento los caballos se inquietan y estiran los hocicos resecos en dirección al mar. Están tan flacos y agotados como sus amos.

El caballero se ha levantado y entra en el agua poco profunda donde se enjuaga el rostro quemado por el sol y los labios ampollados.

Jöns se vuelve para dar la cara al bosque y la oscuridad. Gime dormido y se rasca vigorosamente la cabeza cubierta de pelos cortos como cepillo. Una cicatriz cruza diagonalmente su cuero cabelludo, blanca como un relámpago sobre la mugre.

El caballero regresa a la playa y cae de hinojos. Con los ojos cerrados y el ceño fruncido, reza sus oraciones de la mañana. Tiene las manos fuertemente entrelazadas y los labios pronuncian las palabras silenciosamente. La expresión del rostro es triste y amarga. Abre los ojos y mira de frente el sol de la mañana que se levanta del mar brumoso como un pez abotagado, moribundo. El cielo está gris y quieto como una cúpula de plomo. Sobre el horizonte, en el Oeste, una nube se cierne silenciosa y oscura. Muy alto, apenas visible, una gaviota planea sostenida por alas inmóviles. Su grito es misterioso e inquietante.

El caballo gris del caballero levanta la cabeza y relincha. Antonius Block se vuelve.

Detrás de él hay un hombre vestido de negro. El rostro es palidísimo y mantiene las manos ocultas en los amplios pliegues de su capa.

CABALLERO: ¿Quién es usted?

LA MUERTE: Soy la Muerte.

CABALLERO: ¿Ha venido a buscarme?

LA MUERTE: He caminado junto a ti durante mucho tiempo.

CABALLERO: Eso lo sé.

LA MUERTE: ¿Estás preparado?

CABALLERO: Mi cuerpo tiene miedo, pero yo no.

LA MUERTE: Bueno, no hay por qué avergonzarse de eso.

El caballero se ha puesto de pie. Tirita. La Muerte abre su capa para colocarla alrededor de los hombros del caballero.

CABALLERO: Espere un momento.

LA MUERTE: Eso es lo que dicen todos. No concedo prórrogas.

CABALLERO: ¿Juega usted al ajedrez, verdad?

En los ojos de la Muerte brilla un destello de interés.

LA MUERTE: ¿Cómo sabías eso?

CABALLERO: Lo he visto en pinturas y lo he oído cantar en baladas.

LA MUERTE: Sí; en realidad soy un excelente jugador de ajedrez.

CABALLERO: Pero no puede ser mejor jugador que yo.

El caballero revuelve los objetos que lleva dentro de un saco grande y negro que tiene junto a sí y extrae un pequeño tablero de ajedrez. Lo coloca cuidadosamente en el suelo y empieza a repartir las piezas.

LA MUERTE: ¿Por qué deseas jugar al ajedrez conmigo?

CABALLERO: Tengo mis razones.

LA MUERTE: Te concedo ese privilegio.

CABALLERO: La condición es que puedo vivir todo el tiempo que le haga frente con éxito. Si gano, me liberará usted. ¿De acuerdo?

El caballero extiende sus dos puños ante la Muerte que le dirige una súbita sonrisa. Señala una de las manos del caballero; contiene un peón negro.

CABALLERO: ¡Sacó negro!

LA MUERTE: Muy apropiado. ¿No te parece?

El caballero y la Muerte se inclinan sobre el tablero. Después de un momento de vacilación, Antonius Block abre juego con el peón del rey. La Muerte juega a su vez, moviendo también el peón del rey.

La brisa matinal ha calmado. El inquieto movimiento del mar ha cesado; el agua está silenciosa. El sol surge de entre la bruma y su resplandor se hace más blanco. La gaviota planea debajo de la nube oscura, congelada en el espacio. El día se presenta abrumadoramente caluroso.

El escudero Jöns se despierta con un puntapié en las asentaderas. Abriendo los ojos, gruñe como un chanco y bosteza con ganas. Se pone de pie apresuradamente, ensilla su caballo y recoge los bultos pesados.

El caballero se aleja lentamente del mar, entra en el bosque cerca de la playa y sigue hacia el camino. Simula que no oye las oraciones matinales de su escudero. Jöns pronto lo alcanza.

JÖNS (*canta*):

Estar entre las piernas de una ramera
Es lo que más ansío en la vida.

Calla y mira a su amo, pero el caballero no ha oído el canto de Jöns, o se hace el que no lo ha oído. Para dar mayor desahogo a su irritación, el escudero canta en voz más alta todavía.

JÖNS (*canta*):

Allá arriba está Dios
Fuera de nuestro alcance.
Pero a tu hermano el Diablo
Lo hallarás por doquier.

Por fin Jöns atrae la atención del caballero. Deja de cantar. El caballero, su caballo, el propio caballo de Jöns y el mismo Jöns saben de memoria todos los cantos. El largo, polvoriento viaje desde Tierra Santa no ha depurado nada esas canciones.

Cabalgan a través de un musgoso matorral que se extiende hacia el horizonte. Más allá, se vislumbra el resplandor del mar bajo el brillo blanco del sol.

JÖNS: En Färjestad todos hablaban de malos augurios y otras cosas horribles.

Dos caballos se habían comido el uno al otro en la noche, y en el cementerio parroquial habían abierto las tumbas y los restos de los muertos estaban desparramados por todo el lugar. Ayer por la tarde hubieron nada menos que cuatro soles en el cielo.

El caballero no contesta. Muy cerca, un perro flaco y huesudo se arrastra, gimiendo, hacia su amo, quien duerme sentado en pleno sol. Una nube negra de moscas se amontona alrededor de su cabeza y sus hombros. El perro de aspecto lastimoso gime incesantemente, acostado chato sobre la panza y moviendo la cola.

Jöns baja del caballo y se acerca al hombre dormido. Le dirige la palabra cortésmente. Al no recibir respuesta, se acerca al hombre para sacudirlo y despertarlo. Se inclina sobre el hombro del dormido, pero retira la mano velozmente. El hombre cae hacia atrás sobre el matorral, con el rostro vuelto hacia Jöns. Es un cadáver, con las cuencas de los ojos vacías que parecen mirar fijamente a Jöns, y dientes blancos.

El escudero vuelve a montar su caballo y alcanza a su amo. Toma un trago de agua de su odre y se lo ofrece al caballero.

CABALLERO: Y bien, ¿te indicó el camino?

JÖNS: No exactamente.

CABALLERO: ¿Qué dijo?

JÖNS: Nada.

CABALLERO: ¿Era mudo?

JÖNS: No, señor, yo no diría eso. Para decir la verdad fue de lo más elocuente.

CABALLERO: ¿Ah?

JÖNS: Ya lo creo que fue elocuente. Lo malo es que lo que tenía que decir era muy deprimente. (*Canta*)

Hoy estás vivo y alegre
Mañana muerto estarás
Tu destino es del villano
Cuya víctima serás.

CABALLERO: ¿Tienes que cantar?

JÖNS: No.

El caballero da a su escudero un pedazo de pan que lo mantiene en silencio por un rato. El sol cae sobre ellos con crueldad, y por sus rostros ruedan grandes gotas de sudor. Los cascos de los caballos levantan nubes de polvo.

Pasan por un abra, costeano verdes bosquecillos. A la sombra de unos grandes árboles se halla una carreta voluminosa cubierta por una lona abigarrada. Un caballo relincha, muy cerca, y el caballo del caballero le contesta. Los dos viajeros no se detienen a descansar bajo la sombra de los árboles sino que siguen adelante hasta que desaparecen en una vuelta del camino.

Dormido, Jof, el juglar, oye el relincho de su caballo y la Respuesta distante. Trata de seguir durmiendo, pero hace un calor sofocante dentro de la carreta. Los rayos de luz que se filtran por la lona iluminan el rostro de la mujer de Jof, Mia, y de su hijo de un año, Mikael, que duermen profunda y tranquilamente. Cerca de ellos Jonas Skat, un hombre mayor, ronca con estrépito.

Jof sale sigilosamente de la carreta. Hay todavía un pedazo de sombra debajo del árbol grande. Toma un trago de agua, hace gárgaras, se despereza y habla a su viejo y huesudo caballo.

JOF: Buenos días. ¿Te has desayunado? Yo no puedo comer pasto, desgraciadamente. ¿No puedes enseñarme cómo se hace? Estamos un poco necesitados. En esta parte del país a las gentes no les interesan los juglares.

Ha recogido las pelotas de sus juegos malabares y empieza lentamente a lanzarlas al aire. Luego se para de cabeza y cacarea como gallina. De pronto se detiene y se sienta con una expresión de absoluto asombro en el rostro. El viento balancea levemente los árboles. Las hojas se mueven y se oye un suave murmullo. Las flores y el pasto se inclinan con gracia y en alguna parte un pájaro deja oír su voz en un largo trino.

El rostro de Jof se transforma en una sonrisa y los ojos se le llenan de lágrimas. Con expresión de alhelamiento está sentado sobre el pasto, inmóvil, mientras las hierbas susurran suavemente y las abejas y mariposas zumban alrededor de su cabeza. El pájaro invisible sigue cantando.

De pronto, la brisa se detiene, el pájaro deja de cantar, la sonrisa de Jof desaparece, las flores y el pasto decaen con el calor. El viejo caballo sigue dando vueltas, comiendo y moviendo la cola para espantar a las moscas.

Jof vuelve a la realidad. Corre a la carreta y sacude a Mia hasta que despierta.

JOF: Mia, despierta. ¡Despierta! Mia, acabo de ver algo. ¡Tengo que contártelo!

MIA (*se sienta aterrorizada*): ¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

JOF: Oye, he tenido una visión. No, no era una visión. Era real, absolutamente real.

MIA: ¡Ah, de modo que has tenido de nuevo una visión!

La voz de Mia está llena de suave ironía. Jof mueve la cabeza y la agarra por los hombros.

JOF: ¡Pero la vi de veras!

MIA: ¿A quién viste?

JOF: A la Virgen María.

Mia no puede dejar de estar impresionada por el fervor de su marido. Baja la voz.

MIA: ¿De veras la viste?

JOF: Estaba tan cerca de mí que hubiera podido tocarla. Tenía sobre la cabeza una corona de oro y su vestido era azul con flores de oro. Estaba descalza y sus manos eran pequeñas y doradas y con ellas sostenía al Niño y le enseñaba a caminar. Y entonces vio que yo estaba mirándola y me sonrió. Mis ojos se llenaron de lágrimas y cuando me las había secado, ella había desaparecido. Y todo estaba tan quieto en el cielo y en la tierra. Puedes comprender...

MIA: ¡Qué imaginación tienes!

JOF: ¡No me crees! Pero era real, te lo aseguro, no la clase de realidad que uno ve todos los días, sino una cosa distinta.

MIA: Quizá sea la clase de realidad que nos contaste cuando viste al Diablo que pintaba de rojo las ruedas de nuestra carreta, usando la cola como pincel.

JOF (*turbado*): ¿Por qué tienes que acordarte siempre de eso?

MIA: Y entonces descubriste que tenías pintura roja debajo de las uñas.

JOF: Bueno, quizá esa vez lo inventé. (*Con vehemencia*) Lo hice nada más que para que creyeras en mis otras visiones. Las verdaderas. Las que yo no inventaba.

MIA (*con severidad*): Debes tratar de dominar tus visiones. Si no van a creer que eres un idiota, lo cual no eres. Por lo menos hasta ahora... por lo que yo sé. Pero, pensándolo bien, no estoy tan segura de ello.

JOF (*enfadado*): Yo no pedí tener visiones. No puedo evitarlo si oigo voces, si la Virgen María se aparece ante mis ojos y a los ángeles y demonios les gusta mi compañía.

SKAT (*se sienta*): ¡No les he dicho una vez por todas que necesito dormir por la mañana! Se los he pedido cortésmente, les he rogado, pero todo es inútil. ¡De modo que ahora les estoy diciendo que se *callen la boca!*

Los ojos se le saltan de ira. Se vuelve para el otro costado y sigue roncando como antes de despertar. Mia y Jof deciden que sería mejor alejarse de la carreta. Se sientan sobre una canasta. Mia tiene a Mikael sobre las faldas. Está desnudo y se retuerce vigorosamente. Jof se sienta muy junto a su mujer. Agachado y decaído todavía tiene una expresión deslumbrada y azorada. Del mar sopla un viento caliente y seco.

MIA: Si sólo lloviera un poco. Todo está quemado como carbón. No tendremos qué comer este invierno.

JOF (*bostezando*): Ya nos arreglaremos.

Dice esto sonriente, con aire despreocupado. Se despereza y ríe alegremente.

MIA: Quiero que Mikael tenga una vida mejor que la nuestra.

JOF: Mikael será un acróbata famoso... o un malabarista que puede hacer la única prueba imposible.

MIA: ¿Cuál es ésa?

JOF: Hacer que una de las pelotas se quede detenida completamente en el aire.

MIA: Pero eso es imposible.

JOF: Imposible para nosotros..., pero no para él.

MIA: Estás soñando otra vez.

Bosteza. El sol le ha dado un poco de somnolencia y se acuesta en el pasto. Jof hace lo mismo y con el brazo rodea los hombros de su mujer.

JOF: He compuesto una canción. La hice durante la noche cuando no podía dormir. ¿Quieres oíría?

MIA: Cántala. Tengo mucha curiosidad por oírla.

JOF: Debo sentarme primero.

Se sienta con las piernas cruzadas, hace con los brazos un ademán dramático y canta con voz sonora.

JOF:

Bajo un cielo de verano
Una paloma entre lilas
Canta loas al Señor
Y arriba reina el Amor.

Interrumpe su canción para recibir las felicitaciones de su mujer.

JOF: ¡Mia! ¿Estás dormida?

MIA: Es una canción preciosa.

JOF: Todavía no he terminado.

MIA: La oí, pero creo que dormiré un poquito más. Puedes cantarme el resto más tarde.

JOF: No haces más que dormir.

Jof se siente un poco ofendido y mira a su hijo Mikael, pero éste también duerme profundamente entre las altas hierbas. Jonas Skat sale de la carreta. Bosteza; está muy fatigado y de mal humor. Entre las manos tiene una máscara de la muerte rústicamente hecha.

SKAT: ¿Esta máscara ha sido hecha con la intención de que la use un actor?

Si los curas no nos pagaran tan bien, yo diría, no gracias.

JOF: ¿Usted va a interpretar a la Muerte?

SKAT: Imagínese, hacer morir de miedo a las gentes decentes con esta clase de estupidez.

JOF: ¿Cuándo debemos interpretar esta pieza?

SKAT: En la Fiesta de los Santos, en Elsinore. Vamos a trabajar en los mismos escalones de la iglesia, créalo o no.

JOF: ¿No sería mejor que diéramos algo obsceno? A las gentes les gusta más y es más divertido.

SKAT: Idiota. Anda corriendo un rumor que hay en la región una terrible peste, y ahora los sacerdotes andan profetizando muertes súbitas y toda clase de agonías espirituales.

Mia ya se ha despertado y yace feliz de espaldas, chupando una brizna de pasto y mirando sonriente a su marido.

JOF: ¿Y qué parte voy a interpretar yo?

SKAT: Es usted un tonto tan grande que va a ser el Alma del Hombre.

JOF: Por supuesto, ésa es una parte mala.

SKAT: ¿Quién decide las cosas aquí? ¿Quién es el director de la compañía, de todos modos?

Skat con una mueca de risa, se cubre el rostro con la máscara y recita con tono dramático.

SKAT: Tenga esto presente, estúpido. Su vida cuelga de un hilo. Su tiempo es corto. (*Con su voz habitual*) ¿Les gustaré a las mujeres con este disfraz? ¿Seré un éxito? ¡No! Me siento como si ya estuviera muerto.

Sube tambaleante a la carreta, hablando entre dientes, furioso. Jof se sienta, inclinado hacia adelante. Mia yace junto a él sobre el pasto.

MIA: ¡Jof!

JOF: ¿Qué quieres?

MIA: Quédate quieto. No te muevas.

JOF: ¿Qué quieres decir?

MIA: No digas nada.

JOF: Estoy mudo como una tumba.

MIA: ¡Chist! Te amo.

Olas de calor envuelven la iglesia de piedra gris en una extraña bruma blanca. El caballero baja del caballo y entra. Después de atar las cabalgaduras, Jöns lo sigue lentamente. Cuando llega al atrio de la iglesia se detiene con sorpresa. A la derecha de la entrada hay un fresco grande que no está

completamente terminado. Encaramado en un andamio rústico se halla un pintor con un gorro rojo en la cabeza y ropas manchadas de pintura. Tiene un pincel en la boca, en tanto que con otro, que sostiene en la mano, delinea una pequeña cara humana con expresión de terror entre un mar de otros rostros.

JÖNS: ¿Qué representa esto?

PINTOR: La Danza de la Muerte.

JÖNS: ¿Y ésa es la Muerte?

PINTOR: Sí; se los lleva a todos bailando.

JÖNS: ¿Por qué pinta semejante tontería?

PINTOR: Pensé que serviría para recordar a las gentes que tienen que morir.

JÖNS: Bueno, pero no los hará sentirse más felices.

PINTOR: ¿Por qué debe uno hacer siempre felices a las gentes? No sería mala idea asustarlas un poco de cuando en cuando.

JÖNS: Entonces cerrarán los ojos y se negarán a mirar su pintura.

PINTOR: ¡Oh, ya mirarán! Una calavera es casi más interesante que una mujer desnuda.

JÖNS: Si llega usted a asustarlos...

PINTOR: Pensarán.

JÖNS: Y si piensan...

PINTOR: Estarán todavía más asustados.

JÖNS: Y entonces correrán a refugiarse justo entre los brazos de los curas.

PINTOR: Ese no es asunto mío.

JÖNS: Usted sólo está pintando su Danza de la Muerte.

PINTOR: Yo estoy pintando las cosas como son. Todos los demás pueden hacer lo que mejor le plazca.

JÖNS: Piense, nada más, cómo lo van a maldecir.

PINTOR: Tal vez. Pero entonces pintaré algo divertido para que miren. Tengo que ganarme la vida... por lo menos hasta que me atrape la peste.

JÖNS: La peste. Eso parece horrible.

PINTOR: Debería usted ver los forúnculos en la garganta de un enfermo. Debería ver cómo se encoge su cuerpo hasta que sus piernas parecen sogas llenas de nudos... como el hombre que he pintado allá.

El pintor señala con el pincel. Jöns ve un pequeño ser humano retorciéndose en el pasto, con los ojos hacia arriba, con la mirada enloquecida por el horror y el dolor.

JÖNS: Eso es horrible.

PINTOR: Ya lo creo que lo es. Trata de arrancar el forúnculo, se muerde las manos, se desgarran las venas con las uñas y sus gritos se oyen por todas partes. ¿Le da miedo eso?

JÖNS: ¿Miedo? ¿A mí? No me conoce. ¿Qué son esos horrores que ha pintado allá?

PINTOR: Lo curioso es que esas pobres criaturas creen que la peste es castigo del Señor. Muchedumbres de personas que se llaman a sí mismas Esclavas del Pecado andan como enjambres por todo el país, flagelándose ellas mismas y a los demás, todo por la gloria de Dios.

JÖNS: ¿Se dan de latigazos de verdad?

PINTOR: Sí, es un espectáculo terrible. Yo me escabullo dentro de una zanja y me escondo cuando pasan.

JÖNS: ¿Tiene un poco de coñac? He bebido agua todo el día y me ha dado una sed de camello en el desierto.

PINTOR: Creo que lo he asustado, después de todo.

Jöns se sienta con el pintor que ha extraído una botella de coñac.

El caballero se halla de rodillas ante un pequeño altar. A su alrededor reina el silencio y la oscuridad. El aire es fresco y húmedo. Retratos de santos lo miran desde las paredes con ojos inexpresivos. El rostro de Cristo está vuelto hacia arriba. Tiene la boca abierta como en un grito de angustia. En la viga del techo se ve la representación de un horrible demonio que espía a un ser humano miserable. El caballero oye un ruido en el confesonario y se acerca a él. Detrás del enrejado aparece un instante el rostro de la Muerte, pero el caballero no lo ve.

CABALLERO: Deseo hablaros tan abiertamente como me sea posible, pero mi corazón está vacío.

La Muerte no contesta.

CABALLERO: El vacío es un espejo vuelto hacia mi propio rostro. Me veo en él, estoy lleno de miedo y de náusea.

La Muerte no contesta.

CABALLERO: Por mi indiferencia hacia mis semejantes me he aislado de ellos. Ahora vivo en un mundo de fantasmas. Soy prisionero de mis sueños y fantasías.

LA MUERTE: Y sin embargo no quieres morir.

CABALLERO: Sí quiero.

LA MUERTE: ¿Qué estás esperando?

CABALLERO: Quiero saber.

LA MUERTE: ¿Quieres garantías?

CABALLERO: Llámeme como mejor le plazca. ¿Es tan cruelmente inconcebible entender a Dios con los sentidos? ¿Por qué debe ocultarse en una bruma de promesas pronunciadas a medias y de milagros que no se ven?

La Muerte no contesta.

CABALLERO: ¿Cómo podemos tener fe en los que creen cuando no podemos tener fe en nosotros mismos? ¿Qué les ocurrirá a aquellos de nosotros que desean creer, pero no pueden? ¿Y qué destino tendrán los que ni quieren creer ni son capaces de creer?

El caballero se calla y espera una respuesta, pero nadie habla ni le contesta. Reina un completo silencio.

CABALLERO: ¿Por qué no puedo matar a Dios dentro de mí? ¿Por qué sigue viviendo en esta forma dolorosa y humillante, aun cuando lo maldigo y deseo arrancarlo de mi corazón? ¿Por qué, a pesar de todo, Él es una realidad desconcertante que no puedo sacudirme de encima? ¿Me oye?

LA MUERTE: Sí; te oigo.

CABALLERO: Quiero sabiduría, no fe, ni suposiciones, sino sabiduría. Quiero que Dios extienda su mano hacia mí, que se revele y me hable.

LA MUERTE: Pero permanece en silencio.

CABALLERO: Lo llamo en la oscuridad, pero no parece haber nadie ahí.

LA MUERTE: Tal vez no haya nadie.

CABALLERO: Entonces la vida es un espantoso horror. Nadie puede vivir y enfrentar a la muerte sabiendo que todo es la nada.

LA MUERTE: La mayor parte de los seres nunca reflexiona sobre la muerte ni la futilidad de la vida.

CABALLERO: Pero un día tendrán que detenerse en ese último momento de la vida y mirar hacia la oscuridad.

LA MUERTE: Cuando llegue ese día...

CABALLERO: En nuestro temor, construimos una imagen, y a esa imagen la llamamos Dios.

LA MUERTE: Te estás preocupando...

CABALLERO: La Muerte me visitó esta mañana. Estamos jugando una partida de ajedrez los dos. Este intervalo me da la oportunidad de arreglar un asunto muy urgente.

LA MUERTE: ¿Qué asunto es éste?

CABALLERO: Mi vida ha sido una fútil búsqueda, un andar errante, mucho hablar sin ningún sentido. No tengo amargura ni me hago reproches porque las vidas de la mayoría de los seres son muy parecidas a esto. Pero usaré esta prórroga para cumplir un acto significativo.

LA MUERTE: ¿Por eso juegas al ajedrez con la Muerte?

CABALLERO: Es un contrincante hábil, pero hasta ahora no he perdido una sola pieza.

LA MUERTE: ¿Cómo vas a aventajar a la Muerte en el juego?

CABALLERO: Tengo una combinación del alfil y el caballo que la Muerte no ha descubierto aún. En la próxima jugada le destrozaré uno de sus flancos.

LA MUERTE: Me acordaré de eso.

La Muerte muestra su rostro en el enrejado del confesonario por un instante, pero desaparece instantáneamente.

CABALLERO: ¡Me ha engañado y trampeado! Pero volveremos a vernos, y encontraré una forma.

LA MUERTE (*invisible*): Nos veremos en la posada, y allí seguiremos la partida.

El caballero levanta la mano y la mira a la luz del sol que entra por la diminuta ventana.

CABALLERO: Esta es mi mano. Puedo moverla, sentir la sangre que late dentro de ella. El sol está todavía alto en el cielo y yo, Antonius Block, estoy jugando al ajedrez con la Muerte.

Cierra la mano en un puño y se la lleva a la sien.

Mientras tanto, Jöns y el pintor se han emborrachado y hablan animadamente entre ellos.

JÖNS: Yo y mi amo hemos estado en el extranjero y acabamos de llegar a nuestro país. ¿Comprendes, pintorcito?

PINTOR: La Cruzada.

JÖNS (*ebrio*): Precisamente. Durante diez años nos sentamos en la Tierra Santa y dejamos que nos mordieran las víboras, nos picaran las moscas, nos comieran las fieras, nos mataran los bárbaros, nos envenenara el vino, las mujeres nos pasaran piojos, los piojos nos devoraran, las fiebres nos pudrieran, todo por la Gloria de Dios. Nuestra cruzada fue una locura tal, que sólo un verdadero idealista pudo haberla pensado. Pero lo que dijo usted de la peste fue horrible.

PINTOR: Es peor que eso.

JÖNS: ¡Ay de mí! Dondequiera que uno mire, tiene las nalgas detrás. Esa es la verdad.

PINTOR: Las nalgas detrás, las nalgas detrás... ahí tiene una profunda verdad.

Jöns pinta una figura pequeña que está destinada a representarlo a sí mismo.

JÖNS: Este es Jöns, el escudero. Le hace muecas a la Muerte, se burla del Señor, ríe de sí mismo y mira de reojo a las muchachas. Su mundo es el mundo de Jöns, creíble sólo para él, ridículo para todos inclusive para él mismo, sin sentido para el Cielo y sin interés alguno para el Infierno.

El caballero pasa de largo, llama a su escudero y sale al sol deslumbrante. Jöns consigue bajar del andamiaje.

Afuera de la iglesia, cuatro soldados y un monje están ocupados en colocar a una mujer en el cepo. Tiene el rostro pálido y aniñado, la cabeza rapada, y los nudillos sangrientos y quebrados. Aunque los ojos están abiertos no parece completamente consciente.

Jöns y el caballero se detienen y miran en silencio. Los soldados trabajan con rapidez y habilidad, pero parecen asustados y deprimidos. El monje lee entre dientes en un pequeño libro. Uno de los soldados recoge un cubo de madera y con la mano empieza a untar una pasta sangrienta en los muros de la iglesia, alrededor de la mujer. Jöns se aprieta la nariz.

JÖNS: Esa sopa suya tiene un hedor del demonio. ¿Para qué sirve?

SOLDADO: Ha tenido contacto carnal con el Demonio.

Susurra esto con una expresión de horror en el rostro y continúa salpicando el revoltijo pegajoso sobre el muro.

JÖNS: Y ahora está en el cepo.

SOLDADO: La quemarán mañana por la mañana en los límites de la parroquia.

Pero tenemos que mantener al Demonio alejado del resto de nosotros.

JÖNS (*apretándose la nariz*): ¿Y hacen eso con este revoltijo que apesta?

SOLDADO: Es el mejor remedio: sangre mezclada con la bilis de un perro grande, negro. El Demonio no puede soportar el olor.

JÖNS: Yo tampoco.

Jöns se dirige a su caballo. El caballero se queda unos momentos mirando a la joven. Es casi una niña. Lentamente vuelve los ojos hacia él.

CABALLERO: ¿Has visto al Diablo?

El monje deja de leer y levanta la cabeza.

MONJE: No debe usted hablar con ella.

CABALLERO: ¿Puede eso ser tan peligroso?

MONJE: No lo sé, pero se la acusa por haber causado la peste que nos aflige.

CABALLERO: Comprendo.

Hace un gesto afirmativo con la cabeza, resignado, y se aleja. La muchacha empieza a quejarse como si fuera presa de una horrenda pesadilla. Sus lamentos siguen a los dos jinetes hasta muy lejos en el camino.

El sol está alto en el cielo, como una roja bola de fuego. El odre está vacío y Jöns busca un manantial donde llenarlo.

Se acercan a un grupo de chozas de campesinos en el borde del bosque. Jöns ata su caballo, se echa el pellejo sobre el hombro y se dirige por el sendero hasta la choza más cercana. Como siempre sus movimientos son ágiles, y casi inaudibles. La puerta de la choza está abierta. Se detiene afuera, pero como nadie aparece, entra. Está muy oscuro adentro y toca con el pie un objeto blando. Mira hacia abajo. Junto a la chimenea blanqueada una mujer yace de cara al suelo.

Al oír pasos que se acercan, Jöns rápidamente se esconde detrás de la puerta. Desde el desván baja un hombre por una escalera. Es corpulento y morrudo. Tiene ojos negros y el rostro pálido e hinchado. Sus ropas están bien hechas pero sucias y harapientas. Baja con un saco de lona en la mano. Mirando en derredor, entra en el cuarto interior, se inclina sobre la cama, mete algo dentro del saco, se desliza contra las paredes y revisa los estantes; halla algo más que mete dentro del saco.

Lentamente vuelve a entrar en el primer cuarto, se inclina sobre la muerta y con cuidado le quita el anillo del dedo. En ese instante una joven entra por la puerta abierta. Se detiene y mira al desconocido.

RAVAL: ¿Por qué pareces tan sorprendida? Robo a los muertos. En estos días es una empresa muy lucrativa.

La joven hace un movimiento como para escapar.

RAVAL: Estás pensando en correr a la aldea y contarlo. Eso no te serviría de nada. Cada cual tiene que salvar su propio pellejo. Es tan sencillo como todo eso.

MUCHACHA: No me toque.

RAVAL: No trates de gritar. No hay nadie que pueda oírte, ni Dios ni hombre.

Con lentitud, cierra la puerta detrás de la joven. El cuarto mal ventilado está ahora casi en tinieblas. Pero Jöns aparece, claramente visible.

JÖNS: Te reconozco aunque hace mucho tiempo que no nos vemos. Tu nombre es Raval, del colegio teológico de Roskilde. Eres el señor Mirabilis, Coelestis et Diabilis.

Raval sonrío con inquietud y mira a su alrededor.

JÖNS: ¿No te he reconocido?

La joven se ha quedado inmóvil.

JÖNS: Tú fuiste el que, hace diez años, convenciste a mi amo de la necesidad de ir en una cruzada, de las clases altas, a Tierra Santa.

Raval mira a su alrededor.

JÖNS: Pareces molesto. ¿Te duele el estómago?

Raval sonrío con inquietud.

JÖNS: Cuando te veo, comprendo súbitamente el sentido de esos diez años, que antes me parecieron tan desperdiciados. La vida era demasiado buena y estábamos demasiado satisfechos con nosotros mismos. El Señor quería castigarnos por nuestra complacencia. Por eso te mandó a ti para que vomitaras tu santa ponzoña y envenenaras al caballero.

RAVAL: Yo lo hice de buena fe.

JÖNS: Pero ahora ya has aprendido ¿verdad? Porque ahora te has convertido en ladrón. Una ocupación más adecuada y remunerativa para pillos. ¿No es así?

Con un rápido movimiento hace saltar el cuchillo de la mano de Raval, le da un puntapié que lo arroja al suelo y está por ultimarle. De repente la muchacha grita. Jöns se detiene y hace con la mano un ademán de generosidad.

JÖNS: Sin duda. No soy sanguinario. *(Se inclina sobre Raval)*

RAVAL: No me maltrate.

JÖNS: No tengo corazón para tocarlo, doctor. Pero recuerde esto: la próxima vez que nos encontremos, te marcaré la cara como se hace con los ladrones. *(Se levanta)* Para lo que vine aquí fue para llenar mi odre.

MUCHACHA: Tenemos un manantial muy profundo con agua fría, fresca. Venga, yo le mostraré.

Salen de la choza. Raval se queda quieto unos minutos, luego se pone de pie lentamente y mira a su alrededor. Cuando no ve a nadie, recoge su saco y se va sigilosamente.

Jöns aplaca su sed y llena el odre de agua fresca. La muchacha lo ayuda.

JÖNS: Me llamo Jöns. Soy un joven agradable y conversador que nunca ha tenido más que buenos pensamientos y no ha hecho más que cosas nobles y bellas. Soy, sobre todo, bondadoso con las muchachas. Con ellas no hay límites a mi bondad.

La abraza y trata de besarla, pero ella lo rechaza. Inmediatamente él pierde todo interés; iza el odre sobre el hombro y da unas palmadas a la muchacha en la mejilla.

JÖNS: Adiós, hija mía. Hubiera podido violarte, pero, en confidencia, te diré que estoy harto de esa clase de amor. Es muy monótono, después de todo.

Ríe con amabilidad y se aleja de ella. Cuando ha andado un corto trecho se vuelve; la muchacha está todavía en el mismo lugar.

JÖNS: Ahora que lo pienso, voy a necesitar un ama de casa. ¿Sabes preparar buena comida? (*La muchacha asiente con la cabeza*) Por lo que sé hasta ahora, soy casado, pero tengo grandes esperanzas de que mi mujer haya muerto ya. Por eso necesito un ama de casa. (*La muchacha no contesta pero se pone de pie*) ¡Demonios! Ven y no te quedes ahí mirando fijo. Te he salvado la vida, así que tu deuda conmigo es grande.

La muchacha avanza hacia él con la cabeza gacha. Él no la espera, sino que se dirige hacia el caballero quien aguarda pacientemente a su escudero.

La Posada del Desconcierto se halla situada en el sector oriental de la provincia. En su viaje a lo largo de la costa la peste no ha llegado todavía a esa zona.

Los actores han detenido la carreta debajo de un árbol, en el patio de la posada. Vestidos con trajes pintorescos, interpretan una farsa.

El público asiste a la función y la comenta ruidosamente. Se ven allí mercaderes con rostros hinchados, sudoroso, rostros de bebedores de cerveza; aprendices y jornaleros, peones de granja y lecheras. Una cantidad de niños se ha encaramado en los árboles, alrededor de la carreta.

El caballero y su escudero están sentados a la sombra de una pared. Beben cerveza y dormitan en el calor del mediodía. La muchacha de la aldea desierta duerme junto a Jöns.

Jof toca el tambor, Skat toca la flauta, Mia ejecuta un alegre baile. Transpiran bajo el sol despiadado, blanco. Cuando han terminado, Skat se adelanta y saluda.

SKAT: Nobles damas y caballeros, les agradezco su interés. Por favor quédense de pie donde están un rato más, o siéntense en el suelo, porque

vamos a interpretar una tragedia sobre una esposa infiel, un marido celoso y el apuesto amante... que soy yo.

Mia y Jof se cambian rápidamente de traje y vuelven a salir en escena. Saludan al público.

SKAT: Aquí está el marido. Aquí está la esposa. Si callan allá atrás van a ver algo espléndido. Como les dije, yo soy el amante y todavía no he salido en escena. Por eso voy a ocultarme detrás de la cortina por el momento. (*Se limpia el sudor de la frente*) Hace un calor del diablo. Creo que vamos a tener tormenta.

Coloca la pierna delante de Jof como para hacerle una zancadilla, levanta la falda de Mia, hace una mueca como si viera todas las maravillas del mundo debajo de ella y desaparece detrás de las cortinas, chapuceramente remendadas.

Skat está muy hermoso ahora que puede verse reflejado en una palangana de hojalata. Tiene los cabellos ondulados, las cejas bellamente tupidas; unos aretes de brillantes llaman la atención a la par de sus dientes, y las mejillas lucen un rubor de pétalo de rosa.

Está sentado en la parte de atrás de la carreta con las piernas colgantes y mientras las balancea, silba para sí mismo.

Entretanto Jof y Mia interpretan la tragedia; el público no la recibe, sin embargo, con mucho entusiasmo.

Skat, de pronto, descubre que alguien lo está mirando mientras él se contempla encantado en la palangana de hojalata. Delante de él se halla una mujer de un físico soberbio.

Skat frunce el ceño, juega con su pequeña daga y por momentos lanza una mirada picaresca, aunque fogosa, a la hermosa visitante.

De pronto ella descubre que uno de los zapatos le incomoda. Se inclina para calzarlo mejor y al hacerlo permite que su pecho generoso escape de su prisión: no más de lo que el honor y la castidad lo permiten, pero lo suficiente, sin embargo, para que el actor con su mirada avezada comprenda inmediatamente qué abundantes deleites se ofrecen allí.

Ella se acerca un poco más, se arrodilla y abre un atado que contiene varios exquisitos manjares y un odre lleno de vino tinto. A pesar de su excitación, Jonas Skat consigue no caerse de la carreta. De pie en los peldaños traseros de la carreta se apoya contra un árbol cercano, cruza las piernas y saluda.

La mujer, en silencio, muerde una pata de pollo que destila grasa. En ese preciso instante el actor recibe el impacto de una mirada radiante, llena de apetitos sensuales.

Ante esta mirada Skat toma una decisión inmediata: salta de la carreta y se arrodilla frente a la doncella ruborosa.

Al sentir la proximidad del actor ésta se torna débil y lánguida; lo mira con ojos vidriosos y respira con dificultad. Skat se dedica a besarle las manos pequeñas y regordetas. El sol brilla esplendoroso y entre los matorrales se oye la algazara de los pájaros.

La mujer al sentir las piernas flojas se sienta hacia atrás, sobre los talones. Perpleja, extrae otra pata de pollo del amplio saco de comida y la pone frente a Skat con una expresión suplicante y triunfal, como si le ofreciera, en premio, su virginidad.

Skat vacila un instante, pero sigue con su estrategia. Deja caer la pata de pollo sobre el pasto y acercándose a ella le dice un secreto en el oído.

Las palabras parecen agradarle y la mujer le echa los brazos alrededor del cuello y lo atrae hacia sí con tanta vehemencia que ambos pierden el equilibrio y caen sobre el pasto suave. Los pájaros salen volando lanzando chillidos de terror.

Jof está de pie bajo el sol ardiente, con una linterna de llama vacilante en la mano. Mia finge que está dormida en un banco que ha sido llevado al frente del escenario.

JOF:

Ya la noche y la luna prevalecen.
Aquí duerme mi frágil esposa...

VOZ DESDE EL PÚBLICO: ¿Ronca?

JOF: Permítanme señalarles que esto es una tragedia, y en una tragedia nadie ronca.

VOZ DESDE EL PÚBLICO: De todos modos a mí me parece que debe roncar.

Esta opinión provoca la risa de los espectadores. Jof se muestra un poco confundido y olvida su parte, pero Mia no pierde la cabeza y empieza a roncar.

JOF:

Ya la noche y la luna prevalecen.
Ronca —quiero decir duerme— mi frágil esposa.

Estoy celoso como nunca estuve,
Y detrás de esta puerta me estaré.
Ella es fiel, ella es fiel
A su amante y no a mí.
Él llega sigiloso
A despertar su ardor.
Lo heriré hasta que muera
Por profanar mi lecho.
Ahí llega a la luz espectral de la luna,
Con sus brillantes piernas bien torneadas.
Quieto como un ratón me quedaré,
No le digáis que pronto morirá.

Jof se esconde. Mia inmediatamente deja de roncar y se sienta y mira hacia la izquierda.

MIA:

¡Ah! mirad, ahí llega desafiando la noche
Mi amante, mi tesoro, delicia de mi ensueño.

Se calla y mira al frente con los ojos desmesuradamente abiertos.

A pesar del calor, el estado de ánimo del público frente a la posada ha sido, hasta ese momento, bastante alegre.

Pero se produce un cambio rápido. Quienes reían y charlaban, callan. Los rostros parecen palidecer bajo la piel bronceada por el sol; los chicos dejan de jugar y se quedan boquiabiertos, con ojos atemorizados. Jof sale delante de la cortina. Su rostro pintado tiene una expresión de horror. Mia se ha puesto de pie con Mikael en brazos. Algunas mujeres han caído de hinojos, otras esconden el rostro, muchas empiezan a murmurar entre dientes oraciones medio olvidadas.

Todos han vuelto la cara hacia el camino blanco. Se oye un canto agudo, frenético, casi como un grito.

Un Cristo crucificado se balancea sobre la cumbre de la colina.

Pronto aparecen los que llevan la cruz. Son monjes dominicos con los capuchos echados sobre el rostro. Aparecen en mayor y mayor número, llevando literas con féretros pesados o aferrados a reliquias sagradas, con las manos extendidas espasmódicamente. El polvo surge en nubes alrededor de sus capuchos negros; los turiferarios se balancean y emiten un humo denso, ceniciento, que huele a hierbas rancias.

Después de la fila de monjes sigue otra procesión. Es una columna de hombres jóvenes y viejos, de mujeres, muchachas, niños. Todos llevan en las manos flagelos con bordes de acero y con éstos se azotan a sí mismos y los unos a los otros, aullando estáticamente. Se retuercen de dolor; los ojos se les saltan ferozmente; tienen los labios hechos jirones por los mordiscos, y chorreados de espuma. Han sido atacados por la locura. Se muerden los brazos y las manos, se azotan unos a otros en ataques violentos, casi rítmicos. A través de todo este horror, el canto agudo sale como un alarido de las gargantas inflamadas. Muchos se tambalean y caen, se vuelven a levantar, se sostienen unos a otros y se ayudan para intensificar la flagelación.

La procesión se detiene en la encrucijada de los caminos, frente a la posada. Los monjes caen de rodillas y ocultan los rostros en los puños, con los brazos juntos. El canto nunca cesa. Levantan el Cristo sobre la cruz de madera por encima de las cabezas de la multitud. No es Cristo triunfante, sino Jesús sufriente, con las llagas, la sangre, los clavos y el rostro convulsionado por el dolor. El Hijo de Dios clavado en el madero de la cruz, que padece escarnio y vergüenza.

Los penitentes se han dejado caer en la tierra del camino. Se desploman en el lugar que se hallan como ganado degollado. Sus gritos se elevan con el canto de los monjes a través de brumosas nubes de incienso, hacia el blanco fuego del sol.

Un monje corpulento se levanta y muestra su rostro bronceado por la intemperie. Los ojos le brillan; tiene la voz ensordecida por el desprecio impotente.

MONJE: Dios nos ha sentenciado al castigo. Pereceremos todos en la muerte negra. Vosotros, de pie ahí, boqueando como ganado, vosotros que estáis sentados en vuestra colmada complacencia, ¿sabéis que ésta puede ser vuestra última hora? La muerte está ahí, detrás de vosotros. Veo brillar su corona en el sol. Su guadaña resplandece cuando la levanta sobre vuestras cabezas. ¿A cuál de vosotros golpeará primero? Tú ahí, que miras azorado como una cabra, ¿se torcerá tu boca en el último rictus antes de la noche? Y tú, mujer, floreciente de vida y satisfacción de ti misma, ¿palidecerás y te extinguirás antes que amanezca el nuevo día? Tú, allá atrás, con tu nariz hinchada y tu sonrisa estúpida, ¿te queda todavía otro año para ensuciar la tierra con tus desechos? ¿No sabéis, estúpidos insensibles, que moriréis hoy o mañana, o el día siguiente, porque todos habéis sido sentenciados?

¿Oís lo que os digo? ¿Oís la palabra? ¡Habéis sido sentenciados, sentenciados!

El monje calla y mira a su alrededor con expresión amarga y mirada fría, desdeñosa. Cierra los puños, cae de rodillas y levanta la cara hacia arriba.

MONJE: ¡Señor, tened compasión de nosotros en nuestra humillación! No nos volváis la cara con aborrecimiento y desprecio; sed misericordioso con nosotros por vuestro hijo Jesucristo.

Hace la señal de la cruz por encima de la multitud y empieza un nuevo canto con una voz fuerte y sonora. Los monjes se ponen de pie y se unen al canto. Como impulsados por alguna fuerza sobrehumana, los penitentes empiezan a azotarse de nuevo, todavía aullando y quejándose.

La procesión continúa. Nuevos miembros se han unido al final de la columna; otros que no han podido seguir adelante, yacen llorando en el polvo del camino.

Jöns, el escudero, bebe cerveza.

JÖNS: Este maldito vociferar, sobre la destrucción. ¿Es esto alimento para las mentalidades modernas? ¿Esperan realmente que uno los tome en serio?

El caballero sonríe con una mueca de cansancio.

JÖNS: Sí, ahora me sonrío, mi amo. Pero permítame decirle que he leído, oído o experimentado la mayoría de los cuentos que nos decimos los unos a los otros.

CABALLERO (*bosteza*): Sí, sí.

JÖNS: Hasta los cuentos de fantasmas sobre Dios Padre, los ángeles, Jesucristo y el Espíritu Santo: todo esto lo he aceptado sin demasiada emoción.

Se inclina sobre la muchacha que está acurrucada a sus pies y le da unas palmaditas en la cabeza. El caballero bebe su cerveza en silencio.

JÖNS (*satisfecho*): Mi pequeño estómago es mi mundo, mi cabeza es mi eternidad y mis manos dos maravillosos soles. Mis piernas son los malditos péndulos del tiempo y mis pies sucios son dos espléndidos puntos

de partida para mi filosofía. Todo vale precisamente tanto como un eructo, con la diferencia de que un eructo es mucho más satisfactorio.

El jarro de cerveza está vacío. Con un suspiro, Jöns se pone de pie. La muchacha lo sigue como una sombra.

En el patio se encuentra con un hombrón, con la cara llena de hollín y una expresión sombría. Detiene a Jöns con un rugido.

JÖNS: ¿Por qué grita de ese modo?

PLOG: Soy Plog, el herrero, y tú eres el escudero Jöns.

JÖNS: Es posible.

PLOG: ¿Has visto a mi mujer?

JÖNS: No, no la he visto. Pero si la hubiera visto y se pareciera a ti, hubiese olvidado en seguida que la había visto.

PLOG: Bueno, en ese caso no la has visto.

JÖNS: Quizá se haya fugado.

PLOG: ¿Sabes algo?

JÖNS: Sé muchas cosas, pero no de tu mujer. Ve a la posada. Quizá ellos puedan ayudarte.

El herrero suspira tristemente y entra.

La posada es muy pequeña y está llena de personas que comen y beben para olvidar su recientemente reanimado temor de la eternidad. En la chimenea un cerdo se asa, girando en un espetón de hierro. El sol brilla fuera de la puerta-ventana, y sus rayos penetrantes traspasan la oscuridad del cuarto cuya atmósfera está espesa con el humo y la transpiración.

MERCADER: ¡Sí, es cierto! La peste se propaga a lo largo de la costa occidental. Las gentes mueren como moscas. Generalmente los negocios eran buenos a esta altura del año, pero, ¡qué diablos!, todavía tengo toda la mercadería sin vender.

MUJER: Hablan del día del juicio. Todos estos presagios son atroces. Gusanos, manos cortadas y otras monstruosidades empezaron a salir de adentro de una vieja, y allá en la aldea otra mujer dio a luz la cabeza de un ternero.

VIEJO: El día del juicio. Imagínense.

GRANJERO: No ha llovido acá desde hace un mes. Seguramente perderemos nuestras cosechas.

MERCADER: Y las gentes se comportan como locas, diría yo. Huyen del país y llevan consigo la peste por doquier.

VIEJO: El día del juicio. ¡Piénsenlo, piénsenlo!

GRANJERO: Si es como ellos dicen, creo que uno debía ocuparse de su casa y tratar de gozar de la vida mientras pueda.

MUJER: Pero han ocurrido otras cosas también, cosas tales que ni siquiera se puede hablar de ellas. (*Secreteos*) Cosas que no pueden ni nombrarse... pero los sacerdotes dicen que la mujer lo lleva entre las piernas y por eso debe purificarse.

VIEJO: El día del juicio. Y los Jinetes del Apocalipsis están a la vuelta del camino de la aldea. Me imagino que vendrán en la noche del juicio, a la caída del sol.

MUJER: Hay muchos que se han purgado con el fuego y han muerto por ello, pero los sacerdotes dicen que es mejor morir purificados que vivir para el infierno.

MERCADER: Este es el fin; sí; lo es. Nadie lo dice en voz alta, pero todos sabemos que es el fin. Y las gentes se enloquecen de miedo.

GRANJERO: De modo que tú también tienes miedo.

MERCADER: Por supuesto que tengo miedo.

VIEJO: El día del juicio se convierte en noche, y los ángeles descienden y se abren las tumbas. Será terrible verlo.

Murmuran en voz baja y están sentados muy juntos unos con otros. Plog, el herrero, se abre paso hacia un lugar junto a Jof, quien tiene puesto todavía su traje de cómico. Frente a él está sentado Raval, inclinado un poco hacia adelante, con el rostro bañado en sudor. Raval hace rodar un brazaletes sobre la mesa.

RAVAL: ¿Quiere este brazaletes? Se lo doy barato.

JOF: Mis medios no me lo permiten.

RAVAL: Es de plata verdadera.

JOF: Es lindo. Pero seguramente es muy caro para mí.

PLOG: Disculpenme, pero ¿alguno de los presentes ha visto a mi mujer?

JOF: ¿Ha desaparecido?

PLOG: Dicen que se ha fugado.

JOF: ¿Lo ha abandonado?

PLOG: Por un actor.

JOF: ¡Un actor! Si tiene tan mal gusto, entonces me parece que debe dejarla que se vaya.

PLOG: Tiene razón. Mi primer pensamiento fue, por supuesto, matarla.

JOF: ¡Oh! Pero asesinarla es una cosa terrible.

PLOG: También voy a matar al actor.

JOF: ¿Al actor?

PLOG: Por supuesto, con el cual se fugó.

JOF: ¿Qué ha hecho para merecer eso?

PLOG: ¿Es usted estúpido?

JOF: ¡El actor! Ahora comprendo. Hay demasiados, de modo que aun cuando no hubiese hecho nada en particular debe matarlo simplemente porque es actor.

PLOG: Comprende usted, mi mujer siempre se ha interesado por los trucos del teatro.

JOF: Y eso ocasionó su desgracia.

PLOG: Su desgracia, pero no la Mia, porque una persona que ha nacido desgraciada, mal puede sufrir ninguna otra desgracia. ¿No es verdad?

Raval terea en la conversación. Está un poco ebrio y su voz es estridente y maligna.

RAVAL: ¡Oiga, usted! Está ahí sentado y le miente al herrero.

JOF: ¡Yo! ¡Un mentiroso!

RAVAL: Usted también es actor y probablemente es su socio el que se ha fugado con la señora de Plog.

PLOG: ¿También es usted actor?

JOF: ¡Actor! ¡Yo! ¡Difícilmente podría llamarme eso!

RAVAL: Deberíamos matarlo; es lo lógico.

JOF (*ríe*): Son ustedes realmente graciosos.

RAVAL: Qué curioso... ha palidecido. ¿Le remuerde la conciencia?

JOF: Es usted gracioso. ¿No le parece gracioso? (*A Plog*) ¡Oh! No le parece.

RAVAL: Quizá deberíamos marcarlo un poquito con un cuchillo como se hace con los despreciables bribones de su clase.

Plog golpea la mesa con las manos y hace saltar las fuentes. Se pone de pie.

PLOG (grita): ¿Qué ha hecho usted con mi mujer?

El recinto se torna silencioso. Jof mira a su alrededor, pero no hay salida, ninguna forma de escapar. Pone las manos sobre la mesa. De pronto un cuchillo cruza el aire como un relámpago y se hunde en la mesa, entre sus dedos.

Jof quita las manos y levanta la cabeza. Parece sorprendido como si la verdad se le hubiera revelado en ese instante.

JOF: ¿Me quieren lastimar? ¿Por qué? ¿He provocado a alguien, Q me he interpuesto en su camino? Me iré ahora mismo y no regresaré nunca.

Jof mira de uno a otro rostro, pero nadie parece pronto a ayudarlo o a salir en su defensa.

RAVAL: Levántese para que todos puedan oírlo. Hable más fuerte.

Temblando, Jof se pone de pie. Abre la boca como para decir algo, pero no puede articular palabra.

RAVAL: Póngase cabeza abajo para que podamos ver qué clase de actor es.

Jof sube a la mesa y se pone cabeza abajo. Alguien lo empuja hacia adelante, tanto que cae al suelo. Plog se pone de pie, lo levanta con una mano.

PLOG (grita): ¿Qué ha hecho con mi mujer?

Lo golpea tan furiosamente que Jof cruza la mesa volando. Raval se inclina sobre él.

RAVAL: No se quede ahí gimiendo. Levántese y baile.

JOF: No quiero. No puedo.

RAVAL: Muéstranos cómo imita a un oso.

JOF: No sé imitar a un oso.

RAVAL: Veamos si no sabe, después de todo.

Raval pincha levemente a Jof con la punta del cuchillo. Jof se levanta con las mejillas y la frente bañadas en sudor frío, medio muerto de miedo. Empieza a saltar y brincar sobre las mesas, balanceando los brazos y las

piernas y haciendo muecas grotescas. Algunos ríen, pero la mayoría del público permanece sentada en silencio. Jof está jadeante, como si sus pulmones fueran a reventar. Cae de rodillas y alguien derrama cerveza sobre él.

RAVAL: ¡Arriba de nuevo! Sea un oso bueno.

JOF: No he hecho nada malo. No tengo fuerzas para seguir haciendo el oso.

En ese momento se abre la puerta y entra Jöns. Jof ve la oportunidad que se le presenta y se desliza afuera. Raval trata de seguirlo pero súbitamente se detiene. Jöns y Raval se miran.

JÖNS: ¿Recuerdas lo que iba a hacer contigo si volvíamos a encontrarnos?

Raval da un paso atrás, sin hablar.

JÖNS: Soy hombre de palabra.

Jöns levanta el cuchillo y hace un tajo a Raval desde la frente hasta la mejilla. Raval se tambalea y se acerca a la pared.

El día caluroso se ha convertido en noche. Desde la posada se oyen cantos y gritos. En un claro, cerca del bosque, todavía hay luz. Ocultos en el pasto y los matorrales los ruiseñores cantan y sus trinos hacen eco en la quietud reinante.

La carreta de los cómicos se halla en una pequeña hondonada, y no muy lejos el caballo padece en el pasto seco. Mia se ha sentado al frente de la carreta con su hijo en brazos. Juegan y ríen felices.

Un suave destello de luz toca las cumbres de las colinas; un último reflejo de las nubes rojas sobre el mar.

No muy lejos de la carreta el caballero se halla inclinado sobre su juego de ajedrez. Levanta la cabeza.

La luz del atardecer se mueve a través de las ruedas pesadas de la carreta e ilumina a la mujer y al niño.

El caballero se pone de pie.

Mia lo ve y sonrío. Levanta a su hijo que forcejea, como para divertir al caballero.

CABALLERO: ¿Cómo se llama?

MIA: Mikael.

CABALLERO: ¿Qué edad tiene?

MIA: ¡Oh, pronto cumplirá dos años!

CABALLERO: Es grande para su edad.

MIA: ¿Le parece? Sí, creo que es bastante grande.

Deja al niño en el suelo y se levanta a medias para sacudir su falda roja. Cuando vuelve a sentarse el caballero se acerca un poco más.

CABALLERO: Interpretaron una especie de pieza esta tarde.

MIA: ¿Le pareció mala?

CABALLERO: Es usted más bella ahora sin el rostro pintado, y este vestido le queda mejor.

MIA: Comprende usted, Jonas Skat se ha fugado y nos ha abandonado, de modo que estamos ahora en un verdadero atolladero.

CABALLERO: ¿Es su marido?

MIA (ríe): ¡Jonas! El otro es mi marido. Se llama Jof.

CABALLERO: Ah, ése.

MIA: Y ahora estamos solos él y yo. Tendremos que empezar a hacer pruebas de nuevo y eso da más trabajo que lo que vale.

CABALLERO: ¿Hacen ustedes pruebas también?

MIA: Por cierto que sí. Y Jof es un malabarista muy hábil.

CABALLERO: ¿Mikael va a ser acróbata?

MIA: Jof quiere que lo sea.

CABALLERO: Pero usted no.

MIA: No sé. (Sonriente) Quizá se convierta en un caballero.

CABALLERO: Puedo asegurarle que eso no es ningún placer.

MIA: No; no parece usted contento.

CABALLERO: No.

MIA: ¿Está cansado?

CABALLERO: Sí.

MIA: ¿Por qué?

CABALLERO: La compañía que llevo es muy aburrida.

MIA: ¿Quiere decir su escudero?

CABALLERO: No; él no.

MIA: ¿Quién entonces?

CABALLERO: Yo mismo.

MIA: Comprendo.

CABALLERO: ¿De veras?

MIA: Sí; comprendo bastante bien. He pensado con frecuencia por qué será que los seres se torturan todo lo que pueden. ¿No es así?

Hace un gesto enérgico y afirmativo con la cabeza y el caballero sonrío con gravedad.

En ese momento, los gritos y el ruido que llegan desde la posada se tornan más fuertes. Figuras negras pasan fugaces por el montículo de pasto. Alguien se desploma, se levanta y corre. Es Jof. Mia extiende los brazos y lo recibe en ellos. Él se cubre el rostro con las manos, y se queja como un niño y se balancea. Cae de rodillas. Mia lo abraza y lo acosa con preguntas ansiosas: «¿Qué has hecho? ¿Cómo te sientes? ¿Qué te pasa? ¿Te duele? ¿Qué puedo hacer? ¿Han sido crueles contigo?» Corre a buscar un trapo que humedece en el agua y cuidadosamente limpia con él el rostro sucio, ensangrentado de su marido.

Por fin surge una cara bastante lastimera en la que la sangre mana de un golpe en la frente y otro en la nariz. Se le ha aflojado un diente, pero Jof no parece tener otras magulladuras.

JOF: ¡Ay! Duele.

MIA: ¿Por qué tuviste que ir ahí? Y, por supuesto, has bebido.

La inquietud de Mia ha sido reemplazada por un moderado enojo. Le da unas palmaditas un poco más fuertes de lo necesario.

MIA: Entonces me imagino que te habrás jactado de los ángeles y los demonios con quienes tienes trato. A las gentes no les gusta una persona que tiene demasiadas ideas y fantasías.

JOF: Te juro que no dije ni una palabra sobre los ángeles.

MIA: Estabas, naturalmente, ocupado en cantar y bailar. Nunca puedes dejar de ser actor. A las gentes les enfada eso también y tú lo sabes.

Jof no contesta, pero busca el brazalete. Lo muestra a Mia con una expresión ofendida.

JOF: Mira lo que te compré.

MIA: Es demasiado caro para ti.

JOF (*enfadado*): Pero lo conseguí de todos modos.

El brazalete brilla débilmente en el crepúsculo. Mia se lo pone en la muñeca. Lo miran en silencio y sus rostros se suavizan. Se miran, se tocan las manos. Jof recuesta la cabeza en el hombro de Mia y suspira. ^

JOF: ¡Ay, cómo me golpearon!

MIA: ¿Por qué no les devolviste los golpes?

JOF: Sólo me asusto y me enojo. Nunca tengo oportunidad de devolver el golpe. Puedo enojarme mucho, como tú sabes. Rugía como un león.

MIA: ¿Se asustaron?

JOF: No; se rieron.

Su hijo Mikael gatea hasta ellos. Jof se acuesta de espaldas y pone a su hijo encima de él. Mia se arrodilla, apoya las manos en el suelo y juguetonamente empieza a olfatear a Mikael.

MIA: ¿Te das cuenta lo bien que huele?

JOF: Y es tan sólido Cuando uno lo tiene en brazos. Eres robusto. Con un cuerpo de verdadero acróbata.

Levanta en alto a Mikael y lo tiene asido de las piernas. Mia de pronto mira hacia arriba al recordar la presencia del caballero.

MIA: Sí; éste es Jof, mi marido.

JOF: Buenas tardes.

CABALLERO: Buenas tardes.

Jof se siente un poco intimidado y se pone de pie. Los tres se miran en silencio.

CABALLERO: Acabo de decir a su mujer que tienen ustedes un espléndido hijo. Les traerá muchas alegrías.

JOF: Sí; es estupendo.

De nuevo se quedan en silencio.

JOF: ¿No tenemos nada que ofrecer al caballero, Mia?

CABALLERO: Gracias, no quiero nada.

MIA (*con aire de dueña de casa*): Junté un cesto de fresas silvestres esta tarde. Y tenemos un poco de leche fresca de una vaca...

JOF:...que nos *permitieron* ordeñar. De modo que si desea compartir esta humilde merienda, sería un honor muy grande para nosotros.

MIA: Siéntese, por favor, y traeré lo que hay.

Se sientan. Mia desaparece con Mikael.

CABALLERO: ¿Dónde van después?

JOF: A la fiesta de los santos en Elsinore.

CABALLERO: No les aconsejo que vayan allá.

JOF: ¿Por qué no, si me permite preguntárselo?

CABALLERO: La peste se ha extendido en esa dirección, siguiendo la línea de la costa hacia el Sur. Se dice que las gentes mueren por decenas de millares.

JOF: ¡De veras! Bueno, a veces la vida es un poco dura.

CABALLERO: Puedo sugerirle... (*Jof le mira sorprendido*)... que me sigan a través del bosque esta noche y se queden en mi casa si lo desean. O que sigan por la costa Este. Probablemente será más seguro para ustedes.

Mia ha regresado con un bol de fresas silvestres y la leche; lo coloca entre ambos y da a cada uno una cuchara.

JOF: Le deseo buen provecho.

CABALLERO: Se lo agradezco.

MIA: Estas son frutillas del bosque. Nunca las he visto tan grandes. Crecen allá arriba en el costado de la colina. ¡Fíjense cómo huelen!

Señala con una cuchara y sonrío. El caballero asiente con la cabeza como si estuviera considerando algún profundo pensamiento. Jof come de buena gana.

JOF: Su idea es buena, pero tengo que pensarla.

MIA: Puede ser prudente tener compañía para cruzar el bosque. Se dice que está lleno de gnomos y fantasmas y bandidos. Eso es lo que he oído decir.

JOF (*con firmeza*): Sí; yo diría que no es mala la idea, pero tengo que pensarlo. Ahora que Skat se ha marchado, soy el responsable de la

compañía. Después de todo, me he convertido en el director de toda la compañía.

MIA (*lo imita*): Después de todo me he convertido en el director de toda la compañía.

Jöns se aproxima, bajando lentamente por la colina, seguido de cerca por la muchacha. Mia señala con su cuchara.

MIA: ¿Quiere unas frutillas?

JOF: Este hombre me salvó la vida. Siéntese, amigo, y permanezcamos juntos.

MIA (*se despereza*): ¡Oh, qué lindo es esto!

CABALLERO: Por un corto rato.

MIA: Casi siempre. Un día es igual a otro. No hay nada raro en eso. El verano, por supuesto, es mejor que el invierno, porque en verano uno no tiene frío. Pero lo mejor de todo es la primavera.

JOF: He escrito un poema sobre la primavera. Quizá quieran ustedes oírlo. Correré a buscar mi lira. (*Corre hacia la carreta.*)

MIA: Ahora no, Jof. Tus canciones, a lo mejor, no divierten a nuestros invitados.

JÖNS (*cortésmente*): Déjelo, por favor. Yo también escribo cancioncitas. Por ejemplo, tengo una canción muy graciosa sobre un pez lascivo que usted no debe haber oído todavía.

El caballero lo mira.

JÖNS: Tampoco la oirá ahora. Hay personas presentes que no aprecian mi arte y no deseo molestar a nadie. Soy un alma sensible.

Jof ha salido con su lira, se sienta en una caja pequeña, llena de colorinches y pulsa su instrumento, canturreando bajito, buscando la melodía. Jöns bosteza y se acuesta.

CABALLERO: Las gentes están tan llenas de preocupaciones.

MIA: Es mejor, siempre, cuando uno es dos. ¿No tiene a nadie que sea suyo?

CABALLERO: Sí, creo que tenía a alguien.

MIA: ¿Y qué está haciendo ahora?

CABALLERO: No lo sé.

MIA: Está usted tan solemne. ¿Era su amada?

CABALLERO: Éramos recién casados y jugábamos juntos. Reíamos mucho. Escribí canciones a sus ojos, a su nariz, a sus preciosas orejitas. Salíamos juntos a cazar y por la noche bailábamos. La casa estaba llena de vida...

MIA: ¿Quiere más frutillas?

CABALLERO (*mueve negativamente la cabeza*): La fe es un tormento, ¿sabía usted eso? Es como amar a alguien que está ahí afuera, en la oscuridad, pero que nunca aparece, por más fuerte que uno llame.

MIA: No comprendo lo que quiere decir.

CABALLERO: Todo lo que he dicho parece sin sentido e irreal mientras estoy sentado aquí con usted y su marido. Qué poco importante se torna todo, súbitamente.

Toma el bol de leche entre las manos y bebe largos tragos varias veces. Luego lo posa cuidadosamente y levanta la mirada, sonriente.

MIA: Ahora no parece tan solemne.

CABALLERO: Recordaré este momento. El silencio, el crepúsculo, los boles de frutilla y leche, los rostros de ustedes en la luz del atardecer. Mikael dormido, Jof con su lira. Trataré de recordar sobre qué hemos hablado. Llevaré este recuerdo entre las manos con tanto cuidado como si fuera un bol lleno hasta el borde de leche fresca. (*Vuelve la cabeza y mira hada el mar y el cielo incoloro, gris.*) Y será un signo adecuado..., será suficiente para mí.

Se pone de pie, hace un gesto de saludo a los demás y se dirige hacia el bosque. Jof sigue tocando su lira. Mia se extiende sobre el pasto.

El caballero recoge su juego de ajedrez y lo lleva consigo hacia la playa. Está tranquila y desierta; el mar está quieto.

LA MUERTE: Te he estado esperando.

CABALLERO: Perdón. Me detuvieron unos minutos. Porque le revelé mis tácticas estoy en retirada. Le toca jugar a usted.

LA MUERTE: ¿Por qué parece tan satisfecho?

CABALLERO: Ese es mi secreto.

LA MUERTE: Por supuesto. Ahora tomo tu caballo.

CABALLERO: Hizo usted bien.

LA MUERTE: ¿Me has engañado?

CABALLERO: Por supuesto. Cayó usted justo en la trampa. ¡Jaque al rey!

LA MUERTE: ¿De qué te ríes?

CABALLERO: No se preocupe por mi risa; en lugar de eso salve su rey.

LA MUERTE: Eres bastante soberbio.

CABALLERO: Nuestro juego me divierte.

LA MUERTE: A ti te toca. Date prisa. Tengo poco tiempo.

CABALLERO: Comprendo que está muy ocupado, pero no puede evadirse de nuestro juego. Toma tiempo.

La Muerte está por contestarle, pero se calla y se inclina sobre el tablero. El caballero sonríe.

LA MUERTE: ¿Van ustedes a acompañar al juglar y su mujer a través del bosque? Esos que se llaman Jof y Mia y que tienen un hijito.

CABALLERO: ¿Por qué lo pregunta?

LA MUERTE: Oh, por nada.

El caballero, de pronto, deja de sonreír. La Muerte lo mira con desdén.

Inmediatamente después del ocaso, el pequeño grupo se reúne en el patio de la posada. Son Jöns y la muchacha, el caballero, Jof y Mia con su carreta. Su hijo, Mikael, está ya dormido. Jonas Skat no ha aparecido.

Jöns entra en la posada para conseguir provisiones para el viaje nocturno y tomar el último jarro de cerveza. La posada está vacía y tranquila, con excepción de algunos peones de granja y algunas muchachas que están comiendo en un rincón.

Junto a una de las pequeñas ventanas se halla sentado un individuo solitario, agachado, con un jarro de aguardiente en la mano. Tiene una expresión muy triste. De vez en cuando un gigantesco sollozo lo sacude. Es Plog, el herrero, que permanece ahí sentado, lamentándose.

JÖNS: ¡Cielos! ¿No es este Plog, el herrero?

PLOG: Buenas noches.

JÖNS: ¿Está ahí sentado lloriqueando a solas?

PLOG: Sí, sí, mire al herrero. Se queja como un conejo.

JÖNS: Si yo estuviera en su lugar estaría feliz de librarme de una mujer en forma tan fácil.

Jöns da unas palmadas al herrero en la espalda, sacia la sed con cerveza, y se sienta junto a él.

PLOG: ¿Es *usted* casado?

JÖNS: ¡Yo! Cien veces y más. Ya ni puedo guardar la cuenta de todas mis esposas. Pero ocurre mucho eso cuando uno viaja tanto.

PLOG: Le aseguro que *una* esposa es peor que cien, o si no he tenido peor suerte que cualquier pobre diablo en este mundo miserable, lo cual no es imposible.

JÖNS: Sí, es un infierno *con* las mujeres y un infierno *sin* ellas. De modo, mírese como se mire, es mejor sacárselas de encima mientras es más divertido.

PLOG: Los sermoneos de la mujer, los chillidos de los chicos y los pañales mojados, uñas afiladas y palabras cortantes, golpes y empujones, y la tía del demonio por suegra. Y luego, cuando uno quiere dormir después de un largo día de trabajo, hay una nueva canción..., lágrimas, quejidos y lamentos suficientes para despertar a un muerto.

Jöns asiente con la cabeza, encantado. Ha bebido abundantemente y habla con voz de vieja.

JÖNS: ¿Por qué no me das un beso antes de dormir?

PLOG (*del mismo modo*): ¿Por qué no cantas una canción para mí?

JÖNS: ¿Por qué no me quieres lo mismo que cuando recién nos conocimos?

PLOG: ¿Por qué no miras mi nuevo camión?

JÖNS: Sólo me das la espalda y roncas.

PLOG: ¡Oh, qué diablos!

JÖNS: Oh, qué diablos. Y ahora se ha ido. ¡Regocíjate!

PLOG (*furioso*): Les cortaré las narices con tenazas, les hundiré el pecho con un martillo, les daré golpecitos livianos en la cabeza con el martillo pesado.

Plog se echa a llorar a voz en cuello y todo su cuerpo se balancea en un tremendo ataque de pena. Jöns lo mira con interés.

JÖNS: Miren cómo aúlla de nuevo.

PLOG: Quizá la amo.

JÖNS: ¡De modo que quizá la ama! Entonces, pobre pedazo de jamón descarriado. Le diré que el amor es otro término que se emplea para denominar la lujuria, más lujuria, más lujuria y una maldita cantidad de trampas, falsedades, mentiras y toda clase de engañabobos.

PLOG: Sí, pero igual duele.

JÖNS: Por supuesto, el amor es la más negra de las pestes y, si uno pudiera morir de ella, habría algún placer en el amor. Pero casi siempre uno se cura.

PLOG: No; yo no.

JÖNS: Sí; usted también. Sólo mueren de amor, de vez en cuando, un par de pobres infelices. El amor es tan contagioso como un resfrío de nariz. Desgasta las fuerzas, la independencia, la moral, si es que uno la tiene. Así como todo es imperfecto en este mundo imperfecto, el amor es perfecto en su perfecta imperfección.

PLOG: Es usted feliz con sus palabras zalameras y, además, cree en su cháchara.

JÖNS: ¡Creer! ¿Quién dijo que yo creía en eso? Pero me encanta dar buenos consejos. Si me pide un consejo recibirá dos por el precio de uno porque, después de todo, soy realmente un hombre educado.

Jöns se levanta de la mesa y se acaricia la cara con la mano. El herrero, cada vez más triste, agarra su cinturón.

PLOG: Oiga, Jöns. ¿Puedo ir con ustedes a través del bosque? Estoy tan solo y no quiero volver a casa porque todos se reirán de mí.

JÖNS: Si no se queja todo el tiempo, porque si no tendremos que evitar su compañía.

El herrero se pone de pie y abraza a Jöns. Un poco ebrios, los dos nuevos amigos se dirigen hacia la puerta.

Cuando salen al patio, Jof, inmediatamente, los ve, se enfada y grita una advertencia a Jöns.

JOF: ¡Jöns! ¡Cuidado! Ése quiere pelear todo el tiempo. No está muy en sus cabales.

JÖNS: Sí; pero ahora no hace más que lloriquear.

El herrero se acerca a Jof que palidece de miedo. Plog le tiende la mano.

PLOG: Lo siento realmente si lo he lastimado. Pero tengo un genio tan endemoniado, sabe usted. Hagamos las paces.

Jof, cauteloso, le ofrece una mano atemorizada y el otro se la aprieta y sacude concienzudamente. Mientras Jof trata de separar los dedos, Plog sufre un ataque de inmensa buena voluntad y le abre los brazos.

PLOG: Ven a mis brazos, hermanito.

JOF: Gracias, gracias, quizá más tarde. Pero ahora tenemos realmente mucha prisa.

Jof trepa presuroso al pescante de la carreta e incita al caballo con un chasquido de la lengua.

La pequeña compañía está en camino hacia el bosque y la noche.

Está muy oscuro dentro del bosque.

El caballero y su enorme caballo encabezan la comitiva. Luego siguen Jof y Mia, sentados muy juntos en la carreta del juglar. Mia tiene en brazos a su hijo. Jöns los sigue con su caballo pesadamente cargado. Lleva a remolque al herrero. La muchacha va sentada arriba de la carga, sobre el lomo del caballo, agazapada como si estuviera dormida.

Los pasos, las pisadas de los caballos en el sendero blando, la respiración humana: y sin embargo el silencio es absoluto.

Entonces sale la luna de entre las nubes. El bosque repentinamente cobra vida con la irrealidad de la noche. La deslumbrante luz se derrama a través del follaje denso de las hayas, creando un mundo de luz y de sombra movediza, palpitante.

Los viajeros se detienen. Tienen los ojos sombríos por la ansiedad y el presentimiento, los rostros pálidos e irreales en la luz fluctuante. Hay una quietud impresionante.

PLOG: Ahora ha salido la luna de entre las nubes.

JÖNS: Por suerte. Ahora podemos ver mejor el camino.

MIA: No me gusta la luna de esta noche.

JOF: Los árboles están tan quietos.

JÖNS: Eso es porque no hay viento.

PLOG: Creo que él quiere decir que están *muy* quietos.

JOF: Todo está completamente quieto.

JÖNS: Si por lo menos oyéramos un zorro.

JOF: O una lechuza.

JÖNS: O una voz humana además de la nuestra.

MUCHACHA: Dicen que es peligroso quedarse detenidos a la luz de la luna.

De pronto, del silencio y la penumbra que cae sobre el sendero del bosque surge un carro espectral.

Es la bruja a quien conducen al sitio donde va a ser quemada. Junto a ella, ocho soldados avanzan cansados, arrastrando los pies, llevando al hombro sus lanzas. La muchacha está sentada en el carro, atada con cadenas de hierro que le rodean el cuello y los brazos. Mira fijamente la luz lunar.

Junto a ella hay una figura negra sentada, un monje con el capucho bajado sobre el rostro.

JÖNS: ¿Dónde van?

SOLDADO: Al lugar de la ejecución.

JÖNS: Sí, ahora veo más claro. Es la muchacha que lo ha hecho con el malo.

¿La bruja?

El soldado asiente, de mala gana, con la cabeza. Vacilantes, los viajeros los siguen. El caballero conduce su caballo a un costado del carro. La bruja parece estar semiconsciente, pero tiene los ojos desmesuradamente abiertos.

CABALLERO: Veo que te han lastimado las manos.

El rostro pálido, aniñado, de la bruja se vuelve hacia el caballero y mueve negativamente la cabeza.

CABALLERO: Tengo una pócima que calmará tu dolor.

Ella vuelve a mover negativamente la cabeza.

JÖNS: ¿Por qué la queman a estas horas de la noche? Hay tan pocas diversiones en estos tiempos.

SOLDADO: ¡Por todos los santos, cálese! Se dice que lleva al Diablo con ella a todas partes donde va.

JÖNS: Son entonces ustedes ocho hombres valientes.

SOLDADO: Bueno, nos han pagado. Y éste es un trabajo voluntario.

El soldado habla en secreto mientras mira ansiosamente a la bruja.

CABALLERO (*a la bruja*): ¿Cómo te llamas?

TYAN: Me llamo Tyan, señor.

CABALLERO: ¿Qué edad tienes?

TYAN: Catorce, señor.

CABALLERO: ¿Y es verdad que has tenido tratos con el Demonio?

Tyan asiente con la cabeza, muda, y mira hacia otro lado. Llegan al límite de la parroquia. Al pie de las colinas cercanas, dos caminos se cruzan. La pira ha sido preparada ya en el centro del claro del bosque. Los viajeros permanecen ahí, vacilantes y curiosos.

Los soldados han atado el caballo del carro y sacan dos largos tirantes de madera. Clavan travesaños en los tirantes, de modo que parece una escalera. Van a atar a Tyan sobre ellos, como una piel de anguila estirada para que se seque.

El ruido de los martillazos retumba en todo el bosque. El caballero ha bajado de su cabalgadura y se acerca más al carro. De nuevo trata de atraer la mirada de Tyan, la toca muy suavemente como para despertarla.

Lentamente ella vuelve el rostro hacia él.

CABALLERO: Dicen que has tenido tratos con el Demonio.

TYAN: ¿Por qué lo pregunta?

CABALLERO: No por curiosidad, sino por razones muy personales. Yo también quiero conocerlo.

TYAN: ¿Por qué?

CABALLERO: Quiero preguntarle sobre Dios. Si hay alguien que lo sabe, debe de ser él.

TYAN: Puedo verlo en cualquier momento.

CABALLERO: ¿Cómo?

TYAN: Debe hacer lo que yo le digo.

El caballero se aferra a la baranda de madera del carro con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. Tyan se inclina hacia adelante y le clava la mirada en los ojos.

TYAN: Míreme en los ojos.

El caballero encuentra su mirada. Durante largo rato los dos se miran fijamente.

TYAN: ¿Qué ve? ¿Lo ve a él?

CABALLERO: Veo miedo en tus ojos, un miedo vacío, torpe. Pero nada más.

Calla. Los soldados trabajan con la pira; sus martillazos retumban en el bosque.

TYAN: ¿Nadie, nada, nadie?

Caballero (*mueve negativamente la cabeza*): Nada.

TYAN: ¿No lo ve detrás de usted?

CABALLERO (*vuelve la cabeza*): No; no hay nadie ahí.

TYAN: Pero está conmigo en todas partes. Sólo tengo que extender la mano y siento la de él. Está ahora conmigo también. El fuego no me hará sufrir, Él me protege de todo lo malo.

CABALLERO: ¿Te ha dicho esto?

TYAN: Lo sé.

CABALLERO: ¿Lo ha dicho él?

TYAN: Lo sé, lo sé. Tiene que verlo por todas partes, tiene que verlo. Los curas no tuvieron dificultad para verlo, ni tampoco los soldados. Le tienen tanto miedo que ni siquiera se atreven a tocarme.

El ruido de los martillos cesa. Los soldados permanecen de pie como sombras negras arraigadas en el musgo. Manipulan las cadenas y dan tirones a los hierros del cuello. Tyan se queja débilmente, como si estuviera muy lejos.

CABALLERO: ¿Le han aplastado las manos?

SOLDADO (*con aspereza*): Nosotros no lo hicimos.

CABALLERO: ¿Quién lo hizo?

SOLDADO: Pregúntele al monje.

Los soldados tiran de los hierros y las cadenas. La cabeza rapada de Tyan se balancea, brillante a la luz de la luna. La boca ennegrecida se abre como para gritar, pero no emite ningún sonido.

La bajan del carro y la conducen hacia la escalera y la pira. El caballero se vuelve hacia el monje, quien permanece sentado en el carro.

CABALLERO: ¿Qué han hecho con esa criatura?

La Muerte se vuelve y lo mira.

LA MUERTE: ¿Nunca dejas de hacer preguntas?

CABALLERO: No; nunca dejaré de hacerlas.

Los soldados encadenan a Tyan a los peldaños de la escalera. Ella se somete con resignación, se queja débilmente como un animal y trata de colocar el cuerpo en posición más cómoda.

Cuando la han atado, se dirigen a encender la hoguera. El caballero se acerca y se inclina sobre ella.

JÖNS: Un momento pensé en matar a los soldados, pero no serviría de nada. Ya está casi muerta.

Uno de los soldados se acerca. De la pira se levanta un humo espeso y pasa por encima de las sombras silenciosas, cerca del cruce de caminos y la colina.

SOLDADO: Le he dicho que tenga cuidado. No se le acerque demasiado.

El caballero no hace caso de esta advertencia. Ahueca la mano, la llena de agua y se la da a Tyan. Luego le da la pócima.

CABALLERO: Bebe esto y no tendrás dolor.

Oleadas de humo caen sobre ellos y empiezan a toser. Los soldados se adelantan y levantan la escalera contra un pino cercano. Tyan cuelga de ella inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos.

El caballero se yergue y permanece inmóvil. Jöns está detrás de él; habla con voz casi ahogada por la ira.

JÖNS: ¿Qué es lo que ve? ¿Puede decírmelo?

CABALLERO (*mueve negativamente la cabeza*): Ya no siente más dolor.

JÖNS: No contesta mi pregunta. ¿Quién cuida de esa niña? ¿Son los ángeles, o Dios, o el Demonio, o nada más que el vacío? ¡El vacío, mi amo!

CABALLERO: No puede ser.

JÖNS: Mire sus ojos, mi amo. Su pobre cerebro acaba de hacer un descubrimiento. El vacío bajo la luna.

CABALLERO: No.

JÖNS: Somos impotentes con los brazos colgantes a nuestros costados porque vemos lo que ella ve y nuestro terror y el de ella es el mismo. (*En un arrebatado.*) Esa pobre criatura. No puedo soportarlo, no puedo soportarlo...

Se le atraganta la voz y súbitamente se aleja. El caballero monta su caballo. Los viajeros se marchan, dejando el cruce de caminos. Tyan, finalmente, cierra los ojos.

El bosque está muy oscuro. El camino serpentea por entre los árboles. La carreta cruje y rechina al pasar sobre las piedras y las raíces. De pronto se oye el chillido de un pájaro.

Jof levanta la cabeza y despierta. Se ha dormido con el brazo alrededor de los hombros de Mia. La silueta del caballero se destaca nítidamente contra los troncos de los árboles.

Está tan silencioso que parece casi irreal.

Jöns y el herrero están un poco ebrios y se sostienen el uno al otro. De repente Plog tiene que sentarse. Se tapa la cara con las manos y aúlla en forma lastimera.

PLOG: ¡Ay, me ha vuelto a agarrar de nuevo!

JÖNS: No grite. ¿Qué le ha vuelto a agarrar?

PLOG: Mi mujer, maldita sea. Es tan hermosa. Es tan hermosa que no puede uno describirla sin el acompañamiento de una lira.

JÖNS: Ya empieza de nuevo.

PLOG: Su sonrisa es como el coñac. Sus ojos como la zarzamora...

Plog busca bellas palabras. Gesticula torpemente con sus manazas.

JÖNS (*suspira*): Levántese, cerdo llorón. Perderemos a los demás.

PLOG: Sí, por supuesto, por supuesto. Su nariz es como una papita rosada; sus nalgas son como peras jugosas... Sí; toda ella es como un sembrado de fresas. La veo frente a mí con brazos como maravillosos pepinos.

JÖNS: ¡Por Dios Todopoderoso, cállese! Es un pésimo poeta, a pesar de estar borracho. Y su jardín de hortalizas me aburre.

Cruzan un prado sin árboles. Hay un poco de claridad y la luna resplandece en un cielo transparente. De pronto, el herrero señala con un grueso dedo el borde del bosque.

PLOG: Mire allá.

JÖNS: ¿Ve usted algo?

PLOG: ¡Allá, allá!

JÖNS: No veo nada.

PLOG: Agárrense de algo, mis amigos. ¡La hora está cercana! ¿Quién es ésa en el borde del bosque si no mi amada, mi adorada, con actor y todo?

Los amantes descubren al herrero, pero es demasiado tarde. No pueden retroceder. Skat inmediatamente sale corriendo. Plog lo persigue, revoleando el martillo pesado y chillando como un verraco.

Durante unos pocos momentos de confusión los dos rivales tropiezan entre las piedras y los matorrales, en la gris penumbra del bosque. El duelo empieza a tornarse sin sentido porque ambos están igualmente atemorizados.

Los viajeros observan en silencio esta confusa acción. Lisa grita de vez en cuando, más por deber que por impulso.

SKAT (*jadeante*): Miserable bastardo de siete despreciables rameras, si yo estuviera en tu lugar, piojoso, andrajoso, sentiría una vergüenza tan horrorosa de mi aliento, mi voz, mis brazos y mis piernas (en resumen de todo mi cuerpo) que inmediatamente liberaría al mundo de mi vergonzosa persona.

PLOG (*iracundo*): Ten cuidado, estúpido perfumado, que con un soplido no los envíe volando a los dos a quemarse en el fuego del infierno reservado a los actores, donde pueden sentarse a recitar monólogos el uno frente al otro, hasta que salga polvo de las orejas del Diablo.

Entonces Lisa se arroja en brazos de su marido.

LISA: Perdóname, maridito querido. Nunca volveré a hacerlo. Estoy tan arrepentida, y no sabes en qué forma me traicionó ese hombre.

PLOG: De todos modos lo mataré.

LISA: Si; debes hacerlo, mávalo. Ni siquiera es un ser humano.

JÖNS: ¡Diablos! Es un actor.

LISA: No es más que una barba postiza, dientes postizos, sonrisas postizas, frases ensayadas y es tan vacío como una jarra vacía. Mátalo sin vacilar.

Lisa solloza por la excitación y el pesar. El herrero mira a su alrededor un poco confundido. El actor aprovecha esta oportunidad. Extrae una daga y se coloca la punta sobre el pecho.

SKAT: Ella tiene razón. Máteme. Si creía que iba a disculparme por ser lo que soy está muy equivocado.

LISA: Mira qué asqueroso es. Cómo hace el ridículo, cómo está haciendo teatro. ¡Plog, querido, mátalo!

SKAT: Amigos míos, sólo tienen que empujar y mi falta de realidad pronto se convertirá en una nueva sólida realidad. Un cadáver absolutamente tangible.

LISA: Haz algo entonces. Mátalo.

PLOG (*confundido*): Tiene que pelear conmigo, si no, no puedo matarlo.

SKAT: El hilo de tu vida depende de una hilacha. Idiota, tienes las horas contadas.

PLOG: Tendrás que irritarme un poco más para que me enoje tanto como antes.

Skat mira a los viajeros con expresión dolorida y luego levanta los ojos al cielo nocturno.

SKAT: Los perdono a todos ustedes. Recen por mí alguna vez.

Se hunde la daga en el pecho y lentamente cae al suelo. Los viajeros se quedan confundidos. El herrero corre hacia adelante y empieza a tirar de las manos del actor.

PLOG: ¡Dios mío, Dios mío, nunca quise que terminara así! Miren, no le queda un soplo de vida en el cuerpo. Empezaba a tenerle simpatía y en mi opinión Lisa estuvo demasiado rencorosa.

Jof se inclina sobre su colega.

JOF: Está muerto, totalmente, enormemente muerto. En realidad, nunca vi a un actor tan muerto.

LISA: Vamos, vamos ya. No hay por qué lamentarse. Sólo tiene que culparse a si mismo.

PLOG: Y yo debo estar casado con *ella*.

JÖNS: Tenemos que seguir adelante.

Skat yace sobre el pasto y mantiene la daga firmemente apretada contra su pecho. Los viajeros parten y pronto desaparecen en el bosque oscuro del otro lado del prado. Cuando Skat está seguro que nadie lo ve, se sienta y separa la daga del pecho. Es una daga de utilería cuya hoja entra en el mango. Skat ríe para sí.

SKAT: Esa fue una buena escena. Soy realmente un gran actor. Después de todo, ¿por qué no estaría un poco contento conmigo mismo? Pero ¿dónde iré? Esperaré hasta que amanezca y entonces hallaré el mejor camino para salir del bosque. Treparé a un árbol por el momento para que ni los osos ni los lobos, o los fantasmas, puedan atraparme.

Pronto halla un árbol adecuado y trepa hasta ocultarse en su denso follaje. Se sienta lo más confortablemente posible y abre el bolsón donde lleva la comida.

SKAT (*bosteza*): Mañana encontraré a Jof y Mia y entonces iremos a la fiesta de los santos en Elsinore. Allí ganaremos mucho dinero. (*Bosteza*.) Ahora cantaré un cantito para mí mismo:

Soy un pajarito
que canta lo que quiere,
y cuando ando en peligro
mi trino es un pipí
cual el temblor carnal.

(*Habla*.) Es aburrido estar solo en el bosque esta noche.

(*Canta*.) La horrible noche no me asusta...

Se interrumpe y escucha. El sonido de un serrucho industrial se oye a través del silencio.

SKAT: Trabajadores en el bosque. ¡Y qué! (*Canta*.) La horrible noche no me asusta... ¡Eh! Qué diablos... es mi árbol el que están serruchando.

Trata de ver a través del follaje. Debajo de él hay una figura oscura, serruchando diligentemente la base del árbol. Skat se asusta y se enfada.

SKAT: ¡Eh, tú! ¡Me oyes, hijo de perra! ¿Qué haces con mi árbol?

El serrucho sigue su trabajo sin pausa. El miedo de Skat se acrecienta.

SKAT: ¿No puedes, por lo menos, contestarme? La cortesía cuesta tan poco. ¿Quién eres?

La Muerte se endereza y le dirige una mirada aviesa. Skat lanza un grito de terror.

LA MUERTE: Estoy serruchando este árbol porque ha llegado tu hora.

SKAT: No es posible. Tengo que hacer.

LA MUERTE: Así que tienes que hacer.

SKAT: Sí, tengo mi función.

LA MUERTE: Entonces ha sido cancelada por fallecimiento.

SKAT: Mi contrato.

LA MUERTE: Tu contrato terminó.

SKAT: Mis hijos, mi familia.

LA MUERTE: ¡No tienes vergüenza, Skat!

SKAT: Sí; estoy avergonzado.

La Muerte empieza a serruchar de nuevo. El árbol cruje.

SKAT: ¿No hay ninguna forma de salvarse? ¿No existen reglas especiales para actores?

LA MUERTE: No; no en este caso.

SKAT: ¿Ninguna escapatoria, ninguna excepción?

La Muerte serrucha.

SKAT: Quizá acepte un soborno.

La Muerte serrucha.

SKAT: ¡Socorro!

La Muerte serrucha.

SKAT: ¡Socorro! ¡Socorro!

El árbol cae. En el bosque de nuevo reina el silencio.
La noche y luego el alba.

Los viajeros han llegado a una especie de claro y se han desplomado sobre el musgo. Yacen en silencio y escuchan su propia respiración, los latidos de su corazón y el viento en la copa de los árboles. Allí el bosque es agreste e impenetrable. Enormes piedras redondeadas surgen del suelo como cabezas de renegridos gigantes. Un árbol caído yace como una poderosa barrera entre la luz y la sombra.

Mia, Jof y su hijo se han sentado apartados de los demás. Miran la luz de la luna, que ya no está llena y muerta sino misteriosa e inestable.

El caballero está sentado, agachado sobre su juego de ajedrez. Lisa llora silenciosamente a espaldas del herrero. Jöns está acostado en el suelo y mira el cielo.

JÖNS: Pronto llegará el alba, pero el calor sigue rodeándonos como una frazada sofocante.

LISA: Tengo tanto miedo.

PLOG: Sentimos que algo nos va a suceder, pero no sabemos qué.

JÖNS: Quizá sea el día del juicio.

PLOG: El día del juicio...

Algo se mueve de pronto detrás del árbol caído. Se oyen crujidos y quejidos que parecen proceder de un animal herido. Todos oyen atentamente; todos los rostros se han vuelto hacia el lugar de donde procede el ruido.

Una voz surge de la oscuridad.

RAVAL: ¿Tienen un poco de agua?

El rostro transpirado de Raval se hace pronto visible. Desaparece en la oscuridad pero su voz se hace oír de nuevo.

RAVAL: ¿No pueden dame un poco de agua? (*Pausa.*) Tengo la peste.

JÖNS: No te acerques. Si lo haces te degüello. Quédate del otro lado del árbol.

RAVAL: Tengo miedo de la muerte.

Nadie contesta. El silencio es absoluto. Raval trata de respirar, boqueando. Las hojas secas crujen con sus movimientos.

RAVAL: ¡No quiero morir! ¡No quiero!

Nadie contesta. El rostro de Raval aparece súbitamente en la base del árbol. Tiene los ojos horriblemente hinchados y la boca llena de espuma.

RAVAL: ¿No tienen lástima de mí? ¡Ayúdenme! Por lo menos háblenme.

Nadie contesta. Los árboles suspiran. Raval se echa a llorar.

RAVAL: Voy a morir. Yo. Yo. ¡Yo! ¡Qué me ocurrirá! ¿No hay nadie que me consuele? ¿No tienen ninguna compasión? No se dan cuenta de que yo...

Las palabras se cortan con un gorgoteo. Desaparece en la oscuridad detrás del árbol caído. Durante unos minutos hay silencio.

RAVAL (*susurra*): No puede alguno... sólo un poquito de agua.

De pronto la muchacha se pone de pie con un rápido movimiento, arranca el odre de Jöns y corre unos pasos. Jöns la agarra y la sujeta fuertemente.

JÖNS: Es inútil. Es inútil. Sé que es inútil. No tiene sentido. No tiene absolutamente ningún sentido. Te digo que no tiene sentido. ¿No oyes que estoy consolándote?

RAVAL: ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

Nadie contesta, nadie se mueve. Los sollozos de Raval son secos y convulsivos, como los de un niño asustado. Un súbito alarido se corta por la mitad.

Luego todo es silencio.

La muchacha se deja caer y se tapa la cara con las manos. Jöns le pone la mano en el hombro.

El caballero ya no está solo. La Muerte está junto a él y él levanta la mano.

LA MUERTE: ¿Jugamos nuestra partida hasta el final?

CABALLERO: ¡Su turno!

La Muerte extiende el brazo y da jaque a la reina del caballero. Antonius Block mira a la Muerte.

LA MUERTE: Ahora tomo tu reina.

CABALLERO: No me di cuenta de eso.

El caballero se inclina sobre el juego. La luz de la luna se mueve sobre las piezas de ajedrez que parecen tener vida propia.

Jof se ha quedado dormido unos minutos, pero de pronto se despierta. Ve al caballero y a la Muerte juntos.

Muy asustado, despierta a Mia.

JOF: ¡Mia!

MIA: ¿Qué pasa?

JOF: Veo algo terrible. Algo de lo que casi no puedo hablar.

MIA: ¿Qué ves?

JOF: El caballero está allá sentado, jugando al ajedrez.

MIA: Sí, yo también lo veo y no me parece tan terrible.

JOF: Pero ¿ves con quién está jugando?

MIA: Está solo. No *debes* asustarme así.

JOF: No, no; no está solo.

MIA: ¿Con quién está, entonces?

JOF: Con la Muerte. Está sentado jugando al ajedrez con la misma Muerte.

MIA: No debes decir eso.

JOF: Tenemos que tratar de escapar.

MIA: No podemos hacer eso.

JOF: Tenemos que tratar. Están tan ocupados con su juego que si nos movemos muy silenciosamente, no se darán cuenta.

Jof se levanta con cautela y desaparece en la oscuridad detrás de los árboles. Mia se queda de pie, como paralizada por el temor. Mira fijamente al caballero y al tablero de ajedrez. Tiene a su hijo en brazos.

Jof está de regreso.

JOF: He preparado al caballo. La carreta está cerca del árbol grande. Anda tú primero y yo te seguiré con los bultos. Ten cuidado que no despierte Mikael.

Mia hace lo que Jof le dijo. En ese instante el caballero levanta los ojos del tablero.

LA MUERTE: Tu turno, Antonius Block.

El caballero guarda silencio. Ve a Mia que avanza a la luz de la luna hacia la carreta. Jof se inclina a recoger los bultos y la sigue a cierta distancia.

LA MUERTE: ¿Has perdido interés en nuestro juego?

Los ojos del caballero expresan alarma. La Muerte lo mira con detenimiento.

CABALLERO: ¿Perdido interés? Al contrario.

LA MUERTE: Pareces inquieto. ¿Ocultas algo?

CABALLERO: Nada se le escapa... ¿o se le escapa?

LA MUERTE: Nada se me escapa. Nadie se escapa de mí.

CABALLERO: Es cierto que estoy preocupado.

Simula torpeza y hace caer las piezas de ajedrez con el borde de su chaqueta. Mira a la Muerte.

CABALLERO: He olvidado cómo estaban colocadas las piezas.

La Muerte (*ríe satisfecho*): Pero yo no lo he olvidado. No puedes eludirme con tanta facilidad.

La Muerte se inclina sobre el tablero y arregla las piezas. El caballero mira más allá de su contrincante, hacia el camino. Mia acaba de trepar a la carreta. Jof toma al caballo por las riendas y lo guía por el camino. La Muerte no advierte nada; está totalmente ocupado en reconstruir el juego.

LA MUERTE: Ahora veo algo interesante.

CABALLERO: ¿Qué ves?

LA MUERTE: Pierdes el rey en el próximo movimiento, Antonius Block.

CABALLERO: Eso es cierto.

LA MUERTE: ¿Has disfrutado de tu prórroga?

CABALLERO: Sí.

LA MUERTE: Me alegra oír eso. Ahora te dejo. Cuando volvamos a encontrarnos les habrá llegado, la hora a ti y tus compañeros.

CABALLERO: Y divulgará sus secretos.

LA MUERTE: No tengo secretos.

CABALLERO: De modo que nada sabe.

LA MUERTE: No tengo nada que decir.

El caballero quiere contestar, pero la Muerte ya se ha marchado. Se oye un murmullo en las copas de los árboles. Llega el alba, una luz vacilante, sin vida, que torna al bosque amenazador y maligno. Jof conduce por el camino tortuoso. Mia se halla sentada junto a él.

MIA: ¡Qué luz extraña!

JOF: Debe ser la tormenta que llega con el alba.

MIA: No; es otra cosa. Algo terrible. ¿Oyes el estrépito en el bosque?

JOF: Probablemente es lluvia.

MIA: No; no es lluvia. Nos ha visto y nos persigue. Nos ha alcanzado; está llegando hacia nosotros.

JOF: Todavía no, Mia. En todo caso, todavía no.

MIA: Tengo tanto miedo. Tengo tanto miedo.

La carreta rechina sobre las raíces y las piedras; se balancea y cruje. De pronto el caballo se detiene con las orejas tendidas hacia atrás. El bosque gime y se agita pesadamente.

JOF: Entra en la carreta, Mia. Arrástrate adentro rápido. Nos acostaremos, Mia, con Mikael entre los dos.

Se arrastran dentro de la carreta y se agazapan alrededor del niño dormido.

JOF: Es el Ángel de la Muerte que está pasando por encima de nuestras cabezas, Mia. Es el Ángel de la Muerte. *El Ángel de la Muerte, y es muy grande.*

MIA: ¿Sientes el frío que hace? Me estoy helando. Siento un frío terrible.

Tiembla como si tuviera fiebre. Se arropan con las frazadas y yacen muy juntos. La lona de la carreta aletea y golpea con el viento. El estrépito, afuera, es como si bramara un gigante.

La silueta del castillo se delinea como una negra roca contra el alba borrascosa. La tormenta va hacia allí y se arroja con poderosos embates sobre

muros y contrafuertes. El cielo se oscurece; parece casi de noche.

Antonius Block ha llevado consigo a sus compañeros hasta el castillo. Pero parece desierto. Andan de cuarto en cuarto. Sólo hay vacío y ecos silenciosos. Afuera se oye el estrépito de la lluvia que cae torrencialmente.

De pronto, el caballero se encuentra frente a frente con su mujer. Se miran en silencio.

KARIN: Supe por personas que llegaban de la cruzada que estabas en camino a casa. Te he estado esperando aquí. Todos los demás han huido por la peste.

El caballero guarda silencio. La mira.

KARIN: ¿Ya no me reconoces?

El caballero asienta silenciosamente con la cabeza.

KARIN: Tú también has cambiado.

Se le acerca y mira atentamente su rostro. La sonrisa persiste en sus ojos y le toca la mano con suavidad.

KARIN: Ahora veo que eres tú. En tus ojos, en tu rostro, pero oculto y asustado, está el niño que se marchó hace tantos años.

CABALLERO: Se acabó ya, y estoy un poco cansado.

KARIN: Veo que estás cansado.

CABALLERO: He traído a mis amigos.

KARIN: Diles que entren. Se desayunarán con nosotros.

Se sientan todos a la mesa en el aposento que está iluminado por antorchas colocadas en las paredes. En silencio, comen el pan duro y la carne salada. Karin se sienta en la cabecera y lee en un grueso libro.

KARIN: «Y cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como media hora. Y vi los siete ángeles que están en la presencia de Dios, y les fueron dadas siete trompetas. Y otro...»

Tres potentes golpes se oyen en la enorme puerta. Karin interrumpe la lectura y levanta los ojos del libro. Jöns se pone de pie con presteza y se dirige a abrir la puerta.

KARIN: «Y el primero tocó la trompeta y se produjo granizo y fuego mezclados con sangre, y ello fue lanzado a la tierra; y la tercera parte de la tierra se abrasó y la tercera parte de los árboles se abrasó y toda la hierba verde se abrasó».

Ya no se oye la lluvia. Repentinamente se produce un silencio sobrecogedor, pavoroso, en el amplio, lóbrego aposento donde las antorchas encendidas lanzan sombras inquietantes sobre el techo y las paredes. Todos escuchan, en tensión, el silencio.

KARIN: «Y el segundo ángel tocó la trompeta y uno como monte grande ardiendo en fuego fue lanzado al mar, y la tercera parte del mar se convirtió en sangre...»

Se oyen pasos en las escaleras. Jöns regresa y se sienta en silencio, en su sitio, pero no sigue comiendo.

CABALLERO: ¿Había alguien ahí?

JÖNS: No, mi amo, no vi a nadie.

Karin levanta un momento la cabeza, pero de nuevo se inclina sobre el libro.

KARIN: «Y el tercer ángel tocó la trompeta y cayó del cielo una estrella grande, ardiente como lámpara, y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de las aguas; y el nombre de la estrella se llamó ‘el Ajenjo’».

Todos levantan la cabeza y cuando ven quién viene hacia ellos a través de la penumbra del amplio recinto, se ponen de pie y se mantienen muy juntos.

CABALLERO: Buenos días, noble señor.

KARIN: Soy Karin, la esposa del caballero y le doy la bienvenida a mi casa.

PLOG: Yo soy herrero de profesión y bastante bueno en mi oficio, aunque lo diga yo mismo. Mi mujer Lisa... haz una reverencia al magnífico señor, lisa. Es un poco difícil de manejar algunas veces y tuvimos una pequeña disputa, por decirlo así, pero no fue peor que las de la mayoría de las gentes.

El caballero esconde el rostro en las manos.

CABALLERO: Desde las tinieblas apelamos a Ti, Señor. Ten piedad de nosotros porque somos pequeños e ignorantes y tenemos miedo.

JÖNS (*con amargura*): En las tinieblas donde cree estar, donde probablemente estamos todos... En las tinieblas no hallará a nadie que oiga sus gritos y se apiade de sus sufrimientos. Seque sus lágrimas y mírese a sí mismo en Su indiferencia.

CABALLERO: Dios, Tú que estás en alguna parte, que *tienes* que estar en alguna parte, ten piedad de nosotros.

JÖNS: Pude haberle dado una hierba para purgarlo de sus preocupaciones sobre la eternidad. Ahora parece que es demasiado tarde. Pero en todo caso, sienta el inmenso triunfo de este último minuto en que todavía puede mover los ojos y los dedos de los pies.

KARIN: Silencio, silencio.

JÖNS: Guardaré silencio, pero bajo protesta.

MUCHACHA (*de rodillas*): Es el fin.

Jof y Mia yacen muy juntos y oyen la lluvia que cae suavemente sobre la lona de la carreta; el ruido disminuye hasta que por fin sólo caen gotas aisladas.

Se arrastran fuera de su escondite. La carreta se halla en un montículo sobre una loma, protegida por un árbol enorme. Su vista abarca colinas, bosques, vastas llanuras, y el mar que brilla a la luz del sol que irrumpe a través de las nubes.

Jof estira los brazos y las piernas. Mia seca el pescante de la carreta y se sienta junto a su marido. Mikael se arrastra entre las rodillas de Jof.

Un pájaro solitario ensaya su canto después de la tormenta. Los árboles y los matorrales gotean. Desde el mar llega un viento fuerte y fragante.

Jof señala el cielo oscuro que va aclarándose y en el cual los relámpagos de verano relumbran como agujas de plata sobre el horizonte.

JOF: ¡Los veo, Mia! ¡Los veo! Allá lejos contra el cielo tormentoso y negro. Están todos allá. El herrero y Lisa y el caballero y Raval y Jöns y Skat. Y la Muerte, implacable maestro, los invita a bailar. Les dice que se tengan de la mano y entonces deben bailar en una larga fila. Primero va el maestro con la guadaña y el reloj de arena, pero Skat se balancea al final

con su lira. Bailan alejándose del alba y es una danza solemne hacia la región de las tinieblas, mientras la lluvia les lava el rostro y les limpia las mejillas de la sal de sus lágrimas.

Se calla. Baja la mano.

Su hijo Mikael ha escuchado sus palabras. Se arrastra hasta Mia y se le sienta en las faldas.

MIA (*sonriente*): Tú con tus visiones y tus sueños.

Estocolmo

Junio 5 de 1956

CUANDO HUYE EL DÍA

CUANDO HUYE EL DÍA

PERSONAJES

Profesor Isak Borg	Víctor Sjöström
Sara	Bibi Andersson
Marianne	Ingrid Thulin
Evald	Gunnar Björnstrand
Agda	Julián Kindahl
Anders	Folke Sundquist
Viktor	Bjorn Bjelvenstam
La madre de Isak	Naima Wifstrand
Señora de Alman	Gunnel Broström
Mujer de Isak	Gertrud Fridh
Su amante	Ake Fridell
Tía	Sif Ruud
Alman	Gunnar Sjöberg
Akerman	Max von Sydow
Tío Aron:	Yngve Nordwall
Sigfrid	Per Sjöstrand
Sigbritt	Gio Petré
Charlotta	Gunnel Lindblom
Angélica	Maud Hansson
Señora de Akerman	Anne-Mari Wiman
Anna	Eva Norée
Mellizas	Lena Bergman
	Mónica Ehrling
Hagbart	Per Skogsberg
Benjamín	Goran Lundquist
Promotor	Professor Helge Wulff

Nota: No están en la lista de personajes Tiger y Jakob porque la escena en que aparecen no figuraba en la película terminada.

REALIZADORES

<i>Guión</i>	Ingmar Bergman
<i>Director</i>	Ingmar Bergman
<i>Ayudante de dirección</i>	Gösta Ekman
<i>Director de fotografía</i>	Gunnar Fischer
<i>Ayudante de fotografía</i>	Björn Thermenius
<i>Música</i>	Erik Nordgren
<i>Música dirigida por</i>	E. Eckert-Lundin
<i>Decorados</i>	Gittan Gustafsson
<i>Trajes</i>	Millie Ström
<i>Maquillaje</i>	Nils Nittel (de Carl M. Lundh, Inc.)
<i>Sonido</i>	Aaby Wedin y Lennart Wallin
<i>Compilador</i>	Oscar Rosander
<i>Supervisor de producción</i>	Allan Ekelund

Duración: 90 minutos.

Producida por Svensk Filmindustri; distribuida en los Estados Unidos por Janus Films, inc., y en Gran Bretaña por Contemporary Films Ltd.

A la edad de setenta y seis años siento que soy demasiado viejo para mentirme a mí mismo. Pero, naturalmente, no puedo estar muy seguro. Mi actitud complaciente hacia mi propia veracidad podría ser un disfraz, aunque no sé muy bien lo que podría querer ocultar. No obstante, si por alguna razón tuviera que hacer la valuación de mí mismo, estoy seguro de que lo haría sin vergüenza ni preocupación por mi reputación. Pero si se me pidiera que expresara una opinión sobre alguien, lo haría con mucha mayor cautela. Al emitir semejante juicio uno corre el más grande de los peligros. Con toda probabilidad se es culpable de errores, exageraciones y hasta de tremendas mentiras. Antes de caer en tales desatinos, prefiero guardar silencio.

Como resultado y por propia voluntad, me he retraído casi completamente de la sociedad, porque la relación de uno con los demás consiste principalmente en discutir y valorar la conducta del vecino. Por lo tanto, me he encontrado bastante solo en mi vejez. Esto no es una lamentación sino la declaración de un hecho. Todo cuanto pido de la vida es que me dejen solo para tener la oportunidad de dedicarme a las pocas cosas que siguen interesándome, por más superficiales que puedan ser. Por ejemplo, tengo placer en mantenerme al día con el firme progreso que se realiza en mi profesión (otrota enseñé bacteriología); encuentro descanso en una partida de golf y de vez en cuando leo memorias o un buen libro policial.

He tenido una vida llena de trabajo, y eso lo agradezco. Empezó con una lucha por el pan de cada día y se convirtió en la ininterrumpida persecución de una ciencia amada. Tengo un hijo que vive en Lund; es médico y casado desde hace muchos años. No tiene hijos. Mi madre vive todavía y se conserva muy activa a pesar de su edad avanzada (noventa y seis). Vive en la vecindad de Huskvarna. Nos vemos muy poco. Mis nueve hermanos han muerto, pero han dejado cantidad de hijos y nietos, Tengo muy poco contacto con mis parientes. Mi mujer, Karin, murió hace muchos años. Nuestro casamiento fue muy desgraciado. He tenido la suerte de encontrar una buena ama de llaves.

Esto es todo cuanto tengo que decir sobre mí mismo. Quizá debiera añadir que soy un viejo pedante y por momentos muy cargoso tanto para conmigo mismo cuanto para los demás que tienen que estar cerca de mí. Detesto las

demostraciones emocionales, las lágrimas femeninas y el llanto de los niños. En resumen, encuentro de lo más desconcertante los ruidos fuertes y los acontecimientos inesperados.

Más adelante explicaré las razones por las cuales escribí esta historia que es el relato exacto, en la medida en que soy capaz de transcribirlo, de los acontecimientos que me sucedieron cierto día, así como de los sueños y pensamientos que tuve en esa ocasión.

En la madrugada del sábado primero de junio, tuve un sueño extraño y muy desagradable. Soñé que hacía mi habitual caminata matinal por las calles. Era muy temprano y no se veía un solo ser humano. Esto me sorprendió. También advertí que no había ningún vehículo estacionado junto a las aceras. La ciudad parecía extrañamente desierta, como si fuera una mañana de vacaciones en pleno verano.

El sol brillaba esplendoroso y proyectaba nítidas sombras negras, pero no daba calor. Aun cuando yo caminaba por el lado del sol, sentía frío.

La quietud era también notable. Generalmente paseo por una ancha avenida arbolada, y aun antes del amanecer los gorriones y cuervos son en extremo ruidosos. Además, se oye siempre el perpetuo fragor que llega del centro de la ciudad. Pero esa mañana no se oía ningún ruido, el silencio era absoluto y mis pasos producían un eco casi inquietante contra las paredes de los edificios. Empecé a preguntarme qué habría ocurrido.

Justo en ese momento pasé por la tienda de un relojero-optometrista, cuya enseña era un reloj enorme que daba la hora exacta. Debajo de este reloj colgaba un par de gigantescos anteojos con grandes ojos. En mis caminatas matinales siempre he sonreído para mis adentros ante este detalle levemente grotesco en el espectáculo de la calle.

Asombrado vi que las agujas del reloj habían desaparecido. La esfera estaba vacía y, debajo, alguien había hecho añicos los dos ojos que parecían llagas aguachentas e infectadas.

Instintivamente extraje mi reloj para verificar la hora, pero encontré que mi viejo cronómetro de oro infalible, también había perdido las agujas. Lo acerqué al oído para comprobar si andaba todavía. Entonces oí los latidos de mi corazón. Palpitaba en forma muy rápida e irregular. Me sentí anonadado por una inexplicable sensación de locura.

Guardé el reloj y me recosté unos minutos contra la pared de un edificio hasta que la sensación se me pasó. Mi corazón se calmó y decidí regresar a casa.

Con júbilo vi que había alguien de pie en la esquina. Tenía la espalda vuelta hacia mí. Corrí hacia él y le toqué el brazo. Se volvió rápidamente y con horror comprobé que el hombre no tenía rostro debajo de su sombrero de fieltro.

Retiré la mano y en el mismo instante toda la figura se desplomó como si estuviera hecha de polvo o frágiles astillas. Sobre la acera quedó un montón de ropa. La persona misma había desaparecido sin dejar rastros.

Miré a mi alrededor, perplejo, y comprendí que había extraviado el camino. Me encontraba en un lugar de la ciudad donde nunca había estado antes.

Me hallaba en una plazoleta abierta, rodeada por edificios de departamentos altos y feos. De esta plazoleta angosta, salían calles en todas direcciones. Todos estaban muertos; no había señal alguna de vida.

Muy alto arriba mío, el sol brillaba completamente blanco, y la luz se abría paso por entre las casas como si fuera la hoja de un cuchillo afilado como navaja. Tenía tanto frío que me temblaba todo el cuerpo.

Por último, hallé fuerzas para moverme y elegí una de las estrechas calles al azar. Caminé tan rápidamente como me lo permitía mi corazón palpitante; sin embargo la calle parecía no tener fin.

Entonces oí el tañido de unas campanas y de pronto estaba de pie en otra plazoleta cerca de una iglesita, poco atrayente, de ladrillos rojos. No había cementerio junto a ella y la iglesia estaba rodeada por todos lados de edificios de paredes grises.

No lejos de la iglesia, un entierro avanzaba lentamente por las calles, encabezado por un viejo coche fúnebre y seguido por algunos carruajes alquilados y fuera de moda. Estos iban tirados por troncos de caballos flacos, abrumados bajo enormes mantas negras.

Me detuve y me descubrí. Era un alivio enorme ver a seres vivientes, oír el sonido de campanas y de caballos trotando.

Entonces todo ocurrió con tanta rapidez y tan atterradoramente que mientras escribo estas líneas siento todavía una definida inquietud.

El coche fúnebre estaba por dar media vuelta frente a la puerta de la iglesia cuando de repente empezó a moverse y a bailar como un barco en medio de la tormenta. Vi que una de las ruedas se había soltado y rodaba hacia mí con un fuerte ruido de matraca. Tuve que arrojarme hacia un costado para evitar que me golpeará. Chocó contra el muro de la iglesia, justo detrás de mí, y se rompió en mil pedazos.

Los otros carruajes se detuvieron a cierta distancia, pero nadie bajó de ellos ni se acercó a prestar ayuda. El inmenso coche fúnebre bailaba y se balanceaba sobre sus tres ruedas. De pronto, el féretro fue arrojado afuera y cayó en la calle. Como aliviado, el coche fúnebre se enderezó y se dirigió hacia una calle del costado, seguido por los otros carruajes.

El toque de campanas había cesado y yo estaba solo con el féretro caído, parcialmente deshecho. Una feroz curiosidad se apoderó de mí y me acerqué al ataúd. Una mano sobresalía por entre el montón de las tablas astilladas. Cuando me incliné hacia adelante, la mano muerta se aferró de mi brazo y me tironeó hacia abajo, hacia el féretro, con enorme fuerza. Yo luché impotente contra ella mientras el cadáver lentamente se incorporaba en el ataúd. Era un hombre vestido de frac.

Con horror vi que el cadáver era yo mismo. Traté de soltar mi brazo, pero él lo tenía agarrado con poderosa fuerza. Durante todo esto me miraba fijamente sin emoción y parecía sonreír con desdén.

En este momento de insensato horror desperté y me senté en la cama. Eran las tres de la mañana y el sol se reflejaba ya sobre los techos frente a mi ventana. Cerré los ojos y murmuré entre dientes palabras de realidad contra mi sueño —contra todos los sueños malignos y aterradores que me han perseguido estos últimos años.

ISAK: Me llamo Isak Borg. Estoy vivo aún. Tengo setenta y seis años. Me siento realmente muy bien.

Cuando terminé de murmurar estas palabras me sentí más tranquilo, bebí un vaso de agua y me acosté para reflexionar sobre el día que tenía por delante. Inmediatamente supe lo que iba a hacer. Me levanté, descorrí las cortinas, hallé que hacía un día magnífico y respiré el aire puro y matinal. Luego me puse la bata, me dirigí a través del departamento (donde los relojes daban las tres) al cuarto de mi vieja ama de llaves. Cuando abrí la puerta, ella se sentó inmediatamente en la cama, completamente despierta.

AGDA: ¿Se siente mal, profesor?

ISAK: Oígame, Agda, ¿me prepara el desayuno por favor? Voy a salir con el auto.

AGDA: ¿Va a salir con el auto, profesor?

ISAK: Sí; conduciré basta Lund con mis propias manos. Nunca creí en los aviones.

AGDA: ¡Profesor! Vaya a dormir de nuevo y le llevaré el café a las nueve y saldremos a las diez, como estaba arreglado.

ISAK: Muy bien, entonces me iré sin desayunarme.

AGDA: ¿Y quién va a empacar el frac?

ISAK: Eso lo haré yo.

AGDA: ¿Y qué me va a ocurrir a mí?

ISAK: Agda, puede usted venir conmigo en el auto o tomar el avión —ésa es cuestión suya.

AGDA: Durante un año entero he esperado que llegara el día en que estaría yo presente en la ceremonia de sus bodas de oro profesionales y todo estaba perfectamente organizado. Ahora viene a decirme que va usted a ir allá en el auto en lugar de tomar el avión.

ISAK: La ceremonia no empezará hasta las cinco de la tarde, y si me voy en seguida tendré catorce horas para llegar allá.

AGDA: En esa forma todo se estropeará. Su hijo lo estará esperando en el aeropuerto de Malmö. ¿Qué va a decir?

ISAK: Usted puede dar alguna explicación, Agda.

AGDA: Si va en el auto, yo no estaré con usted en la ceremonia.

ISAK: Escúcheme, Agda...

AGDA: Puede ir en el auto y conducir hasta allá y destruir el día más solemne de mi vida...

ISAK: No estamos casados, Agda.

AGDA: Agradezco a Dios todas las noches que no lo estemos. Durante setenta y cuatro años me he conducido de acuerdo con mis principios y no me faltarán hoy.

ISAK: ¿Esa es su última palabra sobre el asunto, Agda?

AGDA: Es mi última palabra. Pero me diré muchas cosas para mis adentros sobre los viejos caballeros mezquinos que sólo piensan en sí mismos y nunca en los sentimientos de los demás que los han servido fielmente durante cuarenta años.

ISAK: Realmente no me explico cómo he podido soportar su inmensa sed de dominio durante todos estos años.

AGDA: Dígamelo, nada más, y puede terminar mañana.

ISAK: De todos modos, voy a conducir el auto y usted puede hacer lo que le dé la real gana. Soy un hombre viejo y no tengo que soportar su tiranía.

Las últimas palabras, debo admitirlo, fueron dichas en voz bastante alta, en parte por el carácter indómito de Agda y en parte porque yo había ido al baño, donde me afeité y completé mi aseo matinal. Cuando salí del cuarto de baño, hallé con sorpresa que Agda estaba ocupada en guardar el frac y otras necesidades para el viaje. Parecía que había recobrado la sensatez y yo le di una palmadita amistosa en la espalda para demostrarle que la había perdonado.

ISAK: Nadie sabe empacar como usted.

AGDA: No me diga.

ISAK: Vieja gruñona.

Estaba muy enfadado de que no me contestara. Es verdad que mis últimas palabras no fueron las más apropiadas, pero Agda tiene un modo de enojarse que pondría a prueba la paciencia de un santo.

AGDA: ¿Debo hervir un par de huevos para servir junto con el café, señor?

ISAK: Sí, gracias, piensa usted en todo, Agda. Gracias, querida Agda.

Sin advertir mis esfuerzos por ser amable a toda costa, ella desapareció en la cocina.

ISAK: ¡Bodas de oro profesionales! Maldita estupidez. La facultad podría igualmente celebrar mis bodas de oro con la idiotez. Voy a comprar algo para la vieja gruñona para ablandarla un poquito. Odio a las personas que son lentas para olvidar. No podría ni siquiera hacerle mal a una mosca; ¿cómo podría jamás hacerle mal a Agda?

En ese momento ésta apareció en la puerta.

AGDA: ¿Quiere tostadas?

ISAK: No; gracias por todo. No se incomode por mí.

AGDA: ¿Por qué está *usted* gruñón?

No tuve tiempo de contestar antes de que la puerta se cerrara en mis narices. Me vestí y fui al comedor donde me esperaba el desayuno. El sol matinal arrojaba una raya brillante a través de la mesa del comedor. Agda se

atareaba silenciosamente con una cafetera y sirvió café humeante en mi taza personal.

ISAK: ¿No quiere tomar usted también una taza?

AGDA: No, gracias.

Agda cruzó a regar las flores de la ventana y me volvió la espalda con mucha naturalidad, pero en forma muy definida. En ese instante se abrió la puerta de un cuarto vecino y mi nuera, Marianne, entró. Estaba todavía en pijama y fumaba un cigarrillo.

ISAK: ¿Puedo preguntar por qué mi estimada nuera está levantada a esta hora de la mañana?

MARIANNE: Es un poco difícil dormir cuando usted y Agda se pelean a gritos capaces de sacudir las paredes.

ISAK: Por cierto que nadie aquí ha estado gritando.

AGDA: Por supuesto que no, nadie aquí ha estado gritando.

MARIANNE: Usted se va en auto a Lund.

ISAK: Sí, creo que sí.

MARIANNE: ¿Puedo ir con usted?

ISAK: ¿Cómo? ¿Quiere ir a su casa?

MARIANNE: Sí, quiero ir a mi casa.

ISAK: ¿A casa con Evald?

MARIANNE: Así es. No tiene que preguntarme por qué. Si tuviera dinero tomaría el tren.

ISAK: Por supuesto, puede ir conmigo.

MARIANNE: Estaré pronta en diez minutos, más o menos.

Marianne apagó el cigarrillo en un cenicero que había sobre la mesa, se dirigió a su cuarto y cerró la puerta tras ella. Agda llevó otra taza pero no dijo nada. Estábamos los dos sorprendidos, pero teníamos que callamos sobre la decisión de Marianne de volver junto a mi hijo Evald. No obstante, me sentí en la obligación de menear la cabeza.

AGDA: ¡Santo Dios!

Poco después de las tres y media, saqué el auto del garaje. Marianne salió por el portón del frente vestida con pantalones y una chaqueta corta (es una

mujer hermosa). Miré hacia arriba, a la ventana, para ver si Agda estaba ahí. Estaba, en efecto. La saludé con la mano, pero no me contestó. Enfadado, subí al auto, cerré la portezuela de un golpe, y puse en marcha el motor. En silencio, dejamos la ciudad quieta, dormida. Marianne estaba por encender un cigarrillo.

ISAK: Por favor, no fume.

MARIANNE: Por supuesto.

ISAK: No puedo soportar el humo del cigarrillo.

MARIANNE: Me había olvidado.

ISAK: Además fumar cigarrillos es caro y al mismo tiempo malsano. Debería haber una ley contra las mujeres que fuman.

MARIANNE: El tiempo está bueno.

ISAK: Sí, pero pesado. Tengo la sensación de que se prepara una tormenta.

MARIANNE: Yo también.

ISAK: Ahora hablemos del cigarro. Los cigarros son una expresión de la idea fundamental de fumar. Un estimulante y un calmante. Un vicio varonil.

MARIANNE: ¿Y qué vicios puede tener una mujer?

ISAK: El llanto, tener hijos y chismear sobre los vecinos.

MARIANNE: ¿Qué edad tiene realmente, papá Isak?

ISAK: ¿Por qué quiere saberlo?

MARIANNE: Ninguna razón especial. ¿Por qué?

ISAK: Sé por qué me lo preguntó.

MARIANNE: Ah.

ISAK: No disimule. Yo no le agrado y nunca le agradé.

MARIANNE: Sólo lo conozco como suegro.

ISAK: ¿Por qué vuelve a su hogar?

MARIANNE: Un impulso. Eso es todo.

ISAK: Da la casualidad que Evald es mi hijo.

MARIANNE: Sí; estoy segura que lo es.

ISAK: De modo que no ha de ser tan raro que se lo pregunte.

MARIANNE: Se trata de algo que realmente no le concierne a usted.

ISAK: ¿Quiere saber mi opinión?

Ella me provocaba con su imperturbable tranquilidad y su aire lejano. Además, sentía mucha curiosidad y un poco de preocupación.

ISAK: Evald y yo somos muy parecidos. Tenemos nuestros principios.

MARIANNE: No tiene que decírmelo.

ISAK: Este *préstamo*, por ejemplo. Evald consiguió un préstamo que yo le di para completar sus estudios. Debió haberlo pagado cuando le dieron la cátedra en la universidad. Era una cuestión de honor para él devolverlo a razón de cinco mil por año. Aunque comprendo que le es difícil, un pacto es un pacto.

MARIANNE: Para nosotros significa que nunca podemos tomar vacaciones juntos y que su hijo se mata trabajando.

ISAK: Tiene usted una renta propia.

MARIANNE:... .Sobre todo cuando es usted riquísimo y no necesita el dinero.

ISAK: Un pacto es un pacto, mi querida Marianne. Y sé que Evald comprende y me respeta.

MARIANNE: Eso puede ser cierto, pero también lo odia.

Su tono tranquilo, casi como dando por sentado una realidad, me sobresaltó. Traté de mirarla en los ojos, pero ella tenía la vista fija en el camino y su rostro siguió imperturbable.

ISAK: Evald y yo nunca nos hemos mimado el uno al otro.

MARIANNE: Le creo.

ISAK: Siento que me tenga aversión porque usted me es bastante agradable.

MARIANNE: Eso es simpático.

ISAK: Dígame ¿qué tiene realmente en contra de mí?

MARIANNE: ¿Quiere que sea franca?

ISAK: Por favor.

MARIANNE: Es un viejo egoísta, papá Isak. No tiene la menor consideración y no ha escuchado usted a nadie más que a sí mismo. Todo esto está bien oculto detrás de su máscara de señor chapado a la antigua con su correspondiente encanto y amabilidad. Pero es duro como piedra, aun cuando todos lo pintan como extraordinariamente humano. Nosotros que lo hemos visto de cerca, sabemos lo que realmente es. No puede engañarnos. Por ejemplo ¿recuerda cuando vine a verlo hace un mes? Tenía yo una idea estúpida que nos ayudaría usted a Evald y a mí. De modo que le pedí vivir con usted unas semanas. ¿Recuerda lo que me dijo?

ISAK: Le dije que era usted bienvenida, con la mayor cordialidad.

MARIANNE: Esto es lo que dijo realmente, pero estoy segura que lo ha olvidado: «No trate de meterme en sus problemas maritales porque no me importan un bledo y cada cual tiene sus propias dificultades».

ISAK: ¿Dije eso?

MARIANNE: Dijo más que eso.

ISAK: Eso fue lo peor, espero.

MARIANNE: Esto es lo que dijo, palabra por palabra: «No tengo respeto alguno por el sufrimiento del alma, de modo que no venga a quejarse a mí. Pero si necesita masturbación espiritual puedo concertarle una cita con algún buen medicucho, o quizá con algún pastor; es una cosa tan popular en estos tiempos...»

ISAK: ¿Dije eso?

MARIANNE: Sus opiniones son inflexibles, papá Isak. Sería terrible tener que depender de usted para nada.

ISAK: No me diga. Pero, para ser honesto, debo declarar que he disfrutado de su presencia en la casa.

MARIANNE: Como de la de un gato.

ISAK: Como de la de un gato o un ser humano, es lo mismo. Es usted una espléndida mujer y lamento que me tenga aversión.

MARIANNE: No le tengo aversión.

ISAK: Ah.

MARIANNE: Le tengo lástima.

Apenas pude contener la risa ante su extraño tono de voz y su falta de lógica. Ella misma rió, por otra parte, y eso alivió un poco el ambiente.

ISAK: Me gustaría de veras contarle un sueño que tuve esta mañana.

MARIANNE: No me interesan mucho los sueños.

ISAK: No, tal vez no.

Seguimos un rato en silencio. El sol estaba alto en el cielo y el camino era blanco y brillante. De pronto tuve un impulso. Aminoré la marcha y conduje el auto hacia un pequeño camino lateral que llevaba al mar. Era un camino de bosque, sinuoso, bordeado por pilas de leños recién cortados que despedían un fuerte olor bajo el calor del sol. Marianne levantó los ojos con algo de sorpresa, pero guardó silencio. Detuve el auto en una vuelta del camino.

ISAK: Venga, le mostraré algo.

Ella suspiró silenciosamente y me siguió por la pequeña pendiente que arrancaba del portón. Entonces vimos la amplia casa amarilla que se levantaba entre los pinos, con su terraza frente a la bahía. La casa dormía detrás de puertas cerradas y persianas corridas.

ISAK: Todos los veranos durante los primeros veinte años de mi vida vivimos aquí. Éramos diez hermanos. Sí; probablemente sabe eso.

MARIANNE: Qué vieja casa ridícula.

ISAK: Es una antigüedad.

MARIANNE: ¿Vive alguien aquí ahora?

ISAK: Este verano, no.

MARIANNE: Bajaré hasta el agua y me daré una zambullida, si no le importa. Tenemos mucho tiempo.

ISAK: Yo iré un momento hasta el sembrado de fresas silvestres.

Hallé de pronto que hablaba sin que nadie me oyera. Marianne se dirigía perezosamente hacia la playa.

ISAK: El viejo sembrado de fresas silvestres...

Fui hasta la casa e inmediatamente encontré el sitio, pero me pareció mucho más pequeño y menos importante de lo que yo recordaba. Todavía había muchas fresas, sin embargo, me senté junto a un viejo manzano que crecía solitario y comí las frutillas, una por una. Es posible que me haya puesto un poco sentimental. Tal vez estaba fatigado y algo melancólico. No es improbable que empezara a pensar sobre una cosa y otra que estuviera asociada con los lugares que había frecuentado en mi infancia.

Tenía una extraña sensación de solemnidad, como si éste fuera un día de decisiones. (No fue el único momento durante ese día que sentí lo mismo.) La quietud de la mañana estival. La calma de la bahía. El concierto brillante de los pájaros entre el follaje. La vieja casa dormida. El aromático manzano que se inclinaba levemente, sosteniéndome la espalda. Las fresas silvestres.

No se cómo ocurrió, pero la clara realidad del día se trocó en un fluir de imágenes de ensueño. Ni siquiera sé que fuera un sueño; o recuerdos que surgían con la fuerza de acontecimientos reales. Tampoco sé cómo empezó, pero creo que fue cuando oí las notas de un piano.

Asombrado, volví la cabeza y miré hacia la casa, situada a corta distancia, en lo alto de la colina. Había sido transformada en forma extraña. La fachada

que minutos antes estaba cerrada y a oscuras, había cobrado vida y el sol brillaba en las ventanas abiertas. Con la cálida brisa de verano las cortinas blancas se movían. Los vistosos toldos estaban desenrollados hasta la mitad; de la chimenea salía humo. La vieja casa veraniega parecía estar estallando de vida. Se oía la música de un piano (algo de Waldteufel); por las ventanas abiertas salía el eco de voces felices, risas, pasos, gritos de chicos, el chirrido de la bomba. Alguien empezó a cantar arriba, en el segundo piso. Era la voz sonora de un tenor, casi el timbre del *bel-canto* italiano. A pesar de todo esto, no había un solo ser humano a la vista. Durante unos momentos, la escena todavía daba una sensación de irrealidad, como un espejismo que se fuera a evaporar instantáneamente y a perderse en el silencio.

De pronto la vi. Cuando me volví después de mirar la casa extrañamente transformada, la descubrí arrodillada con su vestido de algodón amarillo color de sol, cortando fresas silvestres. La reconocí inmediatamente y me sentí conmovido. Estaba tan cerca que hubiera podido tocarla, pero mi sentimiento persistente de que todo iba a desaparecer me impidió hacerle notar mi presencia. (Estaba divertido. Imagen de la mente o sueño, o fuere lo que fuere, su aspecto era tal cual yo la recordaba: una muchacha con un vestido de verano amarillo, pecosa y bronceada y resplandeciente de femineidad despreocupada.)

Me quedé sentado unos minutos silencioso, mirándola. Por fin no pude dejar de llamarla por su nombre, en voz un poco baja, pero audible, no obstante. Ella no reaccionó. Traté de hablarle otra vez, un poco más fuerte.

ISAK: Sara... Soy yo, tu primo Isak... Estoy un poco viejo, por supuesto, y no tengo del todo el mismo aspecto que antes. Pero tú no has cambiado ni un poquito. Primita ¿no me oyes?

No me oía, pero seguía afanosamente cortando fresas y echándolas dentro de una pequeña cesta de mimbre. Comprendí entonces que uno puede fácilmente conversar con sus recuerdos. Este descubrimiento no me entristeció particularmente. Decidí guardar silencio y esperé que esta situación inusitada y agradable durara lo más posible.

Entonces un muchacho bajó por la colina. Estaba dejándose crecer un bigotito a pesar de que no podía tener más de dieciocho o diecinueve años. Estaba vestido con una camisa y pantalones y llevaba su gorro de estudiante echado muy atrás sobre la cabeza. Se detuvo justo a espaldas de Sara, se quitó los anteojos y los repasó con un amplio pañuelo blanco. (Reconocí en él a mi hermano Sigfrid, un año mayor que yo. Compartimos muchos momentos

felices y muchas dificultades. Murió, dicho sea de paso, relativamente joven, de pielitis. Era profesor de lenguas eslavas en la Universidad de Uppsala).

SIGFRID: Buenos días, querida prima. ¿Qué estás haciendo?

SARA: ¿No ves que estoy juntando fresas silvestres, tonto?

SIGFRID: ¿Y quién será el favorecido con estas ricas frutillas, juntadas en hora tan temprana por una doncella tan dulce?

SARA: ¡Oh, tú siempre el mismo! ¿No sabes que hoy es el cumpleaños de tío Aron? Me olvidé de prepararle un regalo. De modo que tendrá una cesta de fresas silvestres. Es bastante buen regalo ¿no te parece?

SIGFRID: Te ayudaré.

SARA: Sabes, Charlotta y Sigbritt hicieron una labor para darle y Angélica cocinó una torta y Anna pintó un cuadro realmente bonito y Kristina y Birgitta escribieron una canción que van a cantarle.

SIGFRID: Ése es el mejor regalo de todos porque el tío Aron es sordo como tapia.

SARA: Será muy feliz y tú eres un tonto.

SIGFRID: Y tú tienes una nuca realmente preciosa.

Sigfrid se inclinó rápidamente sobre la joven y con algo de galantería la besó en la nuca suave. Sara se molestó un poco.

SARA: Sabes que no debes hacer eso.

SIGFRID: ¿Quién dijo?

SARA: Yo lo digo. Además eres un intolerable mequetrefe que se cree alguien.

SIGFRID: Soy tu primo, y en tu corazoncito ocupo un lugar especial.

SARA: ¡Tú!

SIGFRID: Ven aquí y te daré un beso en la boca.

SARA: Si te acercas le diré a Isak que tratas de besarme todo el tiempo.

SIGFRID: Isak el pequeñito. Lo puedo fácilmente con una mano atada a la espalda.

SARA: Isak y yo estamos de novios en secreto. Y tú lo sabes muy bien.

SIGFRID: El noviazgo es tan secreto que toda la casa lo sabe.

SARA: ¿Fue culpa Mia si las mellizas corrieron a contarlo todo?

SIGFRID: Entonces ¿cuándo van a casarse? ¿Cuándo van a casarse? ¿Cuándo van a casarse? ¿Cuándo van a casarse?

SARA: Te diré una cosa, de tus cuatro hermanos no sé cuál es menos vanidoso. Pero creo que es Isak. En todo caso es el más bondadoso. Y tú eres el más espantoso, el más intolerable, el más estúpido, el más idiota, el más ridículo, el más engreído... No se me ocurren más nombres adecuados para ti.

SIGFRID: Confiesa que tienes un lugarcito especial en tu corazón para mí.

SARA: Además, fumas cigarros malolientes.

SIGFRID: Es un olor varonil, ¿no te parece?

SARA: Además las mellizas, que saben *todo*, dicen que has hecho cosas *bastante* detestables con la mayor de las hermanas Berglund. Y no es una chica *realmente bien*, dicen las mellizas. Y les creo.

SIGFRID: Si supieras lo bonita que eres cuando te ruborizas así. Ahora vas a besarme. No puedo soportarlo más. Estoy enamoradoísimo de ti, ahora que lo pienso.

SARA: ¡Bah! Son nada más que palabras. Las mellizas dicen que las chicas te vuelven loco. ¿Es cierto eso?

De pronto, él la besó apretadamente y con bastante habilidad. Ella se dejó llevar por su entusiasmo y le devolvió el beso con cierta vehemencia. Pero luego le remordió la conciencia y se arrojó al suelo, volcando al hacerlo la cesta de frutillas. Estaba muy enojada y empezó a llorar con desesperación.

SIGFRID: No grites. Puede venir alguien.

SARA: Mira las fresas silvestres, todas desparramadas. ¿Y qué dirá Isak? Es tan bueno y me quiere realmente. ¡Ay, cómo lo siento! ¡Ay, lo que me has hecho! Me has convertido en una mala mujer, por lo menos *casi*. Vete. No quiero verte más, por lo menos no antes del desayuno. Tengo que apresurarme. Ayúdame a recoger las fresas. Y mira, tengo una mancha en el vestido.

En ese momento sonó el gong avisando que estaba pronto el desayuno. El sonido pareció hacer surgir a una cantidad de seres humanos no lejos de donde yo me hallaba de espectador asombrado.

La bandera con el emblema de la Unión Sueco-Noruega fue izada, e instantáneamente se enderezó sobre el fondo de las livianas nubes de verano; nuestro hermano Hagbart, corpulento, vistiendo su uniforme de cadete, manejaba las sogas con pericia. Dentro de la casilla de baño se oían risas estrepitosas, y por la puerta persiana salieron dos revoltosas chiquillas

pelirrojas, de más o menos trece años, idénticas como dos fresas silvestres. Se reían tanto que casi no podían caminar y se decían en el oído cosas que aparentemente eran muy secretas y muy divertidas. Sigbritt, alta y delgada, con abundantes cabellos que formaban pesados rizos sobre la frente, apareció cargada con una cunita de mimbre y la colocó en la sombra de las lilas. Charlotta (la hermana diligente, sacrificada, que llevaba sobre sus hombros redondeados todas las responsabilidades de la casa) salió apresuradamente a la terraza y llamó a Sara y Sigfrid, urgiéndoles que fueran en seguida. Benjamín, de diecisiete años, surgió de entre unos arbustos con su cara granuda enrojecida por el sol y miró a su alrededor con expresión de fastidio. Llevaba en la mano un libro grueso, abierto. Angélica (la belleza de la familia) llegó dando saltos desde el bosque, se reunió con las mellizas y en seguida la hicieron compartir algún hilarante secreto. Finalmente salió de la casa Anna, de quince, corriendo, y preguntó algo a Hagbart, luego levantó la voz y llamó a gritos a Isak. Me puse de pie, sorprendido y preocupado, incapaz de contestar su llamado.

MELLIZAS (al unísono): Creo que Isak está con papá, pescando, y probablemente no alcanzan a oír el gong. Y papá dijo, de paso, que no esperaríamos para empezar a comer. Eso dijo papá, lo recuerdo muy bien.

Oh, sí, papá y yo estábamos juntos, pescando. Sentí una secreta e inexplicable felicidad ante este mensaje, y me quedé un rato largo preguntándome qué haría en este nuevo viejo mundo que repentinamente me daban la oportunidad de visitar.

El resto de la familia había entrado en la casa y discutía algo en voz muy alta, adentro. Sólo quedó en la terraza el hijito de Sigbritt, dormido en la sombra de los altos arbustos de lúas.

Me dominó la curiosidad. Subí con lentitud la pendiente que llevaba a la casa y pronto me hallé en el corredor largo y oscuro que puertas de vidrio separaban del salón. Desde ahí tenía una vista espléndida del comedor amplio y lleno de sol con su mesa blanca ya puesta para el desayuno, los muebles claros, el papel de las paredes, las figulinas, las palmas, las cortinas de verano, el pulido piso de madera blanca con sus anchos tablones y felpudos azules, los cuadros y la labor femenina, la araña grande en forma de corona.

Ahí estaban todos, mis nueve hermanos y hermanas, mi tía y el tío Aron. Los únicos ausentes eran papá, mamá y yo.

Cada cual se hallaba de pie detrás de su silla con la cabeza inclinada y las manos entrelazadas. Mi tía decía la oración: «En nombre de Jesús a la mesa

vas / Bendito tú seas por lo que nos das». Después de lo cual toda la comitiva se sentó con mucha charla y arrimar de sillas. Mi tía (una espléndida mujer en sus mejores años, dueña de un poderoso sentido de autoridad y una voz sonora) pidió silencio.

TÍA: Benjamín irá inmediatamente a lavarse las manos. ¿Cuánto tardarás en aprender a ser limpio?

BENJAMÍN: Ya me *lavé* las manos.

TÍA: Sigbritt pasa el «porridge» a Angélica y dales su porción a las mellizas. Tus uñas están negras como el carbón. Pásame el pan, Hagbart. ¿Quién te enseñó a poner tanta manteca en el pan? ¿Haces lo mismo en la academia militar? Charlotta, el salero está tapado. Cuántas veces te he dicho que no debe dejarse afuera al aire libre, porque la sal se humedece.

BENJAMÍN: *Me lavé las manos*, pero tengo pintura debajo de las uñas.

TÍO ARON: ¿Quién juntó fresas silvestres para mí?

SARA: Yo. (*En voz más alta*) Yo.

TÍA: Tienes que levantar la voz, hija, Ya sabes que el tío Aron es un poco sordo.

SARA (*con voz de trueno*): ¡Yo!

ARON: Bueno, bueno; te acordaste del cumpleaños del tío Aron. Eso fue muy simpático de tu parte.

HAGBART: ¿No podría tomar un poquito de vino el tío Aron en el desayuno para celebrar el día?

TÍA: Beber en el desayuno cuando papá no está en casa es una cosa que ni siquiera se discute.

MELLIZAS (*al unísono*): El tío Aron ya ha tomado tres copas de vino. Yo sé. Yo sé. Lo vimos a las ocho, cuando fuimos a la casilla de baño.

TÍA: Las mellizas deben callarse la boca y comer. Además no han tendido sus camas y como castigo tendrán que secar la platería de la comida. Benjamín no debe morderse las uñas. No te sientes y saltes en la silla, Arma. Ya no eres una niñita.

ANNA: Por favor, quiero darle al tío Aron mi cuadro, tía. ¿No podemos darle nuestros regalos ahora, en seguida?

TÍA: ¿Dónde está tu cuadro?

ANNA: Aquí, debajo de la mesa.

SIGFRID: Yo diría que es una obra de arte muy audaz. Es un cuadro de Tristán e Isolda, pero no se puede saber con seguridad cuál de los dos es Tristán.

SARA: ¡Oh, siempre estropea las cosas, el petimetre! Ahora hace desgraciada a Anna. Con tal que no empiece a llorar.

ANNA: Qué esperanza. Puedo pasar por alto los defectos de Sigfrid.

MELLIZAS (*simultáneamente*): Dicho sea de paso, ¿en qué estaban Sara y Sigfrid en el sembrado de fresas silvestres esta mañana? Vimos todo desde la casilla de baño.

SIGBRITT: ¡Cállense ya, niñas!

CHARLOTTA: Alguien debería ponerles mordazas a las mellizas.

TÍA: Mellizas, guarden silencio o retírense de la mesa.

BENJAMÍN: Una persona no tiene libertad de expresión ¿eh?

SIGFRID: Cállate la boca, mocososo.

ANGÉLICA: Sara se ha puesto colorada. Sara se ha puesto colorada. Sara se ha puesto colorada.

MELLIZAS: Sigfrid también está colorado. ¡Ja, ja! ¡Sigfrid y Sara! ¡Sigfrid y Sara! ¡Sigfrid y Sara!

TÍA (*amenazadoramente fulminante*): ¡Basta! ¡Quiero tranquilidad en la mesa!

ARON: ¿Qué dijiste? Por supuesto que tendremos felicidad.

Las mellizas ríen con sorna en el silencio remante. Sara arroja una cuchara de «porridge» a sus torturadoras.

CHARLOTTA: ¡Sara!

SARA: ¡No hacen más que mentir! ¡Son unas mentirosas!

Sara se levantó de la mesa con tanta violencia que su silla cayó para atrás. Vaciló un momento con el rostro enrojecido y las lágrimas rodándole por las mejillas. Luego se marchó corriendo furiosamente, arrojándose contra la puerta que salía al salón.

Abrió la puerta vidriera y desapareció afuera, en el porche, donde yo la oía sollozar violentamente. La tierna Charlotta salió del comedor y pasó junto a mí en camino al porche para consolar a Sara.

Les oía las voces desde la oscuridad del salón y me acerqué con sigilo. Sara estaba sentada en un banquillo rojo (que solía usar nuestra abuela, cuando deseaba quitarse las botas de goma) mientras que Charlotta se hallaba de pie frente a ella, dándole suaves palmaditas en la cabeza. La joven apretaba una y otra vez el rostro lleno de lágrimas contra la falda de Charlotta. La luz

teñida que entraba por los vidrios de colores de la puerta que daba al exterior, pintaba toda la escena en una forma extraña.

SARA: Isak es tan refinado. Es tan enormemente refinado y moral y sensible y quiere que leamos poesías juntos y habla sobre el más allá y quiere tocar dúos en el piano y le gusta besar solamente en la oscuridad y habla sobre el pecado. Me parece tan extremadamente intelectual y moralmente distante y yo me siento tan poco digna, y soy tan poco digna, no puedes negar eso. Pero a veces tengo la sensación de ser mucho mayor que Isak ¿comprendes lo que quiero decir? Y entonces pienso que es un niño a pesar de que tenemos la misma edad y además Sigfrid es tan atrevido y excitante, y deseo irme a casa. No quiero estar aquí todo el verano para servir de hazmerreír a las mellizas y a todos los demás... *no, no quiero eso.*

CHARLOTTA: Hablaré con Sigfrid. ¡Lo haré! Si no te deja en paz me ocuparé de que tenga algunos otros quehaceres. Papá arreglará eso sin ninguna dificultad. Él también considera que Sigfrid se comporta desagradablemente y necesita algún trabajo para que no le quede tiempo de hacer barrabasadas.

SARA: Pobrecito Isak. Es tan bueno conmigo. ¡Ay, qué injusto es todo!

CHARLOTTA: Todo se arreglará, ya verás. Oye, están cantando para el tío Aron.

SARA: ¡No es una locura escribir una canción para un sordo! Eso es típico de las mellizas.

Dos voces juveniles cantan una canción que se oye por toda la casa. Charlotta rodea con su brazo los hombros de Sara, y Sara se suena la nariz sin miramientos. Las dos jóvenes regresan al comedor, donde el estado de ánimo se ha tornado muy alegre. El tío Aron se ha puesto de pie, con su rostro redondo como una linterna y transpirado, y los ojos llenos de lágrimas. Sostiene una partitura que lee mientras las mellizas, de pie cerca de él, cantan a voz en cuello. Cuando terminan, todos aplauden y el tío Aron las besa en la frente y se enjuga el rostro con una servilleta. Mi tía se levanta de la mesa y propone dar cuatro vivas. Todos se ponen de pie y lanzan los vítores. De pronto, Anna grita y señala hacia la ventana. Todos se vuelven para mirar hacia afuera.

ANNA: Miren, ahí viene papá.

TÍA: ¡Bueno, por fin! Sigbritt, lleva el bol de «porridge» para que lo calienten. Charlotta, trae más leche del sótano.

Las mujeres se atarearon, pero Sara salió corriendo de la casa, siguió por la pendiente y desapareció detrás del bosquecillo que había en el borde del prado rodeado de pinos. La seguí con curiosidad, pero la perdí. De pronto me encontré solo en el sembrado de fresas silvestres. Una sensación de vacío y tristeza se apoderó de mí. Me despertó la voz de una niña que me preguntaba algo. Levanté los ojos.

Delante de mí se hallaba una joven con «shorts» y una camisa de hombre cuadriculada. Tenía el cutis muy bronceado y el pelo rubio enmarañado y descolorido por el sol y el mar. Chupaba una pipa apagada; en los pies llevaba sandalias de madera y en la nariz un par de anteojos negros.

SARA: ¿Esta es su cabaña?

ISAK: No, no es Mia.

SARA: Me alegro que diga la verdad. Mi padre es dueño de toda la península... inclusive de la cabaña.

ISAK: Yo viví aquí en otros tiempos. Hace doscientos años.

SARA: ¡Hum! ¿Esa es su cafetera, la que está frente al portón?

ISAK: Es mi cafetera, sí.

SARA: Parece una antigualla.

ISAK: Es una antigualla, igual que su dueño.

SARA: Tiene también sentido del humor para juzgarse a sí mismo. Eso es fantástico. ¿Dónde va, a propósito? En qué dirección, quiero decir.

ISAK: Voy a Lund.

SARA: Qué casualidad fantástica. Yo voy en camino a Italia.

ISAK: Me sentiría muy honrado de que viniera conmigo.

SARA: Me llamo Sara. Nombre tonto ¿verdad?

ISAK: Yo me llamo Isak. Bastante tonto también.

SARA: ¿No eran casados?

ISAK: Desgraciadamente no. Eran Abraham y Sara los casados.

SARA: ¿Nos vamos ya?

ISAK: Hay otra señora que viaja conmigo. Aquí viene. Las presentó: Sara, y Marianne. Tenemos compañía hasta Lund. Sara va a Italia, pero ha aceptado viajar con nosotros parte del camino.

SARA: De nuevo se pone usted irónico, pero le queda bien.

Empezamos a andar hacia el auto. Divertidos Marianne y yo cambiamos miradas de entendimiento; el primer contacto entre nosotros. Cuando llegamos al auto, aparecieron dos muchachos rubios con el pelo cortado como marineros. También llevaban camisas con el mismo dibujo cuadriculado, «shorts», sandalias de madera y anteojos de sol. Cada uno cargaba con su mochila.

SARA: ¡Hola, muchachos! Conseguí viaje casi hasta Italia. Éste es Anders, y éste con los anteojos es Viktor, lo llamamos Vicke... y éste es papá Isak.

VIKTOR: ¡Hola!

ISAK: Hola.

ANDERS: Mucho gusto, señor.

ISAK: Hola.

SARA: Ésa que están mirando con tan poco disimulo, ésa es Marianne.

MARIANNE: Hola.

MUCHACHOS (*al unísono*): ¡Hola!

SARA: Es un auto bastante grande.

ISAK: Acomódense. Hay lugar para todos. Podemos llevar el equipaje en el baúl, si no les importa.

Pusimos el equipaje atrás y todos subimos al auto. Yo conducía cuidadosamente, dejando atrás el mundo de mi infancia. Sara se quitó los anteojos negros y rió. Se parecía mucho a su tocaya del pasado.

SARA: Por supuesto debo decir a Isak que Anders y yo estamos en serio. Estamos locos el uno por el otro. Viktor nos acompaña como chaperón. Esto lo decidió el viejo. Viktor también está enamorado de mí y vigila como loco a Anders. Fue una idea brillante de mi viejo. Probablemente tendré que seducir a Viktor para quitarle de en medio. Será mejor que le diga a Isak que soy virgen. Por eso puedo hablar con tanto descaro.

La miré por el espejo retrovisor. Estaba sentada confortablemente con las piernas sobre los respaldos de los asientos plegables. Anders tenía un brazo de propietario alrededor de los hombros de la joven y parecía bastante disgustado, por lo cual yo podía difícilmente criticarlo. Viktor, por el otro lado, parecía completamente desinteresado y miraba con fijeza la nuca de Marianne... y cualquier otra cosa que pudiera entrever de su figura.

SARA: Fumo en pipa. Viktor dice que es más sano. Tiene la manía de todo lo que es sano.

Nadie contestó ni consideró necesario hacer ningún comentario. Seguimos nuestro viaje en un silencio que no era de ninguna manera desagradable, sólo un poco embarazoso. El día se había puesto pesado, casi sofocante, y habíamos bajado todos los vidrios. El camino era ancho y recto. Yo me sentía animoso. El día había estado lleno de sorpresas estimulantes.

ISAK: Yo tuve un primer amor que se llamaba Sara.

SARA: Era igual a mí, por supuesto.

ISAK: Para decir la verdad, era bastante parecida.

SARA: ¿Qué le ocurrió?

ISAK: Se casó con mi hermano Sigfrid y tuvo seis hijos. Ahora tiene setenta y cinco años y es una viejita bastante linda.

SARA: No puedo imaginar nada peor que envejecer. Oh, discúlpeme. Creo que dije algo estúpido.

Su tono de arrepentimiento era tan sincero que todos rieron con ganas. Y en ese momento ocurrió.

Estábamos en una amplia curva ciega que doblaba hacia la derecha. Yo me mantuve firme a la izquierda y en ese instante un pequeño auto negro apareció a toda velocidad, y se dirigió directamente hacia nosotros. Tuve tiempo de ver a Marianne que apoyaba con fuerza su mano derecha en el parabrisas y oí que Sara gritaba. Entonces apreté a fondo el freno con todas mis fuerzas. Nuestro auto patinó hacia la izquierda y salió del camino para detenerse en una pradera. El automóvil negro desapareció con un chillido, volcó y cayó en una profunda zanja a la vera del camino. Sobresaltados, nos miramos unos a otros; habíamos escapado sin un rasguño. Unas gruesas huellas negras de neumático y varias marcas grandes en la superficie de la ruta eran las únicas señales del otro automóvil. A poca distancia un par de ruedas delanteras que giraban, sobresalían de la zanja.

Todos corrimos hacia él y luego nos detuvimos asombrados. La radio del auto volcado propalaba un himno matinal. Dos personas se arrastraron fuera de la zanja, un hombre y una mujer, trenzados en violenta discusión que estaba a punto de decidirse a golpes. Cuando vieron que los mirábamos, se callaron inmediatamente y el hombre se acercó a mí renqueando.

ALMAN: ¿Cómo están? No tengo nada que decir. La culpa es exclusivamente nuestra. No tenemos atenuantes. Mi mujer conducía. ¿Están bien? ¿Todos sanos y salvos? Gracias a Dios.

Sus palabras eran entrecortadas, nerviosas; se quitó los anteojos y volvió a ponérselos y nos miró con ojos asustados.

ALMAN: Los aspirantes a asesinos deben presentarse. Me llamo Alman. Soy ingeniero en la planta de energía eléctrica de Estocolmo. Allá está mi mujer, Berit. Era actriz y estábamos discutiendo sobre eso cuando... cuando... cuando...

Se interrumpió con una risa fingida y le hizo un ademán a su mujer. Viendo que ella no se movía dio unos pasos, cojeando, hacia ella.

ISAK: ¿Cómo está su pierna?

ALMAN: No es de ahora. Soy inválido desde hace años. Desgraciadamente no es sólo mi pierna la que está inválida, de acuerdo con la opinión de mi mujer. Ven aquí, Berit, ahora mismo, y pide disculpas.

La mujer tomó coraje. Se movía con resolución pese a su cuerpo rollizo.

BERIT: Por favor, por favorcito perdónenme, como dicen los chicos. Fue culpa Mia, todo. Iba justo a darle una cachetada a mi marido cuando apareció la curva. Una cosa está clara: Dios castiga a algunas personas inmediatamente... ¿o qué dices tú Sten? Eres católico.

ISAK: Quizá podemos ver un poco su auto para tratar de colocarlo de nuevo sobre sus cuatro ruedas.

ALMAN: Por favor no se molesten por nosotros. Se lo ruego.

BERIT: Cállate ya, Sten querido. Algunas personas tienen de veras intenciones desinteresadas aunque tú no lo creas.

ALMAN: Mi mujer está un poco nerviosa, me parece. Pero hemos tenido un «shock». Ésa es la palabra. Un «shock».

Rió otra vez, se quitó bruscamente los anteojos y volvió a ponérselos. Los muchachos ya habían saltado dentro de la zanja y estaban tratando de levantar el pequeño automóvil. Marianne corrió de regreso a nuestro auto y lo condujo marcha atrás por el camino. Con ayuda de una soga que siempre llevo en el

baúl, conseguimos poner al otro auto en un ángulo parejo. El señor Alman de pronto se animó, se quitó la chaqueta y se enrolló las mangas de la camisa. Luego puso el hombro junto con Sara, Viktor y Andera y empezó a empujar.

BERIT: Fíjense atentamente en el ingeniero, vean cómo trata de competir con los jóvenes, cómo esfuerza sus débiles músculos para impresionar a la chica bonita. Sten querido, cuidado, no vayas a tener una hemorragia.

ALMAN: Mi mujer adora avergonzarme ante los extraños. Yo la dejo... es psicoterapia.

Remolcamos y empujamos y luchamos y de pronto el pequeño auto estaba colocado en el camino. Para entonces la radio se había descompuesto. Alman se sentó detrás del volante del vehículo abollado y puso en marcha el motor. El auto había avanzado un cortísimo trecho cuando una de las ruedas delanteras salió rodando repentinamente y se deslizó lejos, abajo en la hondonada.

BERIT: Un verdadero cuadro de nuestro casamiento.

Alman se quedó vacilante en el brillante camino blanco, sudando de nervios. Marianne, que había permanecido apartada de toda la escena, estaba todavía detrás del volante de nuestro automóvil. Los jóvenes se sentaron en el borde del camino. Todos estábamos un poco perturbados.

ISAK: No veo otra salida. El señor y la señora tienen que venir con nosotros hasta la próxima estación de servicio. Allí podrán telefonar pidiendo auxilio.

ALMAN: No se preocupen por nosotros. Haremos una caminata refrescante. ¿Verdad, Berit?

BERIT: Con su pierna, Dios mío, eso sería de reventar de risa.

ALMAN: Con su modo encantador mi mujer acaba de darles las gracias en nombre de los dos.

En silencio, subimos al auto que, de pronto, estuvo completamente lleno. Marianne tomó el volante; yo me senté junto a ella. El señor Alman y señora se sentaron en los asientos plegadizos. Los tres jóvenes ocuparon el asiento trasero. Alman silbaba una tonada popular muy quedamente, pero pronto guardó silencio. Nadie tenía deseos de conversar. Marianne conducía con mucha tranquilidad y muy cuidadosamente.

De pronto, Berit Alman empezó a llorar. Su marido la abrazó con mucha prudencia, pero ella se apartó de él y extrajo un pañuelo que empezó a desgarrar con las uñas.

ALMAN: Nunca sé si mi mujer está realmente afligida o si hace teatro. Diablos, creo que estas lágrimas son verdaderas. Bueno, así ocurre cuando uno ve la muerte frente a frente.

BERIT: ¿No puedes callarte?

ALMAN: Mi mujer tiene poderes poco comunes de imaginación. Durante dos años me hizo creer que tenía cáncer y fastidiaba a todos nuestros amigos con toda clase de síntomas imaginarios, a pesar de que los doctores la encontraban perfectamente sana. Era tan convincente que la creíamos más que a los doctores. Eso demuestra una astucia muy grande, deben admitirlo. ¡De esa pasta están hechos los santos! Miren, ahora llora por un susto, porque creyó que se moría. Es lástima que no tengamos cerca una cámara cinematográfica. ¡Luces! ¡Acción! ¡Cámara! Es una «toma», como dicen en el mundo del cinematógrafo.

MARIANNE: Se comprende que esté usted perturbado, señor Alman, pero ¿qué le parece si trata de dejar tranquila a su mujer por el momento?

ALMAN: Las lágrimas de una mujer se derraman para las mujeres. No critiquen las lágrimas de una mujer; son sagradas. Es usted muy bella, querida señora, sea cual fuere su nombre. Pero Berit está empezando a marchitarse un poco. Por eso puede usted darse el lujo de defenderla.

MARIANNE: Permítame tener compasión de su esposa por distintas razones.

ALMAN: ¡Muy sarcástico! Con todo, no parece ser usted ni un poquito histérica. Pero Berit es un genio del histerismo. ¿Sabe usted lo que esto significa desde mi punto de vista?

MARIANNE: Es usted católico ¿no es así? Eso dijo su mujer.

ALMAN: Exacto. Ése es mi modo de soportar. Yo ridiculizo a mi mujer y ella me ridiculiza a mí. Ella tiene su histerismo y yo mi catolicismo. Pero nos necesitamos el uno al otro, como compañía. Sólo por puro egoísmo no nos hemos asesinado hasta la fecha.

Berit se volvió hacia su marido y le dio una cachetada. Él dejó caer los anteojos, que afortunadamente acababa de quitarse. Su narizota se hinchó y empezó a sangrar. Su boca de sapo tembló espasmódicamente como si estuviera al borde de las lágrimas, pero en seguida se dominó, extrajo un

pañuelo y se lo apretó contra la nariz, parpadeó y se echó a reír. Viktor se inclinó, recogió los anteojos y pausadamente se los entregó.

ALMAN: Justo a punto. Se llama sincopa ¿no es así? ¡Ja, ja! ¿No les parece cómico? Si tuviera un cronómetro hubiera podido tomarle el tiempo exacto al estallido en la nariz.

BERIT (*grita*): ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

Marianne palideció. Apretó el freno y lentamente detuvo el auto.

MARIANNE: Tal vez ésta sea la terrible verdad o tal vez sea lo que se llama desahogarse. Pero tenemos en el auto a tres jóvenes y por ellos permítanme pedirles al señor y la señora que se bajen inmediatamente. Hay una casa allá atrás; quizá tenga teléfono. La caminata no será demasiado cansadora.

Todos permanecemos en silencio después de las palabras de Marianne. Sin decir nada, Sten Alman bajó del auto. Su rostro estaba color gris ceniza y su nariz seguía sangrando. Su mujer nos miró y repentinamente hizo un heroico esfuerzo para decir algo sincero.

BERIT: Perdónennos si pueden.

Luego se bajó y se colocó junto a su marido que nos había vuelto la espalda. Había extraído un peine y un espejito de bolsillo y estaba arreglándose el pelo sobre su blanca calvicie. La mujer tomó el pañuelo ensangrentado de él y se sonó las narices. Luego le tocó el codo, pero de pronto él se mostró cansadísimo y se quedó con la cabeza gacha. Se sentaron el uno muy junto al otro a la vera del camino. Parecían dos colegiales en penitencia, sentados en un rincón.

Marianne puso en marcha el motor y pronto nos alejamos de este extraño matrimonio.

La estación de servicio entre Gränna y Huskvarna queda en una colina con amplia vista sobre una campiña muy hermosa, rica en follaje. Nos detuvimos para llenar el tanque y decidimos almorzar en un hotel situado a varios kilómetros más al Sur.

Volví a ver esta región con sentimientos mezclados. Primero porque empecé a practicar mi carrera médica en ese lugar (de paso diré que duró

quince años; sucedí al médico local). Segundo, porque mi vieja madre vive cerca en una casa grande. Tiene noventa y seis años y se la considera en general como un milagro de salud y vitalidad, a pesar de que su capacidad de moverse ha disminuido considerablemente en los últimos años.

El dueño de la estación de servicio era un hombre grandote, rubio, de rostro franco, manos anormalmente grandes y brazos largos.

AKERMAN: ¡Hola! De modo que el doctor está de paseo. ¿Le lleno el tanque? Bueno, bueno, y éstos son hijos y nietos; lo sé. ¿Tiene la llave del tanque, doctor?

ISAK: Hola, Henrik. Me reconociste.

AKERMAN: ¡Reconocerlo! Doctor, usted estaba ahí cuando yo nací. Y después trajo al mundo a todos mis hermanos. Y nos curaba los tajos y rasguños y nos cuidaba como hacía con todos mientras fue doctor en estos pagos.

ISAK: ¿Y las cosas marchan bien para ti?

AKERMAN: ¡Imposible mejor! Me casé, sabe usted, y tengo herederos.
(Grita.) ¡Eva!

Eva salió de la estación de servicio. Era una mujer joven, de tipo gitano, morena, con pelo largo y abundante y una sonrisa generosa. Estaba en avanzado estado de gravidez.

AKERMAN: Aquí está el doctor Borg en persona. Este es el hombre del cual hablan todavía mamá y papá y toda la región. El mejor médico del mundo.

Miré a Marianne, que estaba de pie a un costado. Aplaudió con algo de sarcasmo e hizo una reverencia. Los tres jóvenes se hallaban en plena discusión acalorada y señalaban distintas direcciones. Eva se acercó y me estrechó la mano.

AKERMAN: Sugiero que demos a nuestro nuevo hijo el nombre del doctor.

Isak Akerman es un buen nombre para un primer ministro.

EVA: Pero, ¿y si es una mujer?

AKERMAN: Eva y yo sólo hacemos varones. ¿Quiere agua y aceite también?

ISAK: ¿Y tu padre está bien a pesar de su espalda?

AKERMAN: Bueno, cada día se hace más duro para el viejo, sabe usted, pero la viejita es una ardilla.

Esto último fue dicho en el mayor secreto, mientras nos hallábamos inclinados sobre la varilla medidora para ver si necesitábamos aceite. Lo necesitábamos.

AKERMAN: Y ahora irá a visitar a *su* madre, ¿eh, doctor?

ISAK: Presumo que sí.

AKERMAN: Es una dama extraordinaria su madre, a pesar de que debe tener por lo menos noventa y cinco años.

ISAK: Noventa y seis.

AKERMAN: Bueno, bueno, qué me dice.

ISAK: ¿Cuánto le debo por todo esto?

AKERMAN: Eva y yo deseamos que quede por cuenta de la casa.

ISAK: No; no puedo permitir semejante cosa.

AKERMAN: ¡No nos ofenda, doctor! Nosotros también podemos tener un gesto de grandeza, aunque vivamos en este pequeño pueblo de Granna.

ISAK: No hay razón alguna para que paguen ustedes mis gastos. Aprecio tu bondad, pero...

AKERMAN: Uno recuerda cosas, sabe usted. Uno no se olvida la gratitud que le debemos y hay cosas que nunca pueden pagarse.

Akerman se puso un poco serio y un poco sentimental. Nos miramos los dos muy conmovidos. Eva se acercó y se quedó junto a su marido. El sol la ponía bizca y su figura parecía una enorme fresa con su vestido rojo.

EVA (*como un eco*): No; no olvidamos. No olvidamos.

AKERMAN: Pregunten a cualquiera en el pueblo o en los montes de los alrededores, y todos recordarán al doctor y sabrán lo que el doctor hizo por ellos.

Me volví, pero Marianne había desaparecido. No; había subido al automóvil. Los jóvenes estaban todavía ocupados con su discusión.

ISAK: Quizá yo hubiera debido quedarme aquí.

AKERMAN: No comprendo.

ISAK: ¿Qué? ¿Qué dijiste, Henrik?

AKERMAN: Usted dijo que hubiera debido quedarse aquí, doctor.

ISAK: ¿Dije eso? Sí, tal vez. Gracias de todos modos. Avísame y a lo mejor vendré para ser el padrino del nuevo Akerman. Sabes dónde vivo.

Les estreché la mano a los dos y partimos. Marianne llamó a los jóvenes y seguimos viaje hacia la posada.

Nuestro almuerzo resultó excelente. Nos sentamos a una mesa grande en la terraza, al aire libre, y disfrutamos de un magnífico panorama sobre el lago Vättern. El *maître d'hotel*, que había sido mi paciente antaño, hizo lo posible por satisfacer nuestros menores deseos.

Yo me animé mucho, debo admitirlo, y les conté a los jóvenes anécdotas de mis años como médico rural. Anécdotas humorísticas que tenían mucho interés humano. Fueron un éxito (no creo que rieran por pura cortesía) y tomé vino con la comida (que era excelente) y coñac con el café.

Anders se puso de pie, de pronto, y empezó a recitar con sentimiento y talento.

ANDERS: «¡Oh, cuando tal belleza muestra cada faceta de la gran creación, cuán bello no ha de ser el manantial eterno de tal emanación!»

Ninguno de nosotros pensó en reírse de él. Se sentó en seguida y bebió la taza de café, un poco intimidado. Sara rompió el silencio.

SARA: Anders será pastor y Viktor va a estudiar medicina.

VIKTOR: Juramos no discutir a Dios o la ciencia en todo el viaje. Considero el arranque lírico de Anders como una transgresión de lo pactado.

SARA: ¡Oh, era precioso!

VIKTOR: Además, no entiendo cómo un hombre moderno puede ser pastor. Anders no es del todo idiota.

ANDERS: Déjame explicarte: tu racionalismo es pura tontería incomprensible. Y tampoco tú eres idiota.

VIKTOR: En mi opinión, el hombre moderno...

ANDERS: En mi opinión...

VIKTOR: En mi opinión un hombre moderno mira su insignificancia cara a cara y cree en sí mismo y en su muerte biológica. Todo lo demás es tontería.

ANDERS: En mi opinión el hombre moderno existe sólo en tu imaginación. Porque el hombre mira la muerte con horror y no puede tolerar su propia insignificancia.

VIKTOR: Muy bien. Religión para el pueblo. Opio para el miembro dolorido.
Si eso es lo que quieres.

SARA: ¿No son fantásticamente divertidos? Siempre estoy de acuerdo con el que habló último. ¿No les parece todo esto muy interesante?

VIKTOR (*enfadado*): Cuando eras chico creías en Santa Claus. Ahora crees en Dios.

ANDERS: Y tú siempre has padecido una asombrosa falta de imaginación.

VIKTOR: ¿Qué piensa usted al respecto, profesor?

ISAK: Queridos muchachos, recibirán mi opinión con indulgencia irónica, dijera lo que dijera. Por eso me quedo callado.

SARA: Entonces piensa en la mala suerte que tienen.

ISAK: No, Sara. Tienen mucha, mucha suerte.

Marianne rió y encendió mi cigarro. Me recliné en mi asiento y miré con ojos entornados la luz que se filtraba por entre las sombrillas de las mesas. Los muchachos se mostraron sorprendidos cuando empecé a recitar.

ISAK: «¿Adónde está el amigo que busco por doquier? El alba es la hora de mayor soledad. Cuando llega el crepúsculo, cuando llega el crepúsculo...»
¿Cómo sigue, Anders?

MARIANNE: «Cuando llega el crepúsculo mi anhelo no ha variado».

ANDERS: «Aunque ardiente y ardiente está mi corazón. Veo el exacto indicio de su gloria...»

SARA: ¿Es usted religioso, verdad, profesor?

ISAK: «Veo el exacto indicio de su gloria y poder, en la espiga de trigo y fragancia de flor...»

MARIANNE: «El amor está allí; en cada soplo de aire, y en la brisa estival, su voz se oye lejana...»

(Silencio.)

VIKTOR: Como poesía de amor, no está mal.

SARA: Me he puesto muy solemne. Me pongo de lo más solemne por cualquier cosa.

Me levanté de la mesa.

ISAK: Deseo visitar a mi madre que vive cerca de aquí. Ustedes pueden quedarse y divertirse un rato. Volveré pronto.

MARIANNE: ¿Puedo ir con usted?

ISAK: Por supuesto. Adiós por el momento, jóvenes amigos.

Yo estaba de buen ánimo y me sentía muy feliz. Marianne de pronto me tomó del brazo y adoptó su paso al mío. Yo le palmeé la mano, como al azar.

La casa estaba rodeada por un viejo jardín con algo de parque protegido de los curiosos por un muro de la altura de un hombre. Adentro todo era quietud y tenía algo de irreal. El cielo se había nublado, y la luz grisácea destacaba los contornos del paisaje tanto que parecía una decoración hábilmente pintada en un viejo teatro.

En una salita redonda, invadida por la gris claridad de la tormenta y adornada con muebles livianos, delicados, se hallaba una vieja enfermera bordando. En la alfombra, junto a su silla, un perro de aguas, blanco, gordo, yacía mirándonos con ojos soñolientos, de párpados pesados. Cuando la enfermera nos vio se puso de pie en seguida, cortésmente sonriendo, para saludarnos y darnos la mano. Se presentó como la Hermana Elisabet. Le pregunté en voz baja cómo estaba mi madre y si era conveniente que la viéramos. La Hermana Elisabet contestó que la señora de Borg se encontraba muy bien y nuestra visita le daría un enorme gusto, porque generalmente estaba muy sola. Le recalqué que desgraciadamente mis visitas no eran más frecuentes por el largo viaje, y la Hermana Elisabet aseguró que comprendía muy bien. Después de este preámbulo secreto, la Hermana nos pidió que esperáramos unos minutos y desapareció en un cuarto contiguo. Marianne se puso un poco nerviosa con tanta solemnidad y extrajo un cigarrillo de un paquete aplastado; estaba por encenderlo.

ISAK: Por favor no fume. Mi madre odia el olor del tabaco y tiene los sentidos tan agudos como los de un animal del bosque.

En ese instante la Hermana Elisabet regresó y nos dijo que pasáramos.

El cuarto era bastante chico y curiosamente irregular, pero tenía el cielo raso alto. En las paredes colgaban muchos cuadros bellos y caros. Pesados cortinajes cubrían las puertas. En un rincón se veía una alta estufa de porcelana con el fuego encendido. Ante la única ventana del cuarto, había un escritorio que desentonaba con los demás muebles. Mi madre se hallaba sentada en un sillón. Estaba vestida enteramente de negro y sobre la cabeza llevaba una toquita de encaje. En ese momento, se atareaba en anotar cifras en un libro mayor, de gran tamaño. Cuando me reconoció, se levantó inmediatamente de su asiento (aunque con cierta dificultad) y se dirigió hacia nosotros con muchos pasitos cortos; parecía empujar un pie delante del otro

sin que las suelas de sus zapatos dejaran un instante el suelo. Sonrió cordialmente y extendió ambas manos. Yo las tomé entre las mías y luego la besé con el respeto de un hijo.

MADRE: Acabo de enviar un telegrama para decirte que estaba pensando en ti hoy. Éste es tu gran día, ¡Y resulta que vienes aquí!

ISAK: Bueno, ¡tuve un momento de inspiración, madre!

MADRE: ¿Ésa es tu mujer, de pie detrás de ti, Isak? Le dirás que deje el cuarto inmediatamente. Me niego a hablar con ella. Nos ha ofendido demasiado.

ISAK: Mamá querida, ésta no es Karin. Es la mujer de Evald, mi nuera, Marianne.

MADRE: Bueno, entonces puede acercarse y saludarme.

MARIANNE: Cómo está, señora. (*Hace una reverencia.*)

MADRE: Te he visto en una fotografía. Me la mostró Evald. Estaba enormemente orgulloso de tu belleza. A propósito, ¿por qué estás de viaje así?

MARIANNE: He estado de visita en Estocolmo.

MADRE: ¿Por qué no estás en tu casa con Evald y cuidando a tu hijo?

MARIANNE: Evald y yo no tenemos hijos.

MADRE: ¿No es curioso con los jóvenes de hoy? Yo tuve diez hijos. ¿Alguien quiere traerme, por favor, esa caja grande que está allí?

Señaló una caja de cartón color castaño que estaba sobre una silla. Marianne la cargó y la colocó sobre el escritorio frente a la anciana. Los dos ayudamos a levantar la tapa.

MADRE: Mi madre vivió en esta casa antes que yo. Y ustedes de chicos la visitaban con frecuencia. ¿Te acuerdas, Isak?

ISAK: Lo recuerdo muy bien.

MADRE: En esta caja hay algunos de los juguetes de ustedes. He tratado de recordar a cuál de ustedes pertenecía tal o cual juguete.

Mi madre miró perpleja dentro de la caja como si esperara encontrar adentro a todos sus hijos, entre los juguetes y los objetos. Luego movió negativamente la cabeza y miró a Marianne.

MADRE: Diez hijos y todos muertos, salvo Isak. Veinte nietos. Ninguno me visita, con excepción de Evald, que viene una vez por año. Está muy bien —no me quejo—, pero tengo quince nietos que nunca he visto. Envío cartas y regalos para cincuenta y tres cumpleaños y aniversarios, todos los años. Recibo bondadosas notas de agradecimiento, pero nadie me visita si no es por accidente o porque alguien necesita un préstamo. Soy cansadora, por supuesto.

ISAK: ¡No pienses eso, mamá querida!

MADRE: Y además tengo otro defecto. No me muero. La herencia no se materializa de acuerdo con los bellos, perfectos cálculos realizados por los jóvenes listos.

Rió con sarcasmo y movió negativamente la cabeza. Luego extrajo una muñeca de la caja. Era una muñeca vieja, con precioso pelo rubio oro y una cara de porcelana (un poco rasguñada) y un hermoso vestido de encaje.

MADRE: El nombre de esta muñeca es Goldcrown y perteneció a Sigbritt. Se la regalamos cuando cumplió los ocho años. Le hice el vestido yo misma. Nunca le gustó mucho, de modo que Charlotta la adoptó y la cuidó. Lo recuerdo muy bien.

Dejó la muñeca y recogió una cajita de soldados de plomo de brillantes colores y la señaló, dándole golpecitos con un dedo pequeño y agudo.

MADRE: Los soldados de plomo de Hagbart. Nunca me gustaron sus juegos guerreros. Lo mataron de un tiro en una cacería de alces. Nunca nos entendimos él y yo.

Dijo esto con un tono sin emoción, completamente carente de sentimentalismo. Arrojó los soldados de plomo dentro de la caja y extrajo una fotografía.

MADRE: ¿Reconoces quiénes son? Éste es Sigfrid cuando tenía tres años y tú cuando tenías dos, y aquí está tu padre y yo. Dios mío, lo que parecíamos en esos tiempos. Fue tomada en 1883.

ISAK: ¿Me permites ver esa foto?

MADRE (*sin interés*): Sí, por supuesto, te la doy. No es más que basura. Aquí hay un libro para colorear. Quizá perteneció a las mellizas o tal vez a

Anna o Angélica. No lo sé exactamente, porque todas ellas escribieron sus nombres en el libro. Y después dice: «Soy la mejor amiga de Anna». Pero Anna escribió: «Quiero a Angélica». Y Kristina garrapateó: «Más que nada en todo el mundo quiero a papá». Y Birgitta agregó: «Me voy a casar con papá». ¿No les parece divertido? Me reí cuando lo leí.

Marianne le pidió el libro y dio vuelta las páginas. Estaba en parte borroneado y en parte pintado con mucha vitalidad y colores chillones. La luz en el pequeño recinto empezó a decaer mientras el cielo se oscurecía afuera. A la distancia ya se oía el rumor de truenos. Mamá recogió una locomotora y la miró con detenimiento.

MADRE: Creo que esta locomotora era de Benjamín, porque siempre le divertían los trenes y los circos y esa clase de cosas. Presumo que por eso fue actor. A menudo nos peleábamos por eso, porque yo deseaba que siguiera una carrera honesta. Y tenía razón yo. No llegó a nada. Se lo dije varias veces. No me creyó, pero yo tenía razón. No se saca nada con hablar. ¿No hace frío aquí adentro? El fuego no calienta nada.

ISAK: No; no hace demasiado frío.

Ella volvió la cabeza hacia el cielo oscurecido que se veía por la ventana. Los árboles estaban quietos, pesados, como esperando.

MADRE: Siempre he tenido frío desde que tengo memoria. ¿Qué quiere decir? ¿Tú eres médico? Sobre todo en el estómago. Aquí.

ISAK: Tienes presión baja.

MADRE: ¿Quieres que le pida a la Hermana Elisabet que haga té y así podemos sentarnos a charlar un rato? Eso sí que sería...

ISAK: No, madre, gracias. No queremos darte más trabajo. Acabamos de almorzar y tenemos un poco de prisa.

MADRE: Mira esto un momento. El hijo mayor de Sigbritt va a cumplir cincuenta. Estoy pensando en darle el reloj de oro de mi padre. ¿Puedo dárselo aunque las agujas estén flojas? Es tan difícil encontrar regalos para los que lo tienen todo. Pero el reloj es precioso y probablemente puede arreglarse.

Miró ansiosamente, suplicante, a Marianne y después a mí y de nuevo a Marianne. Había abierto la tapa del viejo reloj de oro y la esfera vacía pareció mirarme fijamente. De pronto recordé el sueño de esa mañana: la esfera vacía

del reloj grande y mi propio reloj de bolsillo sin agujas, el coche fúnebre y yo muerto.

MADRE: Recuerdo cuando recién había nacido el hijo de Sigbritt y estaba acostadito en su canasto en la sombra de las lilas, en nuestra casa de verano. Ahora cumple cincuenta años. Y su primita Sara que siempre lo llevaba en brazos, y lo mimaba, y se casó con Sigfrid, ese inservible. Ahora deben irse para tener tiempo de hacer todo lo que tienen que hacer. Agradezco mucho su visita y espero que nos veamos alguna otra vez. Denle a Evald mis mejores recuerdos. Adiós.

Me ofreció la mejilla y yo me incliné y la besé. Estaba muy fría, pero increíblemente suave y llena de profundas pequeñas arrugas. Marianne la saludó con una reverencia y mi madre con un ademán y una sonrisa distraída. La Hermana Elisabet abrió la puerta como si nos hubiera estado oyendo. En pocos minutos estuvimos afuera en la luz grisácea que nos lastimó los ojos con su penetrante fulgor.

De nuevo Marianne me tomó del brazo, y cuando lo hizo me sentí lleno de agradecimiento hacia esa muchacha callada, independiente, con su rostro observador, sin pinturas ni afeites.

Cuando llegamos a la posada, los jóvenes ya no estaban allí. La camarera nos dijo que la señorita estaba esperándonos en el automóvil. El *maître d'hotel* se encontraba de pie, a la expectativa, y nos saludó cortésmente con aspecto de que acababa de tener uno de sus viejos ataques de úlcera.

Sara nos esperaba, en efecto, recostada contra el auto, con expresión de echarse a llorar en cualquier momento.

MARIANNE: ¿Dónde están Anders y Viktor?

Sara señaló sin contestar. Abajo en la pendiente, los muchachos se enfrentaban, mirándose con expresiones de furia. De cuando en cuando, uno de ellos lanzaba al otro alguna terrible imprecación.

SARA: Cuando ustedes se fueron estaban hablando sobre la existencia de Dios. Por fin se enfurecieron tanto que empezaron a gritarse uno al otro. Entonces Anders agarró el brazo de Viktor y se lo retorció como para separárselo del cuerpo, y Viktor dijo que ése era un argumento bastante inmundo para probar la existencia de Dios. Entonces les dije que sería mejor que dejaran tranquilo a Dios y me prestaran un poco de atención a

mí por un ratito, y entonces ellos dijeron que yo podía dejar de charlar tonterías porque no comprendía lo que era una discusión de principios, y entonces yo les dije que aunque hubiera o no hubiera un dios ellos eran dos perfectos aguafiestas. Y me vine aquí y ellos corrieron barranca abajo para arreglar las cosas, porque cada cual insistía en que el otro lo había herido en sus sentimientos más profundos. De modo que ahora lo van a arreglar a puñetazos.

Marianne puso una expresión de mucha sabiduría y se encaminó a calmar a los dos discutidores. Yo subí al auto. Sara miró a Marianne con envidia.

SARA: Bueno, ¿cuál de los dos muchachos le gusta más?

ISAK: ¿A cuál de los dos prefiere usted?

SARA: No sé. Anders va a ser pastor. Pero es muy varonil y tierno, sabe usted. Pero ¡casarse con un pastor! Víktor es gracioso de otro modo. Víktor va a ir lejos, sabe usted.

ISAK: ¿Qué quiere decir con eso?

SARA (*fatigada*): Un medico gana más dinero. Y está muy anticuado ser pastor. Pero tiene lindas piernas. Y un cuello vigoroso. Pero ¡cómo puede uno creer en Dios!

Sara suspiró y cada cual se ensimismó en sus pensamientos.

Marianne llegó, trayendo consigo a los dos gallos de riña, apenas reconciliados. Se sentó al volante y seguimos viaje.

El sol brillaba blanquecino sobre las nubes negro-azuladas que se elevaban sobre la superficie oscura, brillante, del lago Vättern. La brisa que entraba por las ventanillas abiertas a los costados ya no nos refrescaba, y en el Sur relámpagos de verano cruzaban el cielo con delgados rasguños mellados. Por causa de la tormenta cercana y de la abundante comida y bebida me invadía el sueño. Silenciosamente bendije mi suerte de tener a Marianne junto a mi como conductora responsable. Anders y Víktor guardaban un silencio hosco. Sara bostezaba una y otra vez y parpadeaba.

Me quedé dormido, pero me persiguieron sueños e imágenes que parecían muy reales y eran muy humillantes para mí.

Las registro en el orden en que ocurrieron, sin la menor intención de comentar sobre su posible significado. Nunca he sido particularmente entusiasta por la teoría psicoanalítica de los sueños como una realización de deseos en una dirección positiva o negativa. Sin embargo, no puedo negar que

en estos sueños había algo de advertencia que penetró en mi conciencia y quedó enclavada allí con implacable nitidez.

He advertido que durante estos últimos años me deslizo con bastante facilidad dentro de un mundo crepuscular de recuerdos y sueños que son sumamente personales. Con frecuencia me he preguntado si ésta será una señal de creciente senilidad. Algunas veces me he preguntado también si será un anuncio de muerte cercana.

De nuevo, me encontré en el sembrado de fresas silvestres de mi infancia, pero no estaba solo. Sara se hallaba allí y esta vez volvió el rostro hacia mí y me miró largo rato. Yo sabía que estaba sentado allí, viejo, feo y ridículo. Un profesor jubilado que iba a celebrar sus bodas de oro profesionales. Lo más triste de todo era que aunque Sara me hablaba con un tono apesadumbrado y penetrante, yo sólo podía responderle tartamudeando palabras de una sílaba. Esto, por supuesto, aumentaba el dolor de mi sueño.

Entre los dos había una cesta pequeña llena de fresas silvestres; nos rodeaba un crepúsculo extraño, quieto, pesado de tristes posibilidades. Sara se inclinó hacia mí y habló en voz tan baja que apenas pude oír sus palabras.

SARA: ¿Te has mirado en el espejío, Isak? No; no te has mirado. Entonces voy a mostrarte lo que pareces.

Recogió un espejo que estaba escondido debajo de la cesta de fresas y me mostró mi cara, que se presentó ante mis ojos vieja y fea en el menguante crepúsculo. Cuidadosamente aparté de mí el espejo y pude ver que Sara tenía lágrimas en los ojos.

SARA: Eres un viejo preocupado que morirá pronto, pero yo tengo toda la vida por delante... Oh, ahora te has ofendido.

ISAK: No, no estoy ofendido.

SARA: Sí, te has ofendido porque no puedes soportar la verdad. Y la verdad es que he sido demasiado considerada. Uno puede ser, en esa forma, involuntariamente cruel.

ISAK: Lo comprendo.

SARA: No, no comprendes. No hablamos el mismo idioma. Vuelve a mirarte en el espejo. No, no apartes la vista.

ISAK: Ya veo.

SARA: Ahora escúchame. Estoy por casarme con tu hermano Sigfrid. Nos amamos y todo parece un juego. Mira tu cara ahora. ¡Trata de sonreír!

Muy bien, ahora estás sonriendo.

ISAK: Duele.

SARA: Tú, un profesor jubilado, debía saber por qué duele. Pero no sabes. Porque a pesar de toda tu sabiduría, no sabes nada.

Arrojó a un lado el espejo que se hizo añicos. El viento empezó a soplar entre los árboles, y desde alguna parte se oía el llanto de una criaturita. Ella se puso de pie inmediatamente, enjugándose las lágrimas.

SARA: Tengo que irme. Prometí cuidar al hijito de Sigbritt.

ISAK: No me dejes.

SARA: ¿Qué dijiste?

ISAK: No me dejes.

SARA: Tartamudeas tanto que no puedo oír lo que dices. Además, tú no tienes realmente importancia.

La vi correr hasta el bosquecillo. La vieja casa estaba envuelta en el crepúsculo gris. Ella levantó al niño que lloraba y lo acunó en sus brazos. El cielo se puso negro sobre el mar y grandes aves volaban en círculos, arriba, dando chillidos encima de la casa, que de pronto parecía fea y pobre. Había algo funesto y amenazador en ese crepúsculo, en el llanto del niño, en los chillidos de los pájaros negros. Sara acunaba a la criaturita y su voz, semicantante, era muy lejana y apesadumbrada.

SARA: Mi pobre chiquitito, dormirás tranquilo ahora. No tengas miedo del viento. No tengas miedo de los pájaros, los grajos y las gaviotas. No tengas miedo de las olas del mar. Estoy contigo. Te tengo fuertemente abrazado. No temas, pequeñito. Pronto será otro día. Nadie puede hacerte daño; estoy contigo; te tengo en mis brazos.

Pero su voz era triste y abundantes lágrimas le corrían por las mejillas. El niño calló como si estuviera escuchando y yo quería gritar hasta que se me ensangrentaran los pulmones.

En ese momento vi que se había abierto una puerta de la casa y que alguien estaba de pie allí llamando a gritos a Sara. Era mi hermano Sigfrid.

Ella corrió hacia él, le entregó el niño, y ambos desaparecieron dentro de la casa y cerraron la puerta.

De pronto advertí que el viento había calmado y que los pájaros se habían alejado. Todas las ventanas de la casa estaban encendidas como para una

fiesta. Sobre el horizonte colgaba una luna mellada y la música de un piano penetraba la quietud del sembrado de fresas.

Me acerqué y arrimé la cara contra la ventana del comedor brillantemente iluminada. Delante de mí había una mesa puesta con elegancia y Sara se hallaba sentada al piano, tocando una melodía. Llevaba un vestido caro, pero anticuado, y tenía un peinado alto, lo cual la hacía parecer mayor y más madura. Entonces Sigfrid entró en el cuarto y los dos se sentaron a la mesa. Reían y bromeaban y parecían celebrar algún acontecimiento. La luna subió en el cielo y la escena dentro del cuarto se oscureció. Yo golpeé en la ventana para que me oyeran y me hicieran entrar. Pero no me oyeron; estaban demasiado preocupados el uno con el otro.

En el antepecho de la ventana había muchos vidrios rotos y en mis ansiosos intentos de atraer la atención de ellos dos, me corté accidentalmente la mano.

Al volverme, la luz de la luna me encegueció, cayendo sobre mí casi con una fuerza física.

Oí que alguien me llamaba por mi nombre y entonces vi que la puerta estaba abierta. Alguien se hallaba de pie en el vano y reconocí al señor Alman. Me hizo un saludo cortés, pero poco amable, y me invitó a entrar.

Me condujo por un corto corredor y dio vuelta la llave de una angosta puerta. Entramos en una habitación amplia sin ventanas, con bancos colocados como en un anfiteatro. Allí había alrededor de una decena de jóvenes sentados, entre los cuales reconocí inmediatamente a Sara, Anders y Viktor. En una de las paredes bajas colgaba un pizarrón grande, y en una mesa de trabajo en el centro del recinto había un microscopio.

Comprendí que ésta era el aula donde yo daba otrora mis cátedras policlínicas y tomaba los exámenes a los alumnos. Alman se sentó y me pidió que me sentara a mi vez en el extremo de la mesa. Durante unos minutos estudió unos papeles en un expediente. Todos los espectadores permanecieron completamente inmóviles.

ALMAN: ¿Trajo su libro de exámenes?

ISAK: Sí, por supuesto. Aquí está.

ALMAN: Gracias.

Le alcancé el libro de exámenes y lo hojeó distraídamente. Luego se inclinó hacia adelante y me miró largo rato. Después de lo cual hizo un ademán indicando el microscopio.

ALMAN: Quiere hacer el favor de identificar el espécimen bacteriológico que está en el microscopio. No se apresure.

Me levanté, me acerqué al instrumento y lo ajusté. Pero por más que hice, no pude hallar ningún espécimen. Lo único que veía era mi propio ojo que me miraba absurdamente agrandado.

ISAK: Debe de haber algo que anda mal en el microscopio.

Alman se inclinó sobre él y miró por el lente. Luego me contempló con seriedad y movió negativamente la cabeza.

ALMAN: El microscopio no anda mal.

ISAK: No veo nada.

ALMAN: Siéntese.

Me hundí en la silla y me mojé los labios. Nadie se movió ni dijo nada.

ALMAN: Lea por favor este texto.

Señaló el pizarrón que colgaba detrás de él. Había algo impreso sobre él en grandes letras torcidas. Hice un grande esfuerzo para interpretar lo que estaba escrito: INKE TAN MAGROV STAK FARSIN LOS KRET FAJNE KASERTE MJOTRON PRESETE.

ALMAN: ¿Qué quiere decir?

ISAK: No sé.

ALMAN: ¡Ah! ¿De veras?

ISAK: Soy médico, no polígloto.

ALMAN: Entonces, permítame que le diga, profesor Borg, que en el pizarrón está escrito el primer deber de un médico. ¿Sabe por casualidad cuál es?

ISAK: Sí, si me deja pensar un minuto.

ALMAN: Tome el tiempo que quiera.

ISAK: El primer deber de un médico... el primer deber de un médico... el primer... Oh, me he olvidado.

Un sudor frío me brotó en la frente, pero seguí mirando en los ojos a Alman. Se inclinó hacia mí y me habló con un tono tranquilo, cortés.

ALMAN: El primer deber de un médico *es pedir perdón*.

ISAK: ¡Por supuesto, ahora me acuerdo!

Reí con alivio, pero inmediatamente me callé. Alman miró con hartazgo sus papeles y sofocó un bostezo.

ALMAN: Además, es usted culpable de culpa.

ISAK: ¿Culpable de culpa?

ALMAN: He advertido que no comprende la acusación.

ISAK: ¿Es serio?

ALMAN: Desgraciadamente, profesor.

Junto a mí había una mesa con una jarra de agua. Serví un vaso, pero derramé parte de ella sobre la mesa y la bandeja.

ISAK: Pero soy enfermo del corazón. Soy un hombre viejo, señor Alman, y deben tratarme con consideración. Es sólo justicia.

ALMAN: En mis papeles no dice nada concerniente a su corazón. ¿Quizá desea poner fin al examen?

ISAK: ¡No, no, por amor de Dios, no!

Alman se puso de pie y encendió una lamparilla que colgaba del techo. Debajo de la lamparilla (de luz muy fuerte) se bailaba sentada una mujer envuelta en una túnica de hospital y con sandalias de madera en los pies.

ALMAN: Quiere, por favor, hacer una anamnesia y el diagnóstico de esta paciente.

ISAK: Pero la paciente está muerta.

En ese momento, la mujer se levantó y empezó a reír como si acabara de oír una espléndida broma. Alman se inclinó sobre la mesa y escribió algo en mi libro de examen.

ISAK: ¿Qué escribe en mi libro?

ALMAN: Mi conclusión.

ISAK: Y es...

ALMAN: Que es usted incapaz.

ISAK: Incapaz.

ALMAN: Además, profesor Borg, se le acusa de algunas ofensas menores, pero no menos serias. (*Isak guarda silencio.*) Indiferencia, egoísmo, falta de consideración.

ISAK: No puede ser.

ALMAN: Estas acusaciones han sido hechas por su mujer. ¿Quiere usted un careo con ella?

ISAK: Pero mi mujer ha muerto hace muchos años.

ALMAN: ¿Cree que hablo en broma? Venga, por favor, voluntariamente, conmigo. De todos modos no le queda otro remedio. ¡Vamos!

Alman guardó el libro de exámenes en el bolsillo, me hizo una señal para que lo siguiera, abrió la puerta y me llevó a un bosque.

Los troncos de los árboles estaban muy juntos. El crepúsculo ya había casi pasado. En el suelo había árboles secos y la tierra estaba cubierta de hojas marchitas. Nuestros pies se hundían en esta alfombra blanda con cada paso que dábamos y alrededor de ellos subía el fango. Desde atrás del follaje la luna brillaba inmutable como un ojo inflamado y hacía tanto calor como dentro de un invernáculo. Alman se volvió hacia mí.

ALMAN: Cuidado, profesor Borg. Hay muchas víboras aquí.

De pronto vi un cuerpo pequeño, brillante, que se revolvió y desapareció en una de las huellas fangosas dejadas por Alman. Di rápidamente un paso al costado, pero casi pisé un animal grande y gris que se alejó arrastrándose con lentitud. Dondequiera que mirara, las víboras parecían surgir del terreno cenagoso, poroso.

Por fin llegamos a un claro del bosque, pero nos detuvimos en el borde. La luna brilló en nuestros ojos y nos escondimos entre las sombras de los árboles. El claro se prolongaba delante de nosotros. Estaba lleno de raíces torcidas. En un extremo, un negro acantilado caía dentro de una extensión de agua. A los costados los árboles se erguían altos y sin vida, como abrumados por sus respectivas, enormes sombras. En ese instante, se oyó una risita y vi a una mujer de pie cerca del acantilado. Estaba vestida con un traje largo negro y tenía la cara vuelta hacia otro lado. Movía las manos como para defenderse de alguien. Reía continuamente con excitación. Un hombre se hallaba medio oculto, reclinado contra el tronco de un árbol. Su rostro, que alcancé a vislumbrar, era ancho y chato, pero tenía cejas muy tupidas y la frente protuberante. Hacía ademanes con una mano y pronunciaba palabras

ininteligibles que hacían reír desenfrenadamente a la mujer. De pronto, se puso seria y apareció en su rostro una expresión atormentada, descontenta. Se inclinó y levantó un pequeño bolso. El hombre extendió la mano y, bromeando, empezó a quitarle las horquillas del impecable peinado pompadour. Ella simuló enojarse mucho y batió el aire furiosamente con los brazos. Esto divirtió al hombre que siguió con su juego. Cuando por fin ella se alejó, él la siguió y la tomó de los hombros. Petrificada se detuvo y volvió el rostro pálido, amargado, hacia su perseguidor. Éste murmuró algo y extendió la otra mano hacia el pecho de la mujer. Ella se apartó, pero no pudo soltarse. Cuando vio que estaba atrapada, empezó a revolverse y retorcerse como si la garra del hombre sobre sus hombros le doliera intensamente. El hombre siguió murmurando palabras incoherentes como si las dijera a un animal. De pronto, ella se soltó y corrió, con las rodillas dobladas y arrastrando los pies, en un semicírculo. El hombre permaneció donde estaba, esperando y sin aliento. Sudaba abundantemente y se limpiaba el rostro una y otra vez con el dorso de la mano. La mujer se detuvo como si estuviera exhausta y miró al hombre con ojos desmesurados y la boca abierta. También estaba jadeante. Luego empezó a correr de nuevo, pero simuló que tropezaba y cayó sobre rodillas y manos. Sus grandes nalgas se bamboleaban como un globo negro sobre el suelo. Agachó la cara entre los brazos y empezó a llorar, hamacándose y balanceándose. El hombre se arrodilló junto a ella, la agarró firmemente del pelo y de un tirón le hizo echar la cabeza hacia atrás y la obligó a abrir los ojos. Todo el tiempo jadeaba por el esfuerzo. Ella vaciló y cayó hacia un costado, pero el hombre montó a horcajadas sobre ella y se inclinó pesadamente hacia adelante. De pronto, ella se quedó completamente quieta con los ojos cerrados y el rostro hinchado, pálido. Luego se desplomó, rodó hasta ponerse boca arriba y recibió al hombre entre las rodillas abiertas.

ALMAN: Muchos se olvidan de una mujer que ha muerto hace treinta años. Algunos conservan un recuerdo dulce, desvaído, pero *usted* siempre podrá recordar esta escena. Curioso, ¿verdad? Martes, 1.º de mayo de 1917, estaba usted aquí y oyó y vio exactamente lo que dijeron e hicieron ese hombre y esa mujer.

La mujer se sentó y se bajó el vestido sobre los muslos cortos y gruesos. Tenía el rostro pálido y casi deforme en su entumecida blandura. El hombre se había levantado y daba vueltas sin rumbo con los brazos colgantes a los costados.

MUJER: Ahora me iré a casa y le contaré esto a Isak y sé exactamente lo que me va a contestar: «Pobrecita, qué lástima me das». Como si fuera el mismo Dios. Y entonces yo lloraré y diré: «¿Es verdad que me tienes lástima?» Y él dirá: «Siento una gran pena por ti». Y entonces lloraré un poco más y le preguntaré si puede perdonarme. Y él entonces dirá: «No debes pedirme perdón. No tengo nada que perdonar». Pero ni una sola palabra es sincera en él, porque es completamente frío. Y entonces, de pronto se pondrá muy tierno y yo le gritaré que no está en su sano juicio y que semejante nobleza hipócrita me da náuseas. Y entonces él dirá que me va a dar un sedante y que comprende todo. Y yo diré que la culpa es de él si soy como soy, y entonces pondrá una expresión muy triste y dirá que sí, que la culpa es de él. Pero no le importa nada, porque es completamente frío.

Ella se puso de pie con un esfuerzo y desplegó su cabellera y empezó a peinarse, sujetándola con las horquillas hasta lograr el mismo peinado esmerado que tenía antes. El hombre se sentó, un poco más lejos, sobre una piedra. Fumaba en silencio. Yo no alcanzaba a ver su mirada debajo de las cejas espesas, pero la voz era tranquila y desdeñosa.

HOMBRE: Te estás comportando como una loca.

La mujer se echó a reír y entró en el bosque.

Yo me volví. Alman tenía una sonrisa extraña, perversa, que le torcía el rostro. Nos quedamos en silencio unos minutos.

ISAK: ¿Dónde está ella?

ALMAN: Usted lo sabe. Se ha marchado. Todos se han marchado. ¿No oye lo silencioso que está todo? Todo se ha disecado, profesor Bog. Una obra maestra de cirugía. Sin dolor, ni sangre, ni temblores.

ISAK: Hay mucho silencio.

ALMAN: Un éxito perfecto en su género, profesor.

ISAK: ¿Y cuál es el castigo?

ALMAN: ¿Castigo? No sé. El de siempre, presumo.

ISAK: ¿El de siempre?

ALMAN: Por supuesto. Soledad.

ISAK: ¿Soledad?

ALMAN: Exactamente. *Soledad*.

ISAK: ¿No hay ningún atenuante?

ALMAN: No me lo pregunte a mí. Yo no sé nada de estas cosas.

Antes que tuviera tiempo de contestar, Alman había desaparecido y yo estaba solo en la completa quietud de la luz de la luna y el bosque. Entonces oí una voz muy cerca de mí.

SARA: ¿No tenías que ir con ellos a buscar a tu padre?

La joven extendió la mano, pero cuando me vio la cara la retiró inmediatamente.

ISAK: Sara... No fue siempre así. Si sólo te hubieras quedado conmigo. Si sólo hubieras podido tener un poco de paciencia.

La joven no pareció oír lo que le decía, pero empezó a inquietarse.

SARA: Tenemos que apresurarnos.

La seguí lo mejor que pude, pero ella se movía con tanta mayor facilidad y más rapidez que yo, que me era difícil alcanzarla.

ISAK: No puedo correr. ¿No comprendes?

SARA: Pero apresúrate.

ISAK: Ya no alcanzo a verte.

SARA: Sin embargo, estoy aquí.

ISAK: Espérame.

Se materializó un instante y desapareció. La luna se esfumó en la oscuridad y yo tuve ganas de llorar con una pena atroz, infantil; pero no pude.

En ese minuto me desperté. El auto estaba detenido y la tormenta había pasado, pero seguía llovisnando. Estábamos cerca de la Fundición Strömsnäs, donde el camino serpentea entre tupidos bosques por un lado y cataratas fluviales por el otro. Reinaba el silencio por doquier. Los tres jóvenes habían abandonado el auto y Marianne estaba sentada fumando un cigarrillo, echando el humo por la ventanilla. Ráfagas de olores fuertes y agradables llegaban desde el bosque mojado.

ISAK: ¿Qué ocurre?

MARIANNE: Los chicos quisieron bajar un poco para estirar las piernas. Están allá.

Hizo un ademán hacia un claro cerca del río. Los tres estaban atareados juntando flores.

ISAK: Pero llueve todavía.

MARIANNE: Les conté lo de la ceremonia de hoy y se empeñaron en hacerle un homenaje.

ISAK (*suspira*): ¡Dios mío!

MARIANNE: ¿Durmió bien?

ISAK: Sí, pero soñé. Imagínese... estos últimos meses he tenido los sueños más raros. Es realmente curioso.

MARIANNE: ¿Qué es curioso?

ISAK: Es como si estuviera tratando de decirme algo a mí mismo que no quiero oír cuando estoy despierto.

MARIANNE: ¿Y qué es lo que quiere decirse?

ISAK: Que estoy muerto, a pesar de que estoy vivo.

Marianne reaccionó violentamente. Su mirada se ensombreció e hizo una inspiración profunda. Arrojó el cigarrillo por la ventanilla y se volvió hacia mí.

MARIANNE: ¿Sabe que usted y Evald se parecen mucho?

ISAK: Ya me lo dijo antes.

MARIANNE: ¿Sabe que Evald ha dicho la misma cosa?

ISAK: ¿Sobre mí? Sí, lo creo.

MARIANNE: No; sobre sí mismo.

ISAK: Pero sólo tiene treinta y ocho años.

MARIANNE: ¿Puedo contarle todo o le aburriría?

ISAK: Se lo agradecería si me lo contara.

MARIANNE: Fue hace unos meses. Yo deseaba hablar con Evald y tomamos el auto y fuimos a la orilla del mar. Estaba lloviendo, exactamente como ahora. Evald iba sentado donde está usted, y yo conducía.

EVALD: ¿No podrías parar el limpiavidrios?

MARIANNE: Entonces no podremos ver el océano.

EVALD: Andan tan rápidamente que me ponen nervioso.

MARIANNE (*los desconecta*): Bueno, ya está.

Siguen en silencio unos minutos, mirando la lluvia que cae por el parabrisas, sin ruido. El mar se mezcla con las nubes en un gris infinito. Evald se acaricia el rostro largo, huesudo, y mira con expectativa a su mujer. Habla bromeando, con tranquilidad.

EVALD: De modo que ahora me has atrapado. ¿Qué deseabas decirme? Algo desagradable, por supuesto.

MARIANNE: Desearía no tener que decírtelo.

EVALD: Comprendo. Has encontrado a otro.

MARIANNE: No seas niño, por favor.

EVALD (*imitándola*); No seas niño, por favor. ¿Qué quieres que piense? Llegas y me dices con voz de duelo que quieres hablarme. Tomamos el auto y venimos a la orilla del mar. Llueve y no sabes cómo empezar. Por Dios, Marianne, dílo ya. Este es un momento excelente para la confianza más íntima. Pero por amor de Dios no me tengas en un hilo.

MARIANNE: Ahora siento ganas de reír. ¿Qué crees realmente que voy a decirte? ¿Que he asesinado a alguien? ¿O hecho un desfalco con los fondos de la facultad? Voy a tener un hijo, Evald.

EVALD: Ah, no me digas.

MARIANNE: Es así. Y con lo descuidados que hemos sido últimamente no es como para sorprenderse mucho, ¿no te parece?

EVALD: ¿Y estás segura?

MARIANNE: El informe del «test» llegó ayer.

EVALD: Ah. Ah, sí. De modo que ése era el secreto.

MARIANNE: Hay otra cosa que deseo decirte. Voy a tener este hijo.

EVALD: Eso parece muy claro.

MARIANNE: ¡Sí, lo es!

MARIANNE (*voz superpuesta*): Nos quedamos sentados, en silencio durante un largo rato y sentí cómo crecía el odio y se hacía denso entre los dos. Evald miraba por la ventanilla mojada, silbaba, sin emitir sonido alguno y parecía tener frío. En alguna parte de mi estómago yo temblaba tanto que casi no podía mantenerme erguida. Entonces él abrió la portezuela y bajó del auto y se dirigió, bajo la lluvia, hasta la playa. Se detuvo debajo de un árbol grande y se quedó allí durante mucho rato. Por fin, yo

también bajé y lo seguí. Su pelo y su rostro estaban mojados y la lluvia le caía por las mejillas hasta las comisuras de los labios.

EVALD (*con tranquilidad*): Sabes que no quiero tener hijos. También sabes que tendrás que elegir entre el niño o yo.

MARIANNE (*lo mira*): Pobre Evald.

EVALD: No me «pobreés», por favor. Tengo cordura y he puesto perfectamente en claro mi posición. Es absurdo vivir en este mundo, pero es todavía más ridículo poblarlo con más víctimas y lo más absurdo de todo es creer que a ellos les irá mejor que a nosotros.

MARIANNE: Esa es sólo una disculpa.

EVALD: Llámala como quieras. Personalmente yo fui un hijo no deseado en un matrimonio que era una linda imitación del infierno. ¿Está seguro realmente el viejo que soy su hijo? Indiferencia, temor, infidelidad y sentimientos de culpabilidad... ésas fueron mis niñeras.

MARIANNE: Todo eso es muy conmovedor, pero no disculpa el hecho de que te estés comportando como un niño.

EVALD: Tengo que estar en el hospital a las tres y no tengo ni el tiempo ni el deseo de hablar más sobre el asunto.

MARIANNE: ¡Eres un cobarde!

EVALD: Sí; tienes razón. Esta vida me da asco y no creo que necesite una responsabilidad que me haga vivir un solo día más de lo que yo quiera. Sabes todo esto y sabes que hablo en serio y que no es un ataque de histerismo, como pensaste alguna vez. Marianne (*voz superpuesta*): Fuimos hasta el auto, él delante y yo detrás. Yo había empezado a llorar. No sé por qué. Pero las lágrimas no se veían con la lluvia. Nos sentamos dentro del automóvil, completamente empapados y helados, pero el odio palpitaba en nosotros tan dolorosamente que no sentíamos frío. Puse en marcha el auto y lo dirigí hacia el camino. Evald jugaba nerviosamente con la radio. Su rostro tenía una expresión de absoluta e imperturbable tranquilidad.

MARIANNE: Sé que lo que piensas está mal.

EVALD: No hay nada que pueda llamar bien o mal. Uno funciona de acuerdo con sus necesidades; eso lo puedes leer en un libro de texto de colegio primario.

MARIANNE: ¿Y qué necesitamos?

EVALD: Tú tienes una maldita necesidad de vivir, de existir y de crear vida.

MARIANNE: ¿Y tú qué tal?

EVALD: Mi necesidad es estar muerto. Absoluta, totalmente muerto.

He tratado de relatar la historia de Marianne con el mayor cuidado posible. Mi reacción ante sus palabras fue muy compleja. Pero el sentimiento que predominó en mí fue cierta simpatía hacia ella por esta súbita confidencia, y cuando calló parecía tan vacilante que me sentí en la obligación de decir algo aunque no estaba seguro de la firmeza de mi voz.

ISAK: Si quiere fumar un cigarrillo puede hacerlo.

MARIANNE: Gracias.

ISAK: ¿Por qué me ha contado todo esto?

Marianne no contestó en seguida. Se tardó en encender el cigarrillo y echó varias bocanadas. La miré, pero ella volvió la cabeza para el otro lado y simuló que miraba a los tres jóvenes que habían obtenido alguna especie de bebida sin alcohol que compartían en completa armonía.

MARIANNE: Cuando lo vi junto a su madre me entró un miedo muy extraño.

ISAK: No comprendo.

MARIANNE: Pensé: aquí está su madre. Una mujer viejísima, completamente iría, en cierto modo más aterradora que la misma muerte. Y aquí está su hijo, y entre ellos hay años-luz de distancia. Y él mismo dice que es un muerto en vida. Y Evald está en el borde de volverse igualmente solitario y frío... y muerto. Y entonces pensé que sólo hay frío y muerte, y muerte y soledad, todo el camino. En alguna parte debe terminar.

ISAK: Pero regresa usted junto a Evald.

MARIANNE: Sí, para decirle que no puedo estar de acuerdo con su condición. Quiero tener mi hijo; nadie puede quitármelo. Ni siquiera la persona a quien quiero más que a nadie.

Volvió hacia mí su rostro pálido, sin lágrimas, y su mirada era sombría, acusadora, desesperada. Súbitamente me sentí conmovido en una forma que nunca había experimentado hasta ese momento.

ISAK: ¿Puedo ayudarla?

MARIANNE: Nadie puede ayudarme. Somos demasiado viejos, Isak. Las cosas han ido demasiado lejos.

ISAK: ¿Qué ocurrió después de la conversación en el auto?

MARIANNE: Nada. Lo dejé al día siguiente.

ISAK: ¿No ha tenido noticias de él?

MARIANNE: No. No, Evald es bastante parecido a usted.

Movió negativamente la cabeza y se inclinó hacia adelante como para protegerse el rostro. Sentí frío; se había puesto muy frío después de la lluvia.

MARIANNE: Esos dos desgraciados a quien hice bajar del auto... ¿Cómo se llamaban?

ISAK: Estaba precisamente pensando en Alman y su mujer. Me recuerdan mi propio casamiento.

MARIANNE: No quiero que Evald y yo nos volvamos...

ISAK: El pobre Evald creció entre todo eso.

MARIANNE: Pero él y yo nos queremos.

Sus últimas palabras fueron un ímpetu, pero las pronunció en voz baja. En seguida se calló y levantó las manos hacia el rostro, pero de nuevo se detuvo. Nos quedamos en silencio unos minutos.

ISAK: Tenemos que seguir. Llame a los chicos.

Marianne asintió con la cabeza, puso en marcha el motor y tocó la bocina. Sara se acercó, riendo, por el pasto húmedo, seguida de cerca por sus dos galanes. Me entregó un ramo grande de flores silvestres envueltas en papel de diario mojado. Los tres tenían en los ojos una expresión amistosa, burlona. Sara se compuso la garganta con solemnidad.

SARA: Sabemos que está celebrando este día. Ahora queremos ofrecerle nuestro homenaje con estas sencillas flores y decirle que estamos *muy* impresionados de que tenga tantos años y de que haya sido médico durante medio siglo. Y sabemos, por supuesto, que es usted un anciano *sabio* y *venerable*. Y que nos considera a nosotros, los jóvenes, con *indulgencia* y un poco de ironía. Que sabe *todo* de la vida y ha aprendido todos los remedios de memoria.

Me entregó las flores con una pequeña reverencia burlesca y me besó en la mejilla. Los muchachos se inclinaron en un saludo, riendo, pero con timidez. No pude contestar. Sólo les agradecí muy brevemente y con algo de

brusquedad. Los chicos probablemente creyeron que me había ofendido su broma.

Después de unas pocas horas más de viaje llegamos a Lund. Cuando por fin nos detuvimos en casa de Evald, una mujer bajita y gorda salió corriendo y se acercó prestamente. Ante mi sorpresa y placer advertí que se trataba de Agda.

AGDA: De modo que llegaron. Evald y yo habíamos perdido las esperanzas. Es tranquilizador y agradable conducir ¿verdad? Ahora profesor, tendrá que ponerse en seguida el frac. Hola, Marianne. He preparado a Evald para su llegada.

ISAK: De modo, Agda, que vino después de todo.

AGDA: Lo consideraré un deber. Pero ya no podré disfrutar de todo esto. Nada de lo que pueda decirme cambiará las cosas. ¿Quiénes son estos jóvenes? ¿Van también a la ceremonia?

MARIANNE: Son buenos amigos y si hay algo de comida en la cocina, invítelos a entrar.

AGDA: ¿Por qué no ha de haber comida? Tengo muchas cosas que arreglar aquí, créame.

Evald nos recibió en la sala. Estaba vestido ya con traje de etiqueta y parecía nervioso. Todo era una confusión grande, pero Agda resultó una columna incommovible en el remolino. Sin levantar la voz y vestida con su mejor traje (especialmente hecho para la ocasión), envió a los chicos, al matrimonio, a los sirvientes y a un viejo profesor en diferentes direcciones. Dentro de los diez minutos todo estaba en orden.

Justo antes de esto, Evald, Marianne y yo tuvimos la oportunidad de saludarnos. No deseo dar la impresión de que nuestra reunión estuvo marcada por una avasalladora cordialidad. En nuestra familia nunca ha sido éste el caso.

EVALD: Hola, papá. Bienvenido.

ISAK: Hola, Evald. Gracias. Como ves, he traído conmigo a Marianne.

EVALD: Hola, Marianne.

MARIANNE: ¿Puedo llevar mis cosas arriba?

EVALD: ¿Quieres ocupar el cuarto de huéspedes como siempre, papá?

ISAK: Gracias, eso sería espléndido.

EVALD: Déjame que yo lleve tu maleta. Es bastante pesada.

ISAK: Gracias. La llevaré yo mismo.

EVALD: ¿Tuvieron un buen viaje?

MARIANNE: Sí, gracias, fue agradable.

EVALD: ¿Quiénes son esos jóvenes que vinieron con ustedes?

MARIANNE: No sé. Van a Italia.

EVALD: Parecen simpáticos.

ISAK: Son realmente muy simpáticos.

Habíamos llegado al segundo piso. Evald cortésmente abrió la puerta del cuarto de huéspedes y entré. Agda nos siguió como si estuviera andando sobre ruedas, se introdujo quieras que no en el cuarto y cargó con la maleta que colocó sobre una silla.

AGDA: Compré nuevos cordones de zapatos y me tomé la libertad de traer su chaleco blanco para el frac por si quiere ir al banquete después de la ceremonia. Y se olvidó de las hojas de afeitar, profesor.

Desempacó, murmurando exclamaciones de preocupada inquietud. Yo no la escuchaba. En cambio oía la conversación entre Marianne y Evald afuera de la puerta entornada. Sus voces eran formales y eminentemente corteses.

MARIANNE: Me iré mañana, de modo que no te preocupes.

EVALD: ¿Tienes la intención de quedarte en un hotel?

MARIANNE (*alegre*): ¿Por qué? Podemos compartir el dormitorio por una noche más si no tienes objeción. Ayúdame a sacar mis cosas.

EVALD: Me alegró mucho verte. Y fue inesperado.

MARIANNE: Me pasa lo mismo. Vamos a comer después ¿o qué quieres hacer?

EVALD: Llamaré a Stenberg y le diré que voy a ir con una señora. Él arregla estas cosas.

La puerta se cerró de modo que me fue imposible oír más. Me había sentado en la cama para quitarme los zapatos. Agda me ayudó, pero no se mostró muy amable.

Lo más curioso era que había tres bodas de oro profesionales ese año. Los allegados del deán nos habían instalado a los tres viejos en un cuarto especial

mientras la procesión se preparaba afuera en el amplio vestíbulo del salón de la universidad. Yo conocía a uno de los otros dos que recibían el homenaje. Era un viejo compañero de colegio, el ex obispo Jakob Hovelius. Nos saludamos con cordialidad y nos abrazamos. El tercer viejo parecía algo anquilosado y rechazó toda conversación. Resultó que era el ex profesor de la Ley Romana, Carl-Adam Tiger (gran luchador en su época y un hombre que de acuerdo con sus discípulos hacía realmente honor a su apellido).

ISAK: Qué reconfortante es encontrarse con otra vieja alma. ¿Cómo estás ahora, querido Jakob?

JAKOB: Disfruto de mi ocio. Pero no me preguntes si lo hago *cum dignitate*.

ISAK: ¿Conoces al tercero que recibe este homenaje?

JAKOB: Por supuesto. Es Carl-Adam Tiger. Profesor de la Ley Romana.

ISAK: ¡El Tigre! ¡Santo Dios!

JAKOB: Le quedan tres intereses en la vida. Una injusticia de treinta años de edad, un pez de colores y sus tripas.

ISAK: ¿Te parece que nosotros somos así?

JAKOB: ¿Tú qué opinas? Como dice Schopenhauer en alguna parte: «Los sueños son una especie de locura y la locura una especie de sueño». Pero se presume que la vida también es una especie de sueño ¿verdad? Saca tu propia conclusión.

ISAK: ¿Recuerdas cómo nos peleábamos en nuestra juventud sobre lo que llamábamos las cuestiones metafísicas?

JAKOB: ¿Cómo podría olvidarlo?

ISAK: ¿Y qué crees ahora?

JAKOB: Te lo diré. He dejado de pensar en todo eso. Uno de estos días llegaré a saberlo.

ISAK: Cielos, qué sorprendido estarás.

JAKOB: Y tú también. Pero uno tiene el derecho de ser curioso.

TIGER: Señores ¿creen ustedes que tendré tiempo de hacer una visita secreta y corta antes que empiece la gran farsa?

ISAK: No lo sé, profesor Tiger.

TIGER (*suspira*): *In dubio non est agendum*. Cuando dudes no lo hagas, como decían los antiguos romanos. Me quedaré aquí.

Las Fiestas

¿Qué debería describir? El son de las trompetas, el tañido de las campanas, el saludo de los cañonazos, el gentío, la procesión interminable desde la universidad hasta la catedral, las niñas de las guirnaldas, vestidas de blanco, la realeza, los ancianos, la sabiduría, la música divina, las sublimes máximas latinas que resonaban dentro de las inmensas bóvedas, Los estudiantes y sus novias, las mujeres luciendo vestidos claros, magníficos; este rito extraño con su pesado simbolismo, pero tan sin sentido como un sueño pasajero.

Entonces vi a Sara con sus dos galanes entre los espectadores, afuera de la catedral. Me saludaron con la mano y de pronto parecieron infantilmente felices y llenos de expectativa. Entre los catedráticos se hallaba Evald, alto y serio, desinteresado y ausente. Dentro de la iglesia vi a Marianne con su vestido blanco y junto a ella estaba sentada Agda, pálida con labios apretados. La disertación ceremonial fue inacabable (como de costumbre) y las niñas de las guirnaldas tuvieron que salir y aliviarse en el pequeño bacín de plata de la sacristía. Pero nosotros los adultos, desgraciadamente, tuvimos que permanecer donde estábamos. Como todos lo saben, la cultura nos proporciona estos momentos de refinada tortura. El profesor Tiger parecía ya próximo a la muerte, mi amigo el obispo se durmió y más de uno de los presentes tenía aspecto de estar al borde del desmayo. Hasta nuestras asentaderas que han soportado largas sesiones académicas, cátedras, disertaciones abyectas y comidas aburridas, empezaron a entumecerse y a dolernos en silenciosa protesta.

Me sorprendí recordando los acontecimientos del día, y fue en ese momento cuando decidí rememorar y escribir todo lo que había sucedido. Empezaba a ver una causalidad en esta cadena de extraños, enmarañados sucesos. Al mismo tiempo no podía dejar de recordar las palabras del obispo: «Los sueños son una especie de locura y la locura una especie de sueño, pero se presume que la vida también es una especie de sueño ¿verdad?...»

Después de la ceremonia hubo un banquete, pero yo estaba realmente demasiado fatigado para asistir a él. Tomé un taxi hasta la casa y encontré a Agda atareada en arreglarme la cama a mi gusto (muy alta en la cabecera y bien estirada en los pies). Ya había enchufado una bolsa para calentarla y mis píldoras somníferas estaban en la mesa de noche. Casi en seguida, Agda se apresuró a ayudarme para quitarme los zapatos y el frac, y sentí un gran afecto por esta mujer extraordinaria, fiel y considerada. Me hubiera realmente agradado amigarme de nuevo con ella y me arrepentí de las palabras impulsivas de la mañana (que según advertí, ella no había olvidado).

ISAK: ¿Le agradó la ceremonia?

AGDA: Sí, gracias.

ISAK: ¿Está cansada, Agda?

AGDA: No se lo voy a negar.

ISAK: Tome una de mis píldoras para dormir.

AGDA: No, gracias.

ISAK: Oh, Agda. Siento lo que pasó esta mañana.

AGDA: ¿Está enfermo, profesor?

ISAK: No. ¿Por qué?

AGDA: No sé. Pero lo que dijo es alarmante.

ISAK: Ah, realmente ¿es tan inusitado que yo pida disculpas?

AGDA: ¿Quiere la jarra con agua en la mesa de luz?

ISAK: No, gracias.

Nos atareamos por el cuarto un rato, en silencio.

AGDA: Gracias, de todos modos.

ISAK: Oh, Agda.

AGDA: ¿Qué desea, profesor?

ISAK: ¿No cree que nosotros, que nos hemos conocido desde hace dos generaciones, podríamos terminar con la etiqueta y decirnos de *tú*?

AGDA: No; realmente no me parece bien.

ISAK: ¿Por qué no, si me permite preguntárselo?

AGDA: ¿Se ha cepillado los dientes, profesor?

ISAK: Sí, gracias.

AGDA: Pues bien, le diré. Deseo quedar fuera de todas las intimidades. Está muy bien el trato que nos damos ahora.

ISAK: Pero querida Agda, somos viejos ahora.

AGDA: No me incluya a mí, profesor. Una mujer debe pensar en su reputación, ¿y qué dirían las gentes si empezáramos de pronto a decirnos de *tú*?

ISAK: Sí, es cierto, qué dirían.

AGDA: Se burlarían de nosotros.

ISAK: ¿Siempre se comporta correctamente?

AGDA: Casi siempre. A la edad nuestra uno debe saber cómo comportarse.

¿No le parece, profesor?

ISAK: Buenas noches, Agda.

AGDA: Buenas noches, profesor. Dejaré la puerta entreabierta. Y ya sabe dónde estoy si desea algo. Buenas noches, profesor.

Ya iba a acostarme (había estado sentado en el borde de la cama arropado en mi vieja bata) cuando oí cantos y música en el jardín. Creí reconocer las voces y me acerqué a la ventana y levanté las persianas. Allá abajo entre los árboles reconocí a mis tres compañeros de viaje. Cantaban a voz en cuello y Anders los acompañaba con su guitarra.

SARA: ¡Hola, papá Isak! Estaba usted estupendo cuando iba en la procesión. Nos sentíamos orgullosos, de verdad, porque lo conocíamos. Ahora seguimos viaje.

ANDERS: Nos llevan en auto hasta Hamburgo.

VIKTOR: Con una diaconisa de cincuenta años. Anders ya está enamorado de la vieja.

ANDERS: ¡Cállate!

VIKTOR: Venimos a despedirnos.

ISAK: Adiós, y gracias por su compañía.

SARA: Adiós, papá Isak. ¿Sabe que es a usted a quien amo realmente, hoy, mañana y siempre?

ISAK: Me acordaré de eso.

VIKTOR: Adiós, profesor.

ISAK: Adiós, Viktor.

ANDERS: Adiós, profesor. Tenemos que correr.

ISAK: Dénme noticias de ustedes alguna vez.

Estas últimas palabras las dije para mí mismo y en voz baja. Los chicos me saludaron con la mano y desaparecieron en la noche de verano. Los oí reír y después nada.

En ese mismo instante oí voces afuera en el salón. Eran Evald y Marianne. Hablaban en secreto para no incomodarme y oí el crujir del vestido de noche de Marianne. Llamé a Evald. Entró en el cuarto, pero se detuvo junto a la puerta.

ISAK: ¿Ya están de vuelta?

EVALD: Marianne tuvo que cambiarse de zapatos. Se le rompió el tacón.

ISAK: ¿Así que van al baile?

EVALD: Sí, creo que sí.

ISAK: Ajá.

EVALD: ¿Cómo te sientes, por lo demás?

ISAK: Muy bien, gracias.

EVALD: ¿Cómo anda ese corazón?

ISAK: Espléndidamente.

EVALD: Buenas noches; que duermas bien.

Se volvió y salió. Le pedí que regresara. Pareció muy sorprendido. Yo también estaba sorprendido, y confundido. No sabía realmente qué decirle.

ISAK: Siéntate un momento.

EVALD: ¿Se trata de algo especial?

Se sentó obedientemente en la silla junto a la cama. La camisa almidonada crujió y las manos le colgaban como con cansancio cruzadas sobre las rodillas. Comprendí que mi hijo estaba entrando en la madurez.

ISAK: ¿Me permites que te pregunte qué va a suceder entre tú y Marianne?

(*Evald movió negativamente la cabeza*) Perdóname que te pregunte.

EVALD: No sé nada.

ISAK: No es cosa que me incumbe, pero...

EVALD: ¿Qué?

ISAK: Pero no sería...

EVALD: Le he pedido que se quede conmigo.

ISAK: Y cómo va a... quiero decir...

EVALD: No puedo estar sin ella.

ISAK: Quieres decir que no puedes vivir solo.

EVALD: No puedo estar sin *ella*. Eso es lo que quiero decir.

ISAK: Comprendo.

EVALD: Será como ella quiere.

ISAK: Y si quiere... Quiero decir ¿querrá?

EVALD: Dice que lo pensará. No sé nada, en realidad.

ISAK: Con respecto a ese préstamo que te di...

EVALD: No te preocupes, tendrás tu dinero.

ISAK: No quise decir eso.

EVALD: Tendrás tu dinero, te lo aseguro.

Evald se puso de pie y me hizo un gesto afirmativo con la cabeza. En ese instante Marianne apareció en la puerta. Lucía un vestido blanco muy sencillo, pero bellissimo.

MARIANNE: ¿Cómo está, papá Isak?

ISAK: Espléndidamente, gracias. Muy bien.

MARIANNE: Se me rompió un tacón así que tuvimos que volver a casa para cambiarme. ¿Van bien estos zapatos en lugar de los otros?

ISAK: Van muy bien.

Marianne se acercó a mí. Olía bien y sus ropas crujían en una forma suave, femenina. Se inclinó sobre mí.

ISAK: Gracias por su compañía durante el viaje.

MARIANNE: Gracias a *usted*.

ISAK: Me gusta usted, Marianne.

MARIANNE: A mí también me gusta usted, papá Isak.

Me dio un beso leve en la mejilla y desapareció. Cambiaron unas pocas palabras junto a la puerta. Les oí los pasos en las escaleras y luego el portazo de la puerta del vestíbulo. Oí los latidos de mi corazón y el tictac de mi viejo reloj. Oí el reloj de la torre que daba once campanadas, con los tonos altos que designaban los cuartos de hora y los bajos que marcaban la hora.

Empezó a llover, no muy fuerte, sino tranquila y acompasadamente. Un canto arrullador. El farol de la calle colgaba de su cable y arrojaba sombras en las persianas de color claro de la ventana.

Siempre que estoy inquieto o triste, trato de recordar episodios de mi infancia para tranquilizarme. Así lo hice esa noche también y regresé a la casa de verano y el sembrado de fresas silvestres y todo lo que había soñado o recordado o experimentado durante ese largo día.

Estaba sentado debajo del árbol junto al sembrado de las fresas y era un día de verano lleno de sol con suaves cielos estivales y una ligera brisa que corría entre los pinos. Abajo en el muelle mis hermanas y hermanos se hallaban jugando con el tío Aron. Mi tía pasó junto a mí con Sara. Estaban cargadas con grandes cestos. Todos reían y se gritaban cosas unos a otros y aplaudieron cuando la vela roja subió en el mástil del viejo yate (vieja reliquia de los días de niñez de mis padres; un loco gesto de mi abuelo el almirante). Sara se volvió y cuando me vio dejó sus cestos y corrió hacia mí.

SARA: Isak querido, no quedan más fresas silvestres. Tía quiere que busques a tu padre. Vamos a navegar costeando la península y los recogeremos del otro lado.

ISAK: Ya lo he buscado, pero no los encuentro ni a él ni a mamá.

SARA: Tu madre iba a ir con él.

ISAK: Sí, pero no los encuentro.

Me tomó de la mano y de pronto nos encontramos con un estrecho profundo, de aguas oscuras. El sol brillaba esplendoroso en la orilla opuesta que subía suavemente a una pradera. Del otro lado del agua oscura, en el borde, se hallaba sentado un caballero, vestido de blanco, con el sombrero echado hacia atrás de la cabeza y una vieja pipa en la boca. Tenía una barba suave, rubia, y lentes. Se había quitado los zapatos y las medias y entre las manos sostenía una larga, delgada caña de bambú. Una boya roja flotaba inmóvil en el agua reluciente.

Un poco más lejos en la orilla se hallaba sentada mi madre. Lucía un llamativo vestido de verano y un sombrero de alas grandes que daba sombra a su rostro. Estaba leyendo un libro. Sara dejó caer mi mano y señaló a mis padres. Luego desapareció. Miré largo rato a la pareja que estaba del otro lado del agua. Traté de gritarles algo, pero ni una palabra salió de mi boca. Entonces mi padre irguió la cabeza y me vio. Alzó la mano y me saludó, riendo. Mi madre levantó los ojos del libro y ella también rió y saludó con la cabeza.

En ese momento vi el viejo yate con su vela roja. Se deslizaba suavemente impulsado por la tenue brisa. En la proa estaba de pie el tío Aron, cantando alguna canción sentimental y vi a mis hermanos y hermanas y a mi tía y a Sara, que levantó en brazos al hijito de Sigbritt. Les grité, pero no me oyeron.

Soné que estaba junto al agua y gritaba hacia la bahía, pero la cálida brisa de verano se llevaba mis gritos sin dejarlos llegar a destino. Sin embargo, no estaba afligido por esto; me sentía, por el contrario, bastante contento.

Estocolmo

Mayo 31 de 1957

EL MAGO

EL MAGO

(El rostro)

PERSONAJES

Vogler	Max von Sydow
Manda (Aman)	Ingrid Thulin
Vergérus	Gunnar Björnstrand
Abuela	Naima Wifstrand
Spegel	Bengt Ekerot
Sara	Bibi Andersson
Ottilia	Gertrud Fridh
Simson	Lars Ekborg
Starbeck	Toivo Pawlo
Egerman	Erland Josephson
Tubal	Ake Fridell
Sofia	Sif Ruud
Antonsson	Oscar Ljung
Henrietta	Ulla Sjöblom
Rustan	Axel Duberg
Sanna	Birgitta Pettersson

REALIZADORES

<i>Guión</i>	Ingmar Bergman
<i>Director</i>	Ingmar Bergman
<i>Ayudante de dirección</i>	Gösta Ekman
<i>Director de fotografía</i>	Gunnar Fischer
<i>Música</i>	Erik Nordgren
<i>Música dirigida por</i>	E. Eckert-Lundin
<i>Decorados</i>	P. A. Lundgren
<i>Trajes</i>	Manne Lindholm y Greta Johansson
<i>Maquillaje</i>	Börje Lundh y Nils Nittel
<i>Sonido</i>	Aaby Wedin y Ake Hansson
<i>Compilador</i>	Oscar Rosander
<i>Supervisor de producción</i>	Alian Ekelund

Duración: 102 minutos

Producida por Svensk Filmindustri; distribuida en los Estados Unidos por Janus Films, Inc., y en Gran Bretaña con el título «El rostro» por Contemporary Films Ltd.

En una tarde de verano cargada de truenos prontos a estallar, en julio del año 1846, un coche grande se detiene junto a un camino situado justo al sur de Estocolmo. El sol abrasador cae implacable sobre los pantanos, el bosque y las negras nubes que se ciernen en el cielo hacia el Este.

Cuatro viajeros se hallan sentados alrededor del coche. La quinta viajera —una vieja encorvada— camina examinando el suelo como si buscara algo.

El cochero, que es el más joven del grupo, acaba de regresar del bosque con agua para los caballos. Cerca del estribo del coche está sentado un hombre grande, pelirrojo, comiendo jamón. Junto a él tiene su caja de víveres, abierta.

Un poco a un costado, solos, se hallan sentados los otros dos. Uno de ellos es alto con el rostro delgado y pálido, cabellos lacios negros, barba y cejas negras. Sin sombrero, lleva puesto un traje de viaje lleno de polvo y fuma una pipa corta que enciende continuamente. El otro más bajo, de aspecto delicado, también lleva un traje para viaje, y parece más un adolescente que un hombre.

El coche está pesadamente cargado de cajas y canastas; tiene aspecto bastante confortable, pero ha conocido épocas mejores. Los caballos son fuertes, pero no están muy bien cuidados. La viejita acaba de hacer un hoyo en el suelo con un palo. Se arrodilla y busca algo en el agujero con la mano. Parece bastante satisfecha, extrae algo que tiene el aspecto de una piedra negra. Mira con cautela por encima del hombro para ver si los demás la observan, pero cuando ve que nadie parece prestarle atención mete su hallazgo en un pequeño bolso de cuero que lleva consigo.

Una urraca, notablemente grande de tamaño, mira fijamente a la anciana. Ésta se enfada y aprieta contra sí el bolso. La urraca no se mueve de su sitio y parece mofarse de ella. La anciana escupe en el suelo y se aleja rápidamente.

El Sol cae quemante en el borde del bosque y todo está muy quieto. Los viajeros suben al coche mientras el cochero trepa al pescante y azuza los caballos. Los elásticos del vehículo crujen y rechinan mientras el carruaje toma lentamente el camino estrecho, surcado.

En el bosque, los rayos de sol tiemblan en los árboles como lanzas arrojadas al aire, pero el crepúsculo es pesado.

El hombre grande —el que estaba comiendo— sonríe con buen humor mientras se monda los dientes. La vieja hace una inspiración y tose un poco.

TUBAL: ¿Y bien?

ABUELA: ¿Qué?

TUBAL: ¿Encontró lo que buscaba?

ABUELA: No.

TUBAL: Se equivocó de lugar.

ABUELA: Sé muy bien dónde estaba la horca. Era aquí mismo, aquí mismo.

Justo antes de la casa de peaje, en el borde del bosque.

TUBAL: Usted siempre con sus raíces de mandrágora, dedos cortados y otras cosas del demonio. (*Sonríe con una mueca bondadosa*)

ABUELA: Y en el bosque los espíritus andaban sueltos, aullando o suspirando, según su estado de ánimo. Había un ruido tan grande que las gentes tenían miedo de entrar en el bosque después de la caída del sol. Lo recuerdo muy bien.

TUBAL: Usted y sus espíritus.

Ríe con amabilidad, cruza las manos sobre su chaleco y eructa con discreción. Pero la abuela se pone iracunda.

ABUELA: Oye, Albert. ¿Por qué tienes a ese Tubal de ayudante? Deberías librarte de él. ¿Oyes lo que te dice tu abuela?

Albert (que aparentemente ha escuchado las opiniones de su abuela en anteriores ocasiones) simula que no la oye. Pero el estado de ánimo de Tubal parece cada vez mejor.

TUBAL: Me gustaría saber cómo podría funcionar sin Tubal el Teatro de Salud Magnético de Vogler. Por ejemplo, ¿quién fue que nos sacó de apuros en nuestra última venta de entradas en Copenhagen? De noche. Con riesgo de mi vida. Después que nuestra gira dinamarquesa había sido un fracaso. Lo pregunto, pero nadie contesta.

ABUELA (*enfadada*): ¿Y quién elabora nuestras medicinas?

TUBAL: ¿Quién es el que las vende?

ABUELA: Después de todo, los remedios son nuestra ganancia segura.

TUBAL: Hace mucho que estarían en quiebra si las gentes supieran lo que pone usted en sus remedios.

ABUELA (*muy enfadada*): «Lo que es bueno para uno no siempre es agradable al paladar»... Eso es lo que mi madre siempre decía.

TUBAL: En todo caso, soy yo el que toma la responsabilidad.

ABUELA: Y las ganancias.

TUBAL: No empiece con ésas, abuelita. Yo sé algunas cosas; las sé.

ABUELA (*un poco más humilde*): El Señor lo va a castigar, Tubal, el Día del Juicio.

TUBAL: Usted, que ha vendido su alma al diablo, no debería pronunciar el nombre de Dios con su boca pecadora.

ABUELA: En casa de mi padre hay muchas mansiones, dice la Biblia.

TUBAL: Si es así es porque el diablo ya tiene una abuela.

ABUELA: ¿Oyes, Albert? ¿Debe dejarse que ese enorme buey insulte así a tu abuela? Pégame en la trompa, o por lo menos dame mi remedio para el pecho. Tengo tos...

La abuela tose convincentemente y toma un sorbo de un pequeño frasco de plata. Luego se acurruca en su rincón. Sus ojos brillan vigilantes en el crepúsculo.

Tubal se rasca la nariz y mira a sus compañeros de viaje con amistoso desdén.

Albert intenta varias veces, infructuosamente, encender su pipa. El jovencito parece dormir en su rincón.

El coche se balancea y cruje; los elásticos y los ejes chillan.

Los árboles se inclinan fuera del bosque hacia ellos. El camino está mojado y cenagoso después de las lluvias.

De la superficie del agua surge una niebla muy tenue. El día se hunde en la noche.

La abuela abre los ojos.

ABUELA: ¿Oyen?

TUBAL: Quizá sea un fantasma.

ABUELA: Fue un grito. Lo oí claramente.

Todos escuchan. A través del silencio y de los ruidos del coche, se oye un grito como un lamento. Es prolongado y aterrador, pero aún distante.

TUBAL: Es un zorro.

ABUELA (*lo imita*): ¡Es un zorro! Un zorro en dos piernas gastadas, ensangrentado, con la cabeza colgando, quizá, de unos pocos tendones. Un zorro sin ojos, pero con un agujero podrido que hace las veces de boca... Los he visto, los he visto. Y sé lo que sé.

El carruaje se detiene con una sacudida.

El cochero, Simson, entra dando un salto, por la portezuela que cierra de un violento portazo. Tiene las piernas cubiertas de barro y el rostro pálido.

SIMSON: ¿Por qué no ponen al diablo sentado en el pescante en este bosque y que los fantasmas y los vampiros le aúllen en sus oídos?

Se calla y señala hacia el bosque.

Un fantasma brilla entre los árboles, aferrándose a los troncos con brazos descarnados. De cuando en cuando, lanza un alarido triste, inhumano.

ABUELA (*habla entre dientes*): «Herida en el ojo, sangre en la boca, sin dedos, cuello roto, te llama hacia abajo, te llama que vayas, más allá de los muertos. Los vivos. Los muertos vivos, más allá de las manos levantadas...»

Súbitamente el fantasma ha desaparecido como tragado por la oscuridad del bosque, o la tenue niebla que surge de los pantanos.

Albert Yogler baja del coche y entra en el bosque y busca al aparecido.

Halla al vampiro sentado en un charco con una mueca sonriente dirigida a él. Está medio desnudo; las ropas le cuelgan en harapos sobre los descarnados huesos. Es un hombre alto y su espalda se bambolea como si la tuviera quebrada.

SPEGEL: ¡Buenos noches, señor! Me llamo Johan Spegel. Como puede ver estoy muy enfermo. ¿Podría mitigar mis sufrimientos y darme un poco de coñac? Aunque el coñac es mi enfermedad, también es mi consuelo.

Se pone de pie con dificultad, y se queda frente a Vogler, tambaleante y respirando penosamente.

SPEGEL: Soy actor y en la actualidad pertenezco a la renombrada compañía Stenborg. Pero la enfermedad ha puesto fin a mi carrera.

Vogler le ofrece un pequeño frasco de plata que contiene el remedio para el pecho de la abuela. El actor empieza a temblar como si tuviera fiebre, pero consigue llevarse el frasco a la boca y beber. El blanco de sus ojos inflamados está vuelto hacia arriba. Se inclina hacia adelante, permanece encogido unos minutos y luego se endereza. Devuelve el frasco con un intento de cortés inclinación, pero casi se desploma. Vogler lo toma prestamente de la cintura y lo lleva al coche. Spegel se detiene.

SPEGEL: ¿Es usted actor también?

Vogler mueve negativamente la cabeza.

SPEGEL: ¿Por qué entonces está disfrazado, señor? Lleva usted una barba postiza y sus cejas y pelo están teñidos. ¿Es usted un estafador que tiene que esconder su verdadero rostro?

Vogler ríe súbitamente.

El moribundo abre los ojos y aprieta los labios en una sonrisa astuta. Obliga a Vogler a acercársele más.

SPEGEL: Descansemos un momento y respiremos. Ahora cae el crepúsculo y éste es el último día de vida.

Vogler desea seguir, pero el actor lo detiene con inesperada fuerza y le pone la mano en el hombro.

SPEGEL: Siempre he ansiado un cuchillo. Una hoja con la cual abrirme las entrañas. Para separar mi cerebro, mi corazón. Para liberarme de mi substancia. Para cortarme la lengua y la virilidad. Una hoja afilada de cuchillo que rasparía todas mis suciedades. Entonces el llamado espíritu podría ascender fuera de este esqueleto sin sentido.

Murmura algo ininteligible y mira a su alrededor. Vogler lo conduce con suavidad hacia el coche. Tubal se acerca a ellos y juntos ayudan al actor a subir y lo sientan en el piso del carruaje.

La abuela protesta un poco, pero mueve los pies para hacerle sitio.

Simson, el cochero, trepa al pescante y pone en movimiento los caballos.

El coche se balancea a través del barro y las pálidas zonas de niebla.

El actor está moribundo, pero se halla en calma y sin dolor. De vez en cuando bebe un largo trago del frasco de plata.

Tubal ha empezado a comer de nuevo, y masca con tranquilidad, rítmicamente. La abuela mira vigilante desde su rincón. Vogler enciende su pipa. Aman ha abierto un libro y simula leer.

SPEGEL (*cortésmente*): ¿Qué clase de libro lee, señor?

AMAN: Es una novela. Sobre fulleros.

SPEGEL: ¿Colegas, entonces?

TUBAL: Aquí no hay fulleros.

SPEGEL: Ninguno. (*Ríe*)

AMAN: Sin embargo, es un libro interesante. (*Lee*) «El timo es tan frecuente que aquellos que dicen la verdad generalmente son tildados de mentirosos de la peor especie».

SPEGEL: El autor presume entonces que existe una cosa grande general llamada verdad en alguna parte allá arriba. Esto es una ilusión.

AMAN: ¿Ilusión?

SPEGEL: Por supuesto. La verdad está hecha a medida; el mentiroso más hábil crea la mentira más útil.

TUBAL: ¡Eso es lo que recibe usted por su lectura, señor Aman!

AMAN: El señor Tubal debería mascar sus palabras antes de hablarlas.

TUBAL: Ese asunto de la verdad me interesa en grado sumo.

SPEGEL: Sí, es una pasión hermosísima.

TUBAL: Naturalmente existen verdades. Por ejemplo, si yo digo: «Las nalgas están atrás y la cabeza está encima del cuello», ésa es una verdad absoluta y me gustan esas verdades.

SPEGEL: «Las nalgas están atrás y la cabeza está encima del cuello». Esa es una verdad dudosa.

TUBAL: ¿Por qué dice eso?

SPEGEL: Ciertamente porque en usted parecería que es al revés.

TUBAL: Es usted un hombre divertido, señor, y es casi una lástima que tenga que morir.

SPEGEL: También tendrá usted que morir, aunque ahora no lo crea.

TUBAL: ¡Un asunto del futuro, señor! Y el futuro me preocupa tan poco como el pasado. Soy un «lirio del campo», vivo para hoy. ¿No lo advierte usted?

Spegel va a contestarle, pero un violento temblor le sacude todo el cuerpo.

TUBAL: Ahora va a morir.

Vogler se inclina sobre el actor. El rostro de Spegel está impasible y casi sin vida.

SPEGEL: Si desea registrar el momento exacto, mire con detenimiento, señor. Tendré mi cara abierta a su curiosidad. ¿Qué siento? Miedo y bienestar. Ahora la muerte ha llegado a mis manos, mis brazos, mis pies, mis entrañas. Trepa hacia arriba, hacia adentro. Obsérvenme detenidamente. Ahora se detiene el corazón, ahora se apaga mi conciencia. No veo ni Dios ni ángeles. Ahora ya no puedo verlos más a ustedes. Estoy muerto. Ustedes se preguntan. Yo voy a decírselo. La muerte es...

TUBAL: Eso fue interesante. (*Come*)

Vogler deja al actor en el piso y lo cubre con un amplio manto.

TUBAL: ¡Arruinados, buscados por la policía y ahora con un cadáver en el coche! (*Masca*) Hubiéramos podido hacer una entrada mejor en la capital.

Tubal suspira y eructa, se limpia las migas de pan del chaleco, cruza las manos sobre el vientre y cierra los ojos.

En la casa sur de peaje, la barrera ha sido bajada y el cochero detiene los caballos.

Un hombre de uniformes sale de la casa de peaje y abre la portezuela del coche. Tubal salta afuera y empieza una conversación animada con él. El hombre mueve negativamente la cabeza.

Tubal trata de sobornarlo. Pero todo es en vano.

De la casa salen otros dos hombres uniformados. Uno de ellos sube al pescante y toma las riendas; el otro empuja a Tubal dentro del coche, cierra la puerta de un golpe y se sube al estribo.

Tubal se deja caer en su rincón y hace un gesto de impotencia con las manos.

El coche empieza a andar y rueda bastante rápidamente a través de las calles tortuosas bordeadas de casas bajas y jardines.

No hay muchas personas afuera; en las ventanas ya se ven lámparas encendidas.

En la distancia se oye la campana de una iglesia que da el cuarto de hora y luego la hora.

El coche baja cuidadosamente por una corta pendiente, luego bordea una casa de piedra de dos pisos y entra en un patio.

Los viajeros se bajan y miran a su alrededor. El patio es amplio, con empedrado y cerrado en dos de los costados por la casa principal, un edificio pesado pero elegante. Del lado opuesto hay cocheras, despensas y lavandería. El cuarto costado consiste en una alta cerca que da a un jardín.

La ventana de la planta baja que corresponde a la cocina está iluminada y las criadas de la casa se asoman para ver a los recién llegados.

Un hombre de librea sale por la puerta, cuelga un farol y empieza a quitar los arreos de los caballos.

El hombre de uniforme ha entrado en la casa pero regresa casi inmediatamente. En voz baja y cortés pide a los viajeros que lo sigan.

Las criadas conversan y ríen entre ellas y la cocinera apoya su grueso cuerpo contra el marco de la ventana.

Tubal le dirige una mirada significativa que la deja sin respiración.

El cochero y el hombre de librea, que es alto y desgarbado con un rostro desagradable y un largo bigote, llevan los caballos a las caballerizas.

Vogler, su ayudante taciturno, Tubal y la abuela son conducidos a través de un zaguán hasta una escalera de piedra que suben, y de ahí a un pequeño cuarto cuadrado con las paredes completamente revestidas de roble y con pocos muebles. El hombre de uniforme les ruega que se sienten y luego los deja solos.

La abuela repentinamente tiene un ataque de tos, pero nadie le presta atención. Cada cual está sumido en sus propios pensamientos.

Tubal está junto a la ventana y se balancea sobre los pies varias veces, lo cual hace crujir sus zapatos. Vogler ha extraído su corta pipa, pero la chupa sin encenderla. Su joven ayudante se halla sentado con las piernas cruzadas y mira en derredor con escaso interés.

TUBAL: Todos ustedes quédense callados y yo hablaré. Sobre todo, deseo que abuelita no abra la boca.

La abuela tose.

TUBAL: Otra cosa. La abuela puede estropear las cosas. Abuelita sabe lo que quiero decir.

ABUELA: ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

TUBAL: Las mesas vuelan, las sillas se caen, las velas y los faroles se apagan y demás. Conocemos las tretas de abuelita. ¿Abuelita será buena ahora y se dominará?

ABUELA: ¡Ay, ay!

TUBAL: Por el bien de todos.

ABUELA: Sí, comprendo. Tal vez.

TUBAL: Jesús querido, esta vieja me pone nervioso. ¿Recuerda lo que ocurrió en Ostende?

ABUELA: No; no me acuerdo.

La abuela lo recuerda muy bien y ríe entre dientes maliciosamente. Tubal la mira pensativo, pero no sin respeto.

TUBAL: Las tretas de abuelita están anticuadas. Ya no divierten porque no tienen explicación. Abuelita: debería estar muerta.

ABUELA: Fue maravilloso en Ostende. A la mujer del alcalde se le metió un ratón bajo la falda, lo cual nunca le había ocurrido antes y al alcalde le crecieron cuernos de cornudo.

TUBAL: Y yo fui a dar a la cárcel y a Vogler le cobraron multa y a abuelita la azotaron en la plaza del mercado. Sí; fue maravilloso en Ostende.

Tubal se compone la garganta. El buen humor de la abuela lo ha estimulado a pesar de todo. Le da unas palmaditas a la anciana en la mejilla. En ese momento se abre la puerta y el hombre uniformado les ruega que pasen al cuarto contiguo.

La biblioteca es una habitación oscura, rectangular, con las paredes llenas de libros desde el piso hasta el cielo raso. Detrás del escritorio está sentado el Real Consejero Médico, Anders Vergéus. Tiene alrededor de cincuenta años, pero parece mayor, el pelo gris acero, cortado muy corto, cejas negras y una barba corta, espesa; el rostro es pálido, irregular. Está vestido con ropas oscuras, impecables, casi elegantes. Es extremadamente miope y lleva lentes gruesos que a menudo le ocultan los ojos. Junto al escritorio está sentado otro hombre, algo más joven y un poco gordo. Está vestido con el uniforme de un oficial. Es el jefe de policía, Frans Starbeck. De tiempo en tiempo, se pasa la mano por el cabello ondeado con un ademán coqueto. Su rostro tiene una expresión de sarcasmo que ocasionalmente se trueca por una de súbita inseguridad.

En un sillón confortable se halla el cónsul Abraham Egerman, el joven dueño de casa, de rostro suave, aniñado, y una sonrisa atrayente. Su mirada está llena de curiosidad y de interrogantes. Cuando entran los desconocidos se pone de pie cortésmente.

El lacayo arrima varias sillas. El hombre uniformado habla en secreto al jefe de policía. Egerman se vuelve a Vergéus.

EGERMAN: ¿Qué le parece? Quizá deberíamos de presentarnos.

VERGÉUS (*se levanta*): Por supuesto.

EGERMAN: Soy el cónsul Abraham Egerman y deseo darles la bienvenida a mi casa. Yo —también mi mujer— estoy enormemente interesado en el mundo espiritual. Por lo tanto, le pedimos al jefe de policía Starbeck que arreglara este encuentro en mi casa.

STARBECK (*sonriente*): Frans Starbeck, jefe de policía. Arreglé este encuentro y espero que mis hombres los hayan tratado con la cortesía debida.

VERGÉUS (*cortante*): Vergéus. Consejero Médico Real.

Se produce una larga pausa. Miradas nerviosas. Expectativa. Tubal se compone la garganta.

TUBAL: En nombre de mi amo, mis compañeros de viaje y yo mismo, permítanme agradecerles esta distinguida recepción.

Otra pausa. Tubal saca coraje de alguna parte.

TUBAL: Lo correcto es que ahora nosotros nos presentemos a nuestra vez.

Los tres caballeros junto al escritorio ríen amablemente, pero ninguno de ellos se mueve para estrechar las manos de los visitantes.

TUBAL: Primero y principal, éste es el jefe y director de la compañía, Albert Emanuel Vogler, un nombre célebre en el continente europeo, donde se le ha considerado desde hace muchos años el principal de los discípulos de Mésmer. (*Vergéus mira detenidamente a Tubal*) El señor Vogler ha desarrollado y perfeccionado la ciencia del magnetismo animal en forma brillante. La enfermedad que el señor Vogler no puede aliviar con su mesmerismo no se conoce todavía. ¡Todo es completamente científico! Naturalmente.

VERGÉUS: Me alegro mucho de conocerlo, señor Vogler.

Los hombres se inclinan en un saludo. Vogler contesta a su vez, con una inclinación de cabeza.

TUBAL: Éste, señores, es el joven pupilo y principal discípulo del señor Vogler, el señor Aman. Ha demostrado poseer las dotes más notables.

Los hombres se inclinan en un saludo. Aman devuelve el saludo.

TUBAL: La venerable anciana es la abuela del señor Vogler, otrora famosa cantante de ópera. ¿Quién no recuerda a la condesa Ágata de Macopazza?

El jefe de policía deja escapar un «¡Ah!» y besa la mano de la abuela. La anciana devuelve el saludo con mucha dignidad.

TUBAL: Yo soy de poca importancia en este grupo. Mi humilde ser ha encontrado una carrera para toda la vida al servicio del noble espíritu que lleva el nombre de Albert Emanuel Vogler. Considérenme sólo como la mano obediente, la herramienta silenciosa.

Los tres hombres se miran entre ellos pero mantienen su comportamiento correcto, rígido. El cónsul Egerman se vuelve hacia Vogler con una condescendiente sonrisa.

EGERMAN: ¿Le molestaría al señor Vogler sentarse unos minutos para discutir algunas cuestiones generales concernientes a sus actividades?

Vogler mueve negativamente la cabeza. Egerman pide a los visitantes que se sienten mientras él mismo toma asiento. Starbeck se instala detrás del amplio escritorio. El consejero médico permanece de pie, pero se quita los lentes y se enjuga el rostro. De pronto se encuentra con la mirada de Vogler.

STARBECK: ¡Doctor Vogler! Ha anunciado usted en el periódico de la ciudad, un espectáculo que promete toda clase de sensaciones.

El jefe de policía se inclina sobre la mesa y lee en voz alta unas líneas en un diario abierto.

STARBECK (*lee*): «Maravillas sensacionales nunca vistas. Actos de magia basados en las filosofías de Oriente. Magnetismo que otorga salud.

Estremecimientos de los sentidos que repercuten en la columna vertebral». *(Levanta la mirada)* ¿Es éste el anuncio del señor Vogler?

TUBAL: ¡Señor! Esas frases disparatadas cuya composición ofendería a cualquier mentalidad educada no son obra de la mano del doctor Vogler.

VERGÉRUS (*interrumpe*): Agradeceríamos que el «doctor» Vogler contestara él mismo las preguntas del jefe de policía.

TUBAL: El señor Vogler, infortunadamente, carece del don de la palabra. Es mudo, señores.

El consejero médico parece reflexionar sobre esta respuesta. Cruza las manos en la espalda y mira sus zapatos con seriedad. El cónsul Egerman enciende un cigarro. El jefe de policía levanta la vista de sus papeles con una expresión sarcástica en el rostro.

STARBECK: Señor Aman... (*Aman lo mira*) Quizá el señor Aman también carece del don de la palabra.

AMAN: No.

STARBECK: No le he oído decir nada hasta ahora.

AMAN: No me han pedido que lo hiciera, señor.

Aman habla con desdén. Vergérus se muestra súbitamente atento y se vuelve sonriente hacia el joven.

VERGÉRUS: De modo que se dedican ustedes a sesiones de magia.

AMAN: No hemos dicho eso.

VERGÉRUS: Su amigo, el señor Tubal...

AMAN: Un juego, nada más. Utilizamos varias clases de aparatos, espejos y proyectores. Es muy sencillo y completamente inofensivo.

VERGÉRUS: Otra pregunta. ¿El señor Vogler sana a los enfermos?

AMAN: Eso no lo hemos dicho.

VERGÉRUS: Usa el magnetismo animal de Mésmer. Conozco el método bastante bien. No sirve para nada.

Aman no contesta, pero mira al consejero médico con una expresión ausente. Vergérus da un paso adelante.

VERGÉRUS: Nos hemos enterado de que el señor Vogler recientemente, pero con otro nombre, ha realizado una gira por Dinamarca. Allí se hizo pasar

por médico y arreglaba consultas en las posadas. Los pacientes eran colocados en un cuarto escasamente iluminado y se los sometía al magnetismo de acuerdo con los principios de Mésmer. Este tratamiento provocó temblores y ataques de nervios de todas clases. Algunas personas quedaban inconscientes.

AMAN: ¿Por qué pregunta cosas que ya sabe?

VERGÉRUS: Por lo que yo puedo vislumbrar parece haber una notable división en las actividades del señor Vogler.

STARBECK: ¿Qué quiere decir, señor?

VERGÉRUS: En primer lugar tenemos al idealista *doctor* Vogler que practica la medicina de acuerdo con los métodos bastante dudosos de Mésmer. Luego tenemos al *mag*o, un poco menos que idealista, que arregla toda clase de tretas de acuerdo con recetas enteramente caseras. Si he comprendido los hechos correctamente, las actividades de la compañía Vogler oscilan inescrupulosamente entre estos dos extremos.

Egerman que ha estado sentado en silencio, fumando su cigarro, toma parte en la conversación. Su tono es en extremo cortés.

EGERMAN: Dígame una cosa. ¿El señor Vogler pretende tener poderes sobrenaturales?

Tubal se adelanta un paso y levanta la mano en un ademán de rechazo.

TUBAL: Este interrogatorio es penoso tanto para ustedes como para nosotros, señores. Hágansen responsables si hemos hecho algo fuera de la ley...

STARBECK: Eso es exactamente lo que tenemos la intención de averiguar.

El jefe de policía vuelve la cabeza. Una mujer muy pálida, muy delgada y delicada, ha entrado en el cuarto, y se ha detenido junto a la puerta. Es Ottilia Egerman.

OTTILIA: Disculpen, no sabía...

EGERMAN: ¡Querida, siéntate! Señores, les presento a mi mujer.

Los hombres hacen un saludo. La señora de Egerman toma la mano extendida de su marido y se sienta junto a él. Starbeck ríe con sarcasmo, se acaricia la boca y después se acomoda el pelo en forma afectada.

STARBECK: Lo que hemos oído decir sobre este asunto no inspira mucha confianza.

VERGÉRUS: Señor Tubal, ¿sería tan amable de traerme esa lámpara que está en aquella mesa?

Tubal sostiene la lámpara. Vergérus lo toma suavemente del brazo y lo conduce adonde está Vogler, que se halla sentado con la cabeza inclinada y las manos descansando sobre las rodillas.

VERGÉRUS: Míreme, señor Vogler.

Vogler levanta la cabeza y mira a Vergérus. *El rostro del magnetizador está torcido de ira.* La señora de Egerman que se halla sentada más cerca de Vogler, vuelve la cabeza con súbito temor.

VERGÉRUS: ¿Por qué está usted tan furioso, señor Vogler? (*Vogler lo mira*) No tiene razón para odiarme. Sólo quiero descubrir la verdad. Ése debía ser el deseo de usted también. (*Vogler no contesta*) Abra la boca. (*Vogler obedece*) Saque la lengua. (*Vogler obedece*)

Vergérus se inclina sobre Vogler y cuidadosamente le aprieta la garganta y la tráquea.

VERGÉRUS: Lamento decirle, señor Vogler, que no encuentro razón alguna para su mudez.

Vergérus le quita la lámpara a Tubal y la coloca sobre la mesa. Vogler tiene lágrimas en los ojos. Se las seca con el dorso de la mano.

STARBECK: Además su anuncio declara que puede usted «provocar *terribles visiones entre los espectadores*».

TUBAL: ¡Señor! Es nuestra *linterna mágica*. Un juguete ridículo y totalmente inofensivo.

VERGÉRUS: No estoy muy seguro de que eso a que alude sea un juguete. (*A Vogler*) ¿Posee usted el poder de provocar visiones, señor Vogler?

TUBAL: ¡Protesto!

STARBECK: ¿Y por qué, si me permite preguntárselo?

TUBAL: El señor Vogler es un hombre famoso, señor Starbeck. Un gran hombre y un científico distinguido. Lo trata usted como si fuera un charlatán.

VERGÉRUS: Sobre todo, las personas con quienes anda son las que ensombrecen un poco los méritos científicos del señor Vogler. (A *Vogler*) ¿Provoca usted visiones, señor?

TUBAL (*enfadado*): Protesto más enérgicamente.

STARBECK (*cortante*): Si no se queda usted quieto le pediré que salga del cuarto.

VERGÉRUS: Y bien, señor Vogler. ¿Sí o no?

Todos miran atentamente a Vogler.

VERGÉRUS: Sí o no. (*Vogler asiente con la cabeza*) De modo que es sí. ¿Puede provocar este estado en cualquier persona? (*Vogler asiente con la cabeza; Tubal suspira*) ¿Por ejemplo, en mí? (*Tubal se deja caer y meneala la cabeza*) Vamos a hacer inmediatamente un experimento, señor Vogler. Estoy a su disposición.

OTTILIA: (*exclama*): ¡No, eso no!

VERGÉRUS: ¿Y por qué no, señora?

OTTILIA: Disculpen, disculpen.

Aman coloca una silla en el centro de la habitación y hace una seña a Vergérus para que se siente.

VERGÉRUS: ¿Ningún otro arreglo adicional? ¿Ningún imán? ¿Ninguna luz oscura, misteriosa? ¿Ninguna música secreta detrás de los cortinajes?

El jefe de policía y Egerman se han colocado de modo que pueden ver claramente la cara de Vergérus, iluminada por la lámpara de la mesa. Aman se coloca detrás de Vergérus, le pone las manos sobre los hombros.

Vogler se queda sentado tranquilo, expectante. Se inclina un poco hacia adelante y fija los ojos en Vergérus quien le devuelve la mirada. Los demás permanecen inmóviles. El reloj de pared deja oír un click y da una campanada, rápidamente. Se produce un largo silencio.

VERGÉRUS (*con tranquilidad*): ¿Qué quiere que reá, señor Vogler? ¿Algo que dé miedo o algo excitante?

Se calla y sigue mirando con calma al magnetizador. La mirada de Vogler está absolutamente fija y casi inexpresiva.

VERGÉRUS: ¡Deben ser vasos débiles! Vasos débiles y almas débiles. Se está usted reventando. Tenga cuidado y termine su experimento. (*Pausa*) Cree que lo odio, pero eso no es cierto. Hay una sola cosa que me interesa. Su fisiología, señor Vogler. Me gustaría hacerle la autopsia. (*Pausa*) Pesar su cerebro, abrirle el corazón, explorar un poco su circuito nervioso, sacarle los ojos.

Vergérus se ha vuelto pálido y los ojos se le agrandan. Está sentado con los brazos cruzados. A pesar de que su postura es tensa, su voz permanece completamente controlada.

EGERMAN (*de pronto*): Deténgase ahora, antes que sea demasiado tarde.

VERGÉRUS: ¿Demasiado tarde? Demasiado aburrido, quiere decir. (*Se pone de pie*) Señor Vogler, ha fracasado, pero debe estar agradecido por su fiasco. Es usted inofensivo.

OTTILIA: ¿Por qué miente?

Vergérus se vuelve y le clava la mirada. Luego se quita los lentes.

VERGÉRUS: No la comprendo, señora.

OTTILIA: Pero hemos visto que miente. Sintió usted algo que lo asustó terriblemente, pero no se atreve a decirnos lo que fue.

VERGÉRUS: Perdóneme, señora, pero no tengo nada que ocultar y ningún prestigio que proteger. ¿Quién sabe? Tal vez lamento no haber sido capaz de sentir nada.

Vogler se reclina hacia atrás en la silla y se tapa los ojos con la mano. Parece exhausto. Vergérus se vuelve hacia él con una sonrisa.

VERGÉRUS: Seguramente me ha de perdonar mi pequeña broma, señor Vogler. Estoy convencido de que su linterna mágica provoca las más asombrosas visiones.

El jefe de policía se levanta de su asiento detrás del escritorio y recoge sus papeles. Tiene aspecto de estar aturdido y un poco molesto.

STARBECK: ¿Todo anda bien? Entonces sólo se necesita el permiso del jefe de policía para que realice su espectáculo magnético.

TUBAL: ¡Señor!

STARBECK (*levanta la mano*): ¡Cálmense! Tendrán su permiso. (*Pausa*) Con una condición.

TUBAL: ¡Por supuesto! (*Preocupado*) ¿Y es?

STARBECK: Que el señor Vogler dé una función privada de su programa mañana a las diez en el gran vestíbulo.

TUBAL (*desesperado*): ¡Señor Starbeck!

STARBECK: Sólo como una verificación. En pleno día. ¿Tiene alguna objeción, señor Tubal?

Tubal guarda silencio.

STARBECK: Magnífico.

El señor y la señora de Egerman se han puesto de pie.

EGERMAN: La comida será servida dentro de una hora.

TUBAL (*perplejo*): Es un honor demasiado grande...

EGERMAN (*sonriente*): Discúlpenme. El señor Vogler y su compañía comerán en la cocina. La cocinera les mostrará sus cuartos. (*Al lacayo*) Rustan, lleva a nuestros huéspedes a la cocina.

TUBAL: Preferiríamos alojarnos en la ciudad.

EGERMAN (*cortésmente*): Es el deseo del jefe de policía que el señor Vogler y su compañía sean huéspedes de esta casa.

Egerman le vuelve la espalda a Tubal. Rustan hace una seña a los visitantes para que lo sigan. Mientras bajan las escaleras oyen carcajadas detrás de ellos.

Los tres hombres por fin cesan de reír y se sientan frente a la chimenea de leños. Ottilia permanece de pie junto al escritorio.

OTTILIA: Sí; fue un juego bastante humorístico.

EGERMAN: ¿Qué quieres decir, querida?

OTTILIA: ¿No es divertido humillar a los seres que no pueden defenderse?

EGERMAN: ¡No comprendes, criatura! El médico consejero y yo habíamos hecho una apuesta en una cuestión de enorme interés científico.

OTTILIA: ¿Una apuesta?

VERGÉRUS: Ciertamente, señora. Su marido es de opinión que las fuerzas intangibles e inexplicables existen realmente.

OTTILIA: Y usted niega esa posibilidad.

VERGÉRUS: Sería catastrófico que los hombres de ciencia se vieran súbitamente forzados a aceptar lo inexplicable.

EGERMAN: ¿Por qué una catástrofe?

VERGÉRUS: Nos llevaría al punto en que tendríamos que tomar en cuenta un... Que nos veríamos forzados súbitamente... a... lógicamente tendríamos que concebir a...

EGERMAN: Un dios.

VERGÉRUS: Un dios, si prefiere.

STARBECK: Un pensamiento grotesco y además no es moderno. La ciencia hoy en día está mejor equipada que nunca para penetrar todos los misterios más obvios.

EGERMAN: ¿Obvios?

VERGÉRUS: Todo puede tener su explicación.

EGERMAN: Usted parece muy optimista.

STARBECK: ¡Optimista! ¡Piense nada más en la electricidad! ¡En la máquina de vapor!

EGERMAN: El hecho es que, en todo caso, el magnetizador le hizo impresión.

VERGÉRUS: Le doy mi palabra de honor que no me influyó en lo mínimo.

STARBECK: ¿Todavía queda en pie la apuesta? Nadie ha ganado.

EGERMAN: Veremos mañana. ¿Quieren tomar una copa antes de la comida?

La señora de Egerman lleva oporto y lo sirve. Luego sale silenciosamente del cuarto. Vergérus la mira salir.

VERGÉRUS: Su mujer parece un poco agitada, Egerman. ¿Será la muerte de la niña que todavía...?

EGERMAN: Nos vamos al extranjero este otoño y entonces espero... *(Pausa)*
¡*Skoal*, señores!

STARBECK: *Skoal* para el doctor Vogler y su compañía magnética.

VERGÉRUS: Una compañía con una conciencia muy poco limpia, parecería.

Los tres hombres ríen y beben satisfechos.

La cocina de los Egerman es grande y se parece a una cocina de granja. Se halla situada en planta baja y sigue la forma angular de la casa. A un costado, hay una puerta que da a la escalera de piedra y al zaguán. Del otro lado dos puertas llevan al antecomedor y a las habitaciones de servicio. La puerta de entrada da directamente sobre el patio. En un rincón del recinto hay una mesa grande sobre la cual han sido colocadas cantidades de comida, cerveza y coñac.

Sara y Sanna se han ocupado de dar los últimos toques a las preparaciones. Sara cuenta veinte años, Sanna alrededor de dieciséis. En una mesita, un poco a un costado, están sentados Aman y Vogler. Terminan justamente de comer.

SANNA (*en secreto*): Creo que son gentes peligrosas y debemos cuidarnos de ellos. Tienen un aspecto horrible.

SARA (*en secreto*): No comprendes, querida Sanna, porque eres todavía demasiado joven.

SANNA: El mago mismo es completamente mudo. ¿No te parece horrible? No ha pronunciado palabra durante toda la comida.

SARA: Rustan dice que está simulando.

SANNA: Eso es peor todavía. Sabes, tengo realmente miedo.

Vogler y Aman se levantan de la mesa y salen por la puerta que da sobre el zaguán. Sanna y Sara los miran marcharse con curiosidad y respeto.

SARA: De todos modos, no tienen dinero. Sólo hay que temer a los ricos.

SANNA: A mí me parece horrible que sean pobres. Imagínate, pueden matarnos y robar todo el dinero del amo.

Se abre la puerta y entra Tubal muy animado. La abuela le pisa los talones.

TUBAL: Buenas noches, jovencitas. Me llamo Tubal, simplemente; es tan sencillo como una canción de pueblo. ¡Ahora veamos! Ésta es Sara, y ésa es Sanna.

SARA y SANNA (*con una risita*): ¿Eso cree usted?

TUBAL: ¡Voy a averiguarlo! En pocas palabras, estamos invitados a comer. ¡Allí están las obras y aquí están los huéspedes! ¿Nos sentamos?

Tubal se vuelve. Sofía Garp sale de sus dominios. Tubal se adelanta y consigue besarle la mano.

SOFÍA: Sofía Garp, cocinera de la casa.

TUBAL: ¡Mi señora! ¡Encantado! ¡Halagado! ¡Anonadado! ¡Por no decir *conquistado!*

Los ojos de Sofía adquieren una expresión peculiar. Libera su mano, se alisa el delantal y señala la mesa.

SOFÍA: Buen apetito, como decimos en esta casa.

Rustan, el lacayo de Egerman, ha aparecido de pronto desde algún rincón. Es un muchacho grueso, sin formas, dotado de buen humor y cierta energía animal. Está acompañado por Simson, el cochero de Vogler, quien se ha cambiado de ropa y está por lo tanto transformado en un joven apuesto.

Todos se sientan a la mesa y empiezan a comer en silencio. La cerveza muestra su espuma, el coñac brilla, los pasteles crujen y las grandes tajadas de pan caen suavemente. Se masca y se traga mucho; las fuentes y los vasos tintinean, los rostros se sonrojan. Nadie habla, pero el silencio está lleno de amistosa curiosidad. Tubal eructa discretamente.

SOFÍA: ¡Salud!

TUBAL: Cuando veo estas mujeres hermosas con figuras redondeadas, labios rosados y ojos relucientes; cuando veo estos jóvenes, briosos como corceles jóvenes; cuando veo nuestra mesa repleta de toda esta abundancia, entonces me siento inspirado a decir algo sobre la vida.

Dirige a Sofía una mirada arrolladora y ésta hace una inspiración tan inesperada que su corsé cruje audiblemente.

SARA: Qué hermosas palabras, señor Tubal. Diga algo más.

TUBAL: Ya viene, hija Mia, ya viene. (*Bebe*) La vida, quiero decir, es una función perfecta de magia, con efectos continuamente nuevos y sorprendentes.

SARA: ¿Puede usted hacer magia, señor Tubal?

TUBAL: Pequeña, no hablemos de cosas sobrenaturales. Gocemos en lugar de eso de la realidad, que es considerablemente más natural, por no decir

más saludable. Aquello que es secreto, aquello que está oculto, los fantasmas de los muertos, la visión del futuro que cuelga sobre nuestras cabezas con su amenazador rostro sombrío, todo esto deberíamos dejarlo a un lado, hija Mia.

SARA: ¿Sabe usted predecir el destino, señor Tubal?

TUBAL: El señor Tubal *sabe* predecir el destino.

SARA: Léame la mano, señor Tubal.

TUBAL: No, querida muchacha. Eres demasiado joven y llena de esperanza. ¡No quiero destruir tu curiosidad, tu alegría de vivir, tu cándida fe!

La voz de Tubal toma un tono clerical. Los demás comensales lo miran con respeto, todos con excepción de la abuela, que parece haberse quedado dormida con el calor de la cocina y la comida humeante. Tubal mira a su alrededor y sus ojos encuentran los de Simson.

SOFÍA: Yo diría que uno realmente *siente* sus poderes sobrenaturales, señor Tubal.

TUBAL: Se sienten, se sienten.

SOFÍA: ¡Un don maravilloso!

TUBAL: Pero una carga pesada, Sofía. Y sombría. Aquel que se ha vendido una vez se encuentra muy solo.

SOFÍA: Dios santo, señor Tubal, la hace sentir a una frío y calor al mismo tiempo debajo del corsé. (*Se ruboriza*)

TUBAL: Uno se siente solo, Sofía. Con hambre de ternura y cosas por el estilo.

SARA: Es como si oyera a nuestro pastor cuando habla; pero da más miedo.

SANNA (*llora*): Tengo tanto miedo.

SARA: ¿Por qué lloras?

TUBAL: ¡Llora, hija Mia! Sus lágrimas son como bálsamo en las úlceras cancerosas de un paria social.

SARA: Querido señor Tubal, dígame mi suerte, de todos modos.

Sara se inclina sobre la mesa, sonrojándose de excitación. Tubal le toma la mano pequeña y la mira largo rato. Ella respira con dificultad. En ese momento se abre la puerta y un hombrón corpulento entra. Está vestido de librea y tiene un rostro pálido, ovalado, un bigote caído y ojos siniestros.

SOFÍA: Siéntese, Antonsson, y sírvase. Éste es Antonsson, el cochero del señor Egerman.

TUBAL: A sus órdenes, Antonsson. Ya nos hemos conocido.

ANTONSSON (*cortés*): ¡Buenas noches!

Se quita la chaqueta de la librea, se sienta en el extremo de la mesa y atrae hacia sí la jarra de coñac.

SARA: Silencio, ahora. El señor Tubal va a hablar del futuro.

Tubal tiene en la suya la mano de la muchacha y cierra los ojos. Al mismo tiempo deja que su otra mano caiga debajo de la mesa y, como por casualidad, sobre el muslo de Sofía. Con cautela su mano realiza un indiscreto recorrido. Sofía Garp deja de respirar y abre la boca, pero se queda callada. Mientras tanto, Tubal ha empezado a profetizar con creciente pomposidad.

TUBAL: Veo una luz. Ahora se apaga. Está oscuro. Oigo dulces palabras de amor. No, no puedo repetir las. Me lo prohíbe mi sentido de la decencia. Creo que veo... Yo... Ahora es bellissimo... ¿quién puede hablar de decencia en tales momentos? Ah, es estimulante. Un joven. Monta a todo galope. ¡Es muy bello! La naturaleza misma.

Sofía se tapa la cara con las manos; la excitación la ha hecho enrojecer. La abuela se ha despertado y habla entre dientes, como contrapunto a la melodía de Tubal. Sara está sin aliento; sus mejillas arden. Sanna llora silenciosamente, reclinada contra Rustan que se halla sentado con la mandíbula caída y respira con dificultad por primera vez en su vida. Simson, joven apuesto con labios húmedos y cabellos brillantes, busca los ojos de Sara, pero ésta no lo ha advertido todavía.

TUBAL: Brillantes lágrimas de una doncella. Oh, hija Mia. El pecho agitado de la tórtola. Perdónenme por prolongar esta visión, pero no veo nada más. Dura un largo rato. (*Pausa*) ¡Largo rato!

La mano izquierda de Tubal acaricia la mitad inferior de Sofía que se agita más y más en su mitad superior. Con la mano derecha todavía tiene asida la mano de Sara, pero se queda callado. No hace sino menear la cabeza con cierta seriedad.

TUBAL: Sí, sí. (*Suspira*) No veo nada más. Pero algo se me vino a la mente: Sara, hija Mia, antes de celebrar tu festín de amor toma unas gotas de nuestra porción de amor y te deleitarás en él siete veces más.

De un estuche que tiene siempre a mano, Tubal extrae un frasco de aspecto poco común. Se lo ofrece a Sara.

TUBAL: Un regalo de la señora Afrodita Venus, la diosa del amor. Tubal no es más que el humilde repartidor.

SANNA (*agitada*): Una porción de amor.

SOFÍA: ¿Es cara, señor Tubal?

TUBAL: Es costosa, Madame Sofía, porque sus ingredientes son casi imposibles de obtener y son juntados con los mayores sacrificios.

SOFÍA: ¡Qué usted afrontó!

TUBAL: ¡En nombre de la ciencia! ¡Y en el del amor!

SOFÍA: ¿Puedo comprarle una botella, señor Tubal?

TUBAL (*mueve negativamente la cabeza*): Eso es imposible. Sus medios son demasiado escasos, Madame Sofía. Estas porciones sólo pueden comprarlas las condesas, princesas y ciertas artistas de éxito.

SOFÍA: ¡Oh!

TUBAL: Pero para usted, Sofía... bueno, por su belleza y su magnífica hospitalidad y cortesía, digamos trece chelines^[3]. Dos botellas por veinte.

Sofía asiente con la cabeza sin entusiasmo pero con determinación. Se levanta de la mesa y va a su cuarto con paso vacilante.

SARA: Tiene un olor fuerte.

Sara ha abierto la botella y olido el contenido. Mira a los otros con los ojos brillantes.

SARA: Tan fuerte, tan fuerte.

TUBAL: Es el *fluidum* mismo, hija Mia. Estimulante materializado, si se me permite que me exprese científicamente.

Sara, de pronto le ofrece la botella a Simson. Sus manos se tocan. Él huele el líquido, echa unas gotas en su vaso de coñac y bebe hasta vaciarlo.

SARA: ¿Es bueno para los hombres?

TUBAL: ¡No solamente bueno! La señora Afrodita Venus les toca el corazón con la punta de los dedos. ¡Y entonces sí que es a lo de Dios!

SARA: ¡Ay, si sólo mamá estuviera aquí!

SANNA (*llora*): Tengo tanto miedo, tanto miedo.

Sofía Garp sale rápidamente de su habitación, pone veinte chelines sobre la mesa y se queda junto a Tubal, acalorada. Éste se inclina debajo de la mesa, pero la abuela es igualmente rápida.

TUBAL (*en secreto*): La poción de amor se ha terminado. ¿Qué le damos ahora?

ABUELA: Toma ésta contra los cólicos y los juanetes. Lo más importante es el aspecto de la botella y el gusto que tiene.

Tubal pesca dos pequeñas botellas y las coloca sobre la mesa. El desgarrado Rustan se ha puesto de pie; tiene una moneda en la mano y tartamudea con perplejidad.

RUSTAN: ¿Qué puedo comprar con este chelín?

TUBAL: Una noche de amor que nunca olvidarás, pedazo de patán. (*Elige una botella.*)

ABUELA (*en secreto*): Pero eso es veneno para ratas.

TUBAL (*en secreto*): Éste no se va al otro mundo tan pronto. (*En voz alta.*) Bebe toda la botella de un golpe y sentirás un deleite más grande que el del Rey Salomón cuando gozaba con sus mil concubinas.

Rustan inmediatamente saca el corcho de la botella, la vacía, respira con dificultad y pone los ojos en blanco. Sanna llora aún más fuerte. Sofía se sienta junto a Tubal y lo mira con seriedad mientras le llena el vaso de él.

SOFÍA: Por supuesto es usted un estafador, Tubal.

TUBAL: Por supuesto, madame Sofía. Pero soy muy especial, ¿no le parece?

Ella bebe de un trago su vaso de cerveza y lo deja sobre la mesa con un golpe.

SOFÍA: ¿También es pobre?

TUBAL: Mi capital no es de este mundo.

SOFÍA: Estaba justamente pensando eso. Sería usted buen predicador.

TUBAL: Mi fe vacila...

SOFÍA: Quizá tenga razón. Este tema requiere una discusión en privado. (*En secreto.*) Voy a mi cuarto. En unos minutos salgo al patio y dé la vuelta de la casa por la derecha. Hay una puertita allí y se la abriré.

TUBAL (*entusiasmado*): ¡Es usted una verdadera mujer, Sofía!

SOFÍA: Quizá. Mi esposo murió hace ocho años.

TUBAL: ¡Mis condolencias!

SOFÍA: Era débil, pero un gran predicador en nuestra parroquia. Hacía arder nuestras almas. Abrigaba en el corazón una tormenta espiritual.

TUBAL: Eso es algo maravilloso.

SOFÍA: Quizá, quizá no.

Lo mira con severidad, pero la respiración entrecortada le mueve ostensiblemente el pecho. Tubal está ardiendo con el coñac y el fuego del infierno.

TUBAL: ¿No lleva los frascos?

SOFÍA (*tranquila pero sin desdén*): Guarde sus botellas. Puede volver a venderlas.

Las nalgas de Sofía se bambolean con dignidad mientras se dirige sin prisa fuera del cuarto. Tubal se pone nervioso, se muerde las uñas y mira en derredor con ojos vigilantes. Simson y Sara están sentados, tímidamente, en lados opuestos de la mesa. Simson ha extendido la mano hacia la joven y la mano, de ella está extendida a medio camino hacia la de él. Sanna llora silenciosa y persistentemente. Rustan se levanta y se dirige tambaleante hacia la puerta, pero cae sobre un banco junto al barril del agua. Parece muy confundido. Antonsson está sentado, inmóvil.

TUBAL (*golpea la mesa*): Casarse con Sofía. (*Bebe.*) ¡Aleluya, hermanos... y hermanas! Es concebible. Lo principal no es la fe sino el poder. Sofía sintió el poder. (*Se levanta.*) Que la paz sea con vosotros, hijos míos. Ahora el hermano Tubal va junto a Sofía y encuentra la salvación. La paz sea con vosotros.

Nadie ha oído su declaración, ni él esperó que la oyeran. Tubal ha sentido sencillamente una necesidad perentoria de aclarar su situación. Sale al patio, y cierra la puerta con cuidado. Se lo ve un momento en la ventana, antes de dar la vuelta de la esquina y desaparecer. Simson lo mira alejarse, levemente perturbado y de pronto toma la mano de Sara. Al principio ella quiere retirarla, pero se queda completamente quieta, con el rostro vuelto hacia otro lado. Sanna llora con angustia y confusión.

La abuela, que ha comido hasta hartarse, está ausente de lo que ha ocurrido a su alrededor. Se acerca a la silla, junto a Sanna y le toca el brazo.

ABUELA: ¿Por qué lloras, hormiguita?

SANNA: ¿Es usted una bruja?

ABUELA: Quizá.

SANNA: Estoy tan asustada con todo lo que ha ocurrido esta noche. (*En voz baja.*) Y usted es tan vieja y fea.

ABUELA: Cuando tengas casi doscientos años tú también serás fea, hormiguita.

SANNA: ¿Es realmente *tan* vieja?

ABUELA: Sí, por supuesto.

SANNA: ¿Usted también hace magia?

ABUELA: A veces. (*En voz baja.*) Pero hoy en día nadie cree en mis secretos de modo que debo tener cuidado. Una no debe ofender la nueva fe porque entonces la pueden meter en un manicomio. Eso es lo que dice Tubal.

SANNA: ¿Cómo se convirtió en bruja?

ABUELA: ¡Chist! No puedo decirte eso.

SANNA: ¿Ha vendido su alma?

ABUELA: Sí; quizá la he vendido.

SANNA (*vuelve a llorar*): ¡Oh, tengo tanto miedo de nuevo!

ABUELA: Ahora vete a la cama y la bruja te dará un regalo. Haz lo que te digo, hormiguita. Sólo quiero lo mejor para ti. Vamos, vamos.

Sanna se pone de pie vacilante y sale de la cocina. La abuela permanece sentada, un poco pensativa. Charla consigo misma y de pronto ve a Antonsson. Intercambian miradas sombrías.

ANTONSSON: ¿Qué está mirando tan fijamente?

ABUELA: He presenciado cantidad de ejecuciones, especialmente en mis días juveniles. (*Antonsson le clava los ojos.*) He visto a los ahorcados mirándome desde arriba. He encontrado las miradas de hombres decapitados. He conocido a varios verdugos, especialmente en épocas pasadas.

ANTONSSON: ¿Y entonces?

ABUELA: Entonces sé cuál es el aspecto de un asesino.

ANTONSSON: Nunca he ofendido a nadie.

ABUELA: No, no.

ANTONSSON: Pero quebrarle el pescuezo a usted casi sería una buena acción.

ABUELA (*se levanta*): Cuando pasé por la lavandería miré en la oscuridad. En un rincón, colgaba un cadáver de una cuerda. Me acerqué para ver quién era y lo reconocí.

ANTONSSON: ¡No le tengo miedo!

ABUELA: Era un asesino colgado de ese gancho.

ANTONSSON: ¡Ah!

ABUELA: Sí, así es. Una ve lo que ve y sabe lo que sabe. Sólo que no se gana nada con hablar de ello.

La abuela sale de la cocina, pero no se olvida de llevar consigo el estuche de Tubal. Antonsson permanece sentado a la mesa, sumido en sus pensamientos.

SARA: Qué vida debe llevar usted, señor Simson.

SIMSON: Excitante, quiere decir. Bueno, uno se acostumbra.

SARA: Todos nosotros nos quedamos aquí, día tras día. Todo es igual durante la semana entera. Algunas veces tengo un hormigueo en todo el cuerpo que me da ganas de llorar y reír al mismo tiempo.

SIMSON: ¡Nuestra vida! ¡Oh, cómo describirla! Funciones, viajes, grandes fiestas, una vida de lujo.

SARA: Por supuesto que usted conocerá a mujeres hermosas, señor Simson.

SIMSON: La magia atrae a las mujeres, sabe usted. Especialmente a las mujeres bellas, impetuosas, con instinto. Algunas veces tenemos que luchar para quitárnoslas de en medio.

SARA: ¡Oh!

SIMSON: Acabo de acordarme de una princesa rusa con ojos verdes y un pecho blanco como un lirio... Oh, bueno, hablemos de alguna otra cosa.

SARA: ¡Oh!

SIMSON: Puedo decir que he llegado a conocer bien a las mujeres. Sólo una mirada y todo está revelado.

SARA: Y piense, aquí estoy yo sentada junto a usted, señor Simson.

SIMSON: Pero usted es mona.

SARA: ¿Le parece?

SIMSON: Y soy un hombre de experiencia, diría yo. De modo que sé lo que estoy hablando. Tiene una boca preciosa, ojos bellísimos y una figura realmente linda.

SARA: ¡Mamá, auxilio!

SIMSON: ¡Por qué grita!

SARA: No sé. Pero me siento tan rara. Particularmente en el estómago. Quizá estoy enferma.

SIMSON: Es la poción de amor, por supuesto.

SARA: Pero yo no tragué ni una gota.

SIMSON: No importa. (*Rápidamente.*) La olió.

SARA: ¿Cree usted que ésa puede ser la razón? ¡Qué está haciendo!

Simson se zambulle debajo de la mesa y sale junto a Sara. Se sienta y le rodea la cintura con su brazo.

SIMSON: Ahora vamos a tomar un trago cada uno. Y entonces la señora Venus Afrodita vendrá y nos tocará. Es la diosa del amor, sabe usted. Y entonces todo será maravilloso. Uno hace lo que uno hace y uno sabe lo que uno sabe, como dice abuelita.

SARA: Creo que me está embromando, señor Simson.

SIMSON: No, hija Mia, no estoy embromándote, estoy preparando una diversión maravillosa para los dos.

SARA: ¿Y la princesa rusa?

SIMSON: ¿Es tu pecho menos blanco?

SARA: No lo creo. Pero tenía ojos verdes.

SIMSON: Ella cerraba los ojos. Tú puedes hacer eso también.

SARA (*feliz*): Entonces bebamos.

Juntan los vasos y beben la poción de amor que Simson ha servido. Para asegurarse, vuelven a beber y vacían la botella. Sara deja su vaso sobre la mesa y suspira.

SARA: ¿Qué ocurrirá ahora?

SIMSON: Ahora esperaremos.

SARA: ¿Aquí?

SIMSON (*dudoso*): No, no exactamente aquí.

SARA: Vamos a la lavandería.

SIMSON: ¿La lavandería?

SARA: ¡Por supuesto! (*Feliz.*) Hay allí grandes canastos llenos de ropa suave, limpia.

SIMSON: Quizá fuera mejor que esperáramos un rato, sin embargo. (*Palidece.*)

SARA: ¿Esperar qué?

SIMSON: El señor Vogler puede necesitar me para algo. Creo...

SARA: Qué pálido te has puesto de pronto. ¿Qué ocurre?

SIMSON: Acabo de recordar que el remedio puede tener diferentes efectos en diferentes personas. Por ejemplo, algunos hombres se convierten en leones rugientes. Ha ocurrido que casi he rajado en dos a mis mujeres.

SARA (*atraída*): ¡Qué horrible!

SIMSON: Tengo miedo de lastimarte, querida Sara.

SARA: Oh, yo no me partiré en dos.

SIMSON: Tiene efectos distintos, como ya dije. También puede uno sentir náuseas. He oído de personas que han muerto.

SARA: Y yo creo que la señora Venus Afrodita me ha tocado justamente en la forma debida. (*Ríe.*)

SIMSON: Sí, es posible. Pero yo soy mucho más sensible.

SARA: Vamos ya, no seas tonto. (*En secreto con una risita.*) No voy a comerte, pobrecito Simson.

Lo toma de la mano y sale corriendo. Se los ve un momento en el patio. El vestido claro de Sara se delinea contra el coche que aparece alto y oscuro en el crepúsculo. Antonsson se queda sentado inmóvil, levanta la cabeza y ve al pobre Rustan quien, medio aturdido, se ha acurrucado sobre el banco, cerca del barril del agua.

ANTONSSON: Beba algo y se sentirá mejor.

RUSTAN: ¡Piense! Él se la llevó así como así. Y ella ha sido siempre tan retraída.

Sanna tiene su cuartito para ella sola, debajo de la gran escalera. Una ventana triangular da al jardín. La niña se ha acostado en su estrecha cama. La abuela, que la ha seguido hasta el cuarto, busca algo dentro de su bolso negro. Por fin halla un objeto que reluce tenuemente en la luz del velador. Se acerca a Sanna en puntas de pies y coloca el objeto sobre el pecho de la niña. Es un adorno con forma de oreja. En la oreja hay un anillo y una piedra chispeante. Adherida al anillo cuelga una cadenita fina de oro.

ABUELA: ¡Chist! ¡Chist! No debes estar triste, hormiguita. Pronto entrarás en el juego. Primero abuela te da un regalo para consolarte. Chist, chist. Ahora me sentaré aquí y te cantaré para que te duermas.

SANNA: ¿Es una oreja?

ABUELA: Es una oreja. Y si le dices en secreto tus deseos a esta oreja obtendrás lo que pides. Pero sólo con una condición.

SANNA: ¿Qué clase de condición?

ABUELA: Sólo puedes desear cosas que viven, están vivas o pueden cobrar vida.

SANNA: No comprendo lo que quiere decir.

ABUELA: No, ahora no, pero no importa. Calla, calla, naricita, voy a cantar para ti. ¿Qué quieres que cante? Sé toda clase de canciones, sabes.

SANNA: Nada que dé miedo.

ABUELA (*canta*):

Un soldado marchaba con su fusil al hombro
mientras el enemigo demolía su patria
y él cumplía órdenes y en su novia pensaba.
Está radiante el sol, el aire está muy frío.
El paciente soldado marcha con paso firme.
En el cercano bosque ha surgido el ataque
y el soldado con ímpetu se empeña en la lucha,
llevado a flor de labios el nombre que ama tanto.
Se lucha cuerpo a cuerpo, pues la contienda arrecia.
Pero él odia el pillaje, por eso no lo acepta.
¡Ay, teñidas de sangre quedarán las espadas!
Muchos de esos valientes no escapan de allí.
Y cuando tras el monte la luz desaparece
el enemigo huye cubierto por la noche.
Contento está el soldado que termine la lucha

y mientras la victoria la celebran por fin
del festín que no asiste se deleita el soldado
en enviar a su novia tierna carta de amor:
«Sentí tu pensamiento guiándome en la lucha
y aquello fue sin duda lo que salvó mi vida.
Esta noche de guardia cumpliré mi deber
porque a la vez tu amor es mi celeste guardia».

SANNA (*suspira*): Esa canción es bellísima y ahora me parece que me siento mucho mejor.

ABUELA: Falta una estrofa.

El amor es confianza.
El amor es descanso.
El amor le da fuerzas
al corazón cobarde.
El amor siempre es uno.
El amor nunca es dos.
Amor para el amante
es renovada dicha.

ABUELA (*susurra*): ¿Has oído, hormiguita?

SANNA: Ya estoy casi dormida.

ABUELA: Sí, sí. (*Dice entre dientes palabras incomprensibles.*) Sí, sí.

De pronto el cuarto se llena de una luz blanca que desaparece casi inmediatamente. Sanna vuelve a despertarse.

SANNA: Ahora vendrán los truenos.

ABUELA (*escucha*): Muy lejos.

SANNA: No tengo miedo a los truenos. (*Se duerme.*)

La abuela escucha en tensión para oír otra cosa, algo que en el silencio provoca espanto.

Dando pasitos silenciosos sale al amplio zaguán. La puerta del patio está entreabierta, pero el farol encima del portón se ha apagado. Se detiene: una pequeña figura en la luz grisácea, escuchando intensamente. Se produce un relámpago silencioso; la abuela espera inmóvil y expectante. Oye unos gemidos cercanos, unos pasos que se arrastran y de nuevo silencio.

ABUELA (*entre dientes*): «Te llama abajo, te llama afuera, más allá de los muertos, los vivos, los muertos vivos, más allá de las manos levantadas».

Se humedece el dedo, garrapatea unos signos sobre la pared y empieza a subir, una sombra gris sin substancia en la inmóvil luz grisácea.

Contiguo a la lavandería con sus grandes tinas y el olor a sótano y humedad se halla el cuarto de planchar. En medio del recinto hay una máquina de planchar, abultada y monstruosa. Junto a ella, una canasta enorme, llena de ropas con olor a fresco, a recién lavadas. También hay, en un rincón, un cajón de manzanas de invierno, y en la ventana angosta y alta, se ve un nido de pájaro.

SIMSON: Hace mucho calor aquí.

SARA: ¿No huele bien? Es la ropa blanca recién planchada con el olor a lavanda del armario, y las manzanas de invierno en el cajón, allá. En la ventana hay un nido de pájaro.

SIMSON: Sigue haciendo un maldito calor, de todos modos.

SARA: Estás temblando.

SIMSON: Hace tanto calor.

SARA: Entonces quítate la chaqueta.

Sara lanza una risita y desaparece en la oscuridad. Luego abre la puerta que da sobre el patio. En ese instante se produce el tercer relámpago, esta vez seguido por un lejano trueno.

SIMSON: Cierra la puerta.

SARA: No; quiero verte.

SIMSON: He perdido un zapato.

Sara vuelve a reír tontamente, luego se pone seria. Simson busca en la oscuridad.

SARA (*de pie junto a la puerta*): Veo que Rustan y Antonsson están todavía sentados en la cocina. Y hay luz en el cuarto de huéspedes donde duermen el señor Aman y el señor Vogler.

SIMSON: Sara.

SARA: ¿Dónde estás? No te veo.

SIMSON: En la canasta de ropa blanca. Donde dijiste que debíamos estar.

Simson se ha sentado en la enorme canasta de ropa blanca y se ha puesto cómodo. Sara de un salto se coloca junto a él.

SARA: Pues bien.

SIMSON: Por supuesto, sería fácil para mí seducirte, Sarita.

SARA: ¿Eso crees?

SIMSON: Estoy completamente seguro. Pero uno se pone más viejo con los años y más considerado, si es que me comprendes.

SARA: Si hago un esfuerzo grande, creo que podría comprender.

SIMSON: Uno aprende a no pisotear las cosas así, sin más. No cortar todas las flores que crecen a la vera del camino.

SARA: Bueno, por lo menos puedes olerías.

SIMSON: Sólo me inclino sobre los frágiles pétalos y luego sigo mi camino.

SARA: ¿Por qué hablas tanto?

En ese momento hay otro relámpago, pero esta vez los truenos vienen más seguidos y más fuertes.

SARA: ¡Oh, tengo miedo de los truenos!

Echa el brazo alrededor del cuello de Simson y gime.

SIMSON: Quédate tranquila, por favor. Me tienes a mí.

SARA: Eso es muy, muy tranquilizador.

SIMSON: ¡Oh!

SARA (*susurra*): ¡Qué!

SIMSON: La poción de amor.

SARA: ¿La sientes mucho?

SIMSON: ¡Oh, sí! Estoy transpirando como un camello.

Relámpagos y truenos en la distancia.

SARA: Vuelven los truenos. Apriétame fuerte.

SIMSON: ¡Hay un nudo difícil!

SARA: Te ayudaré. No, no mires.

SIMSON: Oh, ¿deberías desabotonar ese botón? Esto es muy difícil.

El género cruje y la canasta chilla. Sonrisas y respiraciones entrecortadas. Dos suspiros tiernos.

SARA: No parece que tuvieras mucha experiencia, querido Simson.

SIMSON: He estado en el extranjero la mayor parte del tiempo, sabes.

SARA (*ríe*): Oh, tengo que reírme.

SIMSON: ¿Por qué te ríes?

SARA: Ahora la señora Venus Afrodita me toca con la punta de los dedos.

¿No es verdad? ¿No era así?

SIMSON: Chist, chist.

No llegan a ver una figura pálida que se tambalea por el patio, ni oyen un quejido sordo que parece salir del purgatorio.

La canasta grande chilla en forma desacostumbrada.

Las llamas de las lámparas vacilan dentro de la cocina. Sombras inquietas rebotan de las paredes y los utensilios. Rustan está reclinado contra el barril del agua, presa del doble tormento de un dolor de estómago y mucha melancolía.

Antonsson sirve coñac.

ANTONSSON: Ese hombre, Vogler.

RUSTAN: Esa clase de persona debería ser azotada. Hay algo especial en los estafadores. A uno lo provocan sus rostros.

ANTONSSON: ¿Rostros?

RUSTAN: Exactamente. Ver un rostro como el de Vogler me enfurece. Tengo ganas de pegarle.

ANTONSSON: ¿El rostro de Vogler?

RUSTAN: Hay algo especial en esos rostros. ¿Comprende lo que quiero decir, Antonsson? Uno debería pisotearlos. Rostros como los de Vogler y Aman y la vieja...

Rustan lanza un grito de horror y cae hacia atrás cuando trata de ponerse de pie. El barril del agua se desploma y el suelo se inunda. Antonsson extiende los brazos en un súbito movimiento, pero no alcanza a levantarse. La puerta se ha abierto de golpe, la lámpara se ha apagado con la súbita corriente de aire, y una enorme figura vacilante, con facciones humanas, llena todo el

cuarto durante un instante. Un hacha se clava en la mesa con un golpe sordo, junto al hombro de Antonsson. Rustan grita como un loco y se arroja al suelo.

La gigantesca figura desaparece con la misma rapidez con que apareció. Después de unos minutos de inenarrable espanto, Antonsson consigue encender una vela.

Rustan está sentado en un lago. Tiene los ojos vidriosos de terror. Antonsson agarra el hacha y corre al zaguán, pero no hay nadie allí.

RUSTAN: Un fantasma.

ANTONSSON: O el diablo mismo.

RUSTAN: ¿Dónde está el coñac?

ANTONSSON: ¿Dónde está el coñac?

RUSTAN: La jarra ha desaparecido.

ANTONSSON: ¿En el suelo?

RUSTAN: No.

ANTONSSON: ¿Dónde?

RUSTAN: ¡El fantasma se llevó el coñac!

El gran vestíbulo es un recinto rectangular en el segundo piso con un cielo raso un poco bajo, revestido de arce oscuro y dinteles pintados. Las ventanas dan sobre la calle. En la pared opuesta cuelgan retratos de familia, una larga hilera de guerreros, obispos, funcionarios, matronas y mercaderes. El suelo está cubierto por una alfombra de precio y del techo cuelga una araña pesada, antigua. Unas pocas velas están encendidas, pero iluminan sólo parcialmente el amplio aposento.

Vogler y Aman están atareados en montar el espectáculo del día siguiente. La abuela entra con sus pasitos cortos y se sienta en un cajón largo y negro.

ABUELA: ¿Qué están haciendo?

AMAN: Nos preparamos para la función de mañana.

ABUELA: Uno ve lo que ve y uno sabe lo que sabe. Aquí dentro no huele bien.

Hoy huele a rancio, pero mañana huele a podrido, y entonces es mejor retirarse.

AMAN: Todavía no podemos escapar de aquí.

ABUELA: Bueno, alguien va a morir, quizá tú, quizá yo.

Agarra su bolso negro con más fuerza, arrimándose al cuerpo.

AMAN: No se quede ahí sentada cacareando.

ABUELA: Albert es un idiota, y tú, pobre criatura, te comportas tontamente a pesar de tu buen sentido. Nadie oye a la abuela. La culpa es de ustedes.

La anciana desaparece, como tragada por la oscuridad.

Aman la mira cuando se va, pero vuelve a su trabajo. Han desempacado parte de los aparatos y armado varios decorados sencillos y pantallas. En la pared, no muy grande, del cuarto, han colgado unas cortinas oscuras pintadas con signos astrológicos. Todo el conjunto tiene aspecto raído, aun en la escasa luz del recinto.

Ocasionalmente, durante la escena siguiente, un relámpago llena de pronto la habitación: la tormenta de la noche de verano.

Se abre una puerta y la señora Ottilia Egerman entra llevando una lámpara. Por la puerta se puede ver a Egerman, Vergérus y Starbeck sentados a la mesa.

La señora de Egerman cierra la puerta, se detiene, algo perpleja, y coloca la lámpara sobre la mesa.

OTTILIA: Espero que les dieron bien de comer en la cocina. (*Pausa.*) Pensé que necesitarían, quizá, un poco más de luz.

Se queda de pie y mira fijamente a Vogler. Aman deja su trabajo y se vuelve hacia él.

AMAN: Voy a desempacar en el cuarto de huéspedes.

Aman recoge su chaqueta y sale. Vogler está preocupado con una pequeña caja cuadrada de hojalata en la cual se ha montado una lámpara. De pronto, una cara socarrona y astuta aparece en una de las pantallas.

OTTILIA: ¡Oh!

La imagen se transforma, se torna romántica.

OTTILIA: Qué hermoso.

La imagen oscila y desaparece y el rostro extraño y socarrón vuelve a aparecer.

OTTILIA (*repentinamente*): Tal vez se pregunte por qué estoy vestida de negro, señor Vogler. Mi hija murió la primavera última.

Vogler se inclina sobre la linterna mágica. Una diminuta espiral de humo sube desde la chimenea de la caja de hojalata.

OTTILIA: ¡Señor Vogler!

Vogler se endereza y se queda escuchándola con respeto. La señora de Egerman da un paso hacia adelante.

OTTILIA: Debe usted perdonar a esa gente, quiero decir por haberlo humillado. No pueden comprenderlo, y por eso lo odian.

Vogler guarda silencio.

OTTILIA: ¡Yo lo comprendo!

Da otro paso hacia él.

OTTILIA: ¿Quién es usted realmente?

Ni Vogler ni la señora de Egerman ven que una puerta se ha abierto detrás de la cortina. Sobre la tela fina, un rectángulo de luz y una sombra aparecen de pronto. Luego la luz se mueve, la sombra se aleja danzante. Otra vez queda a oscuras, pero una mano levanta con cautela una punta de la cortina y aparece un rostro. Es el señor Egerman que espía a su mujer.

OTTILIA: Lo reconocí en seguida cuando lo vi. Me puse terriblemente excitada. Perdóneme por ser tan franca. Pero casi nunca hablo.

Se tapa la boca con la mano y los ojos se le llenan de lágrimas. Se vuelve hacia otro lado durante un momento, pero sigue hablando.

OTTILIA: No, no debería llorar. No tenemos tiempo para lágrimas. He suspirado por usted. Mis pensamientos han estado con usted continuamente. ¡He vivido su vida! Sin embargo, lo vi por primera vez hoy. (*Sonríe.*)

Vogler permanece inmóvil. La señora de Egerman pone su mano sobre la de él. Está muy junto a él y habla con voz apenas audible.

OTTILIA: Tal vez esté riéndose silenciosamente de mí. No me importa. Mi amor es lo suficientemente grande para los dos.

La señora de Egerman lanza un profundo suspiro y aprieta la mano de Vogler contra su corazón.

OTTILIA: Ahora comprendo por qué ha venido. Sienta cómo late mi corazón.

Vogler la mira.

OTTILIA (*vehemente*); Explicaré por qué murió mi hija. Lo que Dios quiso decir. Por eso ha venido. Para aliviar mi pena y levantar el peso que llevo en los hombros.

Se deja caer en una silla y se tapa el rostro con las manos. Vogler se sienta silenciosamente sobre el cajón negro. Baja la cabeza y se mira las manos. Luego cierra el puño, tanto que sus uñas lastiman la piel y le brotan gotas de sangre.

OTTILIA: Mi pobre marido no sabe nada. ¡Cómo podría *él* comprender!

Su agonía se acrecienta mientras goza las dulzuras de la traición.

OTTILIA: ¿Verdad que hace un calor terrible esta noche? Ha sido un día agobiador. He sentido tanto malestar.

Se inclina hacia Vogler y susurra jadeante, pero sin mirarlo.

OTTILIA: Mi marido se acuesta dentro de una hora. Tiene el sueño muy pesado y le di un somnífero en su última copa. Vendrá usted a verme a las dos. Yo duermo del otro lado del corredor, frente a los cuartos de huéspedes.

Se pone de pie y está pronta para marcharse, pero se detiene. Cae de rodillas y aprieta la boca contra la mano de Vogler.

OTTILIA: Déjeme besar sus manos. No; quiero hacerlo. Quédese quieto. ¡Oh!
¡Se ha lastimado!

Se levanta tambaleante.

OTTILIA: Mi marido y yo hemos dormido en cuartos separados desde la muerte de nuestra hija.

La cortina se mueve levemente mientras la señora de Egerman desaparece por la puerta. Vogler permanece sentado sobre el cajón, con la vista clavada en su mano. La linterna mágica flamea y echa humo, y la cara torcida todavía resplandece débilmente sobre la pantalla.

De pronto una figura surge de entre el bosque de sombras del recinto. Es el actor Johan Spegel que se queda de pie, bamboleante, con la jarra de coñac de Antonsson debajo del brazo.

SPEGEL: No estoy muerto, pero ya he empezado a aparecerme como fantasma. A decir verdad, creo que soy mejor fantasma que ser humano. Me he tornado *convinciente*. Nunca lo fui como actor.

Extiende la mano, atajando el rayo de luz de la linterna mágica. Forma una sombra sobre la pantalla.

SPEGEL: La sombra de una sombra. (*A Vogler.*) No se preocupe por mí, señor. Ya estoy en estado de descomposición.

Desaparece entre las sombras tan silenciosamente como llegó. Vogler se adelanta unos pasos para seguirlo. Se encuentra detrás de la pantalla, donde las sombras son más densas, cerca de la cortina con el zodíaco y los signos secretos. El rostro de Spegler está vuelto hacia la oscuridad.

SPEGEL: He hecho un solo ruego en mi vida. Utilízame. Manéjame. Pero Dios nunca comprendió en qué esclavo fuerte y devoto me había convertido. De modo que tuve que seguir sin que me usaran. (*Pausa.*) Dicho sea de paso, eso también es mentira. (*Pausa.*) Uno camina paso a paso hacia la oscuridad. El movimiento en sí es la única verdad.

Repentinamente tambalea y sale del otro lado de la pantalla. Por un momento su sombra se cierne agigantada. Luego se desploma contra el cajón

negro. Es una caída recia, que lo deja medio muerto.

SPEGEL: Cuando creí que había muerto me atormentaron sueños horribles...

Vogler abre la tapa y deja que el cuerpo sin vida se deslice dentro de la caja. El doble fondo se abre como agua oscura y se traga el cadáver. Vogler entonces empieza a apagar las luces de la araña y la linterna mágica.

Egerman regresa a la mesa que está puesta en el comedor: una habitación más pequeña en el segundo piso. Vergéus y Starbeck se han demorado, bebiendo el excelente coñac del dueño de casa.

STARBECK (*a Egerman*): Está un poco pálido, me parece. ¿Ha visto algún fantasma?

EGERMAN: Estoy un poco cansado, nada más.

VERGÉUS: Es natural. Le deseo muy buenas noches. Lo mismo a la señora.

EGERMAN: ¿Sabe el camino de su dormitorio?

VERGÉUS: No es la primera vez que tengo el placer y el honor de ser huésped en su casa.

Starbeck permanece en el comedor, ebrio, con ojos llorosos y el rostro relajado. Su expresión de sarcasmo ha desaparecido y ha sido reemplazada por una especie de estupidez abotagada.

STARBECK: Egerman, venga y siéntese. Tomemos otra copa.

EGERMAN: Justo lo que estaba pensando.

STARBECK: Lo único que puede hacerse cuando el jefe de policía da una orden es obedecer.

Los tres cuartos de huéspedes están en fila a lo largo de un corredor que, a su vez, conduce a la escalera principal. En el preciso instante en que Vergéus va a entrar en su dormitorio, advierte que una de las otras puertas está entreabierta. Se acerca de puntillas al rayo de luz y se detiene, oculto en la oscuridad del corredor.

Aman, el ayudante de Vogler, está adentro pero muy cambiado. Tiene puesto un corsé y una larga enagua y anda de un lado al otro del cuarto como si esperara a alguien. De cuando en cuando, se detiene y escucha.

Vergéus, con el bastón, abre la puerta. La mujer se vuelve hacia él.

VERGÉRUS: Qué extraño milagro magnético. El talento del doctor Vogler ha ganado mi mayor estimación.

MANDA: Soy su esposa.

VERGÉRUS: ¿Y por qué esta mascarada?

MANDA: Nos busca la policía y tenemos que disfrazarnos para que no nos reconozcan.

VERGÉRUS: ¿Por qué no abandona todo este asunto?

MANDA: ¿Dónde iría?

VERGÉRUS: Permítame que le diga un secreto. Durante toda la noche he estado luchando contra un extraño sentimiento de simpatía por usted y su marido.

MANDA: Eso no parece muy probable.

VERGÉRUS: Cuando entraron en el cuarto me gustaron ustedes en seguida. Su rostro, su silencio, su dignidad natural. Esta parcialidad de mi parte es muy deplorable, y no se la hubiera confesado si no estuviera un poco ebrio.

MANDA: Si ése es su sentimiento debería dejarnos en paz.

VERGÉRUS: No puedo hacer eso.

MANDA: ¿Por qué?

VERGÉRUS: Porque ustedes representan algo que es lo que más aborrezco.

Manda lo mira interrogativamente.

VERGÉRUS: Lo inexplicable.

MANDA: Entonces puede de inmediato terminar su persecución, señor Vergéus, porque nuestras actividades son un fraude desde el principio basta el fin.

VERGÉRUS: ¿Un fraude?

MANDA: Simulación, falsas promesas, y doble fondo. Mentiras miserables, putrefactas y nada más. Somos los pillos más ridículos que puede usted encontrar.

VERGÉRUS: ¿Su marido comparte esa opinión?

MANDA: Él no habla.

VERGÉRUS: ¿Es verdad eso?

MANDA: ¡Nada es verdad!

Esta salida se ha producido en un súbito, reprimido arrebató. Rápídamente recupera el dominio de sí misma y se acaricia el rostro con las dos manos. Vergérus la mira. Está interiormente excitado, pero su rostro permanece tranquilo.

VERGÉRUS: Su marido no tiene ningún poder secreto. No; tal vez no. No tuvo la menor influencia sobre mí en su primer intento. Sólo sentí una fría expectativa. Fracasó.

MANDA: No tiene sentido alguno.

VERGÉRUS: De modo que debería sentirme despreocupado.

MANDA: Sí, por supuesto, siéntase despreocupado. Podemos probar nuestra incapacidad tantas veces como quiera.

VERGÉRUS: Me parece que usted lamenta este hecho. (*Manda guarda silencio,*) Como si deseara alguna otra cosa. (*Manda no contesta. Vergérus ríe.*) Pero los milagros no ocurren. Siempre es el aparato y el hablar lo que tiene que hacer el trabajo. El clero tiene la misma triste experiencia. Dios guarda silencio y las gentes charlan.

MANDA: Si sólo una vez...

VERGÉRUS: Eso es lo que todos dicen. Si sólo una vez. Para los sin fe, pero sobre todo para los que creen. Si sólo una vez.

MANDA: Si sólo una vez... eso es verdad.

VERGÉRUS: Dice usted que tiene miedo.

MANDA: Sí.

VERGÉRUS: ¿De mí también?

MANDA: De usted especialmente.

VERGÉRUS: Eso es halagador.

MANDA: Uno puede tolerar su voz y su mente aguda.

VERGÉRUS: Pero ¿de qué tiene miedo entonces?

MANDA: De su simpatía, su sonrisa.

Vergérus ríe. Sueña casi como un ataque de tos. Se quita los lentes y los mira muy de cerca.

VERGÉRUS: Es usted probablemente la única persona sensata de la compañía. ¿Por qué continúa en un camino que sólo puede llevarla a la deshonra y la cárcel? (*Manda no contesta*) ¿Siempre ha sido así?

MANDA: No.

VERGÉRUS: ¿Tal vez creyó usted antes?

Manda, en silencio, asiente con la cabeza.

VERGÉRUS: Porque creyó que era útil y que su actividad tenía un sentido.

MANDA: Eso fue hace mucho tiempo.

VERGÉRUS: ¿Por qué no renuncia antes que sea demasiado tarde, señora?

MANDA: Es inútil.

VERGÉRUS: Quiere decir que su marido...

MANDA: Quiero decir que es inútil. No hay camino para retroceder ni hay ningún desvío. (*En voz baja*) No para nosotros.

VERGÉRUS: A pesar de esto, tengo una propuesta. Cuando se canse de sus magnetismos, puede verme a mí. Prometo ayudarla de una manera u otra.

MANDA: ¿Y mi marido?

Vergérus se encoge de hombros.

MANDA: Estoy muy agradecida.

Se vuelven. Vogler está de pie en el vano de la puerta.

VERGÉRUS: Me retiraré en seguida.

Toma su bastón y pasa junto a Vogler al salir al corredor, luego se detiene y sonríe.

VERGÉRUS: Una última pregunta. ¿Podemos esperar alguna otra revelación o el teatro magnético del doctor Vogler ha agotado sus recursos?

Vogler de pronto pone la palma de la mano sobre el pecho de Vergérus y lo hace volver al cuarto. Le da un fuerte empujón que lo hace tambalear y caer sobre la cama. Entonces Vogler cierra la puerta y da un paso adelante. Vergérus quiere asir su bastón, pero Vogler es más rápido. Lo toma en sus manos, lo rompe sobre su rodilla y arroja los pedazos a Vergérus.

MANDA (*perentoriamente*): No lo toques.

Furioso y jadeante, Vogler mira fijamente a Vergérus quien se levanta de la cama.

VERGÉRUS: Me hace usted un honor demasiado grande, verdaderamente, señor Vogler. La fidelidad de su esposa es rayana en la locura.

MANDA: ¡Váyase ya, por amor de Dios!

VERGÉRUS: Usted cree que su marido desea matarme. ¿Quiere matarme, señor Vogler?

MANDA: ¡Váyase!

VERGÉRUS: ¿Me odia? Y a mí me agrada. Esto es realmente muy estimulante.

MANDA: ¿Por favor, quiere marcharse?

VERGÉRUS: Me iré. (*Hace un saludo*) Buenas noches, Madama. (*A Vogler*)
¡Buenas noches, señor... doctor!

Sale.

Vogler cierra de un portazo la puerta detrás de él, y da pasos por el cuarto como un animal enjaulado, se detiene, se recuesta contra la pared, se golpea la parte de atrás de la cabeza varias veces contra la jamba de la puerta. Manda lo dejó solo y se queda sentada inmóvil con el rostro vuelto hacia otro lado.

Por fin el ataque ha pasado, la tensión cesa. Vogler se tranquiliza.

Manda empieza a desvestirse. Vogler se sienta ante el espejo y, con cuidado, se afloja la barba, las cejas y la peluca. Cuando Manda se ha puesto el camisón, se acerca a Vogler y se queda detrás de él, mirándolo, en el espejo. Él se queda sentado, acurrucado, con un rostro despejado, inexpresivo.

MANDA: ¿Recuerdas aquel verano en Lyon cuando ganamos tanto dinero y compramos una casa de campo y pensamos dejar de viajar? (*Vogler asiente con la cabeza*) Luego vendimos la granja y compramos el coche y los caballos. En Kiel vendimos todas mis alhajas y casi todas nuestras ropas. Dijiste que sería práctico que me vistiese con trajes de hombre. Nadie nos reconocería. Y sería más abrigado también. También empezaste a hacerte el mudo.

VOGLER: Fue Tubal quien...

MANDA: ¿Recuerdas al Gran Duque, en la corte de Köten, que se enamoró tanto de mí que prometió recomendarnos a Su Majestad el Rey de Suecia? Creíste que yo te había traicionado y le diste una azotaina al duque. (*Vogler asiente con la cabeza*) Luego tuvimos que pasar en la cárcel dos meses antes de que el duque nos perdonara. Fue muy magnánimo y prometió recomendarnos a la Corte de Suecia, de todos modos. ¿Crees que lo hizo? (*Vogler mueve negativamente la cabeza*) Yo

tampoco. ¿Recuerdas cuando los católicos nos contrataron para que realizáramos milagros en Ascona? Inventamos siete nuevos milagros y curamos peregrinos durante tres semanas. Cuando Tubal llegó con la cuenta, el cura nos llamó herejes y nos amenazó con la condena eterna, el destierro y la persecución eterna.

Manda se dirige a la cama. Vogler se pone el camisón y se acuesta junto a ella. Ella apaga la vela de la mesa de noche. Se produce un largo silencio.

VOGLER: Los odio. Odio sus rostros, sus cuerpos, sus movimientos, sus voces. Pero también tengo miedo. Entonces me siento impotente.

Manda vuelve la cabeza hacia él.

VOGLER: Quiero gritarles, o golpearlos, o rogarles. Pero nada me ayuda. Sólo hay vacío y silencio.

MANDA: ¿Y si yo te dejo?

VOGLER (*sin amargura*): ¿De veras?

MANDA: La época en que creíamos realmente que sanábamos a las gentes. Que había algún sentido en lo que hacíamos.

VOGLER: Entonces llegó Tubal. Y ganamos dinero.

MANDA: Entonces llegó Tubal. Las personas empezaron a reírse de nosotros. Sospechaban de nosotros. (*Pausa*) Como estafadores no teníamos mucho éxito. Había otros más hábiles. (*Pausa*) ¿Estás dormido?

Vogler se yergue sobre el codo y se inclina sobre su mujer.

VOGLER (*furioso*): Oye, sé todo eso. Y ya lo he oído antes. Pero estoy harto de tus malditas quejas. Vete por tu camino, si prefieres. De todos modos, no importa.

MANDA (*con tranquilidad*): ¡Albert Emanuel Vogler!

Vogler aprieta la cabeza contra el hombro de ella. Ella vuelve la cabeza hacia la ventana.

La señora de Egerman se ha acostado sobre la cama. Las cortinas se mueven levemente en la brisa nocturna. El reloj de una iglesia, en alguna parte, da las dos. El reloj del escritorio le hace eco con un repique liviano. Un velador arroja una luz suave. La puerta se abre lentamente y la llama vacila. Alguien entra silenciosamente en el cuarto, pero se detiene en la oscuridad.

OTTILIA (*susurra*): De modo que vino después de todo.

Se yergue sobre el codo y ofrece la mano. El hombre se acerca. Ella se deja caer de nuevo sobre las almohadas y cierra los ojos. Cuando una sombra cae sobre su rostro, mira hacia arriba.

Marido y mujer se contemplan en silencio.

OTTILIA: ¿Qué vas a hacer?

Egerman: Depende.

OTTILIA: No soy culpable. Fue él quien me sedujo.

El rostro de Egerman súbitamente tiene una mueca de ira.

OTTILIA: Tienes la intención de golpearme.

EGERMAN: Sí, la tengo.

OTTILIA: No te atreverías...

Él levanta la mano para castigarla, pero se detiene. Ella lo mira con súbito desdén.

OTTILIA: No te atreves a golpearme. Eres un infeliz.

Entonces la castiga. Ella cae hacia atrás y se tapa la boca con la mano. Sus labios se abren, las lágrimas tiemblan en sus pestañas; una leve sonrisa le ilumina la cara. Egerman se sienta pesadamente sobre la cama. Se enjuga la frente con un pañuelo.

OTTILIA: Me sangra.

EGERMAN (*cabizbajo*): Perdóname.

Se pone de pie para irse. Ella permanece sentada en la cama.

OTTILIA: No; no te vayas.

Egerman se vuelve.

OTTILIA: Quédate conmigo...

El domingo por la mañana a las diez, Albert Emanuel Vogler despliega su Teatro Magnético de Salud en el gran vestíbulo de la casa de Egerman. La

función se realiza a la luz encandilante del sol y frente a un público cuidadosamente elegido. La dueña de casa se halla sentada en un confortable sillón. El cónsul Egerman está de pie reclinado contra el respaldo del sillón de su mujer. Otilia tiene una pequeña hematoma en la sien.

También está presente el Consejo Médico Real, Vergéus, quien se ha sentado en un rayo de luz con los brazos cruzados, con el sol reflejándose en sus gruesos lentes. Del otro lado del dueño de casa está sentada la esposa del jefe de policía. Es una matrona rosada con facciones hinchadas, relajadas. El jefe de policía está de pie como una estatua detrás del sillón de su mujer, gordo, pero muy derecho, con señales en el rostro de la copiosa bebida de la noche anterior. En la puerta que da a la escalera se han reunido los sirvientes: Sara, Sanna, Rustan y Antonsson, el cochero.

Adelante de la cortina con los signos astrológicos, que tiene aspecto remendado y gastado a la luz del sol, el magnetizador Vogler y su mujer aparecen, vestidos con trajes extravagantes. Tubal habla sin cesar, como un charlatán de feria. Simson aparece a intervalos regulares desde atrás de las pantallas pintadas.

TUBAL: El poder que fluye de nuestro magnetismo se encuentra con el poder que irradia el *aura* del señor Vogler, como nosotros le llamamos. Entre estas dos fuerzas gemelas, la de la naturaleza y la del yo, el ayudante del señor Vogler flotará libremente en el aire.

Mientras tanto Manda se acuesta en una plataforma que está apoyada en cuatro patas flojas. Tubal la cubre con un paño polvoriento y manchado. Vogler asume una actitud de concentración. Arruga la frente, se tapa la cara con las manos, extiende los brazos como para dar la bendición y baja la cabeza.

TUBAL: En este momento el señor Vogler retrocede a través de miles de años, buscando el poder fundamental que los sabios usaron otrora en beneficio de la humanidad. ¡Silencio, señoras y señores! ¡Requerimos toda su atención!

Hace un ademán dramático para obtener silencio. Sofía Garp se estremece secretamente y cierra las manos.

Sanna empieza a llorar, pero Sara extiende el brazo y la acerca a ella.

TUBAL: Ha ocurrido que el ayudante del señor Vogler cayera al suelo. Una vez —fue ante el duque de Nápoles— se lastimó seriamente.

Tubal respira hondo y mira a su alrededor. Vogler parece estar en el punto culminante de su concentración. Tubal se inclina hacia adelante, y con sumo cuidado suelta la plataforma debajo del cuerpo de Manda. Con un amplio ademán de mago, Vogler retira el paño negro y por un momento le parece al público que Manda está flotando en el aire. Entonces Starbeck se inclina hacia adelante y, con su bastón, empuja a un lado la pantalla más cercana. Éste gira hacia un costado sobre sus goznes y revela a Simson, transpirado y con el rostro abotagado, que enérgicamente hace contrapeso con cuatro sogas negras que están a su vez sujetadas a una angosta tabla negra sobre la cual descansa Manda. Cuando Simson ve que lo han descubierto, se desconcierta en tal forma que suelta las sogas.

Manda cae al suelo y el público estalla en incontenibles risotadas. Tubal se inclina en un profundo saludo y levanta la mano, exigiendo silencio.

TUBAL: Señoras y señores, les agradecemos su aplauso y esperamos que nuestras pequeñas artimañas les gusten realmente. Ahora vamos a mostrarles algo mucho más fabuloso. Una prueba que ha adquirido fama mundial, en la cual los extraños poderes del señor Vogler y su ayudante dan una prueba aún más tangible de los aspectos diabólicos del orden de nuestro mundo.

Señala con el índice al público.

TUBAL: ¿Nos haría el favor, alguna de las damas presentes, de adelantarse?
¿Una mujer de corazón puro y pensamientos bellos?

La señora de Starbeck se apresura a adelantarse con una carcajada. Hace una profunda reverencia a Tubal y Vogler. El jefe de policía extiende la mano para sujetarla, pero ya es tarde.

Tubal coloca en primer plano una silla extrañamente tallada y pide a la señora de Starbeck que se siente. Luego le ajusta un par de imanes en las muñecas. La señora de Starbeck halla todo esto muy divertido y ríe entre dientes sin cesar. Pero el marido no está divertido. Los demás espectadores la animan con gritos.

TUBAL: Este es *el momento de la verdad absoluta*. Por obra del poder de los imanes, la señora de Starbeck está liberada de todas las simulaciones y cada palabra que diga será la pura verdad.

Vogler se ha sentado a la derecha de la señora de Starbeck y Manda a la izquierda. El magnetizador la toca muy levemente con la punta de los dedos. La señora de Starbeck sigue riendo.

MANDA: Señora de Starbeck ¿cuánto dinero le da su marido para sus gastos personales?

STARBECK (*furioso*): Protesto contra esta jugarreta.

VERGÉRUS: Un momento, señor. No olvide que está usted sacrificándose por la ciencia. (*Risas*)

MANDA: ¿Cuándo se casó usted, señora?

SEÑORA DE STARBECK: No soy casada. (*Risitas ahogadas*) ¡Oh, no! Qué terrible. ¡Soy demasiado joven!

MANDA: ¿No es usted casada con el señor Starbeck?

SEÑORA DE STARBECK (*ríe*): El señor Starbeck es una zanahoria.

STARBECK: ¡Terminen con esta vergonzosa exhibición!

SEÑORA DE STARBECK: Todos los sábados el señor Starbeck va a una casa de tolerancia. Come como un chanco y ventosea en la mesa.

STARBECK: ¡No me oyen! (*A Vogler*) ¡No la deje seguir! (*A Manda*) ¡No la deje seguir!

SEÑORA DE STARBECK: El señor Starbeck usa peluca. El señor Starbeck apesta. El señor Starbeck es hediondo.

STARBECK: ¡Por lo menos piensa en nuestros pobres hijos!

SEÑORA DE STARBECK (*con una risita*): Muchas veces me he preguntado cuántos de ellos son realmente de Starbeck. Aunque unos cuantos de ellos son feos y estúpidos. ¡El señor Starbeck es un chanco!

De pronto, la señora de Starbeck deja de reír y mira a su alrededor con los ojos muy abiertos. El rubor le sube al rostro engordado y la boca empieza a temblarle.

SEÑORA DE STARBECK (*con seriedad*): Tengo que ir a casa en seguida. He dejado un asado en el homo. No, por favor quédate, querido. Necesitas un poco de diversión.

Menea sus hombros gordos como si tuviera frío, vuelve a su sillón con dignidad y recoge su abrigo.

SEÑORA DE STARBECK: ¿No he dicho nada tonto, verdad? (*Ríe*) Piensen lo asombrosos que son estos trucos. Adiós, Starbeck. Vendrás a casa para la comida, presumo. No, no, amigo mío, no soy vengativa. ¡No debes pensar eso!

Ríe entre dientes y hace una reverencia rápida a los presentes. Vergérus, se inclina en un profundo saludo y Egerman la acompaña hasta la puerta.

Starbeck mira fijamente al frente con una expresión de furia.

TUBAL: Nuestro último número se llama «La Cadena Invisible». ¿Quiere adelantarse alguno de los caballeros? Cuanto más fuerte mejor. ¡Adelántese el Goliath, dondequiera que esté!

EGERMAN: ¡Antonsson!

ANTONSSON: Yo no, señor.

EGERMAN: Es una orden.

Antonsson se acerca a Vogler malhumorado. Tubal le da palmadas en hombros y emplea palabras alentadoras, pacificadoras.

TUBAL: Espléndido hombre. Nada peligroso, nada doloroso. Respire solamente con tranquilidad. ¡Señoras y señores, Antonsson es una bestia! ¡Pero su fuerza física no es nada, comparada con el poder espiritual del señor Vogler! Ayudante, ¿quiere atar a este hombre con las «cadenas invisibles»?

Manda simula que levanta pesadas cadenas de una mesa y que sujeta a Antonsson de pies y manos. Vogler se ha sentado. Ni siquiera mira a Antonsson que está de pie, quieto y estúpido, con la cabeza gacha.

MANDA: Sus manos están encadenadas juntas y sus pies también. La cadena está sujeta a la pared.

Antonsson mira a Manda. Luego vuelve la mirada hacia Vogler. El vestíbulo está invadido por un silencio tenso, casi atemorizado. Antonsson levanta las manos y trata, de un tirón, de separarlas, pero no puede, luego hace un nuevo intento. Palidece, empieza a jadear con el esfuerzo y con la

boca abierta trata de respirar. Da unos pasos, pero las cadenas invisibles lo detienen y cae. Se retuerce, se sacude, se pone tenso como un arco. Luego levanta los brazos derechos como garrotes y se precipita sobre Vogler para aplastarlo, pero la cadena que lo sujeta a la pared lo tira para atrás. Le sale espuma de la boca y tiene los ojos inyectados en sangre.

Después de unos minutos de lucha estéril, cae al suelo como un animal degollado, estira el cuello y echa la cabeza hacia atrás. Está inmóvil y jadeante; los ojos parecen saltársele de las órbitas. Vogler permanece sentado completamente quieto durante toda esta lucha. Parece casi ausente. Los espectadores observan en silencio, fascinados por la horrible demostración. Vogler levanta la cabeza y mira el reloj de la pared. El minutero señala las seis y la manecilla de las horas está entre las diez y las once. El sol encandila sobre la blancura de las cortinas.

Por fin el reloj toca unas campanadas livianas, pero sonoras. Antonsson afloja sus cadenas y yace inmóvil. Vogler se inclina sobre él. Entonces Antonsson levanta una mano con ademán de imploración. Vogler no se aleja, sino que se acerca aún más. De pronto, Antonsson le echa las manos al cuello y con la rapidez del relámpago atrae a Vogler hacia sí. Vogler trata de liberarse pero no puede. Antes que nadie tenga tiempo de dar un paso o hacer un movimiento, el mago yace inmóvil. Con pesada rapidez, Antonsson se pone de pie de un salto y se precipita fuera del recinto.

La señora de Egerman grita y se desmaya.

Esta es la señal para un desorden general. Vergéus y Egerman cargan a la señora de Egerman y la llevan fuera del vestíbulo. Sofía agarra firmemente a Sanna y la empuja afuera, a la escalera. Starbeck grita a Rustan que debe seguir al asesino, pero Rustan vacila. A los pocos minutos el vestíbulo queda vacío.

Después de más o menos cinco minutos, Egerman, Vergéus y Starbeck regresan al vestíbulo. Rustan está apostado delante de la puerta, todavía pálido y tembloroso.

Starbeck se sienta a la mesa. El consejero médico hace un rápido examen del muerto que yace en el suelo donde cayó. Tubal está sentado, jadeante, sobre el cajón negro, que se halla contra la pared. Simeón resopla tristemente en un rincón y Manda está sentada en el suelo junto a Vogler.

VERGÉUS: No hay duda que el hombre está muerto.

Arroja un paño sobre el cuerpo de Vogler y se vuelve hacia Starbeck quien, con aire de importancia, escribe algo en un papel.

STARBECK: En mi informe tengo la intención de presentar la responsabilidad de Antonsson por lo ocurrido como inexistente o casi nula. Ni puede esperarse un castigo puesto que ninguna persona emparentada con el señor Vogler ha presentado una denuncia. Si, contrariamente a lo que podemos esperar, éste fuera el caso, el asunto será examinado cuidadosamente y se tomarán medidas especiales para investigar las deudas que Vogler haya contraído durante sus actividades. Deudas que pueden sumar cantidades considerables. ¿Alguien tiene alguna objeción?

Nadie contesta.

STARBECK: Si nadie encuentra ninguna razón para protestar por el informe antes mencionado, el caso quedará finiquitado.

TUBAL: ¿Qué quiere decir eso, si me permite preguntarlo?

STARBECK: Eso quiere decir que puede irse al diablo si eso le divierte, señor Tubal.

TUBAL: Le agradezco su consejo, señor. ¿Qué harán con Vogler?

STARBECK: De acuerdo con la ordenanza sobre autopsias en lugares privados y públicos, el mencionado Albert Emanuel Vogler será, en su debido tiempo, disecado según lo dispuesto por el médico consejero, Anders Vergéus, y el jefe de policía, Frans Starbeck. La autopsia se hará inmediatamente a expensas de las autoridades municipales, para propósitos científicos.

TUBAL (*saluda*): Estamos muy agradecidos.

STARBECK: Ya me parecía.

Tubal vuelve a saludar.

STARBECK: Entonces ya es hora de llevar al señor Vogler arriba, a la buhardilla, donde se realizará la autopsia. Por razones científicas el médico consejero desea examinar el cadáver tan pronto como sea posible.

TUBAL: ¿Exactamente como en las ejecuciones?

STARBECK (*sonriente*): Quizá. Podemos llevarlo en ese cajón negro sobre el cual está usted sentado, señor Tubal.

Starbeck se pone de pie y recoge sus papeles. Luego se acerca a Manda.

STARBECK: Si cree usted que va a tener dificultades financieras, señora de Vogler, puedo recomendarle una excelente «casa» en la calle Luntmakare

donde tengo cierta influencia.

MANDA: Le agradezco su consideración.

STARBECK: Mi mujer tiene curiosos estados de ánimo ¿no le parece?

Le vuelve la espalda. Mientras tanto Tubal y Simson han colocado el cuerpo de Vogler en el cajón negro.

Hay algo ominoso en el silencio de la tarde, en la luz del sol y el tictac de los relojes. Es bueno estar en la cocina con Sofía. Ésta se halla sentada a la mesa y tiene una guitarra en los brazos. En el otro extremo de la mesa están sentados Rustan y Sanna.

RUSTAN (*en secreto*): ...y entonces tuvimos que llevar el cajón a la buhardilla. Y entonces el médico consejero con el jefe de policía cargaron el cuerpo de Vogler y lo colocaron sobre una mesa y empezaron a desvestirlo.

SARA (*en secreto*): ¿Qué es lo que van a hacer?

SIMSON: Cortar el cuerpo y extraer las tripas, serrucharle la cabeza y mirarle el cerebro. Y la sangre brota y brota.

SARA: Imagínate si se despierta y se levanta mientras está bajo el cuchillo y se baja de la mesa y viene por la escalera. Piensa si entrara aquí y nos mirara con las cuencas de los ojos ensangrentadas.

SANNA: ¡No deberías hablar así! (*Empieza a llorar*)

RUSTAN (*conmovido*): No tengas miedo, Sanna. Yo te protegeré.

SOFÍA: Lo mejor que podemos hacer es cantar una canción sobre la confianza en el Señor.

TUBAL: Tienes razón Sofía. ¿Qué cantaremos?

Tubal se muestra servil, adulón. Sofía menea la cabeza pensativamente y afina la guitarra. Luego empieza a cantar con voz clara y firme. Simson extiende la mano para asir la de Sara, pero ésta la retira.

SIMSON: ¿Has cambiado de opinión?

SARA: ¿Cambiado de opinión? Nunca te prometí nada.

SIMSON: Te diré una cosa... anoche estabas que ardías.

SARA: Cállate la boca. ¿Quieres avergonzarme? Anoche era anoche y hoy es sábado.

Sara mira a Rustan, quien rodea los hombros de Sanna con su brazo. Sanna se reclina confiadamente sobre el pecho angosto de Rustan. Sara suspira con sentimentalismo. Simson está abatido. Tubal ha entrelazado las manos sobre su estómago y mira y mira el techo con expresión cavilosa. Sofía interrumpe la canción.

SOFÍA: ¿Qué estás mirando tan fijamente?

TUBAL: ¿Yo?

SOFÍA: Tú. ¿Está sucio el cielo raso o qué te pasa? ¿Estás preocupado por algo...?

TUBAL: Todo es inútil, Sofía. (*Sonríe con la boca torcida*)

SOFÍA: Quiero decir, ahora que se han terminado tus actividades como estafador.

TUBAL: Es la voluntad de Dios.

SOFÍA: No digas estupideces. ¡Tubal! Estás atrapado, ése es el asunto. El Señor ha permitido que Sofía te arreste.

TUBAL (*asustado*): ¡Arrestarme!

SOFÍA: ¿Te asustaste? Es mejor que lo pesque a uno la policía celestial y no la terrestre.

TUBAL (*con cautela*): ¿Tú dices eso, Sofía?

SOFÍA: Esta noche irás conmigo a la parroquia y darás fe de lo que digo.

TUBAL (*con mayor cautela aún*): ¿No es un poco apresurado?

SOFÍA: Ven a mi cuarto, Tubal. Tenemos que pensar en tu testimonio. Debería ser privado y la expresión cabal de lo que tienes en el corazón.

Tubal suspira.

SOFÍA: Bueno ¿cuál es tu opinión? (*Se pone de pie*)

TUBAL (*cede*): Está bien, está bien.

Sofía se dirige a su cuarto y Tubal se apresura a seguirla. Echan llave a la puerta. Simson suspira. Sara reclina la cabeza en las manos. Sanna y Rustan han cerrado los ojos y no están en este mundo.

Las campanas de la iglesia anuncian que es domingo.

La buhardilla es bastante grande y se extiende sobre toda la casa. Las vigas del techo se vislumbran en la penumbra. El piso está hecho de tablones rústicos. La mayor parte del espacio se halla ocupado por muebles y una

variedad de cosas apiladas contra la pared y el techo. Cómodas, arañas, viejas estatuas, cuadros, libros, juguetes. Apoyado contra un alto reloj de pie, un enorme espejo barroco refleja y agranda las dimensiones del recinto. En medio del cuarto hay una sencilla mesa de madera. Sobre la mesa yace un cuerpo cubierto con una sábana. Debajo de la mesa se ve el amplio cajón negro en el cual ha sido transportado el muerto.

Vergérus y Starbeck están inclinados sobre un pequeño escritorio cubierto de papeles y plumas de escribir. El sol que entra por la ventana de la buhardilla enmarca a los dos hombres y la mesa de la autopsia en un rectángulo de ardiente blancura. Starbeck lee un documento, apresuradamente y a media voz. Transpira por el calor del sol y se enjuga la frente de cuando en cuando con un pañuelo grande. Vergérus escucha con expresión pensativa.

STARBECK (*lee*): ...y los abajo firmantes, de la autopsia del arriba mencionado Vogler, no han podido hallar ninguna peculiaridad o anormalidad y deben por lo tanto caracterizar los fenómenos que han ocurrido comprometiendo al arriba mencionado Vogler, como accidentales y por consiguiente de ninguna consecuencia y, en todo caso, de importancia tan mínima que escasamente reclaman una mayor atención de la ciencia. Estocolmo, en fecha catorce de julio del año 1846.

VERGÉRUS: ¿Eso es todo?

STARBECK: Eso es todo.

VERGÉRUS: Gracias por su inapreciable ayuda. Le enviaré una copia del informe en cuanto haya completado el original.

STARBECK: ¿Viene usted? Deseo que me firme el informe.

VERGÉRUS: Lo veré mañana por la mañana.

STARBECK: Buenas tardes.

VERGÉRUS: Buenas tardes.

Durante la conversación han bajado juntos las escaleras de la buhardilla y están en ese momento detenidos en el vestíbulo del último piso. Las puertas que dan al amplio vestíbulo han quedado abiertas.

Adentro, se ve a Manda embalando los aparatos y utilería de la compañía Vogler.

Cuando oye la conversación, escucha con profunda atención durante un momento, pero en seguida continúa con su trabajo.

Los dos hombres se separan. Vergérus vuelve a la buhardilla, en tanto que Starbeck sigue por las escaleras y una vez abajo sale al patio.

El coche está allí todavía. En el estribo del vehículo se halla sentada la abuela, encaramada como un pájaro negro.

STARBECK (*amistosamente*): Bueno ¿qué ocurrirá con abuelita ahora?

ABUELA: Los cerdos pequeños y gordos no deberían gruñir demasiado fuerte. Pueden perder los jamones.

STARBECK (*pausadamente*): No tengo resentimiento, pero tengo buena memoria, sobre todo de las fisonomías.

ABUELA: «Fue la primera vez que la mosca largó una ventosidad y no perdió la rabadilla»... Eso solía decir mi abuela.

STARBECK: Eres una vieja insolente.

ABUELA: Su más humilde servidora.

STARBECK: ¡Ten cuidado! Hay instituciones y establecimientos para personas tales como tú y tus canallas.

ABUELA: No puede ser usted desconsiderado con una vieja cuya cabeza le flaquea.

STARBECK: Sólo le digo que debería tener cuidado.

ABUELA: Por supuesto. Dele mis saludos a su esposa, de paso.

Starbeck tiene intención de contestarle, pero decide que es más sabio tragarse las palabras. Se vuelve y se aleja a grandes pasos, pero de pronto da un traspié. Se le cae el sombrero, junto con la peluca.

ABUELA: Ay, ay, creo que perdió la cabeza. (*Ríe como cacareando*)

Starbeck mira a la vieja, enfurecido. Sube de prisa a su coche y parte.

La abuela permanece sentada y ríe para sí. Una urraca desusadamente grande llega volando y se posa en el patio justo delante del coche. La anciana, fastidiada, escupe cuidadosamente a la urraca que la ignora y salta sobre una de las varas del vehículo. La abuela murmulla entre dientes algo ininteligible y se desliza del asiento. Con pasitos presurosos cruza el patio, entra en la lavandería y cierra la puerta. Aprieta el bolso negro contra su cuerpo.

De pronto su vista cae sobre algo. Es Antonsson, que se ha ahorcado en un rincón oscuro del local.

La vieja se queda quieta un rato y atisba con temor por la puerta. Luego se trepa a un barril, busca la daga de Antonsson y corta la soga que lo mantiene colgado.

La señora de Egerman se ha acostado. Su rostro, hinchado por los efectos del *shock* emocional, tiene una expresión completamente franca e indefensa. Ha colocado una de sus manos sobre el corazón en un ademán rígido y dramático. La ventana se halla abierta a la tarde de verano y las cortinas delgadas se mueven con la brisa. A la izquierda de la cama, el cónsul Egerman sentado, oculta su rostro entre las manos. El silencio se prolonga.

OTTILIA: ¿Quieres hacerme un favor?

Egerman levanta la cabeza.

OTTILIA: Por favor, para el reloj.

Egerman obedece.

OTTILIA: ¿Oyes qué silencioso está todo?

EGERMAN: Sí, muy silencioso.

OTTILIA: ¿Qué están haciendo con él?

EGERMAN: Trata de descansar un poquito.

OTTILIA: ¿Por qué permitiste que ocurriera?

EGERMAN: ¡Yo!

OTTILIA: ¿Querías vengarte?

EGERMAN: No sé de qué estás hablando. Vergéus me sorprendió con su propuesta de hacer una autopsia inmediata. Yo no dije ni que sí ni que no.

OTTILIA: Querías vengarte.

EGERMAN: En ese caso, es una extraña forma de venganza.

OTTILIA: Sí; es muy extraña.

EGERMAN: Venganza. (*Quedamente*)

OTTILIA: No puedo soportarlo.

La voz de Ottilia se quiebra en un sollozo convulsivo. Luego vuelve a quedarse quieta con los ojos cerrados.

Manda está en el gran vestíbulo, oyendo el silencio y el tictac del reloj. Luego furtiva y rápidamente sale con suma cautela al pasillo, cierra la puerta de la buhardilla y silenciosamente le echa llave.

Vergéus está todavía arriba en la buhardilla y no reacciona cuando se cierra la puerta. Sentado e inclinado sobre los papeles pone su firma al pie del

informe con una pluma de ave raspante. Cuando está por volver a mojar la pluma en el tintero se detiene.

Un ojo humano lo mira desde arriba del tintero.

Se siente más sorprendido que asustado, y después de unos momentos de vacilación, levanta el tintero que contiene la trémula aparición.

En el mismo instante, el informe de la autopsia cae al suelo. Deja el tintero sobre la mesa y trata de recoger los papeles. Entonces el reloj detrás del espejo empieza a sonar rápida y repetidamente, pero se interrumpe con la misma brusquedad y queda silencioso. Vergérus murmura algo para sí, trata de arreglar los papeles, mira de cerca los números de las páginas. Con la mano derecha sujeta firmemente los papeles, y la izquierda descansa sobre la mesa.

Otra mano se apoya silenciosamente sobre su mano izquierda.

Vergérus mira larga y pensativamente este extraño fenómeno.

La mano que se ha posado sobre la suya está cortada, amputada. Se suelta con cuidado y se pone de pie.

VERGÉRUS (*para sí mismo*): Mucho calor aquí arriba debajo del techo... un momentáneo mareo...

Baja por la pequeña escalera hasta la puerta de la buhardilla. Está cerrada con llave.

Empieza a traspasar. Mueve la manija de la puerta para arriba y para abajo, pero sin resultado. Se queda ahí, pensativo.

VERGÉRUS (*murmura entre dientes*): ... alguna clase de herramienta...

El espejo barroco reluce opacamente en la penumbra. Se acerca y se encuentra con su propia imagen fuertemente iluminada por la luz del sol.

Se alisa el pelo y endereza sus lentes; trata de enfocar su imagen en el espejo, pero ve algo más allá en el fondo del cuarto, detrás de él. Es un rostro que flota informe sobre el cadáver. Un rostro deslumbrador, con luz interior, con facciones pálidas, tensas y una mirada de odio. Cuando se vuelve, la visión desaparece inmediatamente. Corre junto al muerto y retira la sábana de un tirón, pero todo está igual... muerto y tangible.

VERGÉRUS: ... nada más que un momentáneo...

Entonces le arrancan los lentes que son arrojados a un costado, en la oscuridad. No puede reprimir un grito de dolor, se lleva las manos a la cara y da un paso atrás. Después de unos instantes se ha tranquilizado, se quita las manos del rostro y trata de orientarse con miradas de miope.

VERGÉRUS: Esto es un sueño o me estoy volviendo loco. Pero ni por un segundo aceptaré la idea de que puedo estar perdiendo la razón. Me sentaré aquí y esperaré hasta despertar.

El gran reloj detrás del espejo ha empezado a andar lentamente y con un tictac desaparejo. La puerta del péndulo se abre sobre el oscuro hueco vacío. Vergérus mira a su alrededor con enorme curiosidad.

VERGÉRUS: Esto es realmente muy interesante...

Trata de ver lo que refleja el espejo. De nuevo está el rostro flotando detrás de él en la penumbra. De pronto, una mano se extiende hacia su cuello, pero él da un paso atrás y respira jadeante. En ese preciso instante, se oye un violento estampido y el espejo se hace trizas. El rostro desaparece inmediatamente.

Vergérus tambaleante retrocede hacia la mesa, contiene el aliento y escucha en el silencio opresivo. Oye que alguien respira muy cerca de su oído; luego pasos livianos, rápidos sobre las tablas del piso. Vuelve el silencio. Un silencio inconmensurable, abrumador. Se queda inmóvil y trata de penetrar la penumbra.

VERGÉRUS: No es otra cosa que el silencio y el rostro.

Da unos pasos vacilantes, alejándose de la mesa. Una mano se extiende de nuevo desde la oscuridad y le toca el cuello. Entonces el miedo lo domina, abrumador e irresistible. Corre hacia las escaleras, da un traspies en el primer escalón, rueda por la escalera, se arroja contra la puerta, la golpea y grita. Finalmente se deja caer, se agazapa junto a la puerta como un animal. Entonces oye pasos ligeros detrás de él. Una sombra enorme, informe, se inclina sobre él y de nuevo ve el rostro, pálido y lleno de odio. De nuevo la mano se acerca y le toca el cuello.

En ese instante la puerta se abre. Lo primero que ve es a la señora de Vogler quien está allí de pie, oculta a medias por la jamba de la puerta.

MANDA: Déjalo tranquilo.

Dice esto a Vogler, quien está sin disfraz y vestido con los harapos del actor Spegel. Vogler agarra a Vergérus del pelo, le hace volver la cara hacia la luz y lo mira con detenimiento.

VERGÉRUS: Me dio un susto, nada más, un leve temor a la muerte. Nada más.
Ninguna otra cosa.

MANDA: Déjalo tranquilo, te digo.

Vogler lo suelta.

El cielo se ha nublado y está oscuro. Vuelve a llover con un murmullo monótono. Vogler y su mujer empiezan a guardar sus aparatos y decoraciones. Desarman las pantallas y cortinas, los imanes y utilería. Todo va embalado en las grandes cajas.

MANDA: Voy a buscar a Tubal.

Sale. Vogler sigue desmantelando, da un puntapié a un soporte, mira con fastidio una caja llena de placas de vidrio rotas, las arroja en la pila de objetos estropeados y mellados.

La lluvia golpea contra los cristales de las ventanas y el gran vestíbulo está oscuro.

En la cocina, sin embargo, el ambiente es agradable. Rustan y Simson juegan a los naipes. Sofía Garp pela patatas y las echa en una olla grande. Sanna y Sara están atareadas en la cocina y Tubal dormita sentado en la silla-hamaca, cuidando al gato. Todos levantan la cabeza cuando Manda entra.

MANDA: Simson ¿vaya por favor a preparar los caballos? Nos vamos en seguida.

SIMSON: Pero yo...

Simson se pone de pie con tristeza y con la cabeza gacha. Sara simula que está más interesada en el asado que ha puesto en el horno que en la decisión de Simson de obedecer.

MANDA: ¿Quiere tener la bondad de ayudarnos con el embalaje, señor Tubal?

Sofía se compone la garganta.

TUBAL: Me quedo aquí. Mi camino es otro. (*Sofía pela*) Uno debería vivir para el *más allá*, como dice Sofía. Para una meta más alta, comprende usted, más significativa y menos aparatosa.

Se mece despaciosamente en la silla, buscando palabras en una voz suave, mientras sigue acariciando el lomo del gato. Sofía pela sus patatas sin favorecerlo siquiera con una mirada.

MANDA: Adiós, señor Tubal, y buena suerte. (*A Sofía*) Permítame felicitarla por su adquisición.

Sofía mira a Manda de arriba abajo.

Vogler carga una de las grandes cajas y la lleva hasta la escalera. La señora de Egerman, en ese preciso instante, sube al piso superior y se detiene como petrificada, mirando con ojos de azoramiento atemorizado esa figura que conoce, pero que no reconoce. Detrás de ella sube Egerman. Está por decirle algo a su mujer, pero se queda boquiabierto de estupefacción y temor. Un largo silencio.

VOGLER: ¿Puedo pedir un poco de dinero? (*Pausa*) No tenemos nada, ni un chelín. ¡No tenemos un cobre! Pueden por lo menos darnos algo por la función de esta mañana.

Deja el cajón en la escalera y extiende la mano hacia la dueña de casa, que retrocede.

VOGLER: ¡Me miran como si nunca me hubieran visto! Y sin embargo creyó usted que éramos «almas gemelas», señora de Egerman. Quería que yo le explicara su vida. ¿No es así?

Ottilia (*mueve negativamente la cabeza*): Nunca lo he visto antes. No lo conozco. ¡Salga de esta casa!

VOGLER: Estaba disfrazado en ese momento. ¿Hace eso una diferencia? Señora, por favor pídale a su esposo que nos ayude. No necesitamos mucho.

OTTILIA (*retrocede*): No; no me toque.

Corre escaleras abajo y se arroja en brazos de su marido, buscando protección. En ese momento, Vergérus aparece en el descanso superior.

VOGLER: ¡Señor Vergérus! ¡Ayúdeme, por favor! Hable a su amigo, el jefe de policía, para que podamos irnos de la ciudad. Prometo que no volveremos aquí jamás. Se lo ruego. ¡Ayúdenos!

VERGÉRUS: Me interesaría saber a quién he disecado realmente.

VOGLER: A un pobre actor que no deseaba otra cosa que lo disecaran y lo rasparan hasta limpiarlo todo.

VERGÉRUS: Y le prestó usted su rostro. Tomó su lugar en el piso del vestíbulo. Nunca estuvo muerto. ¿Ni siquiera inconsciente, quizá?

VOGLER (*humilde*): Fue un truco barato.

VERGÉRUS: Pero, no obstante está usted seguro que es el magnetizador Vogler.

VOGLER: Creo que sí.

VERGÉRUS: ¿No el actor o alguna tercera o cuarta persona?

VOGLER: Está bien, puede usted despreciarme, señor, pero ayúdeme. Dijo usted que tenía simpatía...

VERGÉRUS: Me gustaba más el rostro de *él* que el de usted. Suba y busque su barba postiza y sus cejas, y disfrácese para que yo pueda reconocerlo. Entonces tal vez sea posible discutir nuestros problemas.

VOGLER: Es usted desagradecido, señor. ¿Acaso no me he esforzado más allá de mis poderes habituales con tal de darle una experiencia?

Vergérus extrae del bolsillo una moneda y se la ofrece a Vogler.

VERGÉRUS: Fue una función lastimosa, pero por supuesto hay que pagársela.

Deja caer la moneda a los pies de Vogler, sigue bajando la escalera y se acerca a Egerman.

VERGÉRUS: ¡Mire detenidamente a ese pordiosero que está en la escalera y dígame si no he ganado la apuesta!

EGERMAN: Tiene razón. He perdido.

Vogler se endereza y levanta su cajón.

La lluvia cae con violencia en el patio. Simson acaba de preparar los caballos y Manda sale arrastrando varios sacos voluminosos.

Vogler alza su cajón y lo coloca debajo del pescante.

Manda sube al coche y se detiene sorprendida.

La abuela ha cortado el tapizado interno del coche con un cuchillo y está atareada extrayendo una cantidad de bolsitas de cuero que coloca con cuidado dentro del bolso negro, también de cuero, que siempre lleva consigo. Tiene mucha prisa y habla mientras trabaja.

ABUELA: ¿Qué? No; no seguiré con ustedes. ¿Miras mis bolsas y te sientes intrigada? Pues bien, mira. Son seis mil *ricksdalers* que abuelita ha juntado a través de los años y enterrado aquí y allá. ¿No me crees?

Abre una de las bolsitas y una pila de brillantes monedas se desparrama en su mano. Se las muestra a Manda.

ABUELA: ¡Los remedios de abuelita! Las gentes pagan cualquier cosa por el amor, ¿no sabías eso, eh?

MANDA: ¿Y qué hará con todo ese dinero?

ABUELA: Eso no te concierne. Pero si quieres saberlo, voy a comprar con él respetabilidad. (*Susurra*) Una botica, por ejemplo. (*Susurra*) Una botica para especialidades.

Ha juntado sus bolsitas y las cuenta. Hace un saludo con la cabeza a Manda y abre su enorme paraguas. Se acerca Vogler que está por salir de la casa.

ABUELA: Adiós, Albert. Me voy. Eres estúpido y descuidado. Siempre lo he dicho. Uno debería conocer sus limitaciones.

Tubal deja la hamaca y se acerca a la ventana. Sara está ya allí. Los dos suspiran, cada cual a su manera.

TUBAL: Sí; ahora siguen su camino.

SARA (*casi llorando*): Sí; ahora él sigue su camino.

TUBAL: Sin aparato, sin dinero, sin abuelita y sin Tubal. La compañía se va al infierno.

SARA: Por supuesto.

TUBAL: Y la policía estará siguiéndoles los talones en un abrir y cerrar de ojos. Ah, ah, es una suerte que me aparté de ellos a tiempo.

SARA (*llora*): Yo también lo creo.

TUBAL: «Uno debe cuidar sus piojos para que no se resfríen»... eso decía mi tía, y tenía razón.

Sara vuelve la cabeza y mira dentro de la cocina. Sanna y Rustan se hallan detrás del fogón; creen que nadie los ve. Se besan.

SARA (*triste*); ¡Ay, madre querida! Esto es una locura.

TUBAL: Sofía dice que este mundo es vano. El demonio sabe, quizá fue creado con esa intención.

Sofía ha terminado de pelar las patatas. Con su brazo vigoroso levanta la enorme pava y la coloca sobre el fuego y se limpia las manos en el delantal. Echa una rápida mirada hacia la ventana y vuelve a limpiárselas sin necesidad.

SOFÍA: Ahora que se va la canalla, no la echaré de menos.

TUBAL: Yo tampoco.

SARA: Yo tampoco.

Sofía se dirige a la puerta de su cuarto y se vuelve.

SOFÍA: Ven, Tubal.

TUBAL: ¡Otra vez, Sofía! Yo...

Sofía lo mira.

TUBAL: Ya voy, Sofía. Ya voy.

La puerta se cierra. Sara mira a Sanna y Rustan. El gato maúlla. La lluvia corre por el patio y por los vidrios de la ventana. Simson trepa al pescante del coche.

Vogler y Manda han subido al coche que cruje y se balancea. Entonces Sara sale corriendo bajo la lluvia, salta por encima de un charco y abre de golpe la portezuela del coche. Se queda de pie allí, empapada y suplicante.

SARA: Amables y bondadosas personas, ¿puedo ir con ustedes? (*Pausa*) No sé lo que me ha pasado, pero probablemente he perdido la cabeza. (*Pausa*) Debe ser la poción de amor. (*Llora*) Porque no puedo pensar del modo que decidí que *debía* pensar.

Simson permanece sentado en el pescante del coche como un soldado de madera y no se atreve a mirar a Sara. La lluvia chorrea de su enorme

sombrero.

MANDA: Corre y busca tus cosas. Apresúrate.

SARA (*grita*): Simson querido, voy contigo.

SIMSON (*grita*): Yo te ayudaré.

Salta del pescante y corre detrás de la muchacha.

La lluvia rebota en el empedrado, corre por el techo y los costados del coche, encuentra cómo introducirse por las ranuras y agujeros, brota por el piso, chorrea por el tapizado y los paneles.

Manda se muerde los nudillos. Vogler está reclinado en su asiento con los ojos cerrados; parece exhausto e indiferente.

MANDA: Si sólo consiguiéramos salir de la ciudad, podríamos escapar.

Instalarnos en alguna parte, en algún lugar dejado de la mano de Dios, e inventar nuevos trucos. Si sólo consiguiéramos irnos.

Mira hacia afuera. Sara y Simson han desaparecido.

La señora de Egerman está de pie, muy pálida, junto a la ventana del dormitorio. La silueta del marido aparece detrás de ella.

En la ventana de la escalera, se puede ver al consejero médico Vergéus. Su expresión es de tranquila indiferencia.

Sanna y Rustan se hallan junto a la ventana de la cocina delineados por un trémulo resplandor.

En el dormitorio de la cocinera están Tubal y Sofía. Pero desaparecen después de unos minutos.

MANDA: ¿Por qué no vienen? Tenemos que irnos. Si sólo consiguiéramos salir de esta ciudad. ¡Oh, es demasiado tarde! Es demasiado tarde.

Se oye un ruido inusitado en las calles: el repiqueteo de cascos de caballos y el estruendo de ruedas de carreta.

Tres carruajes negros se detienen y obstruyen el paso. De dos de ellos baja una rápida fila de uniformes. De pronto, el patio entero está lleno de agentes de policía. Finalmente aparece Frans Starbeck vestido con uniforme de gala y capa.

Sara y Simson salen a la escalera, pero se detienen como petrificados.

Un agente saluda al señor jefe de policía, quien inmediatamente entra en la casa. La portezuela del coche se abre y el policía hace una señal a Vogler y

su mujer para que bajen inmediatamente. Vogler se envuelve en una vieja frazada porque todavía sigue vestido con los harapos del actor. Cuatro agentes montan guardia alrededor del coche. Algunos cuidan la salida.

Dos sargentos acompañan a Vogler y su esposa por las escaleras hasta el último piso, seguidos por miradas sorprendidas y curiosas. Entran en el gran vestíbulo.

Allí ya se han reunido muchas personas. Los dueños de casa, el jefe de policía, el consejero médico, Tubal y Sofía, Sanna y Rustan. Sara y Simson y varios agentes de policía en las puertas.

Siarbeck se compone ruidosamente la garganta y luego guarda silencio.

SOFÍA: Tuviste suerte, Tubal.

Tubal hace una inspiración y mira el cielo raso; es difícil decir si está expresando gratitud. Starheck frunce el ceño y señala a Vogler.

STARBECK: ¿Quién es usted, señor?

Vogler no contesta.

VERGÉRUS: Es el magnetizador Albert Emanuel Vogler, a quien creíamos que habíamos disecado hace unas horas. Pero el señor Vogler nos hizo trampa con un procedimiento muy especial. Es probable —y tengo el cuidado de decir probable— que sea el señor Vogler el que está ahí envuelto en una frazada.

STARBECK (*pálido*): ¿Es verdad lo que dice?

VERGÉRUS: Por lo que podemos saber nosotros, sí. ¡Por lo que podemos saber nosotros!

Starbeck da un paso atrás y se deja caer en una silla. Extrae un pañuelo de gran tamaño del bolsillo y se enjuga la frente. Se ha producido un silencio general y llena de asombro.

STARBECK (*con voz ronca*): ¡Estoy salvado!

Domina su emoción y se pone de pie en seguida. Busca en los bolsillos y encuentra un papel que despliega. Inmediatamente empieza a leer con voz temblorosa.

STARBECK: Por orden de Su Majestad tengo el placer de informaros lo que sigue. Su Majestad el Rey ha expresado su deseo de presenciar una de las funciones magnéticas del señor Vogler. Por consiguiente, ordeno que conduzcáis al antes mencionado Vogler al Palacio Real con el fin de realizar los arreglos necesarios para el espectáculo de esta noche, que debe desarrollarse inmediatamente después de la comida real. Despachado en el Palacio Real, Estocolmo, el catorce de julio de 1846 d. de J., por el Gran Mariscal de la Corte.

Starbeck guarda silencio y vuelve a enjugarse la frente. Hace con el documento un ademán enérgico y se compone la garganta.

STARBECK: Apresúrese, doctor Vogler. Todos están esperándolo. Ya es hora de irnos.

Vogler que ha estado sentado con la cabeza gacha, se pone de pie lentamente y mira al uno y al otro. Luego se dirige hacia la puerta. Starbeck corre para adelantársele y se la abre. Los policías se ponen en posición de atención. La atmósfera está cargada, pero solemne. Vogler se detiene en la puerta y mira a su alrededor.

VOGLER: Recojan el resto de los aparatos y envíenlos a palacio. Tengan cuidado; son objetos caros.

STARBECK: Por supuesto, doctor. ¡Por supuesto!

VOGLER: Entonces, vamos.

Bajan las escaleras en procesión. Starbeck corre adelante sin dar completamente la espalda a Vogler. Las personas de la casa se han reunido en las ventanas para ver la partida.

La lluvia ha cesado de repente y el sol envía sus rayos esporádicamente entre nubes negras. Sara y Simson trepan al pescante del coche.

Simson da un latigazo ceremonioso a los caballos. La portezuela del coche se cierra de golpe.

SARA (*sensual*): Mi queridísimo Simson.

SIMSON: Ahora no, por amor de Dios. (*En secreto*) ¡Esta noche!

El coche se balancea al salir por el portón, da vuelta la esquina lentamente y trepa por las calles montuosas, que brillan en el sol de la tarde.

Los otros carruajes lo siguen.

De esta forma el magnetizador Albert Emanuel Vogler hace su entrada triunfal en Palacio.

*Estocolmo,
junio 4 de 1958.*

CRONOLOGÍA DE LAS PELÍCULAS DIRIGIDAS POR INGMAR BERGMAN

Abreviaturas: P. Productor; G. Guión; F. Director de fotografía; P. I. Principales intérpretes.

Nota: Los títulos han sido traducidos directamente del sueco o son los usados en los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Argentina. El título sueco figura entre paréntesis.

- 1945 CRISIS (Kris)
P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman, de una pieza de teatro por Leck Fischer: «La madre animal»; F. Gösta Roosling, P. I. Inga Landgré, Dagny Lind, Marianne Löfgren, Stig Olio.
- 1946 LLUEVE SOBRE NUESTRO AMOR (Del regnar pa var kärlek)
P. Nordisk Tonefilm; G. Ingmar Bergman y Hernert Grevenius, de la pieza de teatro de Oskar Braathen: «Gente decente»; F. Hilding Bladh y Göran Strindberg; P. L. Birger Malmsten, Barbro Kollberg.
- 1947 BUQUE A LA INDIA (Skepp till Indialand)
P. Nordisk Tonefilm; G. Ingmar Bergman, de la pieza de teatro por Martin Söderhjelm; G. Göran Strindberg; P. I. Birger Malmsten, Gertrud Fridh.
- MÚSICA EN LAS TINIEBLAS (Musik I mörker)
P. Terrafilm; G. Dagmar Edqvist, de su propia novela; F. Göran Strindberg; P. I. Birger Malmsten, Mai Zetterling.
- 1948 PUERTO (Hamnstad)
P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman, de un cuento por Olio Läandsberg; F. Giinnar Fischer; P. I. Nine-Christine Jönsson,

Bengt Eklund, Berta Hall, Mimi Nelson.

EL DEMONIO NOS GOBIERNA (Fängelse)

P. Terrafilm; G. Ingmar Bergman; F. Göran Strindberg; P. I. Doris Svedlund, Birger Malmsten, Eva Henning, Hasse Ekman, Stig Olin.

1949 LA SED (Töorst)

P. Svensk Filmindustri; G. Herbert Grevenius, del cuento por Birgit Tengroth; F. Gunnar Fischer; P. I. Eva Henning, Birger Malmsten, Birgit Tengroth, Mimi Nelson.

HACIA LA FELICIDAD (Till Glädje)

P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman; F. Gunnar Fischer; P. I. Maj-Britt Nilsson, Victor Sjöström, Stig Olin.

1950 ESTO NO SUCEDERÁ AQUÍ (Sant händer inte här)

P. Svensk Filmindustri; G. Herbert Grevenius; F. Gunnar Fischer; P. I. Alf Kjellin, Signe Hasso, Ulf Palme.

JUVENTUD DIVINO TESORO (Título en G. Bretaña: Interludio de verano) (Sommarlek)

P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman y Herbert Grevenius; F. Gunnar Fischer; P. I. Maj-Britt Nilsson, Birger Malmsten, Alf Kjellin.

1951 Durante este año no se produjo ningún film sueco por causa de un cese de trabajo en la industria como protesta por los altos impuestos a los espectáculos. Ingmar Bergman sólo hizo una película corta para propaganda comercial.

1952 SECRETOS DE MUJERES (Título en G. Bretaña: Mujeres que esperan) (Kvinnors väntan).

P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman; F. Gunnar Fischer; F. I. Eva Dahlbeck, Anita Björk; Maj-Britt Nilsson, Gunnar Bjömstrand, Jarl Kulle, Birger Malmsten.

UN VERANO CON MÓNICA (Sommaren med Monika)

P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman y Per-Anders Fogolström, de la novela de este último. F. Gunnar Fischer; P. I. Harriet Andersson, Lars Ekborg.

- 1953 NOCHE DE CIRCO (Título en G. Bretaña: Aserrín y oropel)
(Glycklarnas afton)
P. Sandrews; G. Ingmar Bergman; F. Sven Nykvist (interiores) y Hilding Bladh (exteriores); P. L. Harriet Andersson, Ake Grönberg, Hasse Ekman.
- UNA LECCIÓN DE AMOR (En lektion i kärlek)
F. Svensk Filindustri; G. Ingmar Bergman; F. Martin Bodin; P. I. Gunnar Björnstrand, Eva Dahlbeck, Harriet Andersson.
- 1954 CONFESIÓN DE PECADORES (Título en G. Bretaña: Viaje hacia el otoño) (Kvinnodröm)
P. Sandrews; G. Ingmar Bergman; F. Hilding Bladh; P. I. Eva Dahlbeck, G. Björnstrand, Harriet Andersson, Ulf Palme.
- 1955 SONRISAS DE UNA NOCHE DE VERANO (Sommamattens Leende)
P. Svensk Filindustri; G. Ingmar Bergman; F. Gunnar Fischer; P. I. Gunnar Björnstrand, Eva Dahlbeck, Jarl Kulle, Margit Carlqvist, Harriet Andersson, Ulla Jacobsson.
- 1956 EL SÉPTIMO SELLO (Det sjunde Inseglet)
P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman; F. Gunnar Fischer; P. I. Max von Sydow, Gunnar Björnstrand, Nils Poppe, Bibi Andersson, Bengt Ekerot.
- 1957 CUANDO HUYE EL DÍA (Smultronstället)
P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman; F. Gunnar Fischer; P. I. Victor Sjöström, Bibi Andersson, Ingrid Thulin, Gunnar Björnstrand.
- TRES ALMAS DESNUDAS (Nära Livet)
P. Nordisk Tonefilm; G. Ulla Isaksson e Ingmar Bergman; F. Gunnar Fischer; P. I. Eva Dahlbeck, Ingrid Thulin, Bibi Andersson, Barbro Hiort af Ornäs.
- 1958 EL MAGO (Título en G. Bretaña: «El rostro») (Ansiktet)
P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman; F. Gunnar Fischer; P. I. Max von Sydow, Ingrid Thulin, Gunnar Björnstrand, Bibi

Andersson.

1959 LA FUENTE DE LA DONCELLA (Jungfrukällan)
P. Svensk Filmindustri; G. Ulla Isaksson e Ingmar Bergman; F. Sven Nykvist; P. I. Max von Sydow, Birgitta Pettersson, Gunnel Lindblom.

EL OJO DEL DIABLO (Djävulens öga)
P. Svensk Filmindustri; G. Ingmar Bergman; F. Gunnar Fischer; P. I. Bibi Andersson, Jarl. Kulle, Stig Jar reí.

Ingmar Bergman escribió el gui3n sólo para las siguientes películas:

1944 TORMENTO (Título en G. Bretaña: «Frenesí») (Hets)

1947 MUJER SIN ROSTRO (Kvinna utan Ansikte)

1948 EVA

1955 EL RELÁMPAGO EN LOS OJOS (Sista paret ut)

PRINCIPALES PREMIOS GANADOS POR PELÍCULAS DE BERGMAN

SONRISAS DE UNA NOCHE DE VERANO

Premio Especial, Festival de Cannes, 1956

EL SÉPTIMO SELLO

Premio Especial, Festival de Cannes, 1957

Grand Prix International de L'Academie du Cinema (Academia Francesa de Cinematógrafo), 1958

Insignia de Oro, Festival Cinematográfico Religioso, Valladolid, España, 1960

TRES ALMAS DESNUDAS

Premio al Mejor Director, Festival de Cannes, 1958

Las tres principales intérpretes de esta película (Eva Dahlbeck, Ingrid Thulin, Bibi Andersson) compartieron el premio a la Mejor Artista.

CUANDO HUYE EL DÍA

Gran Premio en el Festival de Berlín, 1958

Gran Premio, Festival de Mar del Plata, 1959

Premio de los Críticos, Festival de Venecia, 1959

National Board of Review (Estados Unidos) Al Mejor Film Extranjero, 1959

Designado como Mejor Guión Cinematográfico, American Academy of Motion Picture Arts and Sciences, 1959

EL MAGO (El rostro)

Premio Especial, Festival de Venecia, 1958 (por «mejor dirección, originalidad poética y estilo»)

Premio Pazinetti (Críticos cinematográficos italianos) por «el mejor film extranjero de 1959»



Ernest Ingmar Bergman nació el 14 de julio de 1918, en un vicariato de la ciudad universitaria sueca de Uppsala. Su padre era pastor luterano, y cuando lo nombraron Capellán de la Corte, la familia se trasladó a Estocolmo. En 1937, Bergman entró en la Universidad de Estocolmo, donde estudió literatura e historia del arte. Al dedicarse a las actividades teatrales, dejó, en 1941, sus estudios universitarios para trabajar con el teatro de estudiantes y como ayudante de dirección en la Ópera Real. En 1943, fue contratado como escritor de argumentos en la Svensk Filmindustri, y su primer guión, «Tormento» (Hets), fue producido el siguiente año. En 1945, dirigió su primera película, «Crisis» (Kris); el resto de su carrera cinematográfica está delineada a la cronología.

Desde esa época hasta el día de hoy, Bergman ha combinado la tarea cinematográfica con la teatral, junto con alguna actividad en radio y televisión. En 1944, lo nombraron director del Teatro Municipal de Hälsingborg; dos años más tarde renunció para convertirse en productor en el Teatro Municipal de Gothenburg, donde trabajó hasta 1949. Durante uno o dos años, después de eso, fue productor invitado en varias partes de Suecia, y de 1952 a 1959 trabajó como director y consejero en el Teatro Cívico de Malmö. Una importante evolución en su carrera cinematográfica tuvo lugar en 1952 con el éxito de su primera comedia «Secretos de mujeres», que lo

inspiró para realizar «Una lección de amor» y «Sonrisas de una noche de verano»; esta última película le procuró una amplia notoriedad como productor cinematográfico en 1956.

En 1960, fue nombrado director del Teatro Dramático Real de Estocolmo, el primer teatro de Suecia. Ese año también se comprometió a poner en escena una ópera por primera vez, «El progreso del libertino», para la Ópera Real. Varias de sus producciones teatrales han sido presentadas en París, Londres y otras ciudades europeas. Ha escrito y producido una cantidad de obras suyas propias, algunas de las cuales han sido publicadas en un volumen titulado «Moraliteter». Esta es la primera vez que sus guiones cinematográficos se publican en idioma alguno.

Bergman se casó en 1959 con Kaebi Laretei, concertista de piano, y el matrimonio vivió en una amplia mansión en Djurshom, suburbio de Estocolmo.

Murió el 14 de julio de 1918

Notas

[1] Cabriolé cerrado con asiento alto para el cochero a la zaga (N. de la T.) <<

[2] Feliz la vida mientras existe el entusiasmo / y la rosa cortemos antes que se marchite. <<

[3] El chelín (skilling) era una moneda usada en Suecia hasta 1855. <<